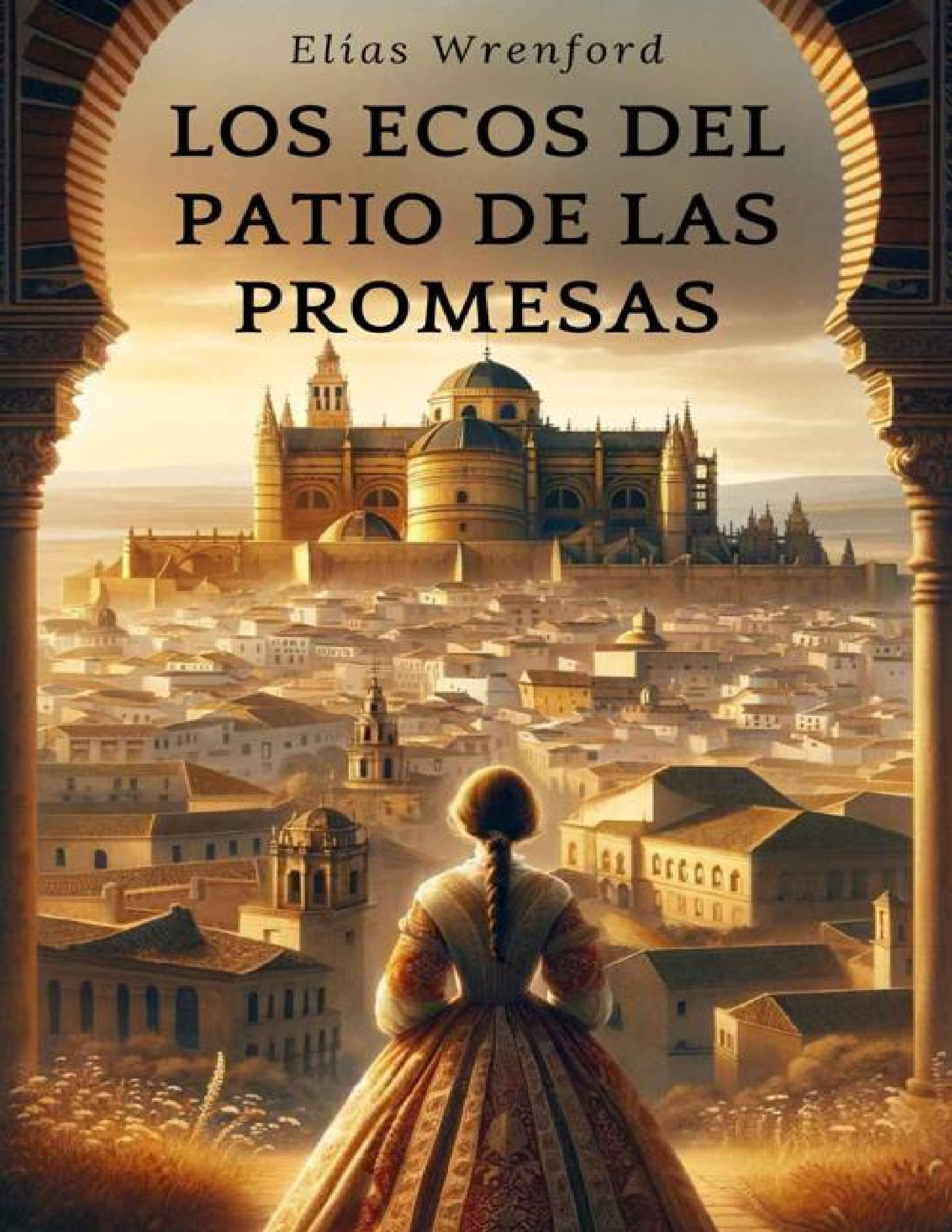
Elías Wrenford

LOS ECOS DEL PATIO DE LAS PROMESAS



Los Ecos Del Patio De Las Promesas

Elias Wrenford

Derechos de autor © 2024 Elias Wrenford

Roberto Marín Muñoz
c/o COCENTER
Koppoldstr. 1
86551 Aichach
(Alemania)

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor .

Dedicatoria

A mis familiares, amigos y lectores, a todos los que, con su apoyo y cariño, hicieron de *“Las Sombras del Lago”* una parte tan importante de mi vida.

Esta nueva historia va dedicada a vosotros. Cada página, cada personaje y cada emoción han sido creados pensando en ofreceros una experiencia aún más profunda y cautivadora. Vuestro respaldo me ha inspirado a continuar y a intentar superarme en cada palabra.

Espero de todo corazón no decepcionaros y que esta nueva aventura os toque el alma, tal como lo habéis hecho vosotros con la mía.

.

“Córdoba de los califas, espejo de mi alegría,
ciudad que el alma embalsama con perfumes de poesía.”
— *Antonio Gala*

Contenido

Dedicatoria

Contenido

Parte 1

- 1 Encuentro en el puente romano
- 2 El proyecto de conservación
- 3 Descubrimientos en el palacio
- 4 El ultimátum
- 5 La fiesta de las cruces
- 6 Conflictos y chispas
- 7 La tienda de tapices y telas
- 8 El mercado y el poeta
- 9 Promesa de protección
- 10 Un amor imposible
- 11 Colaboración forzada
- 12 Retrasos y tensiones

Parte 2

- 13 La orden real
- 14 La misiva del rey
- 15 El control de Córdoba
- 16 La espada toledana
- 17 Lazos que se estrechan
- 18 Mirando al pasado

Parte 3

- 19 Matrimonio forzado
- 20 Secreto revelado
- 21 El escándalo
- 22 Despedida en el puente
- 23 La alianza oculta
- 24 La inauguración

25 Piezas del pasado
26 La partida silenciosa
Epílogo
Notas del autor
Un último favor
Avance exclusivo
Acerca del autor
Otros libros del autor

Parte 1

1
Encuentro en el puente romano

Siglo XVI

El atardecer se cernía sobre la histórica ciudad de Córdoba con una deslumbrante paleta de colores que iluminaba el cielo, mezclando el rojo intenso de la sangre con el brillante oro de las riquezas que aún no habían sido conquistadas. Mientras tanto, el río Guadalquivir, ese viejo y sabio cómplice de la ciudad, susurraba secretos antiguos bajo el majestuoso Puente Romano. Las piedras centenarias del puente, testigos silenciosos de incontables pasos y confesiones apasionadas, ahora escuchaban el suave crujir de los zapatos de Soraya. Ella estaba parada al borde, mirando las aguas turbulentas que fluían con la misma inquietud que la embargaba.

Detrás de ella, la figura imponente y noble de Don Fernando Mendoza emergió de las sombras crepusculares, su rostro marcado por la preocupación y un amor no siempre correspondido. Se acercó con cautela, sus palabras flotando suavemente hacia ella como las hojas que el otoño arrancaba de los árboles en un baile melancólico.

—Soraya —dijo con una voz que llevaba el peso de un juramento eterno, solemne y profundo—, ya una vez salvé a tu familia, y lo haré todas las veces que haga falta. No permitiré que ellos ganen, que nos arrebaten lo que más queremos. ¿Acaso no ves? Siempre he estado aquí, siempre a tu lado, luchando por ti y por lo que juntos representamos.

El viento llevaba el eco de sus palabras, mezclándolas con los chillidos de las cigüeñas que anidaban en los campanarios cercanos, que se alzaban como faros en la ciudad. Soraya cerró sus ojos por un momento, permitiendo que el aire fresco acariciara su rostro, pensando en el peso de su secreto, ese oscuro y temible compañero que amenazaba con desgarrar todo lo que conocía y amaba.

El puente, con sus arcos robustos que habían soportado el embate de tantas épocas, se erigía como un monumento a la resistencia y la fortaleza humana. En ese instante, Don Fernando deseaba que le infundiera esa misma fortaleza a Soraya.

—Dame una oportunidad —suplicó, extendiendo una mano hacia ella—. No por ellos, sino por nosotros. Por lo que aún podemos construir juntos.

El río debajo de ellos reflejaba el último destello del sol, como si las mismas aguas estuvieran al borde de una decisión irrevocable. Córdoba, con sus minaretes y campanarios recortados contra el cielo encendido, parecía sostener la respiración, anticipando la elección de Soraya. En sus calles estrechas y sinuosas se tejían las vidas de cristianos y moriscos, un entramado complejo de

pasiones, lealtades y desafíos que ahora pendían de un hilo tan frágil como el crepúsculo.

Con lágrimas asomando en sus ojos, Soraya miró a Don Fernando, luego al río y finalmente a la ciudad que se extendía más allá del puente, sus luces comenzando a titilar como estrellas recién nacidas. En ese momento, en el filo entre la desesperación y la esperanza, se preguntó si acaso el amor de Don Fernando sería el puente que la llevaría de regreso desde el precipicio de su propia desolación, hacia un futuro donde el amor y la lealtad triunfarían sobre el miedo y la incertidumbre.

2
El proyecto de conservación

Siglo XXI

Laura Álvarez se encontraba paseando camino a su trabajo por las antiguas y estrechas calles adoquinadas de la histórica ciudad de Mérida. En las primeras horas de la mañana, el sol emergía y bañaba la ciudad con una luz dorada resplandeciente, iluminando las ruinas romanas que se dispersaban por la ciudad, las mismas que habían sido su hogar y su lugar de trabajo durante los últimos cinco años. Laura era una dedicada arqueóloga de 30 años de edad y había dedicado cada instante de su carrera profesional a desenterrar y preservar delicados fragmentos del pasado, pequeños pero significativos pedazos de historia que ofrecían una ventana fascinante a civilizaciones antiguas que una vez florecieron y prosperaron en aquel lugar.

Laura, como apasionada y dedicada trabajadora del Museo Nacional de Arte Romano, estaba a punto de iniciar otra jornada laboral. Como cada mañana, recorría el mismo camino hacia su oficina, situada en el corazón del museo, una oficina llena hasta el techo de libros y artefactos históricos, cada uno con su propia historia única y fascinante por contar. Al doblar la esquina de la calle que desembocaba en la majestuosa entrada del museo, una sorpresa la esperaba. Ahí, en la entrada del museo que tanto amaba, se encontró con una cara conocida que no había visto en muchos meses. Era Miguel Serrano, un viejo amigo de la familia y también un respetado colega en el campo de la arqueología. Miguel era el director del prestigioso museo del palacio de Alcázar en Córdoba, un lugar que albergaba tesoros inestimables de la historia española. Estaba sentado tranquilamente en el escalón de la entrada, buscando resguardo del ya fuerte sol de la mañana bajo una frondosa palmera. Esperaba pacientemente a que Laura llegara.

—¡Miguel! —exclamó Laura con una sonrisa, mientras Miguel se levantaba para saludarla—. Qué sorpresa verte por aquí.

—Laura, cuánto tiempo —respondió Miguel, abrazándola con afecto—. No te creas que es una casualidad que esté por aquí, he venido a verte exclusivamente por una razón muy importante.

Laura abrió la puerta, pasaron y se sentaron en la pequeña oficina de Laura, y Miguel comenzó a explicarle el motivo de su visita. El palacio de Alcázar, un majestuoso edificio con una rica historia y doce patios impresionantes, había sido cedido en contrato a una importante empresa de Dubái. Esta empresa planeaba convertir una parte del palacio en un hotel de lujo y, a cambio, se comprometía a financiar la restauración del resto del edificio, contribuiría también económicamente a la nueva excavación que había empezado hace poco y se encargarían del mantenimiento de los edificios, al menos mientras el contrato con la administración

permaneciera en vigor.

—Sé lo que estás pensando —dijo Miguel, alzando una mano—. No me fío de las multinacionales como esta, pero es una oportunidad única para asegurar la conservación del palacio. Aparte el ministerio y el ayuntamiento están totalmente de acuerdo y me presionan para que no me posicione en contra.

Laura asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. El palacio de Alcázar era uno de los mayores tesoros históricos de la ciudad de Córdoba que requería cuidados constantes y la financiación era siempre un desafío.

—Necesito que supervises todos los trabajos que se van a realizar —continuó Miguel—. Si no me puedo oponer a un proyecto así, al menos quiero asegurarme de que todo se hace de la forma correcta. La concejal de cultura me ha dado vía libre al menos para elegir al equipo que yo quiera. Y que quieres que te diga, eres la persona en quien más confío para asegurar de que se sigan las pautas de conservación del patrimonio.

Laura se quedó callada, mordiéndose el labio. Le gustaba su trabajo en Mérida, la estabilidad y el ambiente de la ciudad. La idea de mudarse de nuevo de vuelta le resultaba abrumadora.

—Miguel, no sé qué decir —empezó Laura, dudando—. Aquí tengo todo lo que necesito, y este trabajo también es muy importante para mí.

Miguel asintió, comprensivo.

—Lo sé, Laura. Y créeme, no te lo pediría si no fuera crucial. He hablado con la junta de conservación de Mérida y no tienen problema en liberarte por un tiempo y pasarte a mi equipo de nuevo. Además, me encargaré de aclararlo todo con el ministerio para tu traslado temporal a Córdoba. Será como en los viejos tiempos de la universidad.

Laura seguía indecisa, pero la idea de regresar a Córdoba y estar cerca de su madre y sus amigos era tentadora.

—Bueno, ¿qué tal si damos un paseo? —propuso Miguel—. Tal vez un poco de aire fresco te ayude a pensar.

Salieron de la oficina y comenzaron a caminar por el centro histórico de Mérida. Las calles estaban llenas de vida, con turistas admirando los ancestrales templos y el teatro romano. Los cafés y tiendas tenían un encanto particular, una mezcla de lo antiguo y lo moderno.

—Por cierto, llevo sin ver a tu madre semanas. ¿Cómo está Carmen? —preguntó Miguel mientras caminaban.

—Está bien, sigue tan activa como siempre —respondió Laura con una sonrisa—. Ha estado trabajando en su jardín, y la última vez que hablé con ella, estaba planeando una excursión con sus amigas a no sé dónde.

—Es una mujer increíble —comentó Miguel—. Siempre ha sido un gran apoyo para ti.

—Sí, lo es. La echo de menos —admitió Laura, mirando una tienda de antigüedades—. Córdoba

siempre será mi hogar.

—Y tu madre te echa de menos a ti —dijo Miguel—. Sé que le encantaría tenerte más cerca. Desde que tu padre murió y luego al poco que tu decidieras hacer tu vida en Mérida, la pobre seguro que se siente a veces bastante sola.

Llegaron a una pequeña terraza de café con vistas a la plaza principal. Se sentaron y pidieron café con pasteles. El aroma a café recién hecho y el dulce olor de los pasteles recién horneados llenaban el aire. Laura tomó un sorbo de su café y suspiró.

—Esta ciudad es hermosa —dijo Miguel, mirando a su alrededor—. Pero Córdoba tiene su propio encanto, ¿sabes? Y ahora, con este proyecto, podrías hacer algo realmente significativo.

Laura miró a Miguel, buscando sus palabras. Mérida le había dado tanto, pero la perspectiva de trabajar en un proyecto tan importante y estar cerca de su familia era atractiva.

—La semana que viene empiezan las cruces de mayo en Córdoba —añadió Miguel—. No hay mejor semana para regresar. Ya sabes que la ciudad se llena de color y alegría. Estoy seguro de que disfrutarás mucho.

Laura sonrió, imaginando las cruces de flores y la música que llenaría las calles de Córdoba. Finalmente y sin pensárselo mucho más, tomó una decisión.

—Está bien, Miguel. Iré a Córdoba la semana que viene. Me explicas allí todo con calma y ya vemos si consigues convencerme y me quedo o vuelvo a Mérida.

Miguel sonrió, claramente complacido.

—Sabía que tomarías la decisión correcta. No te arrepentirás, Laura. Y no te preocupes, me encargaré de todo para que tu transición sea lo más suave posible.

—Oye que todavía no he aceptado —protestó Laura—.

Se quedaron un rato más, disfrutando de su café y pasteles, hablando de viejos tiempos y planes futuros. Miguel le contó sobre su próximo viaje a Madrid al día siguiente para tratar otros asuntos con el Museo del Prado, pero prometió que estaría de vuelta en Córdoba para recibirla en su incorporación la semana siguiente.

Cuando finalmente se despidieron, Laura se sintió un poco más tranquila y decidida. La idea de regresar a Córdoba, estar cerca de su madre y trabajar en la conservación del palacio de Alcázar era emocionante. Y a unas malas, siempre podría regresar a Mérida.

3
Descubrimientos en el palacio

Siglo XXI

Unos días más tarde, Laura llegó a la estación de tren de Córdoba a primera hora de la mañana. Miguel la esperaba en el andén con una sonrisa cálida y un abrazo que reflejaba su entusiasmo por el proyecto que estaban a punto de emprender juntos.

—Bienvenida de nuevo a Córdoba, Laura —dijo Miguel, ayudándola con su equipaje.

—Gracias, Miguel. Estoy lista para que me sorprendas —respondió Laura, sonriendo mientras caminaban hacia la salida de la estación.

—¿Quieres que pasemos primero por la casa de tu madre? —preguntó Miguel de nuevo.

—No, me dijo ayer por teléfono que estaba a esta hora en el curso de baile. No tengo las llaves así que no puedo entrar. Mejor vamos primero al palacio —explicó Laura

El trayecto hasta el Palacio de Alcázar fue breve, pero suficiente para que Laura pudiera admirar la belleza de Córdoba de nuevo. Las estrechas calles empedradas, los patios llenos de flores y las antiguas murallas le recordaban por qué siempre había sentido una conexión especial con esta ciudad desde que era niña y jugaba en sus calles. Finalmente, llegaron a las puertas del palacio, un majestuoso edificio que combinaba la grandeza de la arquitectura histórica con la serenidad de sus jardines interiores.

—Aquí estamos —dijo Miguel, extendiendo un brazo hacia el palacio—. El Palacio de Alcázar.

Laura se detuvo un momento para admirar la entrada. La había visto ya miles de veces y aun después de estar ausente varios meses desde su última visita a la ciudad, la sorprendía. Las grandes puertas de madera tallada y los muros de piedra se erguían como guardianes del tiempo, protegiendo los secretos y la historia de sus antiguos habitantes.

—Sigue tan impresionante como lo que recordaba —comentó Laura, entrando con Miguel al palacio.

Mientras caminaban por los veteranos patios, Miguel le iba recordando la historia del lugar. El Palacio de Alcázar, anteriormente la residencia de la poderosa familia Mendoza, se había convertido en un emblemático museo, preservando la rica historia de Córdoba. Sus doce patios eran un laberinto de belleza arquitectónica, con fuentes, jardines y azulejos que narraban historias de épocas pasadas.

—Y aquí es donde se han encontrado hace unas semanas los restos de la casa de los Al-Farouq

—dijo Miguel, señalando un área exterior cercada aneja a uno de los edificios traseros, donde los arqueólogos habían comenzado a trabajar.

Laura se acercó, sintiendo la emoción de estar a punto de desenterrar una parte olvidada de la historia. Era un momento significativo, no solo para ella como arqueóloga, sino también como descendiente de una familia profundamente conectada con la historia de Córdoba.

—Vamos a tener trabajo aquí, ahora entiendo tus preocupaciones por lo de la construcción del hotel, por lo que veo es justo el terreno de al lado, donde se ha encontrado la excavación —dijo Laura con determinación.

—Si, y el ayuntamiento hace la vista gorda a este último descubrimiento. Pero tranquila, no estarás sola en esto —respondió Miguel, guiándola hacia una de las oficinas del palacio—. Quiero presentarte a alguien.

Dentro, una joven con cabello castaño y ojos brillantes se levantó de su escritorio.

—Laura, esta es Marina López. Trabajará contigo en la excavación y restauración.

Laura parpadeó, reconociendo vagamente a la mujer frente a ella.

—¿Marina López? —preguntó Laura, sorprendida—. Creo que estudiamos juntas en el instituto, ¿verdad?

—¡Sí, Laura! —exclamó Marina, sonriendo ampliamente—. No puedo creer que volvamos a trabajar juntas después de tantos años.

Se abrazaron brevemente, ambas riendo por la coincidencia. Marina había cambiado desde sus días de instituto, pero la esencia de su entusiasmo y energía seguía siendo la misma.

—Mucho mejor, no sabía que os conocíais. Pues Marina ha estado trabajando con nosotros en el equipo de arqueología y es una de nuestras mejores —explicó Miguel—. Sé qué hará un gran trabajo apoyándote en este proyecto.

Laura asintió, sintiéndose más cómoda con la idea de enfrentar el desafío con una antigua amiga a su lado.

—Será un placer trabajar contigo, Marina —dijo Laura, sonriendo.

—Lo mismo digo, Laura. Estoy muy emocionada por lo que podríamos descubrir aquí —respondió Marina, sus ojos brillando con anticipación.

Juntas, comenzaron a recorrer el palacio, con Miguel guiándolas y explicando la historia del lugar. Los patios del palacio estaban llenos de vida y color, con fuentes burbujeantes y flores en plena floración. A través de los arcos de piedra, se podían ver pequeños rincones de serenidad donde el pasado parecía estar siempre presente.

—Este lugar tiene una historia fascinante —dijo Miguel mientras caminaban—. Y ahora, con la nueva excavación, estamos empezando a desenterrar fragmentos de la antigua casa de los Al-Farouq. Imagínate, dos de las familias más conocidas de la antigüedad en Córdoba, ¿Quién

podría haberse imaginado que vivían una casi al lado de la otra?

Laura se detuvo, interesada.

—¿Qué sabemos exactamente de los Al-Farouq? —preguntó.

—En realidad no mucho —respondió Miguel—. Fueron una familia importante en Córdoba durante el siglo XVI, pero por motivos desconocidos, abandonaron la ciudad. Y no solo eso, se les pierde completamente el rastro desde entonces. Es un misterio que espero que podamos resolver con esta excavación.

Laura asintió, su mente ya trabajando en cómo abordar la investigación. El proyecto financiado por la cadena hotelera de Dubái no solo permitiría la restauración del palacio, sino que también abría la puerta a descubrimientos históricos importantes. Pero habría que tener cuidado con cómo se desarrollaba el proyecto. A Laura tampoco le daba buena espina ese acuerdo económico entre la administración pública y una empresa privada.

—El ayuntamiento ha cedido un ala del palacio para que la cadena hotelera construya anejo el hotel de lujo prácticamente integrado con el museo. Digamos que una parte del hotel es el palacio y la otra será un edificio moderno en el terreno de al lado que viste antes. El lunes siguiente creo que podrás hablar con algunos responsables de la obra del hotel —explicó Miguel —. Esto asegura la financiación necesaria para la restauración y el mantenimiento del palacio, pero también significa que debemos ser muy cuidadosos en cómo manejamos la situación.

4
El ultimátum

Siglo XXI

Dubái resplandecía bajo el sol ardiente del mediodía, una ciudad de rascacielos de vidrio y acero que se elevaban hacia el cielo, simbolizando el lujo y el despilfarro. Las calles estaban llenas de coches de alta gama, y las tiendas de diseñadores de renombre mundial se alineaban en las avenidas, mostrando una opulencia sin límites. En la isla artificial con forma de palmera de Jumeirah, una villa destacaba entre las demás: una mansión perteneciente a la familia Rashid, dueños del Al-Jawhara Group, una cadena hotelera internacional.

Jalil Rashid, uno de los futuros herederos de esta vastísima fortuna, estaba en el epicentro de una fiesta salvaje. La música resonaba en la villa, mezclándose con las risas y voces de jóvenes vestidos a la última moda. El ambiente era una mezcla de lujo desenfrenado y hedonismo. Jalil, de 32 años, estaba en su elemento, disfrutando de la vida sin preocupaciones, rodeado de amigos y admiradores.

—¡Jalil, otra ronda! —gritó uno de sus amigos, sosteniendo una botella de champán en alto.

Jalil, medio borracho y bajo el efecto de drogas, levantó su vaso en señal de aceptación. A pesar de ser el futuro heredero de un imperio, prefería las fiestas y la diversión a las responsabilidades familiares. Estaba completamente absorto en el momento, ajeno al mundo exterior.

De repente, el rugido de un motor potente rompió el ambiente festivo. Un impresionante Bentley Continental GT se detuvo frente a la villa, y Ahmed Rashid, su primo de 35 años, salió del coche con expresión severa. Ahmed era conocido por su ambición y envidia hacia Jalil, pero también por su lealtad a la familia.

—¡Jalil! —gritó Ahmed, abriéndose paso entre la multitud—. Tenemos que irnos. Ahora.

Jalil levantó la vista, sus ojos vidriosos tratando de enfocar a su primo.

—¿Qué diablos haces aquí, Ahmed? —murmuró Jalil, tambaleándose ligeramente.

—Tu padre quiere verte en su oficina. Urgentemente —respondió Ahmed, sujetando a Jalil por el brazo—. No hay tiempo para discusiones.

Ahmed prácticamente arrastró a Jalil hacia el coche. Los asistentes a la fiesta observaban toda la escena con sorpresa mientras la música se detenía abruptamente. Ahmed, con una mano todavía agarrando a Jalil, tomó el micrófono del DJ con la otra y, con voz autoritaria, anunció:

—¡La fiesta se ha terminado! Todos fuera. Ahora.

La decepción se extendió entre los jóvenes asistentes, quienes comenzaron a salir de la mansión lentamente. Mientras Jalil y Ahmed se dirigían al Bentley, se encontraron con Nadia Rashid, la hermana de Jalil, que llegaba cargada de bolsas. Acababa de bajarse de un taxi, sus ojos brillando de emoción por las compras recientes.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Nadia, frunciendo el ceño al ver a los dos y el caos que dejaban tras de sí.

—Tu padre quiere ver a Jalil. No hay tiempo para explicaciones —respondió Ahmed, ayudando a Jalil a entrar en el coche.

Nadia miró a su hermano con preocupación.

—Jalil, ¿estás bien?

Jalil asintió débilmente, tratando de mantenerse erguido.

—Estoy bien, Nadia. Solo... necesito un poco de agua.

—Vamos, tenemos que irnos —dijo Ahmed impaciente, cerrando la puerta del coche.

El Bentley arrancó con un rugido, alejándose de la villa y dirigiéndose al barrio de Business Bay, donde se encontraba la oficina principal del Al-Jawhara Group. Jalil trató de despejar su mente mientras el coche avanzaba, pero la mezcla de alcohol y estupefacientes dificultaba su concentración.

—¿Por qué quiere verme ahora mi padre? —preguntó Jalil, su voz apenas un susurro.

—Creo que hay problemas con el proyecto en Córdoba —respondió Ahmed—. Quiere asignarte una tarea importante. Necesita hablar contigo sobre eso y tu papel en la empresa.

Jalil suspiró, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Le ponía de los nervios. Sabía que su padre, Karim Rashid, era un hombre riguroso y tradicional que esperaba mucho de él. La idea de asumir responsabilidades en el negocio familiar le resultaba abrumadora, especialmente cuando prefería disfrutar de una vida libre de ataduras. No entendía para que tenía siquiera que mover un dedo con el montón de dinero que poseían.

* * *

Llegaron a la imponente torre de oficinas en Business Bay. Ahmed ayudó a Jalil a salir del coche y lo guio hacia el ascensor que los llevaría a la oficina de su padre. Mientras subían, Jalil trató de aclarar su mente de nuevo y prepararse para soportar la conversación inevitable.

Karim Rashid los esperaba en su amplia oficina, con vistas panorámicas a la ciudad. Era un hombre de 60 años, de porte serio y mirada penetrante. Al ver a su hijo, su expresión se endureció aun más de lo que ya lo estaba.

—Jalil, siéntate —ordenó su padre, señalando una silla frente a su escritorio.

Jalil obedeció, sintiéndose como un niño pequeño regañado.

—¿Ya estás borracho de nuevo? Ya sabes que no me gusta que bebas alcohol. ¿Sabes por qué te he llamado? —preguntó Karim, su voz firme.

—Ahmed mencionó algo sobre el proyecto en Córdoba —respondió Jalil, tratando de mantenerse sereno.

—Así es. Pero antes de hablar de eso, ¿qué crees que estás haciendo con tu vida, Jalil? —Karim golpeó la mesa con la palma de la mano—. Eres una vergüenza para esta familia. No puedes seguir viviendo así, desperdiciando tu potencial y arruinando nuestro nombre.

Jalil bajó la cabeza, sintiendo la intensidad de la ira de su padre.

—Lo siento, papá. ¿De qué se trata? Intentaré hacer lo que pueda.

—Eso espero. Porque mañana mismo te vas a España. Supervisarás el nuevo proyecto del hotel en el palacio de Alcázar. Estarás allí varios meses, hasta que terminen las obras. Y más te vale que asumas más responsabilidades y te centres de una vez. Esta es tu última oportunidad, Jalil. Si me defraudas otra vez, te desheredo y te mando a un máster en el lugar más frío, aburrido y recóndito de Inglaterra, sin derecho a volver hasta que te hayas convertido en alguien digno de llevar nuestro apellido. ¿Entendido?

—¿Y no lo puede hacer otro? —protestó Jalil de nuevo.

—Tu última oportunidad. ¿Me oyes? —repitió Karim aún más alto señalándolo con el dedo.

—Sí, papá. Entendido —respondió Jalil, sintiendo el peso de la amenaza de su padre.

—Puedes irte —dijo Karim, su tono implacable—.

Jalil se levantó y salió de la oficina, acompañado por Ahmed, quien tampoco desperdició la oportunidad para reprenderlo.

—Eres un desastre, Jalil. Siempre lo has sido. Es hora de que te pongas las pilas —dijo Ahmed mientras caminaban hacia el ascensor—. Coge un taxi, vete a casa, aséate y acuéstate un rato. Y empieza a hacer las maletas. No queremos más problemas.

Jalil asintió, sintiéndose humillado y exhausto. Entró en el ascensor y miró a su primo, que le devolvió una mirada severa.

—No lo arruines, Jalil. Esta es tu última oportunidad. Ya has escuchado a Karim.

Las puertas del ascensor se cerraron, y Jalil se apoyó contra la pared, tratando de procesar todo lo que había sucedido. No podía estar sucediéndole algo así. Su padre le enviaba lejos a otro país a hacer no sé qué trabajo. Peor no podían desarrollarse las cosas.

Ya en la calle mientras hacía gestos a un taxi, comenzó a motivarse pensando en que según decían sus amigos, en España estaban todo el día de fiesta. A lo mejor no era tan mala la situación como él pensaba. Quizás incluso su padre le estaba haciendo un favor sin saberlo para divertirse a lo grande sin que nadie le diera la vara.

5
La fiesta de las cruces

Siglo XXI

El patio de la casa de Carmen Álvarez en Córdoba estaba en plena floración, con geranios de vivos colores que llenaban el aire con su fragancia dulce. Laura, sentada en una silla de mimbre bajo la sombra de una pérgola, pasaba la tarde leyendo un libro. Disfrutaba de la tranquilidad del lugar, un refugio en medio del bullicio de la ciudad, en la que acababa de comenzar la fiesta de las cruces. Había pasado ya una semana desde su regreso a Córdoba y aunque estaba feliz de estar cerca de su madre, sentía que su vida se volvía a anclar en la rutina.

Carmen, de 65 años, apareció en el patio en ropa deportiva, con su cabello gris recogido en un moño desenfadado y una sonrisa radiante en su rostro.

—¡Niña, que aquí te traigo unas magdalenas y un cafelito! —dijo Carmen, dejando una bandeja sobre la mesa—. Que tienes que comer más, hija, que te vas a quedar en los huesos.

—Gracias, mamá —respondió Laura, sonriendo mientras dejaba su libro a un lado—. Estás muy animada hoy. ¿Vas al gimnasio otra vez?

—Sí, tengo un curso de “Terréx” esta tarde —contestó Carmen con entusiasmo—. Ya sabes que no me gusta quedarme quieta.

—¿Tú también haces eso? —preguntó Laura sorprendida—. Por cierto, se llama en realidad TRX.

—Como se llame. Además, conocí a un grupo de amigas nuevas, y nos lo pasamos en grande. Deberías venir alguna vez.

Laura sonrió, disfrutando del café que su madre le había preparado.

—Quizá algún día. Esta semana ha sido un poco agitada con todo el trabajo en el Palacio de Alcázar.

—¿Cómo va todo? —preguntó Carmen, sentándose junto a su hija—. No me has contado mucho.

—Ha sido una semana de formalismos. Reuniones, papeleo, inspecciones... No he tenido mucho tiempo para trabajar en la excavación en sí. Pero el equipo es genial, y todos están muy motivados.

—Eso suena bien. Pero deberías tomarte un descanso y salir a divertirte un poco —dijo Carmen, con un tono de madre preocupada—. Te invitaron a la Fiesta de las Cruces, ¿verdad? Es una

oportunidad perfecta para relajarte y conocer gente nueva.

Laura suspiró, sabiendo hacia dónde se dirigía la conversación.

—Sí, me invitaron, pero no tengo muchas ganas de ir. Prefiero quedarme aquí, tranquila.

—¡No puede ser, Laura! —exclamó Carmen, poniendo las manos en las caderas—. No puedes estar siempre como una momia de esas que desentierras, más pendiente del pasado que del día a día. Tienes que salir, divertirte, conocer gente. No quiero que te quedes soltera de por vida. Se te va a pasar el arroz.

Laura se rio ante la preocupación exagerada de su madre.

—No desentierro momias. ¿Qué dices? Pero lo pensaré. Aunque no prometo nada.

Carmen la miró fijamente, con una mezcla de cariño y firmeza.

—Hazme caso, Laura. Necesitas un poco de alegría en tu vida. Ve a la fiesta. No tienes nada que perder.

Con una sonrisa y un último consejo maternal, Carmen se levantó y se despidió para ir a su clase de deporte. Laura se quedó sola en el patio, reflexionando sobre las palabras de su madre. La idea de salir y disfrutar de la fiesta de las cruces no le resultaba tan mala, después de todo.

Después de un rato, Laura decidió que su madre tenía razón. Se levantó, fue a su habitación y buscó algo adecuado para ponerse. Encontró un vestido veraniego que no usaba desde hacía tiempo y decidió que era perfecto para la ocasión. Se miró en el espejo, ajustando el vestido y peinando su cabello, tratando de recordar la última vez que se había arreglado para salir.

* * *

Ya lista, Laura se dirigió andando al lugar donde había quedado con su equipo.

La ciudad estaba llena de vida y color. Las cruces adornadas con flores llenaban las plazas y las calles, y el sonido de la música y las risas se escuchaba a lo lejos. Sentía una mezcla de nerviosismo y emoción mientras caminaba hacia el lugar de encuentro.

Al llegar, vio a varios de sus colegas del equipo de arqueología. Marina López, su antigua amiga del instituto y ahora colega, fue la primera en verla.

—¡Laura! —exclamó Marina, acercándose con una sonrisa—. ¡Qué bueno que viniste! Sabía que cambiarías de opinión.

Laura sonrió, sintiéndose agradecida por la calidez de la bienvenida.

—Sí, al final me convencí. Pensé que sería bueno desconectar un poco del trabajo.

—Definitivamente lo es —dijo Marina, ofreciéndole una copa de vino—. Vamos, te presentaré al resto del equipo.

Miguel Serrano, su mentor y amigo, estaba allí junto a Marina López, siempre alegre y llena de energía. También estaban presentes dos nuevos miembros del equipo, Luisa Torres y Raúl

Gómez. Luisa, una historiadora de 55 años, era la consultora del proyecto, mientras que Raúl, de 45 años, era el jefe del equipo de arqueología y toda una eminencia para Laura.

—Laura, deberías probar estas tapas. Están increíbles —dijo Raúl, ofreciéndole un plato con montaditos.

—Gracias, Raúl. —Laura sonrió, aceptando el plato—. ¿Y cómo va todo con la excavación, Luisa?

Luisa, una mujer con una mirada perspicaz y un vasto conocimiento sobre la historia del palacio tomó un sorbo de su vino.

—Pues estamos descubriendo cosas fascinantes, pero también enfrentamos resistencia. Al parecer hay quienes prefieren poner más el enfoque en lo económico que en la preservación del patrimonio.

Laura asintió, comprendiendo la delicadeza del trabajo que tenían por delante. Mientras conversaban, Miguel se levantó para despedirse. Llevaba ya un buen rato por allí, estaba cansado y ya le dolía la espalda de estar de pie tanto rato.

—Me tengo que ir, chicos. Nos vemos el lunes en el trabajo —dijo, dándole un abrazo a Laura y una palmada en la espalda a Raúl.

—Nos vemos, Miguel —respondieron todos al unísono.

Laura, Marina, Luisa y Raúl continuaron disfrutando de la tarde. La música y las risas llenaban el aire, y Raúl no paraba de traer copas para todos, especialmente para Laura. La velada avanzaba y Laura se excusó para ir al baño. Ya estaba un poco mareada al no estar acostumbrada a beber tanto. Al regresar, no encontró a sus amigos en la zona de la plaza que estaban antes.

Miró a su alrededor, buscando a Marina y a los demás. A lo lejos, vio a Marina hablando con un grupo de chicos, uno de los cuales tenía una pinta claramente árabe. Laura se acercó, intrigada y un poco preocupada.

—¡Ahí estás Laura! —exclamó Marina cuando la vio—. Ven, te quiero presentar a alguien.

Marina la acercó hacia el grupo y le presentó al joven árabe.

—Laura, este es Jalil. Jalil, ella es Laura.

Jalil, que ya estaba también un poco pasado de copas, la miró con una sonrisa ladeada.

—Encantado, Laura —dijo Jalil, tambaleándose ligeramente.

Laura sintió una oleada de desagrado ante su actitud y su evidente embriaguez. Jalil no paraba de decir tonterías que a Laura no le hacían la más mínima gracia, pero a Marina le parecía simpático y no paraba de reírse.

—Marina, creo que deberíamos irnos —dijo Laura al poco tiempo, incómoda.

—Vamos, Laura, quédate un rato más. No quiero quedarme sola con él y tampoco quiero irme

todavía —insistió Marina, mirándola con ojos suplicantes.

Laura suspiró, dejándose convencer. Jalil aprovechó para rellenar las bebidas de todos, y la noche continuó con más alcohol y risas forzadas. Un poco más tarde, Marina comenzó a sentirse mal y terminó vomitando junto a uno de los retretes portátiles.

Laura y Jalil se alejaron unos metros para darle privacidad, pero la situación no mejoró.

—No puedo creer que seas tan machorro y tan tonto —le espetó Laura, frustrada por su actitud arrogante.

—¿Yo? —respondió Jalil, alzando una ceja—. Creo que te encantaría liarte con un tío de verdad como yo, pero eres una frustrada que no sabe divertirse. Llevas demostrándolo toda la tarde.

—¿Perdona? —gritó Laura todo enfadada.

La tensión entre ellos aumentó, discutiendo sin parar mientras intentaban arrastrar a Marina. Finalmente, consiguieron llevarla a su casa por las estrechas calles de Córdoba, dejando atrás el bullicio de la fiesta. Por suerte no vivía demasiado lejos. La metieron en su habitación y la acostaron, asegurándose de que estuviera cómoda.

Ya en la calle de vuelta, Jalil se volvió hacia Laura con una sonrisa provocadora, como si ya no se acordara de las discusiones anteriores.

—¿Qué te parece si seguimos la fiesta nosotros dos solos guapetona?

Laura lo miró con desdén.

—¿Todavía no has tenido suficiente? Eres un chulo y un idiota. No caigo tan fácil en las estratagemas de un tío como tú. Me dais asco.

—Ah, ¿sí? —replicó Jalil, acercándose más—. Creo que te encantaría, pero no quieres admitirlo. Eres una frustrada. ¿Qué es lo que decías antes, que desenterrabas momias? No me extraña que seas tan sosa.

—Otro igual. Que no desentierro momias. Tú imbécil —respondió Laura, sintiendo cómo la rabia crecía dentro de ella.

La discusión continuó, cada palabra cargada de tensión. Finalmente, en un arrebato de emoción desenfrenada, Jalil le dio un tirón y sin que ella tuviera tiempo de rechistar, le metió la lengua hasta el fondo y la besó apasionadamente, dejando de lado todas las palabras hirientes que habían intercambiado.

Laura, sorprendida al principio por la intensidad del beso, intentó apartarse de Jalil, respirando con dificultad. Ambos se miraron, sin saber qué decir ni cómo continuar. Pero algo había cambiado en ella, no sabía si era debido a la cantidad de alcohol que fluía por sus venas o a que nunca la había besado un tipo tan masculino como ese, con su barba densa y su cuerpo fornido. Sin embargo, fuera lo que fuera sus neuronas desconectaron por un momento y Laura decidió por una vez en su vida dejarse llevar y disfrutar del momento.

* * *

El sol de la mañana se filtraba suavemente a través de las cortinas de la casa de Carmen, llenando la cocina con una luz dorada. Laura se despertó con un dolor de cabeza punzante y una sensación de pesadez en el estómago. Se levantó lentamente, recordando fragmentos de la noche anterior con creciente vergüenza. No podía creer todo lo que había bebido.

Al entrar en la cocina, encontró a su madre con una gran sonrisa en el rostro, disfrutando de unos churros con chocolate. Carmen levantó la vista al verla y la saludó con entusiasmo.

—¡Buenos días, niña! ¿Cómo amaneciste? —dijo Carmen, animada.

Laura se frotó las sienes y suspiró.

—Buenos días, mamá. Me duele la cabeza... ¿Qué hora es?

—¡Hora de desayunar! —respondió Carmen, riendo—. Anda, siéntate. ¿No quieres unos churros con chocolate? Los ha traído ese chico tan simpático con el que pasaste la noche.

Laura parpadeó, tratando de recordar.

—¿Qué chico?

Carmen soltó una carcajada.

—¡Ay, hija, ese chico tan atractivo y gracioso! El que te trajo a casa anoche. No me di ni cuenta de a qué hora volviste, pero seguro que fue muy tarde. Me cayó genial. Tiene un acento español tan peculiar...

Laura se hundió en una silla, su mente tratando de encajar las piezas. Jalil. Recordaba vagamente haber discutido con él, y luego... se había acostado con él. Su cara se puso roja de vergüenza.

—Mamá, no... no es lo que piensas.

Carmen la miró con una mezcla de diversión y ternura.

—No te preocupes, hija. No tiene importancia. Ya hace tiempo que eres mayor de edad. Parecía un buen chico, y oye, hacía tiempo que no te veía con alguien así.

Laura enterró la cara en las manos.

—Mamá, por favor...

—Anda, no te pongas así. A veces hay que vivir un poco. —Carmen se levantó y empezó a preparar una infusión—. Te voy a hacer una infusión especial con miel de propóleo que dicen que levanta a un muerto. Te sentirás como nueva.

Laura suspiró, resignada, y tomó un churro. Jamás había hecho algo así, y la vergüenza la consumía. Mientras mordía el churro, el chocolate caliente y dulce la reconfortaba un poco.

—Él dijo que se llamaba Jalil, ¿verdad? —continuó Carmen mientras preparaba la infusión—. Me estuvo contando un poco sobre él, su padre debe tener mucho dinero. Es de Dubái y todo.

Aunque hablaba más de lo guapa que eres y lo bien que lo pasasteis.

Laura se atragantó con el churro.

—¿Él te contó eso?

—Sí, y qué apañado es. Me cae genial. Y tú deberías darle una oportunidad. Parecía interesado en ti, la verdad.

Laura suspiró, tratando de ignorar el rubor que cubría sus mejillas.

—Mamá, solo lo conocí anoche. No creo que sea buena idea...

Carmen le puso la taza de infusión delante.

—Bebe esto. Ya verás cómo te sientes mejor. Y no le des tantas vueltas. La vida es para disfrutarla. Mírame a mis años trabajando en la cocina del restaurante y tu padre, toda la vida trabajando ¿Para qué? Nunca pudo disfrutar de la jubilación. El pobre allí donde esté ahora.

Laura tomó un sorbo de la infusión, sintiendo el calor reconfortante que se extendía por su cuerpo. Su madre siempre sabía cómo hacerla sentir mejor, incluso en los momentos más incómodos.

—Gracias, mamá —dijo, sonriendo débilmente.

Carmen le acarició la mano.

—Siempre, hija. Y recuerda, no pasa nada por dejarse llevar de vez en cuando. A veces, esas son las mejores historias.

Laura asintió, agradecida por el apoyo de su madre, aunque aún no sabía cómo manejar la situación con Jalil. Pero por ahora, disfrutaría del desayuno y del consuelo que solo unos buenos churros con chocolate podían ofrecer.

6
Conflictos y chispas

Siglo XXI

La luz del día comenzaba a iluminar la majestuosa sala de reuniones del Palacio de Alcázar. Las paredes, decoradas con intrincados azulejos y frescos históricos, reflejaban la rica historia de este lugar emblemático. Laura Álvarez se sentó en una de las sillas de madera tallada, expectante por la reunión que estaba a punto de comenzar. Frente a ella, Luisa Torres y Raúl Gómez preparaban algunos documentos y objetos sobre la mesa.

Luisa Torres, una historiadora de 55 años, había dedicado su vida al estudio de la historia de Córdoba. Con su cabello canoso y su porte distinguido, emanaba sabiduría y experiencia. Era una consultora valiosa para el proyecto y tenía un vasto conocimiento sobre el palacio y sus veteranos habitantes. Raúl Gómez, de 45 años, era el jefe del equipo de arqueología y un mentor para Laura. Su figura paternal y su experiencia en el campo arqueológico ofrecían un apoyo inestimable para todo el equipo.

—Laura, estamos muy emocionados por lo que hemos encontrado en la nueva excavación —comenzó Luisa, con una sonrisa enigmática—. Antes de que te unieras al proyecto, descubrimos lo que parece ser una despensa antigua.

Raúl asintió, tomando la palabra.

—Sí, la despensa contenía diversos sellos y utensilios de origen árabe. Todo indica que perteneció a los Al-Farouq. —Raúl señaló un par de objetos sobre la mesa—. Aquí puedes ver algunos de los sellos y recipientes que encontramos. Estaban diseñados para almacenar aceite y otros alimentos.

Laura observó los objetos con interés. Los sellos tenían inscripciones en árabe y los utensilios mostraban un diseño meticuloso.

—Es fascinante —dijo Laura—. Pero ¿quiénes eran exactamente los Al-Farouq?

Luisa tomó un sorbo de su café antes de responder.

—Los Al-Farouq eran descendientes de una familia muy importante del califato Omeya. En el siglo XVI, bajo el reinado de Felipe II, se les obligó a convertirse al cristianismo. Aun así, mantuvieron ciertos privilegios debido a su posición como comerciantes adinerados.

Raúl añadió un objeto más a la mesa: un collar de oro y piedras preciosas, en excelente estado de conservación.

—Lo más extraño que encontramos fue este collar. —Raúl lo levantó para que Laura pudiera verlo mejor—. Según el sello, pertenecía a la familia Mendoza, los dueños del palacio de Alcázar y la familia más importante de Córdoba en aquel entonces. Nadie se explica qué hacía una joya así en la despensa de los Al-Farouq.

Laura miró el collar, intrigada. La joya, con su intrincado diseño y brillantes piedras preciosas, parecía fuera de lugar en un almacén de alimentos.

—Es un misterio —admitió Luisa—. Los Al-Farouq son una especie de leyenda histórica en Córdoba. Sabemos que existieron gracias a algunos documentos oficiales, pero hasta ahora no sabíamos dónde vivían. En algún momento del siglo XVI, desaparecen sin dejar rastro.

Raúl asintió, corroborando lo dicho por Luisa.

—Estamos ante un gran descubrimiento, Laura. La familia Mendoza era vecina de los Al-Farouq, y esta joya solo añade más misterio al asunto.

Laura reflexionó sobre la información, sintiéndose cada vez más fascinada por el enigma de los Al-Farouq. Luego, recordó el problema inmediato que enfrentaban.

—¿Qué vamos a hacer con respecto a la obra del hotel de lujo justo al lado de la excavación? —preguntó Laura, preocupada.

Luisa suspiró, su rostro reflejando la tensión de la situación.

—De momento tenemos las manos atadas. Hay mucha presión de la administración pública para llevar a cabo ese proyecto. Ya se han cedido los terrenos y el uso del palacio a la empresa de inversiones de Dubái. No sabemos cómo continuará el tema, pero debemos estar preparados para defender la importancia de nuestros hallazgos.

Laura asintió, entendiendo la gravedad del asunto. La arqueología y la preservación del patrimonio histórico a menudo chocaban con los intereses económicos y de desarrollo.

—Miguel ha planificado una reunión con los arquitectos esta tarde —continuó Luisa—. También ha llegado ya el responsable de la empresa de Dubái para tratar el asunto. Será mejor que tú y Marina estéis presentes para dar vuestro punto de vista respecto a la excavación y estar al día con todo.

Laura sintió una mezcla de emoción y aprensión. Sabía que sería una reunión crucial, no solo para el proyecto, sino también para la preservación de un importante fragmento de la historia de Córdoba. Miró a Raúl y Luisa, sintiendo gratitud por su apoyo y experiencia.

—Estaremos allí —afirmó Laura, con determinación—. Haremos todo lo posible para proteger este hallazgo.

* * *

La tarde caía lentamente sobre Córdoba cuando Jalil Rashid llegó al Palacio de Alcázar para la reunión con Miguel Serrano y los arquitectos. El sol dorado bañaba los patios y los muros antiguos, creando un contraste fascinante entre la historia y el presente. Jalil, con un aire de

determinación, se dirigió a la sala de reuniones. En realidad, no tenía ninguna gana de estar por allí entretenido con esos temas aburridos de trabajo, pero por lo menos haría acto de presencia. Luego podría irse a tomar unas cañas con unos colegas que había conocido en la fiesta de las cruces el fin de semana anterior. Al entrar en la sala, saludó a Miguel y se sirvió un café, intentando preparar su mente para las discusiones que se avecinaban.

Miguel Serrano, siempre atento y profesional, intercambió algunas palabras con Jalil antes de que los arquitectos comenzaran a organizar los planos y documentos sobre la mesa. Jalil estaba vertiendo azúcar en su café, sin hacer mucho caso a lo que hablaban los arquitectos y Miguel, cuando la puerta se abrió nuevamente y entraron Laura y Marina.

Laura se detuvo en seco, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Jalil, el hombre con el que había tenido aquel encontronazo la semana anterior, estaba frente a ella, mirándola con la misma sorpresa y confusión. Jalil, igualmente desconcertado, dejó caer la cucharilla en su taza, salpicando café por toda la mesa.

—¿Tú? —dijo Laura, con incredulidad y un toque de molestia en su voz.

—¿Tú? —respondió Jalil, sus ojos centelleando con una mezcla de sorpresa e irritación.

La sala se llenó de una tranquilidad tensa mientras todos los presentes observaban la escena con atención. Los arquitectos y Miguel también dejaron su conversación. Marina, que estaba justo detrás de Laura, no pudo evitar comentar en voz baja a Miguel y a uno de los arquitectos:

—Laura y ese chico se conocieron en la Fiesta de las Cruces. Y, por lo visto, hubo tema.

Miguel, percibiendo la creciente tensión, levantó una mano para calmar los ánimos.

—Por favor, mantengamos la calma y la seriedad. Estamos aquí para trabajar en el proyecto. —Miró a Jalil y Laura con firmeza—. Sé que esto puede ser incómodo, pero es fundamental que trabajéis juntos. Lo mismo ya lo sabes, pero por si acaso, Laura te presento a Jalil Rashid. Es el hijo de Karim Rashid. El dueño de Al-Jawhara Group. Lo ha enviado su padre a Córdoba durante el tiempo que dure el proyecto del hotel. El será nuestro contacto principal con Al-Jawhara Group y tomará decisiones respecto a la obra del hotel. Jalil, no sé hasta qué punto estás informado, pero te presento a Laura Álvarez. Es una de nuestras mejores arqueólogas. Trabaja desde hace unos días con Raúl Gómez en la excavación que hay justo al lado de los terrenos destinados al hotel.

— Lo que me faltaba, la chica amargada que desentierra momias —comentó Jalil. — Lo que me faltaba a mí. El machorro engreído con el cerebro de una mosca —añadió Laura.

Ni Jalil ni Laura estaban contentos con la idea, pero decidieron cerrar la boca, conscientes de que no tenían otra opción y de que la situación ya era bastante embarazosa con todo el público de la reunión delante. Los arquitectos comenzaron a desplegar los planos del hotel sobre la mesa, explicando con entusiasmo las características del proyecto.

—Habrá una conexión elevada —dijo uno de los arquitectos, señalando un corredor en los planos— que unirá el edificio moderno del hotel en el nuevo terreno con una de las alas del palacio. Esta área se acondicionará como un restaurante y cafetería para los huéspedes del hotel.

También podrán usarla los visitantes del museo.

Laura se inclinó para examinar los planos más de cerca, su ceño fruncido mientras analizaba la propuesta.

—Ese corredor estaría justo encima de la excavación de los Al-Farouq que empezamos hace unas semanas —dijo, señalando la ubicación exacta en el plano.

Miguel, observando los planos, asintió con seriedad.

—Laura tiene razón. Necesitamos más tiempo para investigar y determinar la importancia del yacimiento antes de continuar con esta parte del proyecto.

Jalil frunció el ceño, claramente frustrado.

—Mi padre quiere el hotel terminado cuanto antes. No podemos permitirnos más retrasos.

—No estamos pidiendo detener todo el proyecto, solo necesitamos tiempo para una evaluación adecuada —respondió Laura, alzando la voz un poco más de lo necesario—. La historia que estamos desenterrando es crucial para entender el pasado de Córdoba.

—Lo que es crucial es cumplir con los plazos, no conoces a mi padre de mal humor guapa —replicó Jalil, su tono igualmente elevado—. No podemos permitir que unos restos viejos con tres vasijas frenen una inversión millonaria.

Miguel intervino antes de que la discusión se intensificara.

—Basta, los dos. Entiendo las preocupaciones de ambos lados, pero tenemos que encontrar una solución que funcione para todos. No podemos ignorar los hallazgos arqueológicos, pero tampoco podemos detener el proyecto indefinidamente. Esos son los requerimientos de la administración pública a la que yo represento.

Marina, que había estado observando serena, se acercó a Miguel y susurró:

—Esto va a ser mucho peor de lo que imaginamos, ¿verdad?

Miguel asintió, sus ojos reflejando preocupación.

—Sí, Marina. Este proyecto va a ser un desastre.

Mientras los arquitectos discutían las posibles soluciones y problemas de la situación actual, Jalil y Laura intercambiaban miradas de disgusto como dos niños pequeños enfadados, conscientes de que su relación profesional iba a ser una completa tortura.

La reunión continuó con algunas otras propuestas, pero el ambiente estaba claramente cargado de tensiones personales y profesionales. Laura sabía que tendría que luchar para proteger el patrimonio histórico, mientras Jalil enfrentaba la presión de su familia y los inversores para cumplir con los plazos.

7
La tienda de tapices y telas

Siglo XVI

Córdoba, en el siglo XVI, brillaba con una mezcla de culturas y religiones que, aunque a menudo en tensión, habían aprendido a convivir. La ciudad, antigua joya del califato Omeya, conservaba en sus calles adoquinadas y en sus patios llenos de naranjos el testimonio de un pasado glorioso y una riqueza cultural incomparable. Las fachadas blancas de las casas, adornadas con azulejos de vivos colores, y las fuentes que refrescaban los patios interiores, creaban un ambiente de serenidad y belleza.

Los estrechos callejones serpenteaban entre las edificaciones, llevando a los visitantes a descubrir plazas escondidas donde se alzaban iglesias y mezquitas, reflejando la convivencia entre cristianos y moriscos. Las calles estaban llenas de vida, con mercaderes ofreciendo sus productos, el sonido de los pregoneros anunciando sus mercancías y el murmullo constante de la gente que iba y venía, inmersa en sus quehaceres diarios.

En el corazón de esta vibrante ciudad, se encontraba la tienda de telas y tapices de la familia Al-Farouq Jiménez, un testimonio de su herencia árabe y de su prominencia en el antiguo califato. La tienda era un espacio amplio y luminoso, con estanterías de madera oscura repletas de sedas y tapices que colgaban de las paredes, mostrando sus intrincados diseños y colores brillantes. El aroma de las especias y el incienso llenaba el aire, mezclándose con el suave murmullo de las conversaciones y el crujido de las telas al ser desplegadas.

Soraya, la esposa del dueño de la tienda, era una mujer de belleza notable, con ojos oscuros y expresivos que revelaban una profundidad de espíritu y una historia llena de secretos. Su piel, suave y ligeramente bronceada, y su porte elegante, la distinguían entre las mujeres de la ciudad. Aunque como todos obligada a convertirse al cristianismo, Soraya mantenía viva la memoria de su origen árabe, infundiendo en su hogar y en su negocio las tradiciones y valores de su ascendencia. En ese momento atendía a una clienta cristiana, una noble dama de la ciudad.

—Mi señora, este tapiz fue tejido en Damasco, siguiendo técnicas ancestrales —explicó Soraya, desplegando un tapiz con motivos florales intrincados.

—Es realmente bello —respondió la dama, aunque su tono dejaba entrever una mezcla de admiración y reticencia—. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si esta belleza oculta algún peligro.

Soraya, con una sonrisa paciente, replicó:

—Mi señora, la belleza no distingue de credos. Solo busca deleitar el alma.

A pocos pasos de allí, José, su esposo, un hombre robusto y de semblante amigable con una pasión evidente por el comercio, mostraba unas sedas a un grupo de mercaderes. Su voz resonaba con orgullo mientras describía la calidad y el origen de cada pieza, deleitando a los clientes con historias sobre los lugares exóticos de donde provenían las telas.

—Estas sedas vienen de Alejandría, trabajadas con hilos de oro —decía José, notando la fascinación en los ojos de los mercaderes.

Yusuf, su hijo, el que algún día sería el heredero del negocio, se movía con gracia entre las clientas de origen árabes trayendo vasos de té. Su tarea era básicamente atender sus necesidades con una mezcla de cortesía y conocimiento mientras esperaban. Sus ojos de una mirada intensa reflejaban su alma de poeta, siempre soñando con versos y relatos que trascendieran las fronteras de su realidad.

En un rincón de la tienda, otras dos mujeres cristianas conversaban en voz baja, sus miradas oscilando entre los productos y los dueños de la tienda.

—Es una pena que tengamos que tratar con ellos —murmuró una de las mujeres de mediana edad con expresión adusta—. Pero no hay mejor tienda de telas y tapices en toda Córdoba.

—Tienes razón —concedió su amiga, otra mujer más joven con rostro dulce pero preocupado—. Sin embargo, debemos recordar siempre nuestra posición.

Soraya, con una sonrisa paciente, replicaba a los comentarios que alcanzaba a escuchar, sin perder la calma ni la dignidad. Su habilidad para mantener la compostura y tratar a todos con respeto le había ganado la lealtad de muchos clientes, tanto cristianos como moriscos.

Al caer la tarde, cuando el bullicio de la tienda comenzaba a amainar, la familia Al-Farouq Jiménez a veces recordaba los tiempos pasados, cuando su linaje era reconocido y respetado en el califato Omeya. Ahora, aunque obligados a vivir bajo nuevas reglas y con una identidad impuesta, mantenían viva la esencia de su herencia, al menos en la intimidad, en cada hilo de seda y en cada tapiz que vendían.

Córdoba, llena de tensiones y contradicciones, se desplegaba ante ellos como un telar intrincado, cada hilo representando una vida, un secreto, un sueño no contado. Y en medio de todo, la tienda de los Al-Farouq ahora también Jiménez seguía siendo un punto de encuentro, un lugar donde lo mejor de dos mundos podía, al menos por el momento, coexistir en paz.

8
El mercado y el poeta

Siglo XVI

En esta época, el palacio de Alcázar en Córdoba resplandecía con todo su esplendor, una joya arquitectónica que dejaba sin aliento a quienes posaban sus ojos sobre ella. Sus doce patios, cada uno con su propio encanto y estilo único, eran un testimonio vivo de la riqueza y el poder de la familia Mendoza, una de las más influyentes de la ciudad. Los arcos de herradura, elegantemente tallados, se alzaban con gracia, enmarcando columnas de mármol pulido que reflejaban la luz del sol. Los intrincados azulejos, auténticas obras de arte, cubrían paredes y suelos, creando un ambiente de belleza y serenidad sin igual. Casi treinta sirvientes se afanaban diariamente, moviéndose como una maquinaria bien engrasada, para mantener el palacio en perfectas condiciones. Desde la meticulosa limpieza de los suelos de baldosas hasta el cuidado de los jardines, donde las flores más exquisitas florecían en armonía.

Isabel Mendoza era una joven de 20 años, con cabello castaño oscuro que caía en ondas suaves hasta la mitad de su espalda. Sus manos eran finas, a menudo manchadas de tinta, pintura o tiza por su amor a la pintura y el dibujo. Era hija de Don Fernando y Doña Beatriz, miembros de la nobleza cordobesa más influyentes y dueños del palacio de Alcázar.

Isabel era una chica introvertida, pero con una personalidad fuerte y determinada. Le encantaba escaparse del mundo externo para sumergirse en su arte, donde podía expresar sus emociones más profundas. Sin embargo, ese día estaba inquieta y no conseguía dar con la inspiración que necesitaba.

Isabel se encontraba en uno de los patios, sentada junto a un pozo, con un lienzo y pinceles en la mano. Sus ojos verdes se perdían en la belleza del lugar, pero su mente divagaba, buscando a esa musa que no llegaba. Isabel se aburría.

En ese momento, Juana pasó por allí con prisa, su delantal ondeando al viento. Llevaba una cesta vacía en la mano, lista para ir al mercado a comprar provisiones para la cocina. Isabel, al verla, se levantó de un salto y corrió hacia ella.

—¡Juana, espera! —exclamó Isabel, suplicante—. Por favor, déjame ir contigo al mercado. Necesito salir de aquí, estoy tan aburrida.

Juana se detuvo, mirando a Isabel con preocupación. Sabía que la ciudad podía ser peligrosa para una joven como ella, y no estaba segura de si era prudente llevarla.

—No sé, señorita Isabel... —dudó Juana, retorciendo nerviosamente su delantal—. La ciudad no

es lugar para una dama como usted.

—Por favor, Juana —insistió Isabel, con ojos suplicantes—. Prometo comportarme y no causar problemas. Además, podemos pedirle a Diego que nos acompañe, para mayor seguridad.

Juana suspiró, sabiendo que no podría resistirse a la súplica de Isabel. Al fin y al cabo, era la hija única de los señores. Con un asentimiento resignado, accedió.

—Está bien, señorita. Pero primero debemos buscar a Diego.

Isabel sonrió radiante y abrazó a Juana con entusiasmo. Luego, se apresuró hacia su habitación, subiendo las escaleras de dos en dos. Una vez allí, tomó un poco de papel y tiza, pensando que fuera del palacio encontraría mucha más inspiración para sus bocetos. Con el corazón lleno de emoción, se preparó para la aventura que le esperaba en las calles de Córdoba.

* * *

En el bullicioso mercado de la Plaza Mayor de Córdoba, Isabel Mendoza caminaba entre los puestos y tenderetes, dejándose envolver por el torbellino de colores, aromas y sonidos. Sus ojos verdes brillaban de emoción mientras observaba a los vendedores ofreciendo sus mercancías a voz en grito, creando un coro de palabras entremezcladas que inundaba el ambiente. La joven disfrutaba de cada detalle, desde los montones de frutas y verduras frescas apiladas en cestas de mimbre hasta las hileras de telas de vivos colores ondeando al viento. De vez en cuando se detenía para admirar la artesanía local, pasando sus delicados dedos sobre la cerámica esmaltada o las joyas de intrincado diseño. Era como si el zoco cobrara vida a su alrededor, transportándola a un mundo de maravillas donde cada rincón guardaba un tesoro por descubrir.

Juana, por su parte, se movía de un puesto a otro con determinación, regateando con los tenderos para conseguir los mejores precios. Su rostro, ligeramente ruborizado por el esfuerzo, denotaba una concentración absoluta en su tarea.

—¡Vamos, mujer, no seas tacaña! —exclamó un vendedor de frutas, alzando una jugosa naranja —. ¡Estas naranjas son las más dulces de toda Córdoba!

Juana negó con la cabeza, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No me vengas con esos cuentos, Tomás. La semana pasada me cobraste el doble por esas mismas naranjas. ¡Baja el precio o me iré a otro puesto!

Isabel observaba la escena con una sonrisa divertida, mientras trazaba líneas rápidas en su cuaderno de dibujo, capturando la esencia del mercado con su tiza. Los rostros de los vendedores, las cestas rebosantes de fruta, los colores vibrantes de las telas... Todo cobraba vida en su papel.

Diego, por su parte, se había distraído una vez más. Sentado en un rincón apartado, intentaba arreglar una abolladura en su espada, golpeándola suavemente con una piedra. Su ceño fruncido denotaba su concentración en la tarea, aunque sus intentos parecían ser en vano.

—Maldita sea —murmuró, exasperado—. ¿Por qué no se quita?

Isabel se acercó a él, divertida por su frustración.

—Diego, ¿no crees que sería mejor que la llevaras con un herrero? —sugirió con una sonrisa pícara.

El guardia levantó la mirada, avergonzado, y se rascó la nuca con torpeza.

—Sí, bueno... Supongo que tiene razón señorita Mendoza—admitió, guardando la espada con un suspiro—. Pero no se burle, ¿eh? Un guardia tiene que intentar arreglar sus propias armas.

Isabel rio suavemente y volvió a su dibujo, capturando la imagen de Diego con su espada abollada. El mercado era un verdadero espectáculo, y ella se sentía bendecida por poder plasmarlo en su arte.

La plaza se había vuelto un hervidero de actividad. Juana dejó un canasto con algunas compras en el suelo cerca de Diego y se dirigió a Isabel.

—No se aleje de Diego, señorita. El mercado puede ser un lugar peligroso, hay muchos bandidos merodeando —advirtió con su habitual tono nervioso—. Iré a mirar el puesto de hierbas, a ver si encuentro algo para los dolores de cabeza de Doña Beatriz.

Isabel asintió obedientemente y se sentó en una esquina del banco de piedra, dejando su bolsa de mano con las tizas y su rosario a su lado. Diego seguía inmerso en su tarea de arreglar la abolladura de su espada, ajeno a su entorno.

De pronto, un niño moro se acercó sigilosamente por detrás. Con un movimiento rápido, tomó la bolsa de Isabel y echó a correr, perdiéndose entre la multitud.

—¡Mi bolsa! —gritó Isabel, poniéndose de pie de un salto.

A unos metros de distancia, Juana chilló como una loca, sobresaltada por el alboroto. Sus ojos se abrieron con horror y sus manos comenzaron a temblar incontrolablemente.

Diego tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando vio al niño correr, dejó caer su espada y salió disparado en su persecución. Sin embargo, el pequeño bandido era mucho más ágil y rápido, escabulléndose entre los puestos y la gente con facilidad.

—¡Detenlo! ¡Ese niño me ha robado! —gritaba Isabel, señalando la dirección que había tomado el ladrón.

Diego corría tan rápido como podía, esquivando a los transeúntes y saltando sobre los tenderetes, pero el niño siempre iba un paso por delante. A pesar de sus esfuerzos, parecía que no lograría alcanzarlo.

La escena se desarrolló con intensidad en la bulliciosa plaza del mercado. Yusuf, de casualidad caminando con una caja de encargo de la tienda, presenció cómo el niño moro huía a toda velocidad delante del guardia. Sin dudarlo, dejó la caja en el suelo y agarró al pequeño bandido por sus harapos. El niño, sorprendido, soltó la bolsa que Yusuf rápidamente recuperó. Seguidamente, forcejeando, el morillo logró zafarse y desaparecer entre la multitud.

Yusuf regresó junto a Diego al lugar donde estaba Isabel. Juana, sobresaltada, rezaba en un rincón con las manos temblorosas. Al ver a Yusuf con su bolsa, Isabel corrió hacia él, aliviada.

—¡Oh, gracias al cielo! Es mi héroe del día —exclamó con una sonrisa radiante—. Me ha salvado mis preciadas tizas y mi rosario, que tiene un gran valor sentimental.

Los ojos de Isabel se posaron en Yusuf, admirando su porte elegante y rasgos árabes. Él la miró con amabilidad.

—No ha sido nada, señorita. Me alegro de haber podido ayudar.

—Permítame al menos recompensarle con uno de mis dibujos —insistió Isabel, tomando su cuaderno—. Déjeme hacer unos esbozos rápidos y prometo terminar el dibujo con calma en casa para entregárselo otro día.

Yusuf negó con la cabeza, sonriendo.

—No es necesario, pero lo aceptaré con gusto si insiste.

Mientras Isabel trazaba líneas rápidas en su cuaderno, Yusuf observó sus hábiles movimientos, admirando su talento.

—Por cierto, mi nombre es Yusuf Al-Farouq —dijo con cortesía—. Mi familia tiene una tienda de telas y tapices justo al lado del palacio de Alcázar.

Los ojos de Isabel se iluminaron con sorpresa.

—¡Qué casualidad! ¡No sabía que vivía tan cerca! Definitivamente pasaré por su tienda para entregarle este dibujo. Mi nombre es Isabel. Encantada de conocerlo.

Diego y Juana, sin embargo, estaban ansiosos por regresar al palacio y no dejaron a Isabel terminar de presentarse. Juana se acercó a Isabel, con el rostro aún pálido por el susto.

—Será mejor irnos, señorita. No es seguro permanecer aquí después de este incidente —murmuró, lanzando una mirada de desconfianza hacia Yusuf.

Isabel asintió y se despidió de Yusuf con una sonrisa cálida.

—Gracias de nuevo, Yusuf. Nos veremos pronto.

Mientras se alejaban, Juana no pudo evitar comentar con desaprobación:

—Esos moriscos son todos unos bandidos, señorita. No debería confiar en ellos.

Isabel frunció el ceño, negando con la cabeza.

—No todos son iguales, Juana. Yusuf me ha demostrado ser un buen hombre. No deberías juzgar a las personas por su origen.

Yusuf, por su parte, recogió la caja y se encaminó hacia su destino, con una sonrisa secreta en los labios ante el recuerdo de los vivaces ojos verdes de Isabel.

* * *

La suave brisa de la tarde acariciaba el patio de la alberca, creando pequeñas ondulaciones en la superficie del estanque. Isabel, con sus dibujos en el regazo, estaba sentada en uno de los bancos de piedra, disfrutando de la tranquilidad del lugar. De repente, escuchó el crujir de una falda de seda y el tintineo de joyas.

—¡Isabel, querida! —La voz cantarina de Sofía de la Vega resonó en el patio—. Aquí estás, escondida como una ermitaña.

Isabel levantó la mirada y sonrió al ver a su amiga acercándose con gracia. Sofía llevaba un elaborado vestido de muselina azul claro, adornado con encajes y pequeñas perlas que brillaban a la luz del sol. Su cabello rubio estaba recogido en un elegante peinado, dejando caer algunos rizos rebeldes que enmarcaban su rostro.

—Sofía —saludó Isabel con cariño—. No estoy escondida, simplemente disfrutando de la tranquilidad de este rincón.

Sofía se sentó a su lado con un suspiro exagerado, abanicándose con un pequeño abanico de encaje.

—Ay, Isabel, deberías unirte a nuestras actividades con las otras chicas más a menudo. Últimamente parece que solo piensas en tus dibujos y tus libros.

Isabel rio suavemente.

—Sabes que disfruto de vuestra compañía, pero a veces necesito este tiempo a solas para inspirarme.

Sofía miró los dibujos con curiosidad.

—¿Qué estás dibujando ahora? ¿Otro bodegón de frutas? ¿O quizás un retrato de algún apuesto caballero?

Sus ojos azules brillaron con picardía, pero Isabel negó con la cabeza.

—¡Sofía, no vas a creer lo que me ha pasado en el mercado! —exclamó Isabel con emoción.

Rebuscó entre los dibujos y le mostró el boceto rápido terminado de un joven apuesto con rasgos árabes y una mirada penetrante.

—¿Ves a este chico? Se llama Yusuf Al-Farouq y me salvó cuando un niño me robó la bolsa con mis tizas y mi rosario. ¡Fue muy valiente al detener al ladrón!

Sofía abrió mucho los ojos, fascinada por el relato.

—¡Ay, Isabel! Qué aventura más emocionante. Y el chico es muy guapo, sin duda. ¡Qué romántico que un joven te haya rescatado!

Isabel asintió con una sonrisa soñadora.

—Es tan apuesto e interesante. Me contó que su familia tiene una tienda de telas y tapices justo

al lado del palacio. Le prometí llevarle el dibujo terminado.

Sofía se llevó una mano al pecho con gesto dramático.

—¿Vas a ir a su tienda? ¡Pero Isabel, es un moro convertido! No deberías...

—Ya sé lo que vas a decir —la interrumpió Isabel con un gesto de la mano—. Pero Yusuf parece un buen hombre. No puedo juzgarlo solo por su origen.

Sofía frunció los labios, dudosa.

—Aun así, es peligroso. ¿Y si le das esperanzas indebidas? Una señorita como tú no debería...

—¡Oh, vamos! —rio Isabel—. Solo voy a entregarle un dibujo, nada más. Ven conmigo, será divertido. Nunca has visto una tienda árabe por dentro, ¿verdad?

Los ojos de Sofía brillaron con curiosidad repentina. Negó con la cabeza lentamente.

—No, la verdad es que no. Debe ser todo un espectáculo.

—¡Entonces está decidido! —Isabel se puso de pie con entusiasmo—. Vamos ahora mismo antes de que anochezca.

Sofía dudó un instante más, pero la aventura le resultaba demasiado tentadora. Asintió y se levantó también, alisando su vestido.

—Está bien, iré contigo. Pero prométeme que seremos prudentes, Isabel.

Isabel rio y le tomó del brazo con afecto.

—¡Por supuesto! Ahora vamos, no perdamos más tiempo.

Ambas amigas salieron del patio, dirigiéndose a la misteriosa tienda de los Al-Farouq junto al palacio. Sofía ya se imaginaba todo tipo de maravillas exóticas, ansiosa por descubrir ese mundo desconocido.

9
Promesa de protección

Siglo XVI

Don Fernando Mendoza se revolvía inquieto entre las sábanas de seda de un lecho que no era el suyo. Sus ojos, normalmente serenos y penetrantes, se encontraban ahora fuertemente cerrados, mientras su mente era asaltada por imágenes oníricas de un pasado lejano. Tenía por aquel entonces 28 años y esperaba un encuentro secreto al atardecer, nervioso en un lugar oculto a otros ojos en la mezquita de Córdoba.

El joven Fernando caminaba de un lado a otro, frotándose las manos sudorosas contra la tela de su jubón. La luz del ocaso se filtraba a través de los ventanales emplomados, bañando el pequeño patio interior con tonos anaranjados. Cada sonido, cada sombra, lo ponía en alerta, temiendo ser descubierto.

De pronto, el suave crujir de una puerta entreabierta a lo lejos captó su atención. Una figura esbelta y velada se deslizó dentro del patio, envuelta en gasas y sedas de colores vibrantes. Fernando contuvo el aliento.

Soraya se acercó a él, su corazón latiendo con fuerza contra su pecho. Cada paso que daba era un tormento, pues temía ser descubierta y condenada por sus encuentros prohibidos con Don Fernando Mendoza. Sin embargo, la desesperación la empujaban a buscar su ayuda.

Con manos temblorosas, retiró el velo que cubría su rostro, revelando unos rasgos delicados y unos ojos verdes que reflejaban una mezcla de temor y esperanza. Don Fernando la observó acercarse, su mirada recorriendo aquella figura esbelta y cautivadora.

—Don Fernando —susurró Soraya con voz queda—. Gracias por acudir a mi llamada.

El noble asintió con solemnidad, tomando la mano de Soraya entre las suyas.

—Decidme qué os atormenta, mi estimada señora. Mis oídos están prestos a escuchar vuestra aflicción.

Los labios de Soraya temblaron ligeramente antes de comenzar su relato:

—Días ha, un noble menor y sin escrúpulos, Don Rodrigo de Guzmán, se ha presentado ante mi familia con una demanda despiadada. Exige una bolsa repleta de monedas de oro cada mes, o de lo contrario nos denunciará ante la temible Inquisición por nuestra ascendencia morisca.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Soraya mientras hablaba, su voz cargada de angustia.

—El miedo se ha apoderado de mi esposo José y de mí misma. Tememos perderlo todo, incluyendo nuestras vidas, si no accedemos a las exigencias de ese hombre cruel. Por ello os imploro, Don Fernando, que nos brindéis vuestro amparo y protección.

Don Fernando apretó los puños, la ira bullendo en su interior ante tal injusticia. Acercó a Soraya hacia sí, envolviéndola en un abrazo reconfortante.

—No temáis más, mi querida Soraya. Ese canalla no volverá a atormentaros ni a vuestra familia. Os doy mi palabra de que tomaré cartas en el asunto y os libraré de sus garras.

* * *

Don Fernando se encontraba en su despacho de la planta superior del palacio de Alcázar. La estancia estaba decorada con elegancia, reflejando el poder y la riqueza de su linaje. Un enorme escritorio de caoba ocupaba el centro, cubierto de pergaminos y tinteros. A su alrededor, altas estanterías rebosaban de libros encuadernados en piel.

Con el ceño fruncido, Don Fernando tamborileaba sus dedos sobre la superficie del escritorio, su mente bullendo de indignación ante la afrenta sufrida por Soraya y su familia. No permitiría que un noble menor y despreciable como Don Rodrigo de Guzmán siguiera atormentándolos con sus despiadadas demandas.

Decidido a actuar, llamó a uno de sus guardias de confianza con un gesto firme de su mano. El hombre, ataviado con los colores de la casa Mendoza, se acercó presuroso e hizo una reverencia.

—Llamadme, señor —dijo con voz grave.

Don Fernando se puso de pie, irguiendo su imponente figura. Sus ojos avellana brillaban con determinación.

—Quiero que localices de inmediato a Don Rodrigo de Guzmán. Tráelo ante mí, aunque sea a la fuerza si es necesario. Tengo un asunto de suma importancia que tratar con ese bellaco.

El guardia asintió solemnemente, sin atreverse a cuestionar las órdenes de su señor.

—Como ordenéis, Don Fernando. Partiré de inmediato en su búsqueda.

Con una última reverencia, el hombre abandonó el despacho, dejando a Don Fernando sumido en sus pensamientos. Sus manos se cerraron en puños, la rabia ardiendo en su interior ante la injusticia cometida contra Soraya y su familia. Nadie, ni siquiera un noble menor, podría abusar de su poder de esa manera bajo su vigilancia.

Don Fernando se acercó a la ventana, contemplando los jardines del palacio que se extendían más allá. La brisa matutina agitaba suavemente las copas de los árboles, pero no lograba aplacar el fuego que ardía en su interior. Estaba decidido a poner fin a las amenazas de Don Rodrigo, sin importar lo que tuviera que hacer.

Momentos después, las puertas del despacho se abrieron de golpe y dos fornidos guardias escoltaron a Don Rodrigo de Guzmán hasta la presencia de Don Fernando. El noble menor, de complexión delgada y mirada esquiva, se estremeció al encontrarse bajo la mirada gélida del

dueño del palacio.

Don Fernando se puso de pie lentamente, su imponente figura proyectando una sombra intimidante sobre Don Rodrigo. Con un semblante que no admitía réplica, clavó sus ojos avellana en el hombre que había osado atormentar a Soraya y su familia.

—Escuchadme bien, Don Rodrigo —dijo con voz grave, cada palabra cargada de autoridad—. Si volvéis a molestar a la familia Al-Farouq, os aseguro que haré de vuestra vida un infierno. Ni siquiera la Inquisición podrá protegeros de mi ira.

Don Rodrigo palideció, su arrogancia desvaneciéndose ante la amenaza velada de Don Fernando. Intentó balbucear una disculpa, pero las palabras murieron en su garganta reseca.

Con un gesto imperioso, Don Fernando ordenó a uno de sus sirvientes que se acercara. El hombre se apresuró a obedecer, llevando en sus manos una pesada bolsa que tintineaba con el sonido del oro.

—Tomad esto —espetó Don Fernando, arrojando la bolsa a los pies de Don Rodrigo—. Es el precio por vuestra cobardía y avaricia. Marchaos ahora y no volváis a cruzar mi camino, o de lo contrario, conoceréis la verdadera ira de los Mendoza.

* * *

La tarde comenzaba a caer sobre Córdoba cuando Don Fernando salió de su palacio, envuelto en una capa oscura que ocultaba su rostro. Con pasos resueltos, se encaminó por las estrechas callejuelas hacia la tienda de los Al-Farouq.

Mientras se acercaba, divisó a José Al-Farouq saliendo de la tienda cargado con varios bultos. Don Fernando se detuvo en un callejón cercano, esperando pacientemente hasta que el hombre se alejó en dirección al zoco.

Una vez a solas, Don Fernando cruzó la calle y llamó a la puerta de la tienda con tres golpes firmes. Momentos después, la puerta se entreabrió y el rostro de Soraya asomó con cautela. Al reconocer a su visitante, sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Don Fernando —susurró, invitándolo a entrar con un gesto apremiante.

Una vez dentro de la tienda, Soraya se apresuró a cerrar la puerta tras ellos, ofreciendo a Don Fernando un cojín para que se sentara.

—No esperaba veros aquí, mi señor —dijo con voz queda—. ¿Ha ocurrido algo?

Don Fernando se quitó la capa, revelando su imponente figura ataviada con ropajes oscuros y elegantes. Su semblante, normalmente sereno, reflejaba una expresión resuelta.

—Podéis estar tranquila, Soraya —respondió con voz grave—. He hablado con Don Rodrigo de Guzmán y he puesto fin a sus amenazas. Ese bellaco no volverá a molestar a vuestra familia.

Los ojos de Soraya se abrieron con alivio, una sonrisa curvando sus labios. Sin embargo, en su mirada también había una chispa de inquietud, como si temiera las consecuencias de las acciones

de Don Fernando.

—Os lo agradezco profundamente, mi señor —dijo con sinceridad—. Pero temo que hayáis tenido que enfrentaros a grandes peligros por nuestra causa.

Don Fernando sacudió la cabeza, restándole importancia al asunto con un gesto de su mano.

—No debéis preocuparos por eso, Soraya. Haría cualquier cosa por proteger a aquellos que me importan, incluso si eso significa enfrentarme a los más peligrosos enemigos.

* * *

Don Fernando se despertó sobresaltado, su cuerpo bañado en un sudor frío. Respiraba agitadamente, sus ojos desorbitados escudriñando la penumbra de la habitación. Fue entonces cuando sintió el suave roce de una mano sobre su pecho desnudo.

—¿Qué ocurre, mi señor? —la voz aterciopelada de Soraya lo envolvió con ternura—. Ha sido sólo una pesadilla.

Don Fernando se giró hacia ella, encontrando su mirada comprensiva. Soraya yacía a su lado, las sábanas de seda cubriendo parcialmente su cuerpo desnudo. Lentamente, su respiración se fue calmando al contemplar su hermoso rostro.

—He vuelto a soñar con aquellos días oscuros —confesó con voz grave—. Cuando ese bellaco de Rodrigo de Guzmán os atormentaba.

Soraya se acercó más a él, acariciando su mejilla con delicadeza. Un gesto que transmitía tanto afecto como consuelo.

—Eso quedó en el pasado, mi amado —susurró, depositando un suave beso en sus labios—. Hace ya muchos años que ese hombre no puede hacernos daño.

Don Fernando asintió, aunque su semblante aún reflejaba cierta inquietud. Tras unos instantes, preguntó:

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Algunas horas, seguramente —respondió Soraya con una leve sonrisa—. No debéis preocuparos, mi esposo José partió esta mañana en un barco por el Guadalquivir para recoger mercancías. No regresará hasta dentro de tres días. Mi hijo Yusuf se está encargando de la tienda abajo. Es un buen chico.

Aquellas palabras parecieron tranquilizar a Don Fernando, quien se incorporó lentamente en la cama. Sabía que debía marcharse antes de que alguien pudiera descubrir su presencia allí.

—Es hora de que me vaya —anunció con pesar, buscando su camisa en el suelo.

Soraya lo observó vestirse sin decir palabra, admirando cada uno de sus movimientos. Cuando Don Fernando estuvo listo, ella se levantó también, cubriendo su desnudez con unas sedas.

—Tened cuidado al salir por la puerta lateral del patio —le advirtió con voz queda—. No

debemos levantar sospechas.

Don Fernando asintió y, tomando el rostro de Soraya entre sus manos, la besó con pasión contenida. Un beso que decía más que mil palabras, un beso cargado de promesas y anhelos prohibidos.

Cuando finalmente se separaron, Don Fernando se envolvió en su capa y, con un último intercambio de miradas, abandonó sigilosamente la estancia.

10
Un amor imposible

Siglo XVI

Isabel y Sofía se detuvieron ante la entrada de la tienda de los Al-Farouq. Sofía lanzó una mirada dubitativa a su amiga.

—Isabel, no estoy segura de que sea apropiado que entremos aquí —murmuró, retorciendo sus manos enguantadas—. Después de todo, son... bueno, moriscos.

Isabel negó con la cabeza, su mirada firme.

—Yusuf fue muy amable conmigo en el mercado. Merece que le entregue este dibujo como muestra de mi gratitud.

Sin esperar respuesta, Isabel empujó la puerta y se adentró en la tienda. Sofía vaciló un instante antes de seguirla, observando con recelo los intrincados diseños que adornaban las paredes.

El interior era un mundo de colores y aromas exóticos. Telas de seda, terciopelo y brocados colgaban en elegantes pliegues de las estanterías, mientras que tapices con motivos geométricos y florales cubrían las paredes. En una mesa cercana, Yusuf se encontraba ordenando una pila de telas recién llegadas.

Al escuchar la puerta, alzó la vista y su rostro se iluminó con una cálida sonrisa.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó, acercándose a ellas—. Bienvenidas a nuestra humilde tienda.

—Lamento importunar, Yusuf —respondió Isabel con una leve reverencia—. Sólo quería entregar este pequeño obsequio como muestra de mi gratitud por la ayuda en el mercado.

Le tendió el dibujo cuidadosamente enrollado. Yusuf lo desenvolvió con delicadeza, sus ojos ensanchándose al contemplar los trazos finos y detallados.

—Es magnífico —murmuró, genuinamente impresionado—. Si mi madre me lo permite, lo colgaré aquí mismo para que todos puedan admirar el talento de tan diestra artista.

Isabel se ruborizó ante el cumplido, mientras que Sofía observaba boquiabierta la exquisita colección de telas que los rodeaba.

—Vuestras mercancías son realmente extraordinarias —comentó, acariciando con reverencia un trozo de seda bordada con hilos de oro.

—Os lo agradezco, señorita —Yusuf le dedicó una leve inclinación—. ¿Tal vez deseáis probaros alguna de nuestras telas? Sería un honor.

Antes de que Sofía pudiera responder, Yusuf ya estaba extendiendo varias piezas sobre el mostrador, instándola a admirar los colores y texturas. Mientras Sofía se deleitaba envuelta en un chal de gasa.

Isabel se giró hacia Yusuf con una sonrisa amistosa.

—¿Estás solo en la tienda hoy?

Yusuf negó con la cabeza.

—Mi madre se encuentra arriba, en nuestra vivienda. A esta hora no suele haber demasiados clientes, por lo que me ocupo yo solo de vigilar y atender a quien venga.

Se acercó a un pequeño brasero de bronce que despedía un aroma especiado.

—¿Os apetecería probar un té de menta árabe? Es una bebida refrescante que seguro disfrutaréis.

Sofía vaciló, mirando de reojo a Isabel. Su amiga asintió con entusiasmo.

—Me encantaría. Nunca he probado algo así.

Animada por la respuesta de Isabel, Sofía también aceptó. Yusuf sirvió dos pequeñas tazas de cristal con un líquido de un intenso color ámbar. Les indicó que soplaran antes de beber para no quemarse.

Isabel tomó un sorbo cauteloso y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Está delicioso! Jamás he probado un sabor tan fresco y dulce.

—Añadimos una generosa cantidad de azúcar —explicó Yusuf con una sonrisa—. Antes de que se descubriera el Nuevo Mundo y comenzara a importarse, no se conocía en estas tierras. Pero desde entonces, todas las familias árabes bebemos el té bien endulzado.

Sofía dio un tímido sorbo a su taza y sus mejillas se arrebolaron de placer.

—Es verdaderamente exquisito. Una delicia para el paladar.

Ambas jóvenes saborearon el té en calma, disfrutando de los aromas y texturas exóticas que las rodeaban. Por un momento, se sintieron transportadas a un mundo de colores, especias y sueños lejanos.

Yusuf depositó su taza con delicadeza y miró a Isabel con renovada curiosidad.

—Si no es mucha indiscreción, ¿cómo es que una dama de vuestro rango puede salir a la ciudad sin compañía ni escolta?

Isabel se removió en su asiento, lanzando una mirada cómplice a Sofía.

—En realidad... nos hemos escapado un poco del palacio —confesó con una sonrisa pícara—.

Aunque no ha sido difícil, ya que vivimos justo al lado.

Yusuf abrió los ojos de par en par, observando con renovado interés a las dos jóvenes.

—¿Del palacio? ¿Acaso sois...?

—Isabel Mendoza, hija de Don Fernando y Doña Beatriz —completó ella con una leve reverencia.

Yusuf pareció contener el aliento, mirándola con asombro. Nunca habría imaginado que la joven que ayudó en el mercado pertenecía a una de las familias nobles más importantes de Córdoba.

—Me siento honrado de teneros en mi humilde tienda, señorita —musitó con sincera devoción —. Si me lo permitís, me encantaría poder visitar algún día vuestro majestuoso palacio.

Isabel esbozó una cálida sonrisa, sus ojos chispeando con picardía.

—Por supuesto, estaré encantada de recibirte. No será ningún problema. Paso la mayor parte del tiempo sola en alguno de los patios mientras mi padre se ocupa de sus asuntos de política y negocios. Siempre está trabajando en su despacho o fuera del palacio.

Su semblante se ensombreció levemente.

—Y mi madre... bueno, ella no goza de buena salud. A menudo permanece encerrada en sus aposentos todo el día, aquejada por una especie de enfermedad de tristeza, según he oído al médico.

Yusuf la escuchaba embelesado, cautivado por la delicadeza de sus rasgos y la profundidad de sus ojos verdes. Cuando Isabel volvió a mirarlo con una sonrisa amistosa, no pudo evitar corresponder con una cálida expresión.

Ambos rieron con ligereza, disfrutando de la cálida tarde y de la compañía del otro como buenos amigos, ajenos a los hilos invisibles del destino que comenzaban a entrelazarse a su alrededor.

* * *

Unos días más tarde, Yusuf se aventuró en una audaz travesía al corazón del palacio de Alcázar. Con una astucia innata, se hizo pasar por un mensajero y logró colarse dentro sin levantar la más mínima sospecha. Su único anhelo era poder visitar en secreto a Isabel.

La encontró en el idílico Patio de los Gatos, arrodillada junto a los felinos que tanto adoraba. Con ternura, les ofrecía unas migajas mientras ellos se arremolinaban a su alrededor, ronroneando y restregándose contra sus piernas. Una sonrisa radiante iluminaba el rostro de Isabel, transportada a un mundo de inocente alegría.

Al divisar a Yusuf, sus ojos se abrieron de par en par, reflejando una mezcla de sorpresa y deleite. Levantándose con gracia, se acercó a él con pasos ágiles.

—¡Yusuf! ¿Cómo has logrado entrar? —susurró con una risa cristalina.

El joven árabe esbozó una sonrisa traviesa.

—He engañado a los guardias diciendo que traía un importante mensaje que tenía que entregar. Uno de ellos, un tal Diego, parecía ser muy amable y no sospechó nada. Y el otro... bueno, no recuerdo su nombre, pero tampoco puso demasiados reparos.

Isabel rio con ganas, sacudiendo la cabeza.

—¡Oh, sí! Diego es todo un personaje. Un alma bondadosa, aunque un poco despistado. —Sus ojos brillaban con picardía—. Ven, déjame mostrarte los rincones más bellos de nuestro palacio.

Tomándolo de la mano, Isabel se convirtió en una entusiasta guía, conduciéndolo a través de patios exquisitamente decorados y amplios salones. A medida que avanzaban, Yusuf no podía evitar maravillarse ante la magnificencia que los rodeaba: los detalles tallados en piedra, las fuentes de mármol, los artesonados de madera labrada.

De vez en cuando, algún sirviente o empleado cruzaba su camino, cargado con bandejas o cestas. Pero nadie les prestaba la más mínima atención, demasiado absortos en sus quehaceres diarios. Sin duda, asumían que Yusuf era un nuevo ayudante al que la señorita Isabel estaba instruyendo con paciencia.

Aquella tarde marcó el inicio de un idilio clandestino que floreció con cada encuentro furtivo. A veces se reunían en la tienda de los Al-Farouq, aprovechando los momentos en que había pocos clientes y los padres de Yusuf estaban ausentes. Otras veces, Isabel ideaba pretextos para citarse con Yusuf en los rincones apartados del palacio.

—Traerán un importante paquete para mi padre —les diría a los guardias con aire misterioso—. Yusuf, el chico morisco lo traerá luego del mercado. Luego aparecía Yusuf con una cesta llena de trapos.

Los despistados centinelas asentían sin sospechas, permitiendo que ambos jóvenes se escabullesen hacia algún patio solitario.

Una vez a solas, Isabel se apresuraba a mostrarle sus últimos bocetos y pinturas. Con dedos expertos, le describía cada trazo y sombra, los matices de color que intentaban capturar la belleza del mundo que la rodeaba. Yusuf la escuchaba embelesado, perdido en la pasión que ardía en sus ojos esmeralda.

Cuando Isabel hacía una pausa para tomar aliento, era el turno de Yusuf de deleitar sus sentidos. Con voz aterciopelada, recitaba poemas árabes y cuentos antiguos que había aprendido de su padre. Narraba historias de desiertos interminables y noches estrelladas, de caravanas y mercaderes, de princesas y héroes valientes.

A veces, cuando la quietud se alargaba entre ellos, Yusuf se aventuraba a compartir sus propias composiciones. Versos que hablaban del anhelo y la belleza, del dolor del destierro, de la pasión que ardía en su pecho. Palabras que fluían desde lo más profundo de su alma.

Isabel lo escuchaba con los ojos cerrados, dejando que las melodías de su lengua materna la envolvieran en un embrujo. Imaginaba desiertos de dunas doradas y oasis de aguas cristalinas, el canto de los almuédanos y el aroma de las especias.

Cuando los últimos ecos de la poesía se desvanecían, sus miradas se encontraban cargadas de un deseo silencioso. Yusuf tomaba su mano con reverencia, depositando un beso en su palma, como si ella fuera la más preciada de las joyas.

Una de esas tardes que quedaban a escondidas, Isabel guio a Yusuf hacia el Patio del Limón, un rincón particularmente encantador del palacio. Los limoneros desplegaban su frondosa presencia, bañando el ambiente con una fragancia cítrica que evocaba el frescor del Mediterráneo.

Tomaron asiento en un banco de piedra, resguardados bajo la sombra de uno de los árboles. Isabel extrajo un pequeño objeto envuelto en un pañuelo de seda.

—Tengo algo para ti —dijo con una sonrisa enigmática.

Yusuf la miró con curiosidad mientras ella desenvolvía cuidadosamente el presente. Dentro había una pluma de ganso, un tintero de cerámica y un puñado de hojas de pergamino.

—Son para que puedas escribir tus poemas —explicó Isabel con un brillo travieso en sus ojos verdes—. Así podrás plasmar tus bellas palabras para que perduren en el tiempo.

Yusuf contuvo el aliento, maravillado ante aquel obsequio. El pergamino y la tinta eran lujos costosos que su familia rara vez podía permitirse. Con dedos temblorosos, acarició las suaves hojas en blanco, imaginando los versos que brotarían de su alma para cubrirlas.

—No puedo aceptarlo —musitó, aunque sus ojos contradecían sus palabras—. Es demasiado valioso.

Isabel negó con la cabeza, su cabello castaño meciéndose en suaves ondas.

—Es un regalo que anhelo hacerte. Tus poemas merecen ser inmortalizados. —Tomó su mano con delicadeza—. Por favor, acéptalo. Me hará muy feliz.

Yusuf se rindió ante la calidez de su mirada, incapaz de negarle nada. Asintiendo en silencio, aceptó el obsequio con reverencia.

Una sonrisa radiante iluminó el rostro de Isabel al ver su gesto. Impulsivamente, tomó el tintero y la pluma, entregándoselos a Yusuf.

—Escribe algo para mí —pidió con un anhelo casi infantil—. Quiero verte crear una de tus maravillosas composiciones.

Yusuf titubeó, sintiéndose repentinamente cohibido bajo su mirada expectante. Sumergió la pluma en la tinta negra como la noche y la dejó deslizarse sobre el pergamino, trazando palabras que fluían desde las profundidades de su corazón.

Mientras escribía, su semblante se suavizaba, transportado a un mundo donde solo existían las emociones más puras. Isabel lo observaba embelesada, bebiendo cada uno de sus movimientos con avidez.

Cuando la última palabra quedó plasmada, Yusuf alzó la mirada hacia ella con timidez. Isabel tomó el pergamino y leyó para sí misma los versos que acababa de componer, una sonrisa

extática curvando sus labios.

Sin decir una palabra, Yusuf se inclinó hacia ella y depositó un beso tenue en su mejilla. Un roce cargado de ternura y devoción que estremeció cada fibra del ser de Isabel.

Se separaron lentamente, ambos con las mejillas encendidas y el corazón acelerado. Yusuf guardó con sumo cuidado la pluma y el tintero, atesorando aquel regalo más que cualquier joya.

Cuando Yusuf, ya se había marchado esa tarde, Isabel permaneció sentada en el banco, con la mirada perdida entre los limoneros, flotando en una nube de ensoñación. El beso de Yusuf aún se notaba en su mejilla, sus palabras permanecían grabadas a fuego en su alma.

* * *

Era una mañana soleada en Córdoba y los rayos del sol se filtraban a través de las enredaderas que cubrían el patio interior de la casa de los Al-Farouq. Soraya, con su elegante vestido de seda color azafrán, recogía las naranjas maduras que habían caído del árbol, depositándolas con cuidado en una cesta de mimbre.

Una vez terminada su tarea, se dirigió hacia la despensa contigua. Sus pies descalzos apenas producían sonido alguno sobre las baldosas de barro cocido que adornaban el suelo. Dejó la cesta en un rincón y se acercó a las grandes tinajas alineadas contra la pared, donde se almacenaban los preciados aceites de oliva.

Con movimientos gráciles, Soraya tomó una pequeña jarra de cerámica y la sumergió en una de las tinajas, llenándola con el líquido ámbar. El aroma intenso y terroso del aceite la envolvió, evocando recuerdos de su tierra natal.

Fue entonces cuando sus ojos se posaron en un pequeño cofre de madera tallada, oculto entre las sombras de un rincón detrás de otras tinajas. Un leve rubor tiñó sus mejillas mientras se acercaba a él con pasos sigilosos, como si temiera ser descubierta.

Tras asegurarse de que nadie la observaba, Soraya abrió el cofre con manos temblorosas. Dentro, envuelto en un paño de seda, descansaba un collar ancestral, forjado en oro y engastado con piedras preciosas que reflejaban la luz en destellos hipnóticos.

Con reverencia, Soraya extrajo el collar y lo contempló extasiada. Sus dedos recorrieron los intrincados diseños tallados en el metal, evocando leyendas y tradiciones ancestrales. Aquel tesoro era un recordatorio de su herencia, de un pasado que había debido abandonar a la fuerza.

Pero no era el único objeto que guardaba celosamente en aquel cofre. Con cuidado, Soraya extrajo un pergamino enrollado, atado con un delicado cordón de seda. Lo desenrolló con manos temblorosas, revelando una misiva escrita con una caligrafía elegante y fluida.

Eran las palabras de Don Fernando Mendoza, el hombre al que había entregado su corazón años atrás, cuando ambos eran jóvenes e imprudentes. Aquellas líneas destilaban una pasión ardiente, promesas de un amor eterno que desafiaba todas las convenciones sociales.

Una sonrisa soñadora se dibujó en los labios de Soraya mientras leía las palabras una vez más, permitiendo que la calidez de aquellos sentimientos la envolviera. Sin embargo, sus ojos se

ensombrecieron ligeramente, pues sabía que aquel amor estaba condenado a permanecer oculto, una llama que debía arder en secreto.

En la sociedad cordobesa del siglo XVI, su unión con Don Fernando era impensable. Ella, una morisca de origen humilde, y él, un noble cristiano de alcurnia, estaban separados por un abismo infranqueable de prejuicios y convenciones. Aunque se amaban con una pasión inextinguible, debían conformarse con encuentros furtivos y momentos robados, ocultando su amor a los ojos del mundo.

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de Soraya mientras acariciaba el pergamino con anhelo. Aquel amor prohibido era a la vez su mayor dicha y su más profunda tristeza. Un sueño imposible que debía permanecer encerrado en las sombras, como aquel collar que le había regalado Don Fernando y que jamás podría lucir en público.

11
Colaboración forzada

Siglo XXI

El patio de las Rejas resplandecía bajo el sol del medio día, los haces de luz filtrándose a través de las enrejadas ventanas y creando un caleidoscopio de sombras bailarinas sobre el suelo de baldosas. Roberto Martínez se encontraba allí, su porte erguido y su mirada analítica recorriendo cada rincón con meticulosa atención.

A su lado, Jalil Rashid exhalaba una bocanada de humo de su cigarrillo, con gesto despreocupado. Sus ojos se desviaban constantemente hacia el exterior, donde se divisaba la excavación arqueológica y la obra en construcción del nuevo hotel.

—Como puedes ver, los trabajos avanzan según lo previsto —comentó Roberto con tono profesional—. Hemos decidido que el nombre oficial del establecimiento será Hotel Alcázar Qurtuba, en honor a la rica herencia de esta ciudad.

Jalil asintió distraídamente, sin apartar la mirada de la ventana enrejada. Roberto prosiguió, ajeno a la falta de interés de su interlocutor.

—Será un hotel de lujo de cinco estrellas, con todas las comodidades y servicios que uno esperaría de un establecimiento de esta categoría. Los planos ya están terminados y hemos incorporado elementos de diseño que reflejan la arquitectura árabe tradicional.

Mientras hablaba, Roberto extrajo una carpeta de su maletín y comenzó a mostrar a Jalil los planos detallados del proyecto. Sin embargo, el joven apenas les prestaba atención, perdido en sus propios pensamientos.

—Como puedes ver, contaremos con una impresionante suite presidencial, un spa de última generación y varios restaurantes gourmet —continuó Roberto, señalando diferentes secciones de los planos—. Por supuesto, también habrá una zona de piscinas y jardines, aprovechando el entorno privilegiado junto al palacio de Alcázar.

* * *

Laura se encontraba inmersa en la excavación, su cuerpo cubierto de una fina capa de polvo y su frente llena de sudor. A su lado, Marina trabajaba incansable, moviendo la tierra de un lado a otro con una pequeña pala. El calor del mediodía era sofocante, pero ambas arqueólogas se negaban a rendirse ante las adversidades.

De repente, Luisa Torres se acercó a ellas, su expresión denotando preocupación ante las

condiciones extremas en las que se encontraban trabajando. Con voz amable pero firme, les aconsejó tomar un descanso para resguardarse del sol abrasador.

—Chicas, deberíais considerar tomar un respiro. Estas temperaturas no son aptas para estar expuestas al sol durante tanto tiempo —sugirió Luisa, observando cómo el sudor corría por sus frentes.

Marina, siempre tenaz y decidida, negó con la cabeza. —No, Luisa. Hoy quiero terminar un poco más temprano. Podemos resistir un rato más.

Laura, sin embargo, se sintió tentada a seguir el consejo de Luisa. Desde el emocionante descubrimiento del collar de oro y piedras preciosas, no habían vuelto a encontrar nada más que trozos de vajillas y ladrillos viejos. La frustración comenzaba a hacer mella en ella.

—Marina, creo que Luisa tiene razón. Deberíamos tomar un descanso —intervino Laura, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Luisa asintió con aprobación y luego dirigió su mirada hacia donde Roberto y Jalil se encontraban, charlando y fumando sin preocupación alguna. —Esos dos no hacen otra cosa que perder el tiempo todo el día —comentó con un deje de molestia en su voz.

Laura no pudo evitar confirmar las palabras de Luisa con un gesto. Era frustrante ver cómo los representantes de Al-Jawhara Group parecían no tomar en serio la importancia de la excavación.

—Voy a coger un café de dentro. Ahora vuelvo —anunció Laura, depositando su pala en el suelo y dirigiéndose hacia el interior del palacio, ansiando un breve momento de alivio del calor sofocante.

* * *

Roberto cambió de tema abruptamente, echando un vistazo a Laura que acababa de entrar en el palacio. Una sonrisa pícara se dibujó en su rostro mientras le preguntaba a Jalil con un tono insinuante:

—Oye, y ese tema con la arqueóloga, ¿cómo va? —Roberto soltó una leve risita, dándole un codazo cómplice a Jalil—. Por lo que tengo entendido, es una chica bastante intensa.

Jalil exhaló una bocanada de humo, sus ojos oscuros fijos en la silueta de Laura que se alejaba dentro del palacio. Una sonrisa ladina se formó en sus labios mientras respondía con un encogimiento de hombros:

—No sé por qué, pero esa tía me pone de una forma... —Dejó la frase en el aire, dejando entrever un interés más allá de lo profesional.

Roberto soltó una carcajada ante el comentario de Jalil. —Eso he oído, que tiene bastante carácter. Al menos eso me han contado los que estuvieron con ella en la Fiesta de las Cruces.

Ambos hombres rieron despreocupadamente, ajenos a la mirada inquisitiva de Laura, quien acababa de salir del palacio con un café humeante en la mano. Roberto se percató de su presencia y, componiendo una expresión más seria, se despidió de ellos.

—Bueno, chicos, tengo que hacer unas llamadas importantes con Dubái. Os dejo un rato.

Jalil asintió distraídamente, encendiendo otro cigarrillo mientras Roberto se alejaba. Un silencio incómodo se instaló entre él y Laura, quien daba pequeños sorbos a su café caliente, sin saber muy bien cómo iniciar una conversación.

—Entonces... ¿Qué tal va todo por aquí? —preguntó Jalil finalmente, rompiendo el hielo.

Laura se encogió de hombros, su mirada esquiva. —Bueno, ya sabes, excavando y buscando restos. Lo de siempre.

Jalil asintió, dando una calada profunda a su cigarrillo. —Sí, supongo que debe ser un trabajo bastante monótono a veces.

Laura frunció el ceño ante el comentario, pero decidió no ahondar en el tema. En su lugar, cambió de conversación hacia temas más banales como el pronóstico del tiempo, sin saber realmente qué decir.

* * *

Laura y Jalil continuaban su conversación superficial sobre temas triviales como el clima y las nuevas obras en el centro de Córdoba. Sin embargo, de repente los interrumpió un grito estridente que provenía de la excavación. Era Marina, quien daba saltos frenéticos y agitaba los brazos con evidente emoción.

—¡Laura, Laura! ¡Ven rápido, he encontrado algo! —chilló Marina, su voz resonando en las paredes del patio.

Intrigados, Laura y Jalil se apresuraron a acercarse al área de excavación. Allí, en un rincón apartado, Marina señalaba con entusiasmo una pequeña caja de madera tallada que sobresalía entre los escombros. Laura contuvo el aliento, sus ojos brillando con emoción arqueológica.

—¡Es increíble! Con mucho cuidado... —murmuró, arrodillándose junto a Marina.

Con manos expertas, Laura utilizó una pequeña escobilla para retirar delicadamente la tierra que cubría la cajita. Marina observaba el proceso con ansiedad, mordiéndose el labio inferior. Jalil, por su parte, contemplaba la escena con creciente curiosidad.

Tras varios minutos de trabajo meticuloso, la cajita quedó completamente expuesta. Laura intercambió una mirada emocionada con Marina antes de proceder a abrirla con sumo cuidado. El interior reveló un pergamino viejo, arrugado, pero en sorprendente buen estado.

—¡Una carta! —exclamó Laura, sus ojos destellando de emoción—. Debemos mostrársela a Luisa de inmediato. Ella sabrá descifrarla.

Sin pensarlo dos veces, Laura tomó la cajita con delicadeza y se puso de pie. Marina la siguió de cerca, rebosante de entusiasmo por el hallazgo. Jalil, curioso, decidió acompañarlas mientras se dirigían al despacho de Luisa en el interior del palacio.

* * *

Mi más querida Soraya,

Me dirijo a vos con el corazón desbordante de pasión y el alma anegada en un mar de anhelos que sólo vuestra presencia logra aplacar. Desde el instante en que mis ojos se posaron sobre vuestro rostro, quedé cautivado por vuestra belleza exquisita, más radiante que el sol de mediodía.

Cada encuentro furtivo, cada roce de vuestras manos de seda, ha avivado en mi pecho las llamas de un amor incondicional que arde con la fuerza de mil hogueras. Sois la estrella que guía mi camino en la oscuridad, el manantial que calma la sed de mi alma.

Bien sé que nuestro amor está condenado por las ataduras de una sociedad ciega a los designios del corazón. Mas no temo desafiar las convenciones ni enfrentar la censura de aquellos que pretenden encadenar nuestros sentimientos. Pues vuestro amor, mi dulce Soraya, es el mayor tesoro que pueda ambicionar en esta vida.

Por ello, he decidido obsequiaros un presente que simbolice la profundidad de mi devoción. Un collar de oro macizo, engastado con las más exquisitas gemas, digno de adornar vuestro cuello de cisne y realzar vuestra incomparable hermosura. Que esta joya sea el testimonio tangible de mi amor eterno, inquebrantable ante las adversidades que puedan acechar.

Mis padres intentan imponerme un matrimonio de conveniencia con Doña Beatriz De la Vega, más mi corazón os pertenece a vos y sólo a vos. No temo desafiar su voluntad, pues sin vuestro amor, mi existencia carecería de sentido.

Aguardo con impaciencia el momento en que pueda contemplar vuestro semblante una vez más y perderme en la profundidad de vuestros ojos. Hasta entonces, que esta misiva sea el mensajero que os lleve mi amor incondicional.

Eternamente vuestro,

Don Fernando Mendoza

* * *

La carta descifrada por Luisa Torres era una prueba irrefutable de la relación clandestina que Don Fernando Mendoza mantuvo con Soraya Al-Farouq en el pasado. Las palabras apasionadas y los detalles íntimos revelaban un vínculo prohibido que desafiaba las convenciones sociales de la época.

Luisa dejó la misiva sobre su escritorio, contemplando la caligrafía elegante con una mezcla de fascinación y preocupación. Aquella revelación no solo explicaba el misterioso origen del valioso collar, sino que abría un mundo de posibilidades sobre la verdadera naturaleza de las familias Mendoza y Al-Farouq.

—Esto cambia por completo nuestra perspectiva —murmuró Luisa, frotándose la frente con gesto pensativo.

Laura y Marina intercambiaron una mirada cargada de curiosidad. Jalil, quien había permanecido en un discreto segundo plano, se acercó con cautela, intrigado por el hallazgo.

—¿Qué significa exactamente, señora Torres? —inquirió Jalil, incapaz de ocultar su interés.

Luisa inspiró profundamente antes de responder.

—Significa que la familia Mendoza, considerada uno de los pilares de la nobleza cordobesa, ocultaba secretos más oscuros de lo que imaginábamos. Una relación prohibida entre Don Fernando y Soraya Al-Farouq, una mujer casada de ascendencia morisca, habría sido una transgresión imperdonable en aquella época.

Marina dejó escapar una exclamación ahogada, mientras que Jalil fruncía el ceño, reflexionando sobre las implicaciones de semejante descubrimiento.

—Pero eso no es todo —continuó Luisa, su voz impregnada de emoción contenida—. Si esta relación se prolongó más allá del matrimonio de Don Fernando con Doña Beatriz, entonces estamos ante un escándalo de proporciones épicas. Una familia aparentemente intachable, ocultando un secreto tan explosivo durante generaciones.

Laura se sentía agotada después de un día tan cargado de emociones. Cuando el reloj marcó las ocho de la tarde, decidieron poner fin a las tareas y marcharse a casa. Antes de irse, Laura se dirigió al servicio para refrescarse un poco.

Al salir, se encontró con su madre Carmen charlando amigablemente con Jalil en la puerta del palacio. Él aún no se había marchado. A Carmen le caía genial ese chico de mirada pícara y sonrisa fácil.

—¡Laura, hija! —la saludó Carmen con una amplia sonrisa—. Venía a preguntarte si vas a cenar en casa o no. Me voy a la clase de deporte y quería saber si te preparo algo cuando termine.

Antes de que Laura pudiera responder, Jalil intervino con tono desenfadado.

—No se preocupe, señora Álvarez. Laura ha quedado hoy conmigo para cenar fuera.

Laura lo miró sorprendida. Ella no sabía nada de eso. Intentó oponerse, pero su madre Carmen estaba tan emocionada de ver lo bien que parecían llevarse los dos, que decidió tragarse sus palabras.

—¡Qué maravilla! —exclamó Carmen, radiante—. Así me ahorro la faena de cocinar. ¡Pasadlo bien, tortolitos!

Y con un guiño cómplice, Carmen se marchó a su clase de deporte, dejando a Laura y Jalil a solas en la entrada del palacio.

Laura le pegó un golpe en el hombro a Jalil, mirándolo con el ceño fruncido.

—¿A qué ha venido eso? —le recriminó—. No habíamos quedado para cenar.

Jalil esbozó una sonrisa arrepentida, aunque sus ojos brillaban con picardía.

—Quiero una segunda oportunidad —confesó con franqueza—. Después de lo mal que has empezado conmigo, creo que mereces al menos una cena.

Laura dudó por un instante, pero luego suspiró, rindiéndose ante la insistencia de Jalil.

—Está bien —aceptó finalmente—. Pero que quede claro que es solo una cena. Y bueno, al fin y al cabo, hoy hay algo que celebrar por el descubrimiento de la excavación.

* * *

La noche era clara y estrellada, sin una sola nube en el cielo. Laura y Jalil se encontraban sentados en la terraza de un moderno restaurante fusión en Córdoba, decorado con abundantes flores que cubrían las paredes. Estaban cerca del río Guadalquivir y del imponente Puente Romano, cuyas siluetas se recortaban contra el firmamento nocturno.

Jalil dio un sorbo a su vino tinto antes de comenzar a hablar con un tono más serio del que Laura estaba acostumbrada.

—Mi familia es... complicada —confesó con un suspiro—. Las expectativas que tienen sobre mí son enormes. Mi padre y mi primo Ahmed son los peores en ese sentido. Siempre me están presionando para que asuma más responsabilidades en la empresa.

Laura lo escuchaba con atención, sorprendida por la faceta más profunda que Jalil estaba mostrando.

—En cambio, a mi hermana Nadia todo le resbala un poco —continuó él con una leve sonrisa—. Se pasa el día de compras por Dubái y nada parece estresarla tanto como a mí. Tampoco nadie espera nada de ella.

Laura asintió, comprendiendo mejor la dinámica familiar que Jalil enfrentaba. Quizás su aparente actitud despreocupada no era más que una fachada para ocultar las presiones que cargaba sobre sus hombros.

—Supongo que es difícil lidiar con tantas expectativas —comentó Laura con empatía.

Jalil la miró fijamente, agradecido por su comprensión.

—Lo es —admitió con franqueza—. A veces siento que no encajo en los planes que tienen para mí.

Laura sintió una oleada de calidez hacia aquel hombre que, poco a poco, iba revelando su verdadero yo tras la fachada de chico despreocupado. Decidió compartir también una parte de sí misma.

—Yo tengo dificultades para conectar con las personas —confesó en voz baja—. A veces siento que mi pasión por la arqueología y la historia me aleja de los demás. Es como si viviera atrapada en otro tiempo.

Jalil la observó con una sonrisa comprensiva, apreciando su honestidad. En ese momento, ambos se dieron cuenta de que, a pesar de sus diferencias superficiales, compartían un anhelo común de ser comprendidos y aceptados tal como eran.

Así transcurrió una noche agradable entre conversaciones y risas, como la que Laura ya no había

disfrutado desde hacía mucho tiempo.

Más tarde, Jalil pagó la cuenta y sugirió dar un paseo por la orilla del río Guadalquivir y cruzar el imponente Puente Romano. Laura aceptó encantada, ansiosa por disfrutar de las vistas nocturnas de la ciudad bajo la luz de las estrellas.

Caminaron lentamente, dejando que el suave murmullo del agua los acompañara. Laura respiró hondo, deleitándose con el aroma a azahar que se mezclaba con el frescor del río. Jalil la observaba de reojo, admirando su belleza natural realzada por la luz de la luna.

Al llegar al puente, se detuvieron a contemplar el horizonte. Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua, creando un espectáculo cautivador. Laura se apoyó en la barandilla, perdida en sus pensamientos.

—Este lugar es mágico —murmuró Jalil, rompiendo la quietud del momento—. Puedo imaginar a los viajeros y comerciantes que cruzaban este puente hace siglos, trayendo consigo historias y mercancías de tierras lejanas.

Laura sonrió, encantada por la forma en que Jalil parecía conectar con el espíritu del lugar.

—Es increíble pensar en todas las vidas que han pasado por aquí —concordó—. Cada piedra de este puente guarda un millar de historias.

Jalil se acercó un poco más a ella, cautivado por su pasión.

—Me encantaría escuchar algunas de esas historias contadas por ti —dijo con suavidad.

Laura lo miró, sintiendo una repentina conexión que iba más allá de las palabras. En ese momento, el pasado y el presente parecían fundirse, y ella supo que esta noche marcaría el comienzo de una nueva historia entre ellos dos.

Laura sintió cómo su corazón se aceleraba al sentir los labios cálidos de Jalil sobre los suyos. A pesar de sus diferencias y roces iniciales, no pudo evitar dejarse llevar por aquel momento mágico sobre el Puente Romano. El beso era apasionado, pero a la vez suave, casi reverencial, como si Jalil quisiera saborear cada instante.

Cuando finalmente se separaron, Laura pudo observar el brillo intenso en los ojos oscuros de Jalil, enmarcados por su barba cuidadosamente recortada. No cabía duda de que aquel chico tenía un atractivo innegable, con sus rasgos masculinos y su cuerpo esculpido. Pero lo que más la cautivaba en ese momento era la vulnerabilidad que Jalil había dejado entrever durante la cena, cuando se abrió y compartió sus temores e inseguridades.

Laura se mordió el labio inferior, indecisa sobre cómo proceder. Una parte de ella deseaba entregarse por completo a aquella conexión que había surgido entre ambos. Otra parte, más racional, le advertía sobre los peligros de involucrarse con alguien tan impulsivo y despreocupado como Jalil.

—Eres una caja de sorpresas —murmuró Jalil con una sonrisa ladeada, acariciando suavemente la mejilla de Laura.

Ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda ante aquel contacto íntimo. Marina tenía razón, Jalil era verdaderamente apuesto. Pero Laura intuía que, bajo esa fachada desenfadada, se escondía un hombre mucho más complejo de lo que aparentaba.

En ese instante, con el Guadalquivir fluyendo plácidamente bajo el puente y las luces de Córdoba brillando a lo lejos, Laura tomó una decisión. Tal vez era el momento de dejar atrás sus miedos y ataduras, y simplemente dejarse llevar por la corriente que amenazaba con arrastrarla.

Tomando una bocanada de aire, Laura entrelazó sus dedos con los de Jalil y lo miró fijamente a los ojos.

—Muéstrame más sorpresas —le pidió en un susurro cargado de promesas.

12
Retrasos y tensiones

Siglo XXI

La suite de Jalil en el Hotel Boutique Califato era un verdadero oasis de lujo contemporáneo. Las paredes de un blanco inmaculado creaban un lienzo en el que resaltaban los detalles cuidadosamente seleccionados.

En el centro de la habitación, la cama de imponentes dimensiones dominaba la escena.

Junto a la cama, una máquina Nespresso con una selección de cápsulas exclusivas invitaba al huésped a disfrutar de un delicioso café recién hecho en cualquier momento del día.

Un amplio ventanal y un balcón con diferentes macetas ocupaban gran parte de la pared opuesta, ofreciendo una vista panorámica del centro histórico de Córdoba.

En una esquina, cerca de la cama, una cómoda butaca de cuero complementaba una mesita de centro de madera clara, invitando a relajarse y contemplar el paisaje urbano que se extendía ante sus ojos.

Las sábanas de seda egipcia esa mañana estaban revueltas sobre la inmensa cama, testigo silencioso de la pasión que había ardido entre sus pliegues durante la noche anterior. Jalil se encontraba en el balcón, disfrutando de un cigarrillo mientras el albornoz de rizo se arremolinaba alrededor de su cuerpo. La brisa matutina acariciaba su rostro, aún ruborizado por los ecos de los momentos compartidos.

Dentro de la suite, el sonido del agua de la ducha llenaba el ambiente. Laura se encontraba bajo el chorro caliente, dejando que las gotas limpiaran su piel de los vestigios del deseo consumado. Sus mejillas ardían al recordar cómo Jalil la había hecho disfrutar lentamente un momento antes, adorando cada centímetro de su anatomía con sus labios.

De repente, la vibración del iPhone de Jalil sobre el escritorio en la habitación rompió el hechizo del momento. Jalil dejó su cigarrillo en el cenicero de la terraza y entró en la habitación. Era su primo Ahmed quien llamaba.

—¿Qué demonios quieres? —espetó Jalil con irritación, contestando la llamada.

La voz de Ahmed sonó al otro lado de la línea, imperturbable ante el malhumor de su primo.

—Karim y yo acabamos de aterrizar en Málaga. Estaremos en el Palacio de Alcázar en unas horas. Es una visita sorpresa para supervisar el proyecto.

Jalil sintió cómo la ira se apoderaba de él. La última cosa que necesitaba era a su padre y su insufrible primo husmeando en sus asuntos.

—¿Es en serio? —gruñó, apretando los dientes.

Ahmed respondió con su habitual tono condescendiente.

—Tú sabes cómo es tu padre. Quiere asegurarse de que todo marcha según lo planeado. No se fía de ti. Le han llegado rumores de Roberto Martínez, de que la excavación está retrasando el estado de las obras del hotel.

Jalil colgó bruscamente, negándose a seguir escuchando. En ese momento, Laura emergió del baño, envuelta en un albornoz blanco y con el cabello húmedo enmarcando su rostro sonrojado.

—¿Ocurre algo? —preguntó con preocupación, percibiendo la tensión en el semblante de Jalil.

Él se acercó y la tomó por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo. Sus miradas se encontraron, y Laura pudo ver la tormenta de emociones que se reflejaba en los ojos oscuros de Jalil.

—Al parecer Roberto le ha ido con el cuento de la excavación al gran jefe y ahora está aquí —murmuró con una sonrisa irónica—. Mi padre y mi primo están de camino. Parece que el día no será tan tranquilo como esperábamos.

* * *

Karim Rashid y su sobrino Ahmed irrumpieron en el patio del Palacio de Alcázar como un vendaval, sus rostros crispados por la impaciencia. Miguel Serrano, el director del museo, y Luisa Torres, la historiadora consultora, los esperaban junto a Roberto Martínez, el encargado del proyecto hotelero.

—¿Qué significa esta demora? —bramó Karim sin contemplaciones—. Se suponía que las obras del Hotel Alcázar Qurtuba estarían bien encaminadas a estas alturas.

Miguel se apresuró a responder con un tono conciliador.

—Señor Rashid, como puede apreciar, los trabajos de excavación han arrojado nuevos e importantes hallazgos que merecen ser estudiados con detenimiento.

Luisa intervino, sosteniendo una pequeña caja de madera tallada.

—Hemos descubierto este cofre que contiene una carta reveladora sobre la historia de este palacio y sus pasados propietarios, los Mendoza. Es vital que podamos examinar la zona donde se encontró a fondo antes de continuar. Si continuamos las obras sin control podríamos destruir otros posibles hallazgos históricos.

Karim la fulminó con la mirada, claramente irritado por su insistencia.

—¿Una simple carta justifica retrasar todo el proyecto? ¡Es inaceptable! Tenemos inversores esperando resultados, no excusas.

En ese momento, Jalil y Laura llegaron a la sala de reuniones del palacio, captando de inmediato

la tensión en el ambiente. Jalil se adelantó con actitud desafiante.

—Padre, estos descubrimientos son de gran valor histórico y cultural. No podemos simplemente ignorarlos.

Karim se volvió hacia su hijo con una mirada gélida.

—Tú no tienes voz ni voto en este asunto. Eres un irresponsable que ha disfrutado demasiado tiempo de los caprichos que le brinda el dinero familiar. Tu misión era informarme inmediatamente ante cualquier contratiempo. Es increíble que me tenga que enterar por el señor Martínez.

Laura intervino entonces, con determinación.

—Señor Rashid, le aseguro que no se trata de caprichos. El collar de oro y esta carta apuntan a una historia mucho más profunda, con implicaciones que aún debemos desentrañar.

Karim clavó su mirada en Laura, examinándola de arriba a abajo con un gesto de desaprobación.

—¿Y quién es usted para entrometerse en asuntos que no le conciernen?

Antes de que Laura pudiera responder, Jalil se adelantó con una expresión desafiante.

—Ella es mi novia y tiene todo el derecho de estar aquí. Aparte es una de las mejores arqueólogas que trabaja en el proyecto.

Un silencio tenso se apoderó del patio mientras todos observaban a Jalil, Laura y Karim, cuyo rostro se tornó escarlata por la furia contenida. Apretó los puños con fuerza antes de girarse hacia su hijo.

—¿Tu novia? ¿A eso te he mandado a Córdoba? —escupió con desdén—. Eso está por verse. Tú y yo tendremos una conversación muy seria sobre tus prioridades después de esta reunión.

Jalil mantuvo la mirada de su padre, negándose a retroceder. Miguel Serrano intervino entonces, en un intento por calmar los ánimos.

—Señores, por favor, no hay necesidad de llegar a tales extremos. Estamos todos aquí con un objetivo común: preservar el legado histórico de este palacio mientras avanzamos con el proyecto hotelero. Seguramente podemos llegar a un acuerdo razonable.

Laura, aún sorprendida por el comentario en público de Jalil acerca de su relación, intentó cambiar la conversación a un punto de consenso, ignorando las voces tan desagradables de Karim.

—Señores, por favor —intervino con voz firme pero diplomática—. Estamos aquí para resolver un conflicto, no para crear nuevos problemas. El Palacio de Alcázar es un tesoro histórico invaluable, y tenemos la oportunidad única de preservarlo mientras avanzamos con el proyecto hotelero.

Se hizo un breve silencio mientras todos la observaban. Luisa asintió con aprobación, dándole ánimos para continuar.

Miguel apoyó a Laura con un gesto.

—Hemos encontrado pruebas de una relación clandestina entre Don Fernando Mendoza, el antiguo dueño de este palacio, y una mujer de ascendencia morisca llamada Soraya Al-Farouq. Esto podría cambiar nuestra comprensión de la historia de Córdoba en el siglo XVI.

Ahmed soltó una carcajada burlona ante las palabras de Miguel.

—¿En serio vamos a retrasar todo por una aventura de hace siglos? Esto es ridículo.

—Entiendo las preocupaciones sobre los plazos y las expectativas de los inversores —prosiguió Laura—. Pero si trabajamos juntos, estoy segura de que podremos encontrar un equilibrio que satisfaga a todas las partes involucradas.

Roberto Martínez intervino entonces, con un tono más conciliador del que había mostrado hasta el momento.

—La señorita Álvarez tiene razón. Nuestro objetivo es lograr un proyecto exitoso que combine el respeto por el patrimonio cultural con las necesidades modernas del turismo.

Roberto lanzó una mirada inquisitiva a su alrededor, calibrando las reacciones de todos los presentes. Una leve sonrisa se formó en sus labios al ver que había captado su atención.

—Permítanme exponer mi punto de vista —dijo con calma—. Si logramos encontrar e interpretar correctamente los restos arqueológicos que yacen bajo nuestros pies, no solo estaremos preservando un valioso legado histórico, sino que también podríamos convertirlo en un atractivo turístico sin precedentes.

Karim entornó los ojos, escéptico ante la propuesta de Roberto. Sin embargo, su curiosidad pudo más que su enfado inicial.

—Explíquese, señor Martínez. ¿Qué tiene en mente exactamente?

Roberto se irguió, adoptando una postura más segura al ver que finalmente tenía la oportunidad de exponer sus ideas.

—Imaginen por un momento que logramos desentrañar los misterios que rodean a esa carta y al collar de oro. Podríamos recrear la historia de amor prohibida entre Don Fernando Mendoza y Soraya Al-Farouq, convirtiéndola en una experiencia inmersiva para nuestros huéspedes que mostrara las relaciones entre cristianos y moriscos en aquella época. Yo no soy un experto en temas históricos, pero el espectáculo siempre vende. No sé si me explico.

Jalil y Laura intercambiaron una mirada cargada de expectativas. Roberto continuó, entusiasmado por la posibilidad de convencer a los inversores.

—Diseñaríamos recorridos temáticos por el palacio, donde los visitantes podrían revivir los pasos de estos amantes trágicos. Incluso podríamos montar representaciones teatrales o proyecciones audiovisuales que narren su apasionante historia. ¿No sería una experiencia única y cautivadora?

Karim frunció el ceño, aún reticente a ceder terreno, pero Ahmed Rashid se adelantó con una mirada calculadora.

—Tío, quizás deberíamos escuchar sus propuestas. Después de todo, el éxito de este proyecto depende de lograr un equilibrio adecuado. Si causamos demasiados conflictos con las autoridades locales, solo generaremos más obstáculos a largo plazo.

Karim lo consideró por un momento, su expresión se suavizó ligeramente. Finalmente, asintió con rigidez.

—Muy bien. Escucharé sus sugerencias, pero no prometo nada. El tiempo es oro, y no puedo permitir que este proyecto se estanque indefinidamente. Tendrán dos semanas más para investigar en el terreno. Pero les advierto que, si no encuentran nada trascendental, no habrá más contemplaciones. ¿He sido claro?

Un tenso silencio se apoderó del patio mientras todos procesaban las palabras de Karim. Laura y Jalil intercambiaron una mirada cargada de inquietud, conscientes del desafío que tenían por delante.

* * *

Después de la reunión tensa, Jalil, Karim y Ahmed decidieron dar un paseo por el apacible Patio de Recibo para disipar la tensión. El aire fresco impregnado con el aroma de las flores en flor ayudaba a aliviar el ambiente cargado que se había formado.

Sin embargo, Karim no tardó en retomar el tema que lo tenía ahora tan preocupado. Se detuvo frente a una fuente burbujeante y se giró hacia Jalil con el ceño fruncido.

—Hijo, no puedo permitir que sigas viendo a esa arqueóloga española —espetó con severidad—. Es completamente inaceptable.

Jalil abrió la boca para protestar, pero Karim lo silenció con un gesto autoritario de su mano.

—No quiero oír excusas. Las mujeres españolas son demasiado liberales y no respetan nuestras tradiciones. No toleraré que manches el buen nombre de nuestra familia con ese tipo de relaciones.

—Pero padre, Laura es diferente —insistió Jalil, apretando los puños con frustración—. Es inteligente y respeta nuestra cultura. No puedes juzgarla sin siquiera conocerla.

Karim negó con la cabeza, su expresión era inamovible.

—Mi decisión es definitiva. Cambiando de tema, me marcho esta misma tarde a París. Tengo asuntos importantes que atender allí.

Jalil iba a decir algo, pero antes de que pudiera replicar, Karim añadió:

—Ahmed se quedará aquí para vigilarte y asegurarse de que no cometas más errores.

—¡No soy un niño pequeño! —exclamó Jalil, indignado—. Puedo cuidar de mí mismo.

Pero Karim ya había dado media vuelta, dispuesto a abandonar el patio. Se detuvo un instante y miró a Jalil por encima del hombro.

—No discutas más, Jalil. Es mi última palabra sobre este asunto. Y olvídate de esa chica.

Con esas palabras cortantes, Karim se alejó a grandes zancadas, dejando a Jalil y Ahmed solos en el patio. Ahmed miró a su primo con una mezcla de lástima y diversión.

—Vamos, primito. Ya conoces a tío Karim. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay forma de hacerlo cambiar de opinión.

Jalil apretó la mandíbula, su mirada cargada de frustración. Sabía que su padre no daría su brazo a torcer, pero la idea de separarse de Laura le resultaba ahora insoportable. No era otro de sus caprichos. Tendría que encontrar una manera de seguir viéndola a espaldas de su familia, costara lo que costara.

* * *

La noche había caído sobre las calles de piedra de la antigua judería de Córdoba. Laura y Jalil, después de las tensiones del día, caminaban lentamente, disfrutando de la brisa fresca que soplaba entre los edificios centenarios.

—No puedo creer lo inflexible que es tu padre —comentó Laura, sacudiendo la cabeza—. ¿Siempre ha sido así de severo e intransigente?

Jalil dejó escapar un suspiro resignado.

—Lamentablemente, sí. Para él, la tradición y el honor son lo más importante. Rara vez cede ante nada ni nadie.

Ambos guardaron silencio unos instantes, sumidos en sus pensamientos. De pronto, Laura se detuvo en seco y le dio un pellizco a Jalil, señalando hacia una esquina cercana.

—Mira allí, ¿no es ese tu primo Ahmed?

Jalil entornó los ojos y distinguió la silueta de su primo parado frente a la puerta de un bar. Pero lo que realmente lo dejó perplejo fue ver que Ahmed charlaba animadamente con otro hombre. Llevaba solo un par de horas en la ciudad y ya estaba haciendo amistades en un bar.

—¿Qué estará haciendo Ahmed en ese bar? —murmuró Jalil, lanzándole una mirada inquisitiva a Laura.

—No tengo ni idea, pero ese bar es uno de los más famosos de ambiente gay de Córdoba —respondió Laura, sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. Todo el mundo lo sabe en la ciudad. Lleva muchos años en funcionamiento.

Una sensación de desconcierto se apoderó de Jalil. Ahmed siempre había sido el ejemplo a seguir, el hijo modelo que complacía cada deseo de Karim. Verlo en un lugar así era algo completamente inesperado.

—Esto es muy interesante —murmuró Jalil, observando la escena con atención—. Vamos a

saludarlo.

Ahmed ya se había vuelto a meter en el bar, cuando Laura y Jalil se aproximaron seguidamente al local.

Jalil no dudó ni un segundo antes de cruzar el umbral, adentrándose en el acogedor ambiente donde reinaba una mezcla de música suave y conversaciones discretas. Laura lo siguió, aunque sus pasos eran más cautelosos.

Ahmed se hallaba en la barra, charlando animadamente con un apuesto joven de rasgos delicados. Una copa descansaba sobre la superficie pulida frente a él. Fue entonces cuando la mano de Jalil se posó en su hombro con un gesto efusivo.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclamó Jalil, dedicándole una sonrisa cómplice a su primo—. ¿Qué alegría ver a mi querido primo por estos lares... ligando?

Las palabras enmudecieron en la garganta de Ahmed al divisar la presencia de Laura junto a Jalil justo detrás de él. Sus mejillas se encendieron y un nudo se formó en su estómago. La mirada de la arqueóloga iba del uno al otro, sin comprender del todo la situación.

Ahmed carraspeó, intentando recobrar la compostura.

—Jalil... Laura... Yo... No esperaba encontraros aquí —balbuceó, incapaz de ocultar su turbación.

El joven con el que Ahmed había estado conversando lanzó una mirada inquisitiva hacia Laura y Jalil antes de disculparse y alejarse discretamente, dejándolos a solas.

Los latidos de Ahmed resonaban en sus oídos mientras observaba a Jalil y Laura sin saber que decir. Su mirada se cruzó con la de su primo. Ahmed sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

Jalil le dedicó una sonrisa pícara a su primo mientras lo tomaba del brazo con gesto amistoso.

—Vamos a sentarnos en una de esas mesas tan bonitas primo —propuso con desenfado—. Nos pediremos otra copa y así Ahmed podrá contarnos con todo lujo de detalles lo que está pasando aquí.

Ahmed abrió la boca para protestar, pero las palabras murieron en su garganta. La expresión confiada de Jalil y la mirada inquisitiva de Laura le quitaron cualquier opción de negarse. Resignado, dejó que su primo lo guiara hacia una de las mesas junto a la ventana.

Los tres tomaron asiento en los cómodos sillones de terciopelo. Un camarero no tardó en acercarse para tomar su pedido. Jalil pidió un whisky doble, mientras que Laura optó por un refresco. Ahmed vaciló unos instantes antes de solicitar otro gin-tonic, necesitando la calidez reconfortante del alcohol para apaciguar sus nervios.

Cuando el camarero se retiró, una calma incómoda se cernió sobre la mesa. Laura observaba a Ahmed con una mezcla de curiosidad y empatía, mientras que Jalil aguardaba expectante, sin poder ocultar una sonrisa divertida.

Ahmed respiró hondo, decidido a enfrentar la situación con valentía. Miró fijamente a su primo a los ojos.

—Supongo que no tiene sentido seguir ocultándolo —comenzó con voz temblorosa—. Sí, soy gay. Lo he sabido desde siempre, pero nunca me atreví a decírselo a nadie, ni siquiera a ti, Jalil. Y bueno ahora en Córdoba lejos de la familia y de Dubái también tengo derecho a divertirme supongo.

Un peso pareció elevarse de sus hombros al pronunciar esas palabras en voz alta. Laura le dedicó una mirada comprensiva, ofreciéndole su apoyo en silencio.

—Si, temo la reacción de papá, de mi tío y del resto de la familia —prosiguió Ahmed—. Sabes lo tradicionales que son todos, lo mucho que valoran el honor y las apariencias. Jamás aceptarían algo así. Prométeme que nunca les dirás nada y que quedará entre nosotros.

Jalil escuchaba con atención, asintiendo lentamente. Por primera vez, veía a su primo bajo una luz diferente, como un ser humano vulnerable y atormentado por sus propios miedos e inseguridades. Y eso le gustaba.

Ahmed tragó saliva con dificultad antes de continuar.

—Si prometéis no revelar mi secreto a nadie, especialmente a mi tío Karim, os juro que no me interpondré en vuestro camino. —Sus ojos pasaron de Jalil a Laura y viceversa—. Intentaré incluso apoyaros delante de mi tío en la medida de mis posibilidades.

Una sombra de arrepentimiento cruzó su semblante al musitar:

—Me avergüenzo de haber sido tan malo contigo durante todos estos años, Jalil. La verdad es que he estado lleno de una rabia contenida que no sabía cómo canalizar.

Ahmed hizo una pausa, como si estuviera eligiendo con cuidado sus siguientes palabras.

—Ahora que hay personas cercanas que conocen mi secreto... me siento en realidad aliviado de tener a alguien en quien puedo confiar.

Jalil observó a su primo con renovada comprensión. Por primera vez, veía más allá de la fachada perfecta que Ahmed siempre había proyectado. Asintió lentamente.

—La confianza entre nosotros que quedó destruida hace tantos años no se reconstruirá de la noche a la mañana —admitió Jalil con franqueza—. Pero debo reconocer que hoy has dado un gran paso en la dirección correcta, primito.

Una sonrisa cálida se dibujó en sus labios mientras posaba una mano sobre el hombro de su primo.

—Y por supuesto, no tienes que preocuparte por nosotros. Seremos una tumba.

Laura, quien había permanecido callada, les dedicó una mirada alentadora a ambos primos.

—Me alegro de que hayas encontrado el valor para ser honesto contigo mismo y con quienes te rodean, Ahmed —dijo con sinceridad—. Esa clase de autenticidad es admirable.

Alzó su vaso en un brindis improvisado.

—Por las nuevas oportunidades y los nuevos comienzos.

Ahmed sintió que se quitaba un peso de encima al escuchar las palabras de aceptación. Chocó su vaso contra los de Jalil y Laura, esbozando una sonrisa genuina por primera vez en mucho tiempo.

En ese momento, una calidez reconfortante los envolvió a los tres. Las barreras comenzaban a desmoronarse, dando paso a una nueva etapa de honestidad y comprensión mutua. Quizás, con el tiempo, los viejos rencores quedarían enterrados y nuevos lazos podrían formarse.

Parte 2

13
La orden real

Siglo XVI

Felipe II se arrodilló frente al imponente altar de la iglesia del Escorial, aún en construcción. La luz que se filtraba a través de los altos ventanales bañaba la figura de Cristo con un halo etéreo. El monarca inclinó la cabeza, dejando que sus pensamientos se perdieran en la contemplación del crucifijo. Al fondo aún se oían martillos de la obra de reconstrucción que se iba a alargar por años.

Una inquietud se había asentado en su pecho desde que recibiera noticias de la rebelión en las Alpujarras. Sus políticas hacia los moriscos, una vez consideradas firmes pero justas, parecían ahora insuficientes. Los rumores de descontento se propagaban como un fuego voraz, amenazando con consumir la paz que tanto había costado forjar.

El eco de las voces de algunos nobles resonaba en su mente, advirtiéndole de que, si no tomaba medidas drásticas, Córdoba podría ser el siguiente escenario de agitación. La sola idea de presenciar tal desafío a su autoridad en una ciudad tan emblemática le producía un escalofrío.

Con los puños apretados, Felipe dejó que su mirada se clavara en el rostro impasible del Cristo. En ese momento, una determinación férrea se apoderó de él. No permitiría que la semilla de la rebelión echara raíces en sus dominios. Si era necesario, emplearía una mano más dura contra aquellos que osaran desafiar su reinado y la fe católica.

Aunque la perspectiva de derramar más sangre le provocaba cierto peso en el alma, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mantener la estabilidad y la religión de su reino.

Su majestad se hallaba sumido en sus reflexiones cuando el eco de unos pasos firmes resonó por la vasta nave de la iglesia. Felipe giró el rostro hacia la entrada, encontrándose con la figura de un sacerdote que avanzaba por el pasillo central.

El religioso se acercó con paso reverente y se inclinó ante el rey en una profunda venia.

—Majestad, el enviado que aguardabais acaba de arribar al Escorial. Está esperando fuera como ordenasteis.

Felipe asintió con un leve movimiento de cabeza. Su semblante adquirió una expresión aún más severa al tiempo que se ponía en pie.

—Hazlo pasar de inmediato —ordenó con voz grave—. Y luego retírate, dejándonos a solas. Hay asuntos de suma importancia que debemos tratar.

El sacerdote se apresuró a obedecer, haciendo una nueva reverencia antes de dar media vuelta y encaminarse hacia la salida. El monarca lo observó alejarse hasta que la pesada puerta de roble se cerró tras él, sellando el recinto.

Un silencio solemne se cernió sobre la iglesia, apenas roto por el eco amortiguado de los trabajos de construcción en el exterior. Felipe se mantuvo impasible, con la mirada clavada en la entrada, a la espera.

* * *

Se oyeron unos pasos firmes que se acercaban por el pasillo de la iglesia. La puerta de roble se abrió con un leve chirrido, y una figura alta e imponente apareció en el umbral.

Era un hombre joven, de no más de veinticinco años, pero su porte y expresión denotaban una madurez que iba más allá de su edad. Vestía un elegante jubón de terciopelo negro ribeteado en oro, junto con unos calzones a juego que realzaban su complexión esbelta y atlética. Un cinto de cuero repujado con motivos renacentistas ceñía su cintura, del cual colgaba una fina espada toledana.

Al caminar, su capa de seda oscura ondeaba suavemente tras él, realzando aún más su aire de nobleza y distinción. Su cabello castaño, ligeramente ondulado, caía con gracia sobre su frente, enmarcando unos rasgos afilados y una mandíbula cuadrada que denotaban una determinación férrea.

Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Unas pupilas de un intenso color avellana que parecían escrutar todo a su paso con una mirada penetrante e inquisidora. En ellos ardía el fuego de un espíritu apasionado y fanático, el de un hombre dispuesto a todo en defensa de sus creencias.

Alejandro de Santillana avanzó por la nave central de la iglesia con paso decidido, su capa negra ondeando tras él. Al llegar frente al rey, se inclinó en una profunda reverencia, haciendo la señal de la cruz sobre su pecho.

—Majestad —saludó con voz grave.

Felipe hizo un gesto con la mano, indicándole que se sentara a su lado en uno de los bancos de madera. Alejandro obedeció, tomando asiento con la espalda erguida y la mirada firme.

—Partirás mañana mismo hacia Córdoba —declaró el monarca sin rodeos—. Debes encargarte de mantener el control de la ciudad y someter a los moriscos, expulsando o matando a los que se opongan a convertirse realmente al cristianismo. Dejo en tus manos la estabilidad de esa región. Quiero ser informado personalmente de cualquier intento de sublevación o cosa extraña que averigües. Tienes todo mi apoyo y el de la Inquisición, que ya ha sido informada.

Felipe hizo una pausa, clavando su mirada penetrante en Alejandro.

—A cambio, serás recompensado de muy buena forma —aseguró, extrayendo un sobre sellado de entre sus ropajes—. Ésta es una carta dirigida a la familia Mendoza, una de las familias nobles más importantes del lugar. Te alojarás con ellos el tiempo que sea necesario. En ella están

explicados todos los detalles, mis deseos y la recompensa que te espera.

Alejandro recibió la misiva con un asentimiento respetuoso, sintiendo cómo la determinación ardía en su pecho. Esta era la oportunidad que había estado esperando para demostrar su valía y devoción a la causa.

—Acepto con honor esta misión, majestad —declaró con solemnidad—. Cumpliré con vuestras órdenes y haré cuanto esté en mi mano para erradicar cualquier amenaza a nuestra fe y a vuestro reinado.

Dicho esto, Alejandro se puso de pie y, tras una nueva reverencia, se arrodilló ante el monarca, con la cabeza gacha en señal de respeto y obediencia.

* * *

Alejandro salió de la basílica del Escorial con el pecho henchido de orgullo y determinación. Sus botas resonaban con firmeza en el suelo de piedra mientras avanzaba por el atrio exterior, donde su escudero aguardaba con su caballo ensillado.

El joven noble se acercó con paso resuelto y, sin detenerse, plantó un pie en el estribo y se impulsó con agilidad, encaramándose de un ágil salto sobre la silla de montar. Tomó las riendas con manos enguantadas y ajustó su capa negra sobre los hombros.

—Volvemos a Madrid de inmediato —le ordenó a su ayudante con voz firme—. Debemos reunir a un grupo de hombres de la guardia real. Mañana partiremos todos rumbo a Córdoba.

El escudero asintió obedientemente, montando también en su propio corcel. Alejandro espoleó las ancas de su montura y ambos se pusieron en marcha al trote, alejándose del imponente monasterio del Escorial.

Durante el camino de regreso a la capital, Alejandro repasó mentalmente los detalles de la importante misión que le había sido encomendada directamente por el rey. Debía encargarse de controlar la situación en Córdoba, una ciudad con una gran población de moriscos que aún conservaban vestigios de su herencia árabe a pesar de haberse convertido oficialmente al cristianismo.

La misiva del monarca le otorgaba plenos poderes para expulsar o, si era necesario, ejecutar a aquellos que se negaran a renunciar por completo a sus costumbres y creencias islámicas. Era una tarea delicada, pero Alejandro estaba decidido a llevarla a cabo con mano firme y sin contemplaciones.

Alejandro sonrió levemente, acariciando la empuñadura de su espada toledana. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para cumplir con su deber y defender la fe cristiana de cualquier amenaza. Córdoba sería solo el primer paso en su camino hacia la gloria.

14
La misiva del rey

Siglo XVI

En los aposentos de Doña Beatriz De la Vega, el brillo del astro rey se filtraba tímidamente a través de las cortinas de seda, iluminando la estancia con un resplandor fulgente. La noble dama se encontraba sentada frente a su tocador de madera finamente labrada, mientras una joven criada se afanaba en peinarle el cabello con delicadeza.

Doña Beatriz, a sus cuarenta y ocho años, conservaba aún vestigios de la belleza que la había caracterizado en su juventud. Sin embargo, las arrugas en torno a sus ojos y la palidez de su rostro delataban el peso de los años y las penas que había soportado.

Con manos temblorosas, la dama acercó a sus labios una taza de cerámica que contenía una infusión de hierbas. El aroma penetrante del brebaje inundó sus fosas nasales mientras daba un sorbo cauteloso. El sabor amargo le hizo torcer el gesto, pero se obligó a beberlo hasta el final. Aquella mezcla de plantas medicinales era su último recurso contra las migrañas que la atormentaban con frecuencia.

—Date prisa, muchacha —apremió Doña Beatriz a la criada, que se esforzaba por recoger su cabello en un elaborado moño—. Fray Hernando estará ya esperándome en el patio de la capilla.

La joven asintió nerviosamente, acelerando sus movimientos mientras trataba de no tirar del cabello de su señora. Doña Beatriz contempló su imagen en el espejo con mirada escrutadora, percatándose de que sus pupilas carecían del fulgor de otros tiempos. Las melancolías que la acosaban desde lustros atrás habían impreso una marca indeleble en su faz. Acaso esos recurrentes abatimientos fueran también en algún modo responsables de las jaquecas como la de esta jornada que no cesaban de mortificarla.

Con un resoplido de rendición, Doña Beatriz se incorporó y alzó los brazos para que la sirvienta la auxiliara en su atuendo. El faldellín se ajustó a su talle con un tirón repentino, provocándole un gemido sofocado. En tanto la moza abotonaba el corpiño, la señora no cesaba de cavilar sobre el encuentro que la aguardaba.

Fray Hernando, aquel sacerdote franciscano de mirada inquisitiva, la ponía nerviosa. Había algo en sus ojos que parecía escudriñar hasta lo más profundo de su alma, como si pudiera leer todos sus secretos. Doña Beatriz se santiguó discretamente, rogando por la fortaleza necesaria para enfrentar aquel encuentro.

Mientras tanto, en el Patio de la Capilla del Palacio de Alcázar, Fray Hernando, un hombre

regordete, aguardaba con impaciencia la llegada de Doña Beatriz. Su rostro, surcado por profundas marcas, denotaba años de austeridad y devoción, pero sus ojos marrones brillaban con una intensidad inquietante.

El sacerdote paseaba de un lado a otro, sus sandalias resonando suavemente contra las losas de piedra. Su mirada escrutadora se posaba en cada rincón del patio, como si buscara secretos ocultos en la penumbra de los arcos.

Unos minutos más tarde, Fray Hernando detuvo su andar cuando escuchó el susurro de las faldas de Doña Beatriz acercándose. La dama apareció bajo el arco de entrada, su figura esbelta enmarcada por la luz del sol, que se reflejaba en las columnas que decoraban ese patio. El sacerdote inclinó levemente la cabeza en señal de saludo, sus ojos escrutadores fijos en el rostro pálido de la noble.

—Bienvenida, hija mía —dijo con voz grave—. Os esperaba con impaciencia.

Doña Beatriz se acercó con pasos medidos, sus manos entrelazadas frente a su pecho en un gesto de recogimiento. Fray Hernando era su confesor personal, el guardián de su alma y el encargado de mantener su pureza espiritual. Estas visitas semanales se habían convertido en un ritual ineludible, una oportunidad para purgar sus pecados y recibir guía espiritual.

—Padre Hernando —murmuró la dama, besando el crucifijo que pendía del cuello del sacerdote —. Agradezco vuestra dedicación a mi bienestar espiritual.

—Que la paz del Señor sea con vos, mi querida hija —saludó el franciscano, haciendo una leve reverencia.

—Y con vuestro espíritu, padre —respondió Doña Beatriz, inclinando la cabeza.

Fray Hernando observó detenidamente el semblante pálido y ojeroso de la dama.

—¿Cómo os encontráis hoy, hija mía? Vuestro rostro refleja fatiga.

Doña Beatriz suspiró profundamente antes de responder:

—Ay, padre, las jaquecas me atormentan sin tregua. Y en verdad os digo que a veces no hallo sentido a esta existencia. La melancolía se cierne sobre mí como un manto oscuro.

El sacerdote asintió con gesto comprensivo, aunque sus ojos brillaron con un destello de satisfacción apenas perceptible.

—Entiendo vuestro pesar, hija mía. Mas recordad que el sufrimiento es una vía para purificar el alma. Venid, sentémonos junto al altar y hablemos de esos sentimientos que os aquejan. Quizás haya algún pecado oculto que debamos sacar a la luz.

Fray Hernando guio a Doña Beatriz hacia un banco de piedra cercano al pequeño altar, que dominaba ese patio. La criada, aún detrás de Doña Beatriz, se retiró discretamente dejándolos a solas. El sacerdote se sentó junto a la dama, inclinándose hacia ella con aire confidencial.

—Contadme, hija mía, ¿qué pensamientos os han asaltado en estos días? ¿Habéis tenido alguna

flaqueza que debamos confesar ante el Señor?

* * *

Fray Hernando y Doña Beatriz llevaban ya reunidos desde hacía más de una hora. El tiempo transcurría lentamente en el Patio de la Capilla mientras ambos continuaban su conversación sobre pecados y penitencias. El sol ascendía en el cielo, proyectando sombras cada vez más cortas sobre las losas de piedra.

Fray Hernando, con aire de fingida casualidad, dejó caer en ese momento un comentario que hizo que Doña Beatriz se tensara visiblemente:

—Por cierto, hija mía, al llegar he presenciado algo que me ha causado cierta... inquietud —hizo una pausa, observando atentamente la reacción de la dama—. Vi a vuestra hija Isabel conversando muy animadamente con un joven morisco en uno de los patios. Me sorprendió que no estuviera acompañada por ningún sirviente. Una señorita pura como ella, en esa edad tan delicada...

Doña Beatriz palideció aún más, si eso era posible. Sus manos comenzaron a temblar ligeramente mientras procesaba la información.

—¿Isabel? ¿Con un morisco? —murmuró, incrédula—. No... no tenía conocimiento de esto, padre. ¿Estáis seguro?

Fray Hernando asintió con gravedad, sus ojos brillando con un destello de satisfacción apenas disimulado.

—Completamente seguro, mi querida hija. Comprendo vuestra preocupación. Es natural que una madre vele por la virtud de su hija.

Doña Beatriz se llevó una mano temblorosa a la frente, sintiendo que su jaqueca empeoraba por momentos.

—Os agradezco que me hayáis informado, padre —dijo con voz quebrada—. Hablaré con mi esposo sobre este asunto lo más pronto posible. No podemos permitir que la reputación de Isabel se vea comprometida.

—Hacéis bien, hija mía —asintió Fray Hernando—. La pureza de vuestra hija debe ser protegida a toda costa. Los moriscos, aunque convertidos, aún conservan costumbres que podrían resultar... peligrosas para una joven cristiana.

Doña Beatriz asintió, su mente ya divagando sobre cómo abordaría el tema con Don Fernando. La preocupación se reflejaba claramente en su rostro, mezclada con una sombra de culpa por no haber estado más atenta a las actividades de su hija.

* * *

Juana llegó al lavadero en uno de los patios de servicio del palacio de Alcázar, sus pequeñas manos cargadas con una cesta de trapos sucios. La luz de la tarde se colaba entre las columnas, iluminando el espacio donde otra criada, María, ya se afanaba en su tarea.

—Buenas tardes, María —saludó Juana, dejando la cesta junto a la pila de piedra.

María alzó la vista, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Buenas tardes, Juana. ¿Has visto quién ha llegado otra vez?

Juana frunció el ceño, adivinando a quién se refería.

—No me digas que es ese cuervo de Fray Hernando...

María asintió, torciendo el gesto.

—El mismo. Lo vi entrar hace ya bastante rato, directo al patio de la capilla. Seguro que ya está con la señora, llenándole la cabeza de ideas sombrías.

Ambas criadas compartieron una mirada de disgusto. Ninguna apreciaba las visitas del sacerdote, que siempre parecían dejar a Doña Beatriz más abatida que antes de su visita.

—Pobre señora —suspiró Juana, comenzando a sumergir las prendas en el agua ayudando a María—. Esa enfermedad suya es tan extraña. Siempre sin fuerzas, durmiendo todo el día...

María, que llevaba años al servicio de los Mendoza, bajó la voz en tono confidencial.

—¿Sabes? No siempre fue así. La señora cambió después de... —miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solas— después de perder a su primer hijo.

Juana abrió los ojos con sorpresa.

—¿Su primer hijo? No sabía que hubiera estado embarazada antes de la señorita Isabel.

María asintió con tristeza.

—Fue hace años, antes de que tú te unieras al servicio. Iba a ser el primogénito de Don Fernando. Pero algo salió mal y... bueno, desde entonces la señora nunca volvió a ser la misma. Es como si una parte de ella se hubiera ido con ese bebé.

Juana sintió una punzada de compasión por Doña Beatriz. Ahora entendía mejor esos momentos en que encontraba a la señora llorando en silencio, con la mirada perdida en el vacío.

María lanzó una mirada inquisitiva a Juana mientras frotaba una sábana contra la piedra del lavadero.

—Oye, Juana, cambiando de tema, ¿tú sabes quién es ese chico morisco con el que la señorita Isabel se encuentra a menudo para pintar y conversar en los patios?

Juana detuvo sus manos en el agua, sorprendida por la pregunta.

—¿Se encuentran a menudo? No tenía ni idea... —frunció el ceño, pensativa—. Aunque si es morisco, seguro que es el muchacho que le salvó el rosario y las pinturas aquel día que fuimos con Diego al mercado de la plaza mayor y unos malhechores intentaron robarnos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Juana al recordar el incidente. Bajó la voz, acercándose más

a María.

—Espero que no sigan viéndose. Seguro que los señores no verían con buenos ojos que su hija esté quedando con un morisco a escondidas. No me da buena espina.

María chasqueó la lengua, sacudiendo la cabeza con una sonrisa cansada.

—Ay, Juana, al final todos somos hijos del Señor, con piel más oscura o menos. A mis años ya no veo nada negro o blanco.

La mujer mayor hizo una pausa, una chispa de picardía brillando en sus ojos.

—Además, ese chico está de muy buen ver.

Juana no pudo evitar sonrojarse ante el comentario de María. A pesar de su preocupación, tuvo que admitir que el joven morisco tenía un atractivo innegable. Sin embargo, el temor a las consecuencias que podría acarrear esta amistad secreta pesaba más en su mente.

* * *

Ya hacía rato que Fray Hernando se había marchado. En la penumbra de su dormitorio, Doña Beatriz se arrodillaba en un rincón, sus dedos recorriendo las cuentas del rosario mientras sus labios murmuraban oraciones en silencio. Las pesadas cortinas permanecían cerradas, sumiendo la estancia en una oscuridad casi total que reflejaba el estado de ánimo de su ocupante.

Un golpe suave en la puerta interrumpió sus plegarias. Don Fernando entró, sus ojos tardando un momento en adaptarse a la escasa luz.

—Beatriz, ¿cómo os encontráis hoy? —preguntó, su voz teñida de una preocupación distante.

La dama alzó la mirada, su rostro pálido y demacrado.

—Ah, Fernando... Cada día me siento más débil. Estos dolores de cabeza no cesan, y temo que el Señor pronto querrá llevarme a su lado.

Don Fernando suspiró, acostumbrado a las quejas de su esposa.

—No digáis eso, mujer. Seguro que no es nada grave.

—Su merced siempre restando importancia a mis males —replicó ella con amargura—. Pero no os he llamado por eso. Hay un asunto urgente que debemos tratar.

El noble se irguió, intrigado.

—¿De qué se trata?

Doña Beatriz se santiguó antes de hablar.

—Nuestra hija, Isabel... Me han informado que se está viendo a escondidas con un joven morisco en los patios del palacio.

Don Fernando frunció el ceño, visiblemente preocupado.

—¿Quién os ha dicho tal cosa?

—Fray Hernando lo comentó antes durante la confesión, e incluso la Juana me lo ha confirmado antes. Los ha visto con sus propios ojos.

El rostro de Don Fernando se ensombreció ante la noticia.

—Esto es un escándalo, Fernando. Debéis hacer algo de inmediato —insistió Doña Beatriz—. Yo no tengo fuerzas para lidiar con esto.

Don Fernando asintió gravemente.

—No os preocupéis, Beatriz. Iré ahora mismo a hablar con Isabel y pondré fin a esta situación.

Sin más palabras, el noble se dirigió hacia la puerta, dejando a su esposa sumida nuevamente en sus oraciones y lamentos.

* * *

Una luz intensa de media tarde bañaba los muros del palacio de Alcázar cuando Diego, apoyado contra la puerta principal, compartía una animada charla con su compañero de guardias, Alonso.

Diego se rascó la cabeza, desordenando aún más su cabello desaliñado, mientras una sonrisa traviesa se dibujaba en su rostro.

—¿Sabes, Alonso? El otro día escuché a unos sabios hablar sobre algo asombroso. Dicen que la tierra no es plana como creíamos, sino que es redonda como una naranja.

Alonso soltó una carcajada áspera, sacudiendo su corpulenta figura.

—¿Qué sandeces dices, Diego? ¿Has estado bebiendo vino a escondidas otra vez?

Diego frunció el ceño, ofendido por la burla de su compañero.

—No, no, es cierto. Dicen que la tierra gira alrededor del sol, no al revés.

Alonso escupió al suelo, su rostro tosco contraído en una mueca de incredulidad.

—Vaya tonterías. Si la tierra fuera redonda, ¿cómo explicas que no nos caemos? ¿Y cómo es que el agua de los mares no se derrama? Esos sabios tuyos deben haber perdido el juicio igual que tú.

Antes de que Diego pudiera responder con otra ocurrencia, el sonido de cascos de caballos interrumpió su conversación. Ambos soldados se irguieron, sorprendidos al ver acercarse un séquito de varios hombres armados. A la cabeza cabalgaba un joven de porte noble y mirada severa.

El grupo se detuvo frente a la entrada y el líder desmontó con un movimiento ágil. Se acercó a los guardias con paso firme.

—Soy Alejandro de Santillana, enviado de su majestad el rey Felipe II —anunció con voz autoritaria—. Traemos órdenes de hospedarnos en este palacio hasta nueva orden.

Diego y Alonso intercambiaron miradas de desconcierto. Nadie les había informado de la llegada de invitados tan importantes.

—Disculpad, señor —comenzó Diego titubeante—. No hemos recibido noticia alguna de vuestra visita.

Alejandro frunció el ceño, visiblemente molesto por la falta de preparación.

—¿Acaso debo anunciarme como un vulgar mercader? —espetó—. Moved vuestros traseros inútiles y llamad a los sirvientes para que se ocupen de mis hombres y nuestras monturas.

Diego asintió nerviosamente y se apresuró a cumplir la orden, mientras Alonso permanecía rígido en su puesto.

—Tú —Alejandro señaló a Alonso—. Llévame de inmediato ante Don Fernando Mendoza. Tengo asuntos urgentes que tratar con él.

Sin esperar respuesta, Alejandro se adentró en el patio de entrada del palacio, dejando a los guardias aturdidos por la repentina llegada y las imperiosas demandas del enviado real.

* * *

Don Fernando Mendoza avanzaba por los pasillos del palacio con paso firme y decidido. Su rostro, normalmente sereno, mostraba una sombra de preocupación. Los rumores sobre Isabel y ese joven morisco le inquietaban profundamente. No podía permitir que su hija manchara el honor de la familia con semejante indiscreción.

Mientras giraba en una esquina, un lacayo apareció frente a él, jadeando y con el rostro enrojecido por la prisa.

—Mi señor —balbuceó el sirviente, inclinándose torpemente—. Disculpad la interrupción, pero ha llegado un visitante de suma importancia.

Don Fernando frunció el ceño, irritado por este nuevo contratiempo.

—¿De quién se trata? —preguntó con impaciencia.

—Es un tal Alejandro de Santillana, mi señor. Dice ser un enviado del rey Felipe II.

El rostro de Don Fernando palideció ligeramente. Una visita real no era algo que pudiera ignorarse.

—¿Y qué desea? —inquirió, tratando de mantener la compostura.

—Afirma que, por orden de su majestad, él y sus hombres se hospedarán con nosotros por tiempo indefinido —respondió el lacayo, visiblemente nervioso—. Lo he llevado al Patio de Recibo, donde espera vuestra audiencia.

Don Fernando cerró los ojos por un momento, sintiendo cómo el peso de las preocupaciones se acumulaba sobre sus hombros. Primero los rumores sobre Isabel, y ahora esto. El día parecía empeñado en poner a prueba su paciencia.

—Muy bien —dijo finalmente, exhalando un suspiro resignado—. Iré a recibirlo de inmediato.

Mientras se dirigía hacia el Patio de Recibo, Don Fernando no pudo evitar murmurar para sí mismo:

—Hoy se han vuelto todos locos. Vaya día.

Con pesar, abandonó sus planes de buscar a Isabel. La conversación con su hija tendría que esperar. Los asuntos de la corona siempre tenían prioridad, por mucho que le pesara en ese momento.

* * *

José Al-Farouq entró en la tienda familiar con paso cansado pero satisfecho. El viaje por el Guadalquivir de varios días había sido largo pero productivo. Sus ojos recorrieron la estancia, buscando a su esposa entre las telas y tapices que colgaban de las paredes.

—¡Soraya! —llamó, su voz resonando en el espacio—. ¿Dónde estás, mi amor?

Soraya apareció desde la trastienda, una sonrisa iluminando su rostro al ver a su marido.

—José, has vuelto —dijo, acercándose para recibirlo con un abrazo cálido—. ¿Cómo fue el viaje?

José correspondió al abrazo, aspirando el aroma familiar de su esposa.

—Todo ha ido bien, gracias a Alá —respondió, separándose ligeramente para mirarla a los ojos —. He conseguido un cargamento de cuero excelente por un precio inmejorable. Lo traerán en carro mañana desde el embarcadero.

Los ojos de Soraya brillaron con interés.

—Eso es maravilloso, José. Podremos hacer alforjas y otros artículos que se venderán muy bien.

José asintió, complacido por el entusiasmo de su esposa.

—Así es. Haremos un buen dinero con esto.

Animado por el éxito de su viaje y la calidez del reencuentro, José se acercó más a Soraya, sus manos deslizándose por su cintura. Sus labios buscaron los de ella, besándola con una pasión contenida durante días.

—Te he echado de menos —murmuró contra su boca, sus manos volviéndose más atrevidas.

Soraya se tensó ligeramente bajo su toque. Con suavidad, pero firmeza, puso sus manos sobre el pecho de José, creando una distancia entre ellos.

—Yo también te he extrañado, querido —dijo, su voz suave, pero con un deje de cansancio—. Pero estoy agotada. Ha sido una semana atareada en la tienda.

José frunció el ceño, decepcionado, pero no insistió. Respetaba demasiado a su esposa como para presionarla.

—Por supuesto, lo entiendo —dijo, retrocediendo un paso—. Descansa, mi amor. Mañana será un día ocupado con la llegada del cargamento.

Soraya asintió, agradecida por la comprensión de su marido. Sin embargo, en lo profundo de sus ojos, brillaba una chispa de culpa que José no alcanzó a percibir.

Yusuf entró en ese momento en la tienda, su rostro reflejando una mezcla de preocupación. Soraya lo miró con una expresión de reproche.

—¿Dónde has estado tanto tiempo, hijo? He tenido que ocuparme de todo yo sola —dijo, su voz teñida de frustración.

José, que acababa de llegar de su viaje, frunció el ceño ante las palabras de su esposa.

—Yusuf, debes ayudar a tu madre como cabeza de la familia cuando yo no esté —le reprendió con severidad—. Es tu deber. Tu madre tiene que hacerlo todo sola y no es tarea para una mujer.

El joven bajó la mirada, sintiendo el peso de la culpa sobre sus hombros.

—Lo siento, padre, madre. Salí a dar una vuelta y me encontré con otros en la plaza —mintió, ocultando su verdadero paradero—. De camino de vuelta he visto mucho movimiento en el palacio de al lado. Han llegado muchos soldados. No sé qué estará pasando.

La preocupación se dibujó en el rostro de Soraya al escuchar las palabras de su hijo.

—Últimamente el ambiente en Córdoba está muy tenso —murmuró, su voz cargada de inquietud —. Temo que algo malo pueda suceder.

José asintió, compartiendo la preocupación de su esposa.

—Tienes razón, mi amor. Desde los levantamientos en las Alpujarras, los ánimos están muy caldeados —dijo con pesar—. Y al final, siempre somos los reconvertidos como nosotros, que no hacemos daño a nadie, los más afectados por la situación. Espero que no afecte al negocio.

El vacío acústico se apoderó de la tienda mientras la familia Al-Farouq reflexionaba sobre la incertidumbre que se cernía sobre ellos y su tienda.

* * *

Don Fernando se encontraba sentado en la mesa de madera maciza del patio de recibo, con la mirada fija en la carta que sostenía entre sus manos temblorosas. Frente a él, Alejandro de Santillana aguardaba en silencio, su postura erguida y su rostro impasible. El noble cordobés había leído la carta del rey varias veces, pero aún no lograba asimilar su contenido.

La carta detallaba la misión encomendada a Alejandro de Santillana con una claridad escalofriante. El monarca ordenaba una opresión implacable de la influencia morisca en Córdoba, otorgando plenos poderes al joven enviado para llevar a cabo su tarea, como hiciera falta.

"...por la presente, se concede a Don Alejandro de Santillana la autoridad para erradicar cualquier vestigio de herejía islámica en la ciudad de Córdoba. Se le faculta para expulsar, encarcelar o

ejecutar a aquellos que se nieguen a abrazar la verdadera fe cristiana..."

Don Fernando sintió un nudo en el estómago al leer las siguientes líneas:

"...la familia Mendoza, propietarios del palacio de Alcázar, proporcionará alojamiento y toda la asistencia necesaria al enviado real durante el tiempo que sea menester. Como muestra de nuestra real gratitud, se ofrece la mano de la señorita Isabel Mendoza en matrimonio a Don Alejandro, una vez concluida su misión..."

El noble cordobés tragó saliva, consciente de las implicaciones de aquella orden. No solo se le exigía participar seguramente en la persecución de familias que conocía desde hacía años en la ciudad, sino que también se disponía del futuro de su hija sin su consentimiento.

La carta concluía con una advertencia apenas velada:

"Confiamos en que la ilustre casa de los Mendoza cumplirá con su deber para con la Corona y la Santa Iglesia. Cualquier indicio de simpatía o complicidad con los enemigos de la fe será considerado un acto de traición..."

Don Fernando alzó la vista hacia Alejandro, quien permanecía impasible, sus ojos avellana escudriñando cada reacción del noble cordobés. El peso de la decisión que debía tomar se cernía sobre él como una gigantesca piedra.

—Esto... esto es... —balbuceó Don Fernando, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Alejandro arqueó una ceja, esperando la reacción del patriarca de los Mendoza. Sabía que las órdenes del rey eran tajantes y que no había margen para la negociación.

Don Fernando alzó la vista, encontrándose con la mirada penetrante del enviado real. Tragó saliva, consciente de que no tenía más remedio que acatar los deseos de su majestad, por mucho que le pesara.

—Disculpadme un momento, mi estimado señor de Santillana —dijo finalmente, su voz recuperando algo de compostura.

Se volvió hacia la entrada y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Lacayo! ¡Ven aquí de inmediato!

Un joven sirviente apareció en el umbral, con el rostro pálido ante el tono airado de su señor.

—Buscad a mi esposa y a mi hija Isabel ahora mismo —ordenó Don Fernando—. Un enviado del rey está aquí y debe ser recibido como corresponde. ¡Moved esos pies, por el amor de Dios!

El lacayo salió disparado, sus pasos resonando en los pasillos del palacio. Don Fernando se volvió hacia otro sirviente que aguardaba cerca.

—Y tú, trae el mejor vino que tengamos en la bodega. Nuestro invitado y sus hombres deben estar sedientos después de tan largo viaje.

El segundo lacayo asintió y se apresuró a cumplir la orden. Don Fernando volvió su atención a

Alejandro, esforzándose por mantener la compostura.

—Perdonad el alboroto, Don Alejandro de Santillana. En breve seréis recibido como merecéis.

15
El control de Córdoba

Siglo XVI

Los días transcurrían con una lentitud agobiante en el palacio de Alcázar desde la llegada de Alejandro de Santillana. Don Fernando se encontraba en su despacho, paseando nerviosamente de un lado a otro junto a la ventana que daba al patio. Sus pasos resonaban en la estancia, reflejando la inquietud que lo consumía.

Abajo, en el patio, un grupo de soldados pertenecientes a la tropa de Alejandro conversaba animadamente. Don Fernando los observaba con recelo, sintiéndose cada vez más atrapado en su propia casa. La presencia constante de aquellos hombres armados le recordaba la precaria situación en la que se hallaba desde hacía días.

El noble cordobés no podía evitar pensar en la encrucijada que enfrentaba. Su hija Isabel y su esposa Beatriz aún desconocían la boda impuesta por el rey que terminaría uniendo su familia y descendencia a ese extraño señor de Santillana que tenía el beneplácito de su majestad. Recordaba la conversación privada que había mantenido con Alejandro de Santillana antes de presentarlo a su familia. Habían acordado posponer la revelación de los detalles del matrimonio, con la excusa de no querer asustar a su futura esposa Isabel. Alejandro había accedido, prefiriendo conocer a su consorte antes de que el compromiso se hiciera oficial.

Don Fernando se pasó una mano por el rostro, agobiado por el peso del secreto. Cada vez que veía a su hija, sentía una punzada de culpabilidad. Isabel seguía con su vida cotidiana, ajena al destino que se cernía sobre ella.

Los soldados en el patio soltaron una carcajada, sobresaltando a Don Fernando. Se alejó de la ventana, sintiéndose observado incluso dentro de sus propios aposentos. La sensación de estar enjaulado en su propia casa se intensificaba con cada día que pasaba.

El noble se preguntaba cuánto tiempo podría mantener esta farsa. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar la verdad, pero temía las consecuencias. ¿Cómo reaccionaría Isabel al saber que su futuro había sido decidido sin su consentimiento? ¿Y Beatriz? ¿Cómo tomaría la noticia de que su hija sería entregada en matrimonio a un desconocido que por orden real hacía y deshacía a su antojo en su propia casa?

La exasperación del noble se acumulaba en su ser cual volcán a punto de reventar. Su mirada se desplazaba repetidamente hacia el ventanal que daba a la vía pública, opuesto al que se abría al patio, escrutando inútilmente los contornos del alcázar en busca de la figura de Soraya.

La presencia constante de Alejandro en el palacio y el regreso de José, el marido de Soraya, habían convertido en una tarea imposible sus encuentros clandestinos. Don Fernando sentía que le faltaba el aire, que las paredes del palacio se cerraban sobre él, asfixiándolo.

Soraya era su luz en la oscuridad, el bálsamo que aliviaba sus penas. Sin ella, los días se tornaban grises y monótonos. La necesidad de verla, de sentirla entre sus brazos, se había convertido en un dolor físico que le atenazaba el pecho.

"¿Me estoy volviendo loco?", se preguntaba, pasándose una mano temblorosa por el cabello. La imagen de Soraya, con su sonrisa cálida y sus ojos chispeantes, se materializó en su mente, provocándole un anhelo tan intenso que tuvo que apoyarse en el escritorio para no caer.

El sonido de pasos en el pasillo lo sobresaltó. Don Fernando contuvo la respiración, temiendo que fuera Alejandro de Santillana una vez más, con sus preguntas incisivas y su mirada escrutadora. Pero los pasos se alejaron y él exhaló, aliviado y frustrado a partes iguales.

La impotencia lo consumía. Él, un hombre acostumbrado a tener el control se sentía ahora como un prisionero en su propia casa. Cada movimiento, cada gesto, era observado y analizado. La libertad que antes disfrutaba se había esfumado, llevándose consigo la posibilidad de ver a su amada.

Don Fernando cerró los ojos, evocando el recuerdo del último encuentro con Soraya. El roce de sus labios, el calor de su piel, el aroma de su cabello... Todo parecía tan lejano ahora, como un sueño del que había despertado bruscamente.

* * *

El patio del archivo era un remanso de paz en medio del bullicio del palacio. Las paredes cubiertas de hiedra y otras plantas trepadoras creaban un ambiente fresco y acogedor, ideal para la reflexión y el estudio. En una esquina apartada, casi ocultas de miradas indiscretas, Isabel y Sofía se habían vuelto a encontrar ese día y conversaban en voz baja.

Isabel, con el rostro pálido y ojeroso, tomó las manos de su amiga entre las suyas.

—Gracias por venir, Sofía. No sabes cuánto te necesitaba.

Sofía la miró con preocupación, notando el cambio en el semblante habitualmente alegre de Isabel.

—¿Qué sucede, Isabel? Te noto diferente.

Isabel suspiró profundamente antes de responder.

—Me siento como una extraña en mi propia casa. Es como si viviera bajo constante vigilancia. Ni siquiera he podido pintar estos días. No me veo motivada para ello.

Sofía se inclinó hacia ella, intrigada.

—Cuéntamelo todo, por favor.

Isabel miró a su alrededor antes de comenzar a hablar en susurros.

—¿Recuerdas a Alejandro de Santillana, el hombre que llegó hace unos días?

Sofía ahogó una exclamación de sorpresa.

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué?

—Es un enviado directo del rey. Su misión es poner orden en Córdoba y... presionar a los moriscos o algo así. Algo sobre evitar revueltas como la de las Alpujarras. No estoy muy segura de los detalles —continuó Isabel—. Pero lo peor es que el rey ha ordenado que lo alojemos a él y a todo su destacamento en nuestra casa. Por tiempo indefinido. Y no es solo que lo alojemos, en cierta forma, tengo la impresión de que se ha nombrado el mismo dueño y señor no solo de este palacio, sino también de la familia entera.

Sofía frunció el ceño, procesando la información.

—¿Y tu madre? ¿Cómo lo está llevando?

Isabel contorneó con la cabeza, sus ojos reflejando tristeza.

—Apenas la veo. Imagínate. Se pasa los días encerrada en sus aposentos. Solo sale a veces para ver a Fray Hernando en su momento de oración. Las criadas tienen incluso que llevarle la comida allí. Siempre tiene una excusa para no reunirse con nosotros.

—¿Y qué hacéis tu padre y tú?

—Terminamos siempre en la mesa solos con el señor de Santillana. Es... incómodo. Me siento tensa todo el tiempo, temiendo decir algo que pueda causar problemas. Y a mi padre... se le nota igual de tenso.

Sofía apretó la mano de su amiga en señal de apoyo.

—Te entiendo perfectamente, Isabel. Debe ser una situación terrible.

Sofía se inclinó aún más cerca de Isabel, bajando la voz hasta casi un susurro.

—Dime, Isabel, ¿es ese Alejandro de Santillana tan horrible en persona como dicen por ahí?

Isabel parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—¿Qué es lo que has oído?

Sofía miró a su alrededor antes de responder, asegurándose de que nadie más pudiera escucharlas.

—En Córdoba, al parecer, tras solo varios días desde su llegada, es conocido en todos lados. Mis padres estaban hablando el otro día que al poco de llegar organizó una redada en el barrio morisco. Apresó a varios enemigos del reino, según él.

Isabel se inclinó hacia adelante, sus ojos abiertos de par en par.

—¿Y qué les hizo?

Sofía tragó saliva, visiblemente incómoda.

—No me atrevo a contar lo que les hicieron. Algo horrible.

—Por favor, Sofía, quiero saber todos los detalles —insistió Isabel.

Sofía suspiró antes de continuar.

—Los ejecutó en medio de la plaza mayor con toda la gente mirando. Según mis padres, fue un escarmiento para evitar posibles revueltas.

Isabel se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—Es horrible —murmuró.

Sofía asintió gravemente.

—Al parecer, tiene poder absoluto directo del rey para hacer lo que quiera con tal de imponer el cristianismo y deshacerse de los moriscos que realmente no se quieran convertir o que se hagan pasar por convertidos, pero luego a escondidas sigan practicando sus costumbres y religión.

Las dos jóvenes se quedaron sin decir palabra, la gravedad de la situación pesando sobre ellas como una losa.

Isabel bajó la mirada, sus dedos jugueteando nerviosamente con el borde de su vestido.

—Sofía, si te soy sincera, no puedo dejar de pensar en Yusuf —confesó en voz baja—. Me preocupa lo que pueda pasarle. Aunque su familia sean comerciantes convertidos con buena reputación, siguen siendo moriscos, al fin y al cabo.

Sofía abrió los ojos de par en par, inclinándose hacia su amiga.

—Isabel, no me digas que sigues viéndote con ese chico a escondidas —susurró con urgencia.

Isabel negó con la cabeza, sus ojos reflejando tristeza.

—No, desde que llegó Alejandro es imposible. Con tantos soldados ajenos al palacio distribuidos por todo el recinto, sería una locura intentarlo.

Sofía soltó un suspiro de alivio, pero su expresión pronto se tornó en una de incredulidad.

—Pero ¿cómo se te ocurre siquiera pensar en encontrarte a escondidas con un morisco? ¿Has perdido el juicio?

Isabel se encogió de hombros, una sonrisa soñadora asomando a sus labios.

—Sé que puede parecer una locura, pero ese muchacho... cuando estoy con él me siento como en una nube.

Sofía miró a Isabel con los ojos abiertos de par en par, procesando lo que acababa de escuchar.

—Entonces... ¿me estás diciendo que tú y Yusuf os habéis visto a solas varias veces? —preguntó, incrédula.

Isabel asintió tímidamente, un ligero rubor tiñendo sus mejillas.

—Sí, nos hemos encontrado algunas veces —confesó en voz baja—. En algún patio tranquilo, donde yo pudiera pintar y él recitarme sus poesías. Aquí hasta hace poco era bastante fácil. Mi madre nunca está pendiente de nada y mi padre siempre está ocupado con sus negocios. Al servicio no le importa lo que yo haga o deje de hacer.

Sofía sacudió la cabeza, aún sin poder creerlo.

—Pero Isabel, ¿cómo has podido ser tan imprudente? Yo pensaba que nuestra visita ese día a la tienda de telas y tapices era una locura que no se volvería a repetir.

—Te aseguro que nunca ha pasado nada indecente —se apresuró a aclarar Isabel—. Solo hemos compartido arte y conversación.

Sofía soltó un resoplido.

—¡Ya sería lo que faltara! —exclamó—. Aunque el mero hecho de que menciones que no ha pasado nada indecente me hace pensar que has considerado la posibilidad.

Al escuchar esto, el rostro de Isabel se tornó de un rojo intenso. Abrió la boca para responder, pero las palabras no le salían. Se quedó allí, balbuceando, sin saber qué decir para defenderse.

Sofía la miró alarmada.

—Isabel, por favor, dime que no te estás enamorando.

Isabel alzó la barbilla, desafiante.

—Y si fuera así, ¿qué importa? El amor no tiene ojos ni le importa el color de tu piel o a qué religión perteneces.

Sofía, horrorizada, se abalanzó sobre su amiga, tapándole la boca con la mano.

—¡Calla, insensata! —siseó—. ¿Te has vuelto loca de remate? No puedes decir esas cosas en público. ¿Imagina si nos oyera ese tal Alejandro de Santillana o alguno de sus soldados? Lo mismo somos las siguientes colgadas de una soga en la plaza mayor.

Isabel observó la reacción de su amiga con una mezcla de asombro y preocupación. El silencio incómodo se extendió entre ellas, solo interrumpido por el suave murmullo de la brisa entre las hojas de hiedra que cubrían las paredes del patio.

Unos minutos de serenidad después que parecieron eternos, Isabel tomó aire, reuniendo el coraje para expresar lo que realmente quería pedirle a su amiga.

—Sofía, en realidad... estaba pensando en pedirte un favor.

Sofía la miró con curiosidad, sin poder imaginar lo que vendría a continuación.

—¿Qué favor?

Isabel bajó la voz aún más si era posible, sus ojos brillando con una mezcla de esperanza y

temor.

—Quiero que me ayudes a salir del palacio para ir a la tienda de telas otra vez y verlo.

Los ojos de Sofía se abrieron de par en par de nuevo, su rostro reflejando incredulidad y horror.

—¿Qué? ¡No! ¡Ni loca! —exclamó en un susurro furioso—. ¿Cómo te atreves a pedirme eso después de todo lo que acabamos de hablar?

Isabel se inclinó hacia adelante, sus manos juntándose en un gesto suplicante.

—Por favor, Sofía. Te prometo que será la última vez. Si no lo veo al menos una vez más, no podré dormir. Me cuesta incluso respirar. Necesito saber si está bien.

Sofía negó con la cabeza, firme en su negativa.

—He dicho que no, Isabel. Es demasiado peligroso. No puedo creerme que te atrevas a preguntarme algo así.

Pero Isabel no se dio por vencida. Continuó suplicando, sus ojos llenándose de lágrimas mientras intentaba convencer a su amiga.

Tras varios intentos y ruegos desesperados, Sofía finalmente cedió, aunque con evidente renuencia.

—Está bien —dijo con un suspiro de derrota—. Pero con una condición: esta será la última vez. ¿Me oyes? La última.

Isabel asintió fervientemente, una sonrisa de alivio iluminando su rostro.

Sofía frunció el ceño, ya arrepintiéndose de su decisión.

—Y que conste que solo lo hago porque somos amigas desde hace años. Pero este favor me lo pagarás en el futuro, ¿entendido?

Isabel tomó las manos de Sofía entre las suyas, sus ojos brillando de gratitud.

—Te lo prometo, Sofía. Haré por ti todo lo que quieras. Gracias, gracias de verdad. Eres la mejor amiga.

Sofía sacudió la cabeza, aún sin poder creer lo que acababa de aceptar.

—Que Dios nos ampare —murmuró—. Espero conservar mi bonita cabeza sobre mis hombros aún muchos años más.

* * *

Isabel, con los ojos brillantes de emoción, se acercó a Sofía y le susurró su plan para escapar del palacio. Sofía, aunque reticente, asintió y siguió a su amiga hacia el patio donde Diego y Alonso fingían entrenar con sus espadas melladas.

Los dos guardias, aburridos por la falta de tareas desde la llegada de los soldados del rey, apenas

prestaban atención a sus movimientos torpes. Diego, el más delgado y ágil de los dos, intentaba enseñar a Alonso cómo sostener correctamente la espada, pero el corpulento guardia parecía más interesado en hacer muecas y reír que en aprender.

Isabel, con una sonrisa traviesa en los labios, se acercó a los guardias con paso decidido. Sofía la seguía de cerca, fingiendo interés en el improvisado entrenamiento.

—Diego, Alonso —llamó Isabel con voz dulce—. Necesitamos que nos acompañéis a una tienda cercana para probarnos unos vestidos.

Diego frunció el ceño, dudando. —Señorita Isabel, nadie nos ha informado de tal salida.

Alonso, por su parte, dejó caer la espada y sonrió ampliamente. Sus ojos recorrieron las figuras de las jóvenes, deteniéndose más de lo necesario en sus rostros y curvas.

—¿Probar vestidos? —repitió Alonso, su voz cargada de entusiasmo—. ¡Claro que sí! Será un placer acompañarlas. En una ciudad tan peligrosa, necesitan unas damas jóvenes como ustedes unos protectores invencibles como nosotros. Han hecho bien en preguntarnos.

Diego miró a su compañero con incredulidad. —Pero Alonso, no podemos...

Alonso le dio un codazo a Diego, interrumpiéndolo. —Vamos, amigo. Seguro que será más interesante que verte luchar con esa espada. Eres malísimo, de todos modos.

Isabel aprovechó la oportunidad y se acercó a Alonso, batiendo su vestido. —Oh, Alonso, parecéis tan fuerte y valiente. Debo confesar que siempre he sido una tremenda admiradora vuestra. No tenemos la menor duda de que estaremos totalmente a salvo.

Sofía miraba a su amiga totalmente incrédula en su papel de interpretación. No conocía tal faceta de ella.

El rostro de Alonso se iluminó ante el cumplido, hinchando el pecho debajo de la armadura con orgullo. Diego, viendo que estaba perdiendo la batalla, soltó un suspiro de resignación.

—Está bien —cedió Diego—. Pero si alguien se queja luego a Don Fernando, yo no quiero saber nada.

Isabel aplaudió con entusiasmo. —¡Perfecto! Vamos, no perdamos más tiempo.

Mientras se dirigían hacia la salida del palacio, Sofía no pudo evitar notar la facilidad con la que Isabel había manipulado a los guardias, especialmente al ingenuo Alonso. Se preguntó si su amiga era consciente del peligro al que se estaban exponiendo, pero el brillo en los ojos de Isabel le dijo que, en ese momento, lo único que le importaba era ver a Yusuf una vez más.

Justo cuando el grupo se acercaba a la entrada del palacio, dos soldados de Alejandro les cortaron el paso. Sus rostros severos y posturas rígidas dejaban claro que no estaban dispuestos a ceder fácilmente.

—Alto ahí —gruñó uno de ellos, su mano descansando sobre la empuñadura de su espada—. Nadie sale del palacio sin un motivo confirmado por el señor de Santillana.

Isabel sintió que su corazón se aceleraba, pero antes de que pudiera decir algo, Alonso dio un paso al frente, hinchando el pecho.

—¿Qué decís, idiotas? —bramó Alonso, empujando con fuerza a uno de los soldados—. Hemos sido enviados directamente por el señor de Santillana. ¿Acaso osáis cuestionar sus órdenes?

Los soldados intercambiaron miradas confusas, claramente no queriendo meterse en problemas con su señor. Tras un momento de duda, se hicieron a un lado, permitiéndoles pasar.

Una vez fuera del palacio, Diego se volvió hacia Alonso, su rostro enrojecido de ira y preocupación.

—¿Has perdido el juicio? —siseó—. Has mentido descaradamente. Es una irresponsabilidad tremenda. Nos vamos a meter en un lío con ese Santillana, y todos sabemos el carácter tan malo que tiene.

Alonso se encogió de hombros, una sonrisa despreocupada bailando en sus labios. —Ya va siendo hora de divertirse un poco, ¿no crees? Llevamos días sin hacer nada más que mirar las paredes del palacio.

Isabel, sintiendo una mezcla de gratitud y excitación por la aventura, le lanzó una sonrisa radiante a Alonso. —Gracias, Alonso. Ha estado brillante.

Sofía y Diego intercambiaron miradas de preocupación. Era evidente que la aventura no les gustaba tanto como a Isabel y Alonso. Sofía se mordió el labio, su estómago se retorcía de nervios mientras pensaba en las posibles consecuencias de sus acciones.

Isabel y Sofía se detuvieron frente a la tienda de los Al-Farouq, sus corazones latiendo con fuerza por la emoción y el nerviosismo. Isabel se volvió hacia Diego y Alonso, quienes las habían seguido fielmente hasta allí.

—Diego, Alonso, necesitamos que os quedéis aquí vigilando —dijo Isabel con voz dulce pero firme—. No tardaremos mucho.

Alonso, que había estado pavoneándose todo el camino, dejó caer los hombros con evidente decepción. Sus ojos recorrieron la fachada de la tienda, como si buscara una razón para entrar.

—Pero señorita Isabel, ¿no necesitáis ayuda para cargar los vestidos? —preguntó, esperanzado.

Sofía negó con la cabeza. —No será necesario. Estaremos bien solas.

Sin esperar más respuesta, las dos jóvenes se adentraron en el establecimiento, dejando a los guardias en la calle. Alonso las vio desaparecer tras la puerta con un suspiro de frustración.

Apenas se cerró la puerta tras ellas, Diego se volvió hacia Alonso, su rostro enrojecido de ira de nuevo. Sin previo aviso, le propinó un fuerte manotazo en la cabeza.

—¡Ay! ¿Qué haces, animal? —protestó Alonso, frotándose la zona golpeada.

—¿Es que no te das cuenta? —gruñó Diego—. Nos han utilizado totalmente. Aquí no hay ningún vestido que probar. Nos han engañado para salir a ver tiendas solas fuera del palacio.

Alonso parpadeó, procesando lentamente las palabras de su compañero. Luego, sin previo aviso, su puño se estrelló contra la mandíbula de Diego con una fuerza sorprendente. Diego trastabilló, casi cayendo al suelo por el impacto.

—¿Y eso por qué ha sido? —exclamó Diego, sujetándose la mandíbula dolorida.

—Por llamarme tonto —respondió Alonso, cruzándose de brazos—. Yo ya sabía que nos estaban utilizando. Pero prefiero estar aquí fuera que encerrado en esa maldita prisión. Voy a buscar algo de beber ahí a la esquina, no te muevas de aquí. Estoy sediento.

Diego miró a su compañero con una mezcla de asombro e incredulidad, frotándose la mandíbula que empezaba a hincharse.

José estaba solo en el interior de la tienda con Yusuf cuando Isabel y Sofía entraron. Al principio, se sorprendió por la visita de las dos señoritas y les preguntó con curiosidad:

—¿Qué desean, señoritas?

Yusuf, al ver a Isabel, se acercó a ella con una gran sonrisa y las saludó efusivamente. Se volvió hacia su padre y dijo:

—Padre no se preocupe, son unas amigas.

José no daba crédito a sus ojos. Nunca le había dicho que tuviera amigas señoritas de tan buena clase. Observó con atención a las jóvenes, notando sus ropas finas y su porte elegante. Después de un momento de vacilación, les propuso:

—En ese caso, ¿Por qué no salen por la trastienda con mi hijo al patio interior? Ahí, debajo del olivo, podrán charlar al fresco sus mercedes.

Yusuf asintió entusiasmado, mientras Isabel y Sofía intercambiaban miradas de alivio. José continuó:

—Yo puedo atender la tienda solo, no se preocupen. Además, su madre aparecerá enseguida para ayudarme a ordenar la montaña de nueva mercancía que nos ha llegado hace poco.

Isabel y Sofía siguieron a Yusuf hacia la trastienda, dejando a José solo en la tienda principal. Mientras caminaban, Yusuf susurró dirigiéndose a Isabel:

—No esperaba verte hoy.

Isabel le dedicó una sonrisa radiante, su corazón latiendo con fuerza. —Tenía que verte —respondió en voz baja—. Han pasado tantas cosas en el palacio... Por cierto, tu padre es todo un caballero.

Sofía, aún nerviosa, miraba constantemente hacia atrás, temiendo que alguien las descubriera. —Deberíamos darnos prisa —murmuró—. No sabemos cuánto tiempo podremos estar aquí sin levantar sospechas.

* * *

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados. En el patio interior de la tienda de los Al-Farouq, Isabel y Yusuf seguían enfrascados en una animada conversación, ajenos al paso del tiempo. Sus risas y murmullos llenaban el aire, mezclándose con el suave aroma de las flores que adornaban el lugar.

Sofía, por su parte, se movía inquieta de un lado a otro, lanzando miradas nerviosas hacia la entrada del patio que daba a la trastienda. Su rostro reflejaba una creciente preocupación mientras observaba cómo el sol descendía cada vez más.

—Isabel, por favor —susurró Sofía por enésima vez, tirando suavemente de la manga de su amiga—. Llevamos horas aquí. Debemos regresar al palacio antes de que noten nuestra ausencia.

Isabel, sin embargo, parecía no escucharla. Sus ojos brillaban mientras Yusuf le contaba una historia sobre las estrellas y su significado en la cultura árabe. Sofía suspiró, sintiéndose cada vez más como una intrusa en aquel momento íntimo.

Fuera de la tienda, la situación era completamente diferente. Diego y Alonso, embriagados por el vino que habían estado trayendo de una taberna cercana durante horas, se tambaleaban en la calle delante de la tienda. Sus risas estridentes y sus canciones desafinadas atraían las miradas de los transeúntes.

—¡Viva el vino y viva el amor! —gritó Alonso, levantando una jarra medio vacía.

Diego, con los ojos vidriosos y una sonrisa tonta en el rostro, se abrazó a su amigo. —¡Y que vivan las hermosas damas que nos han traído aquí! —añadió, soltando una carcajada.

Los dos guardias, completamente ajenos a su deber y a la preocupación que crecía dentro de la tienda, continuaron con su improvisada fiesta callejera. El vino había borrado de sus mentes la razón por la que estaban allí en primer lugar.

Mientras tanto, en el patio interior, Sofía sentía que su paciencia se agotaba. El nerviosismo se había convertido en auténtico pánico al darse cuenta de cuánto tiempo habían pasado fuera del palacio.

A unos metros de allí en las estancias de la planta superior, Soraya terminó de doblar las últimas sábanas en la habitación cuando escuchó risas provenientes del patio. Intrigada, se asomó por la ventana y su corazón dio un vuelco. Allí, bajo el viejo olivo, vio a su hijo Yusuf charlando animadamente con dos jóvenes cristianas. Una de ellas, con su cabello castaño y su porte elegante, era inconfundible: Isabel Mendoza.

El rostro de Soraya palideció como si hubiera visto un fantasma. Sus manos temblaron mientras se aferraba al alféizar de la ventana. Mil pensamientos cruzaron por su mente en un instante, pero decidió no salir al patio. En su lugar, bajó apresuradamente por la escalera que daba directamente a la tienda.

José, que acababa de terminar de atender a un cliente, se volvió hacia su esposa con una sonrisa.

—Soraya, no vas a creer con quién está charlando nuestro hijo en el patio...

Pero antes de que pudiera terminar, Soraya lo interrumpió con un grito desgarrador.

—¿Qué hace Yusuf con esas chicas en el patio? ¡Una de ellas es la hija de los Mendoza del palacio de Alcázar!

José retrocedió, sorprendido por la reacción de su esposa. Nunca la había visto tan alterada.

—Cálmate, mujer —intentó tranquilizarla—. No lo sabía, pero si es así no hay que preocuparse por nada, los Mendoza son una buena familia, muy conocida en Córdoba. Siempre se han portado bien con todo el mundo. Aunque no los conozco en persona, su hija parece una señorita muy agradable.

Pero Soraya no se calmaba. Sus ojos brillaban con una mezcla de miedo y desesperación.

—Por favor, José —suplicó, agarrando las ropas de su marido—. Habla con ellos. Es muy tarde y no pueden estar ahí haciendo ruido. Prométeme que no volverán a verse jamás. ¡Jamás!

José miró a su esposa, desconcertado. No entendía por qué estaba tan alterada. Soraya siempre había sido una mujer tranquila y sensata, pero hoy parecía otra persona.

—Soraya, ¿qué te pasa hoy? Estás muy extraña —murmuró José, preocupado por el comportamiento de su esposa.

Soraya se desplomó en el suelo, sollozando incontrolablemente. José, desconcertado y alarmado, intentó consolarla, pero sus palabras caían en oídos sordos. Viendo que era imposible calmarla, decidió tomar cartas en el asunto.

—Tranquila, mi amor. Iré a hablar con ellos —dijo José, acariciando suavemente el cabello de su esposa antes de dirigirse al patio.

Al llegar, encontró a los jóvenes riendo animadamente. José carraspeó para llamar su atención.

—Disculpad, no quería interrumpir, pero ya es tarde. No son horas para que unas señoritas estén fuera de casa —dijo con tono amable.

Sofía aprovechó la interrupción para tirar del brazo de Isabel.

—¡El señor Al-Farouq tiene razón! Isabel, debemos irnos ya —insistió con urgencia.

Isabel y Yusuf intercambiaron una mirada de pesar, comprendiendo que su tiempo juntos había llegado a su fin ese día. Se despidieron con una sonrisa tímida y José los acompañó de vuelta a la tienda.

Mientras tanto, Soraya, aún presa del pánico, se ocultó debajo del mostrador para que no la vieran justo cuando Sofía e Isabel salían de la trastienda para dirigirse al exterior. José y Yusuf quedaron solos en la tienda, perplejos al ver a Soraya emerger de su escondite.

—Madre, ¿qué haces ahí abajo? —preguntó Yusuf, confundido.

En la calle, Isabel y Sofía se dirigían hacia el palacio. Detrás de ellas, Diego y Alonso las seguían, tambaleándose y cantando a voz en grito, creando un escándalo que atraía las miradas de los transeúntes.

Sofía, nerviosa y enfadada, no dejaba de regañar a Isabel.

—¡Con estos locos, toda la ciudad se va a enterar de nuestra escapada! —siseó, lanzando miradas preocupadas a su alrededor.

Al llegar a la calle antes de la entrada del palacio, Sofía se detuvo.

—Me voy a casa sola. Ahora es tu problema cómo vuelves al palacio —espetó, aún enojada, antes de marcharse.

Isabel, sin embargo, flotaba en una nube de felicidad etérea, su corazón palpitando con el recuerdo de la tarde que acababa de vivir. Había visto a Yusuf, su amado secreto, y juntos habían compartido momentos de pura dicha que quedarían grabados en su memoria para siempre. Las horas habían transcurrido como un suspiro, llenas de risas, miradas cómplices y roces furtivos que hacían estremecer su piel. Los problemas que normalmente la acosaban parecían ahora lejanos e insignificantes, como sombras difusas en el horizonte de su mente, incapaces de opacar el resplandor de la felicidad que la embargaba en ese instante. En su corazón, Isabel atesoraba cada segundo vivido, cada palabra susurrada, cada gesto de ternura, sintiendo que nada en el mundo podría compararse con la dicha que experimentaba en ese momento.

* * *

Un día después, cuando el ocaso se cernía sobre el palacio de Alcázar, envolviendo con su velo oscuro la imponente estructura de sus innumerables patios y recintos. Don Fernando, aún en su despacho a esa hora, sostenía entre sus manos temblorosas la carta de Soraya que acababa de entregarle un mensajero. Su rostro palideció mientras leía las líneas escritas con premura y desesperación. Llevaba sin verla en persona desde hacía días. El corazón le latía con fuerza, amenazando con salirse de su pecho.

La misiva de Soraya era una súplica desesperada. Le pedía perdón por escribirle de esa manera tan arriesgada, pero la urgencia del asunto no le dejaba otra opción. Con horror, Don Fernando leyó cómo Soraya había descubierto a su hijo Yusuf en compañía de Isabel en el patio interior de la tienda.

El noble sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Siempre había temido que algo así pudiera ocurrir, pero lo había considerado prácticamente imposible debido a las diferencias de clase y origen. Ahora, el destino parecía burlarse cruelmente de ellos.

Soraya le contaba que había prohibido terminantemente a Yusuf volver a ver a Isabel, pero su marido José no entendía su reacción y todos pensaban que se había vuelto loca. La desesperación de Soraya era palpable en cada palabra. Le suplicaba ayuda, consciente de que Don Fernando comprendía la importancia vital de mantener a los jóvenes separados.

Don Fernando se pasó una mano por el rostro, sintiendo el peso de la situación sobre sus hombros. Sabía que debía actuar con rapidez y discreción. Tenía que encontrar una manera de mantener a Isabel alejada de Yusuf a toda costa.

Con un suspiro pesado, Don Fernando se levantó de su sillón. La tarea que tenía por delante era delicada y peligrosa, pero no tenía otra opción. Debía proteger a su familia, a Soraya y a sí

mismo de las consecuencias devastadoras que podría tener este encuentro fortuito entre los jóvenes.

Don Fernando arrugó la carta de Soraya y la arrojó a un pequeño fuego que había encendido en la chimenea de su despacho para deshacerse del mensaje. Se quedó observando cómo las llamas devoraban rápidamente el papel. Con el corazón acelerado y la frente mojada de sudor, salió de su despacho con paso firme y decidido.

Mientras recorría los pasillos en penumbra del palacio, su mente bullía de preocupaciones. ¿Habría visto alguien al mensajero? ¿Habría leído otra persona la carta? La mera posibilidad le helaba la sangre. Si se descubría su relación con Soraya, todo por lo que había luchado se vendría abajo.

* * *

En una habitación apartada del palacio en la planta baja, Alejandro de Santillana se paseaba como un león rabioso frente a sus hombres. La estancia, iluminada por la tenue luz de las velas, parecía asfixiante con la tensión que emanaba del grupo reunido. El rostro de Alejandro estaba contraído por la ira, sus ojos brillaban con un fuego fanático.

—¡Incompetentes! —rugió, golpeando la mesa con el puño—. ¡Llevamos días aquí y aún no hemos logrado nada significativo!

Los hombres se removieron incómodos, evitando la mirada furiosa de su líder. Uno de ellos, un soldado joven de rostro pálido se atrevió a hablar.

—Señor, quizás si intentáramos...

—¡Silencio! —cortó Alejandro, su voz cargada de desprecio—. No quiero oír más excusas. Esos moros se están riendo de nosotros, lo sé. Puedo sentirlo cada vez que salgo a las calles.

La suspensión sonora que siguió era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. Alejandro respiraba pesadamente, sus fosas nasales dilatadas por la rabia contenida.

—Necesitamos dar otro escarmiento —declaró finalmente, su voz baja y peligrosa—. Algo que haga temblar a toda la comunidad morisca de Córdoba.

Los hombres intercambiaron miradas nerviosas. Sabían que cuando Alejandro hablaba así, generalmente seguía otro derramamiento de sangre.

—Esta ciudad debería ser un bastión de la fe cristiana —continuó Alejandro, su voz subiendo de tono—. Y, sin embargo, aún veo restos del islam paseándose por las calles como si nada. ¡Es inadmisible!

Se volvió hacia sus hombres, sus ojos brillando con determinación fanática.

—Vamos a acabar con cada vestigio de esa herejía. Córdoba será purificada, cueste lo que cueste.

* * *

Isabel yacía recostada en el sillón de su dormitorio, sus dedos acariciando distraídamente las páginas del libro que sostenía. Una historia de caballeros y damas, de amores imposibles, la transportaba a un mundo de ensueño y sensaciones intensas. Por un momento, cerró el libro y dejó que su mente vagara hacia recuerdos más recientes.

La última tarde que había pasado con Yusuf bajo el olivo se dibujó vívidamente en su mente. El calor del sol, el aroma de las flores silvestres, la suave brisa que mecía las ramas... Todo parecía tan real que casi podía sentirlo de nuevo.

Una sonrisa asomó a sus labios al recordar su regreso al palacio. Sofía, completamente enfadada, caminaba a grandes zancadas delante de ella, mientras Diego y Alonso las seguían, tambaleándose y riendo tontamente, embriagados por el vino que habían bebido en exceso.

Por suerte, no habían tenido problemas para entrar de nuevo al palacio. Alejandro de Santillana había salido en otra de sus misiones para "salvar" Córdoba de la influencia árabe, llevándose consigo a la mayoría de sus hombres. Solo había dejado atrás a algunos incompetentes que no le dieron mayor importancia a Diego y Alfonso en su estado etílico.

Isabel se había escabullido sin llamar la atención, agradecida por la ausencia de Alejandro y sus guardias más astutos. Mientras se perdía en estos pensamientos, un sonido repentino la sobresaltó.

Pasos. Alguien se acercaba a su puerta.

El corazón de Isabel comenzó a latir con fuerza. ¿Quién podría ser?

—¡Isabel! —llamó Don Fernando con voz tensa al llegar a la puerta de la habitación de su hija —. ¡Abre inmediatamente!

Isabel, sorprendida por el tono autoritario de su padre, se levantó con el libro aún en sus manos y abrió la puerta con cautela.

—¿Qué ocurre, padre?

Don Fernando entró como una tromba, cerrando la puerta tras de sí. Sus ojos escudriñaron la habitación, asegurándose de que estaban solos.

—¿Es cierto que has estado viéndote con el hijo de los Al-Farouq? —espetó sin preámbulos.

Isabel palideció, pero intentó mantener la compostura.

—Padre, yo...

—¡No me mientas! —rugió Don Fernando, golpeando la pared con el puño—. ¿Tienes idea de lo peligroso que es? ¿De las consecuencias que podría tener para nuestra familia?

La joven retrocedió, asustada por la reacción de su padre. Nunca lo había visto tan alterado.

—Solo somos amigos —murmuró Isabel, con lágrimas asomando a sus ojos—. No hemos hecho nada malo padre. Nos conocimos hace semanas por casualidad en la plaza mayor, salvó mi bolso de pinturas de unos delincuentes.

Don Fernando respiró hondo, intentando calmarse.

—Escúchame bien, Isabel —dijo con voz más controlada pero igual de severa—. No volverás a ver a ese muchacho. Nunca más. ¿Me has entendido?

—Y si alguien pregunta, dirás que nunca has tenido contacto con él. Que todo ha sido un malentendido —añadió Don Fernando, mirando fijamente a su hija.

Isabel, con lágrimas en los ojos, miró a su padre con incredulidad.

—¿Por qué, padre? No hemos hecho nada malo —protestó, su voz temblando de emoción.

Don Fernando, incapaz de contener su desesperación, volvió a gritar:

—¡Te prohíbo que lo vuelvas a ver! ¡Y no lo harás, aunque te tenga que encerrar!

Isabel, desconcertada por la reacción desmesurada de su padre, insistió:

—¿Por qué me trata así? No entiendo qué he hecho para merecer esto.

Don Fernando, perdiendo todo control, explotó:

—¡No lo verás más porque en unas semanas te casarás con Alejandro de Santillana!

El rostro de Isabel palideció de repente, sus ojos se abrieron de par en par, horrorizada por las palabras de su padre.

—¿Qué está diciendo? No quiero casarme con ese hombre. No lo amo. ¿Por qué dice esas cosas?

Don Fernando, fuera de sí, continuó gritando:

—¡Nadie se casa por amor como en esos libros estúpidos que lees!

Sin previo aviso, arrebató el libro de las manos de Isabel y lo arrojó al suelo unos metros más allá.

—Los matrimonios los deciden tus progenitores, que saben lo que más le conviene a la familia. ¡Ya no se habla más! ¡Te casarás con él y punto!

Isabel, atónita y con el corazón destrozado, observaba a su padre, incapaz de reconocer al hombre que tenía frente a ella.

Isabel nunca se había enfrentado a su padre antes. Jamás se le había pasado algo así por la cabeza, pero en ese momento, con su padre gritándole y queriendo obligarla a casarse con ese horrible hombre, su mente no funcionaba como siempre lo había hecho.

Sin pensárselo dos veces, Isabel se irguió, sus ojos brillando con una determinación y rabia que Don Fernando nunca había visto en ella antes.

—¡Jamás me casaré con ese hombre! —gritó Isabel, su voz temblando de rabia y frustración—. ¡Y menos porque lo diga usted!

Don Fernando se quedó atónito, incapaz de dar crédito a la situación. Su hija, su dulce y

obediente Isabel, le estaba plantando cara. Un escalofrío recorrió su espalda al darse cuenta de lo que eso significaba. Una reacción así solo podía indicar que su hija estaba realmente enamorada de Yusuf. La peor de sus pesadillas se estaba haciendo realidad.

La ira nubló el juicio de Don Fernando. Sin pensar en las consecuencias, levantó la mano y abofeteó a Isabel con fuerza.

—¡Cómo te atreves, niña insensata! —rugió, mientras Isabel se llevaba la mano a la mejilla, los ojos abiertos de par en par por la sorpresa y el dolor—. ¡No lo decido yo! ¡Son órdenes de su majestad!

Isabel estaba en shock. Su padre jamás le había pegado. Las lágrimas brotaron como fuentes de sus ojos, mezclándose con la confusión y el miedo que sentía. Sin decir una palabra más, salió corriendo de la habitación.

Don Fernando, dándose cuenta de lo que acababa de hacer, intentó detenerla.

—¡Isabel, espera! —gritó, extendiendo la mano hacia ella.

Pero fue en vano. Isabel ya había desaparecido por el pasillo, dejando tras de sí solo el eco de sus pasos apresurados y sus sollozos desgarradores.

* * *

Alejandro salió el último de la habitación donde había tenido lugar la reunión con sus hombres, su mente aún ocupada con los planes contra los moriscos. Subió las escaleras hacia sus aposentos, absorto en sus pensamientos. De repente, una figura borrosa pasó corriendo frente a él, casi derribándolo en dirección contraria.

—Pero ¿qué...? —alcanzó a decir, reconociendo a Isabel entre lágrimas.

La joven ni siquiera se detuvo, dejando tras de sí solo el eco de sus sollozos. Alejandro se encogió de hombros, restándole importancia al incidente.

"Mujeres", pensó, "siempre tan imprevisibles".

Continuó su camino, pero al llegar al piso superior se encontró cara a cara con Don Fernando. El rostro del noble estaba tenso, sus ojos escudriñando el pasillo.

—Señor de Santillana —dijo Don Fernando, su voz teñida de preocupación—. ¿Ha visto a mi hija?

Alejandro arqueó una ceja, intrigado por la agitación del hombre a estas horas.

—Acabo de cruzármela en las escaleras —respondió—. Parecía bastante alterada. ¿Ha ocurrido algo?

Don Fernando aún aturdido por la escena que acababa de tener lugar con su hija soltó sin pensar:

—Son pequeños problemas con los conversos de la tienda cercana de tapices y telas. Nada realmente importante, cosas de chicas.

Alejandro frunció el ceño, su interés despertado por la mención de los moriscos.

—¿Moros? —preguntó, su tono volviéndose más serio.

Don Fernando, dándose cuenta de su error, se apresuró a restar importancia al asunto.

—Le aseguro que no es nada, de verdad —dijo, forzando una sonrisa—. Disculpadme, debo ir a buscar a Isabel.

Sin dar tiempo a más preguntas, Don Fernando se alejó apresuradamente, dejando a Alejandro solo en el pasillo. El enviado del rey se quedó inmóvil por un momento, su mente procesando la información que acababa de recibir.

Alejandro entró en su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se despojó de sus ropajes militares, dejándolos caer descuidadamente en un rincón. El aire fresco acarició su piel mientras se acercaba a la palangana de cerámica llena de agua fresca en un lado de la habitación.

Sumergió las manos y se lavó el rostro, disfrutando de la sensación refrescante. Luego, tomó un paño húmedo y lo pasó por su torso desnudo, revelando músculos bien definidos y algunas cicatrices en el pecho, testigos silenciosos de batallas pasadas.

Mientras se aseaba, su mente vagaba hacia los eventos recientes. La imagen de Isabel corriendo llorosa por el pasillo y la expresión preocupada de Don Fernando se entremezclaban en sus pensamientos. ¿Qué problemas tenían estos nobles con los moriscos de la tienda cercana? La sospecha se arraigó en su mente.

Recordó la reunión con sus hombres y las estrategias discutidas para oprimir a la comunidad morisca. De repente, una idea surgió en su mente, clara y terrible. Ya sabía cuál sería el siguiente escarmiento.

Sin molestarse en vestirse con solo unos calzones, Alejandro salió al pasillo, su torso desnudo brillando con gotas de agua a la luz de las antorchas. Se acercó a la barandilla de la escalera y gritó a dos de sus soldados que estaban abajo:

"¡Vosotros dos! ¡Subid inmediatamente! Tengo algo importante que hablar con vosotros."

Los soldados, sorprendidos por la urgencia en la voz de su comandante y su estado de semi desnudez, se apresuraron a subir las escaleras.

Ya en la habitación, Alejandro miró fijamente a sus hombres, sus ojos brillando con una intensidad feroz.

—¿Sabéis cuál es la tienda más cercana de moros de telas y tapices? —preguntó, su voz cargada de una autoridad que no admitía vacilaciones.

Los soldados intercambiaron miradas, confundidos por la repentina pregunta.

—Debe ser la de los Al-Farouq, mi señor —respondió uno de ellos tras un momento de duda.

Alejandro asintió, una sonrisa cruel curvando sus labios.

—Bien. Quiero que os dirijáis a esa tienda y le prendáis fuego —ordenó con frialdad—. Aseguraos de que no salga nadie del edificio mientras arde.

Los hombres se quedaron paralizados, sorprendidos por la brutalidad de la orden y la hora inusual para llevarla a cabo. Alejandro, notando su vacilación, sintió que la ira crecía en su interior.

—¿A qué esperáis inútiles, no me he expresado claramente o qué? —gritó, su voz resonando en las paredes de la habitación.

Sobresaltados por el arrebato de su comandante, los soldados salieron corriendo de la habitación, sus pasos resonando en el pasillo mientras se apresuraban a cumplir las órdenes.

Alejandro se quedó solo, una sonrisa de satisfacción extendiéndose por su rostro. En su mente, ya podía ver las llamas consumiendo la tienda, escuchar los gritos de terror de los moriscos atrapados en el interior. La comunidad morisca aprendería a temerle, y ese miedo se extendería entre los comerciantes como ese fuego incontrolable que iban a provocar sus hombres.

"Córdoba será la ciudad más cristiana de todo el reino", pensó, imaginando ya los elogios y honores que recibiría de Su Majestad por su implacable dedicación a la causa.

Alejandro se dejó caer en la silla de madera tallada que había cerca, su mirada se perdió en el vacío, contemplando el éxito que le esperaba. La idea de una Córdoba purificada por el fuego de su justicia, sin la influencia corruptora de los moriscos, le hacía sentir un poder inigualable. En su mente, las llamas danzaban, liberando una Córdoba que pronto sería el símbolo de la supremacía católica, un espejo en el que se reflejaría la gloria del rey y, por ende, la suya propia.

La emoción crecía en su pecho firme, extendiéndose como un torbellino por el resto de su cuerpo, hasta que finalmente se concentró en su centro, en aquel lugar que ahora reclamaba su atención. Sin poder contenerse, Alejandro llevó una mano a su entrepierna, palpando el bulto que se había formado bajo la tela de sus calzones. El tacto de sus propias manos, la percepción de su propia potencia, solo sirvieron para avivar más el fuego que ardía en su interior.

Mientras su respiración se volvía más rápida y superficial, Alejandro se regodeaba en la sensación de control absoluto. La ciudad de Córdoba, con sus calles y sus gentes, era suya para hacer con ella lo que le placiera. Y en ese momento, lo que más le placía era la imagen de la tienda de los Al-Farouq ardiendo hasta los cimientos, consumida por el fuego que él mismo había ordenado.

La excitación de Alejandro se intensificaba con cada segundo que pasaba. Su mano se movía con más firmeza, con más decisión, mientras en su mente se sucedían las imágenes de su victoria inminente. Pronto, los moriscos sabrían de lo que era capaz. Pronto, toda la ciudad temblaría ante su nombre. Y en ese miedo, en esa sumisión forzada, encontraba el cumplimiento de su deseo más oscuro.

* * *

José acababa de cerrar la puerta de entrada de la tienda, dando por finalizada la jornada. En la calle solo quedaba mayormente oscuridad, interrumpida ocasionalmente por alguna antorcha

solitaria de algún incauto que aún se atrevía a moverse a esas horas por Córdoba. Dentro, Soraya y Yusuf ayudaban a recoger y ordenar las últimas cosas del día antes de subir arriba a preparar la cena y descansar.

De repente, la calma de la noche se vio rota por el estruendo de cascos de caballos y voces de soldados fuera de la tienda. Antes de que pudieran reaccionar, una antorcha encendida entró volando por la ventana aún abierta de la tienda, cayendo en medio del recinto. José, Soraya y Yusuf se quedaron petrificados por la sorpresa, incapaces de moverse mientras veían cómo las llamas comenzaban a devorar las telas a su alrededor.

El fuego se extendió con una velocidad aterradora, alimentándose de las ricas telas y tapices que llenaban la tienda. José fue el primero en reaccionar, corriendo hacia la puerta de entrada en un intento desesperado por abrirla de nuevo y escapar antes de que el fuego los consumiera. Pero sus esfuerzos fueron en vano; alguien había bloqueado la puerta desde fuera.

Él y su hijo golpearon la puerta con todas sus fuerzas, gritando pidiendo ayuda, pero solo el crepitar de las llamas y el sonido de los caballos alejándose respondieron a sus súplicas. El humo comenzó a llenar el espacio, haciendo cada vez más difícil respirar.

Soraya, superada por los efectos del humo, cayó al suelo. Yusuf corrió a socorrerla, tosiendo violentamente mientras intentaba levantarla. Las paredes ardían a su alrededor, el fuego consumía todo a su paso, dejándolos atrapados en un infierno de llamas y humo.

16
La espada toledana

Siglo XXI

El sol abrasador de Córdoba caía implacable sobre la ciudad ese día de mayo, bañando los callejones adoquinados y los patios floridos con su luz intensa y dorada. Era el día de la Fiesta de los Patios, y el ambiente festivo contrastaba con el calor sofocante que hacía sudar a locales y turistas por igual. Los rayos ardientes se reflejaban en las paredes encaladas, creando un resplandor cegador que obligaba a los transeúntes a entrecerrar los ojos mientras deambulaban por las estrechas callejuelas en busca de sombra.

El aroma embriagador de las flores se mezclaba con el olor a tierra húmeda y el perfume de las macetas recién regadas, creando una sinfonía olfativa que embriagaba los sentidos. Los patios, engalanados con sus mejores galas, se preparaban para recibir a los primeros visitantes que, a pesar del calor abrumador, no querían perderse el espectáculo de colores y fragancias que ofrecía la ciudad en esta época tan especial del año.

Laura había decidido tomarse el día libre para disfrutar de la festividad en compañía de Jalil y su hermana Nadia, quien había llegado el día anterior y se hospedaba en el mismo Hotel Boutique Califato que su hermano. Carmen, la madre de Laura, también se había unido al grupo para pasar el día.

Mientras Nadia, emocionada como una niña junto a una pared llena completamente con geranios, sacaba fotos y selfis sin parar cerca de su hermano Jalil, Laura y Carmen se habían apartado un poco, buscando refugio a la sombra de un naranjo. Ambas observaban con una mezcla de diversión y exasperación cómo Nadia obligaba a Jalil a posar una y otra vez frente a las coloridas macetas y las paredes encaladas.

—¡Ay, hija! Esa Nadia tiene más energía que una central eléctrica —comentó Carmen, abanicándose con un folleto del programa de la fiesta de los patios—. No sé cómo aguanta con este calor.

Laura sonrió, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Viene de Dubái, creo que allí la temperatura ahora es mucho más elevada que la de Córdoba. Debe estar acostumbrada.

Desde su posición privilegiada en la sombra, madre e hija observaban el ir y venir de los visitantes que llenaban el patio. El aroma de las flores se mezclaba con el olor a tierra mojada y el murmullo constante de las conversaciones creaba una atmósfera única.

—¿Cuántos selfis más crees que tienen que hacer en este patio para sus redes sociales? —preguntó Laura, impaciente por continuar el recorrido hacia el siguiente.

Carmen se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero no te preocupes, hija, que la paciencia es una virtud. Además, ¿qué prisa tenemos? Disfruta del momento. Mira que felices parecen los hermanos disfrutando.

El sol seguía castigando implacablemente, pero Nadia inmune al calor, arrastraba a su hermano Jalil hacia un rincón más apartado del patio. Sus ojos brillaban con entusiasmo y una sonrisa radiante iluminaba su rostro.

—¡Ay, Jalil! —exclamó Nadia, abrazando a su hermano con afecto—. No sabes lo feliz que estoy de haber venido. Esto es tan diferente a Dubái... Es como un pueblecito encantador, la gente es tan simpática y las tiendas con cosas tan auténticas y diferentes a lo que estamos acostumbrados.

Jalil sonrió, contagiado por el entusiasmo de su hermana. Podía sentir la alegría que emanaba de ella, tan distinta a su habitual actitud en casa.

—Allí en casa no podía aguantar más —continuó Nadia—. Papá está tan pesado todo el día, no me deja tranquila ahora que no estás tú.

El rostro de Jalil se ensombreció por un momento, pero su hermana no le dio tiempo a preocuparse.

—Por cierto, Laura me cae genial —añadió Nadia, guiñándole un ojo a su hermano—. Se os ve tan bien a los dos. Me alegro mucho por ti.

Jalil no pudo evitar reírse, sintiéndose verdaderamente feliz por primera vez en mucho tiempo. El ambiente festivo, la belleza del patio y la presencia de su hermana habían logrado que se olvidara por completo de las presiones y expectativas que normalmente lo agobiaban.

—Yo también me alegro mucho de tenerte aquí, Nadia —respondió Jalil, abrazando a su hermana—. Por fin podemos disfrutar de un poco de tiempo juntos fuera del ambiente habitual.

Mientras los hermanos compartían ese momento de complicidad, Laura y Carmen los observaban con una mezcla de curiosidad y diversión desde lejos.

Carmen, que siempre lo tenía que comentar todo, se inclinó hacia Laura y murmuró:

—Oye, hija, la hermana de Jalil es divertida, pero me parece un poco demasiado pija.

Laura le dio un codazo a su madre, visiblemente incómoda.

—¡Mamá! No digas esas cosas, que me pones en un compromiso.

Carmen, sin embargo, no se amilanó.

—Bueno hija, no me sorprende. Se nota que la familia tiene que ser muy rica, construyendo hoteles en medio mundo, viviendo en Dubái, volando aquí y allá...

—Ay, mamá, cómo te encanta criticar —suspiró Laura, poniendo los ojos en blanco.

—Aun así, me alegro mucho por ti —continuó Carmen, cambiando de tono—. Jalil es muy buena gente, y ese porte tan seguro y atractivo que tiene... Ya he visto cómo todas las chicas le echan un ojo cuando está cerca. Ten cuidado con las arpías, no vayan a robártelo.

Laura no pudo evitar reírse.

—Mamá, de verdad, qué cosas tienes.

En ese momento, Nadia y Jalil se acercaron a ellas.

—¿Queréis continuar al siguiente patio? —preguntó Nadia, entusiasmada—. Aún quedan tantos por ver.

Carmen, sin perder un segundo, tomó a Jalil del brazo.

—Oye, Jalil, ¿en Dubái hay también hoteles de esos de lujo con piscinas infinitas como los de la televisión donde van los ricos?

—Sí, claro —respondió Jalil, algo sorprendido por la pregunta—. ¿Por qué preguntas?

—Bueno, teniendo un yerno que es de allí, lo mismo puedo ir yo de vez en cuando a visitar a la familia y hacer unas vacaciones en un lugar así —respondió Carmen con una sonrisa pícara, mientras se imaginaba como ella se remojaba en una piscina así con una buena sangría.

Laura, completamente ruborizada, exclamó:

—¡Mamá, eres la peor! ¡Aquí nadie ha hablado de bodas ni de nada, ya me estoy arrepintiendo de haberte dejado que vinieras con nosotros!

Todos estallaron en carcajadas ante el comentario de Carmen y la reacción de Laura.

* * *

Poco a poco la tarde bañaba la pequeña plaza donde Nadia, Jalil, Carmen y Laura disfrutaban de un refrigerio y unas tapas en un bar acogedor. El ambiente festivo de la Fiesta de los Patios aún se respiraba en el aire, pero la tranquilidad del momento se vio interrumpida por el sonido estridente del teléfono de trabajo de Laura.

Antes de que Laura pudiera siquiera pensar en contestar, Carmen soltó un suspiro exasperado.

—Hija, por Dios, ¿es que no puedes desconectar ni un solo día? No es normal que te lleves el móvil del trabajo en tu día libre encima.

Jalil, con una expresión de preocupación en su rostro, intervino:

—No lo cojas, Laura. Seguro que pueden arreglárselas sin ti por un día.

Sin embargo, Laura ignoró los comentarios y se apartó unos pasos de la mesa para atender la llamada. Cuando regresó, su rostro reflejaba una mezcla de emoción y culpabilidad.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme a la excavación. Han descubierto algo muy importante y no quiero perdérmelo.

Jalil frunció el ceño, visiblemente molesto.

—¿Es que en serio esos incompetentes no pueden vivir sin ti ni un solo día?

Laura se encogió de hombros, dividida entre su pasión por el trabajo y el deseo de quedarse con ellos. Luego le dio un pequeño beso a Jalil.

—De verdad que lo siento. Pero no os preocupéis, vosotros seguid disfrutando del día. Nos vemos luego. Yo os aviso cuando termine.

Mientras Laura se alejaba en dirección al Palacio de Alcázar, Jalil se volvió dando un sorbo de su cerveza hacia Carmen con una expresión de resignación.

—Tu hija es definitivamente adicta al trabajo.

Carmen asintió, soltando una risa cansada.

—Y que lo digas. Llevo 30 años criándola, no tiene arreglo.

Nadia, siempre optimista, intentó animar el ambiente.

—Bueno, casi mejor así. Ahora podremos ponernos los tres al día más tranquilos. Tenéis que contarme tantas cosas, como os conocisteis y todo eso.

Carmen miró a Jalil con una sonrisa cómplice.

—Oye, tu hermana me cae por minutos cada vez mejor.

Los tres estallaron de nuevo en carcajadas mientras veían a Laura alejarse, de vuelta al trabajo.

* * *

Laura se acercó con paso apresurado a la excavación, su corazón latiendo de emoción ante la perspectiva de un nuevo descubrimiento. Al llegar, vio a Marina sacudiéndose el polvo de la ropa. Su compañera arqueóloga levantó la mirada, sorprendida al verla.

—¿Laura? Pensé que hoy era tu día libre.

Laura hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Eso no importa ahora. ¿Dónde está lo que habéis encontrado?

Marina señaló hacia el interior del palacio de Alcázar.

—Raúl lo está inspeccionando dentro en el laboratorio. Vamos, te lo mostraré.

Las dos mujeres se dirigieron juntas hacia la habitación que utilizaban como laboratorio de arqueología improvisado. Al entrar, encontraron a Raúl inclinado sobre una cubeta de plástico transparente, limpiando con cuidado lo que parecía ser una espada en sorprendentemente buen estado.

Laura no pudo contener su entusiasmo.

—¿Qué tenemos aquí, Raúl?

El arqueólogo levantó la vista, una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Te dije al teléfono que no tenías que venir. Estoy casi seguro de que es una espada del siglo XVI. Se ha conservado bastante bien, considerando las circunstancias.

Laura se acercó para examinar el hallazgo más de cerca.

—¿Y qué hacemos ahora?

Raúl volvió a concentrarse en su tarea de limpieza.

—En cuanto termine de limpiarla, seguiremos el típico protocolo. Primero la fotografiaremos desde todos los ángulos posibles. Luego, subiremos las imágenes como siempre a la base de datos para ver si podemos encontrar alguna información adicional cotejándola con otros objetos similares que se hayan encontrado antes en otros lugares.

Marina asintió, añadiendo:

—El último software de comparación de imágenes en el archivo de arqueología es bastante bueno. Con suerte, podremos obtener más detalles sobre su origen y propietario.

Laura observó fascinada cómo Raúl continuaba su meticuloso trabajo, su mente ya imaginando las historias que esta espada podría contar.

Unas horas más tarde, el equipo de arqueólogos ya tenía una idea clara sobre el objeto encontrado. La espada, típica del siglo XVI, pertenecía a la categoría de armas fabricadas para los soldados más cercanos al rey Felipe II. El sello grabado en ella fue identificado en el sistema como el emblema de la familia Santillana, una importante familia cercana al rey de la comunidad de Madrid.

Raúl, consciente de la importancia del hallazgo, decidió llamar a Luisa para que les ayudara. Cuando Luisa llegó al laboratorio, examinó la espada con atención.

—¿Sabes algo sobre algún Santillana en la Córdoba del siglo XVI? —preguntó Laura, esperanzada.

Luisa frunció el ceño, el nombre le resultaba familiar. Sin decir palabra, salió del laboratorio y regresó poco después con un libro de emblemas y familias antiguas cordobesas. Hojeó las páginas con rapidez hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Claro! ¡Ahora me acuerdo! —exclamó Luisa, mostrándoles una sección del libro—. Alejandro de Santillana. No puedo creer que se me hubiera olvidado.

Los ojos de Laura, Marina y Raúl se abrieron de par en par mientras Luisa continuaba su explicación.

—Era una especie de despiadado general de buena familia a las órdenes directas de Felipe II. Fue

enviado a Córdoba con un batallón para poner orden en la ciudad tras las revueltas de las Alpujarras.

Luisa pasó algunas páginas más, revelando más detalles sobre este personaje histórico.

—Hay mucho escrito sobre él. Al parecer, era extremadamente cruel y un cristiano muy radical. Vamos en plan Juego de Tronos, el que se ponía en su camino perdía el pescuezo hablando vulgarmente.

El equipo escuchaba con atención, fascinado por la historia que se desarrollaba ante ellos.

—Lo curioso —continuó Luisa— es que en algún momento se pierde su historia. Los libros y archivos de la época dejan de mencionarlo abruptamente. Es como si hubiera desaparecido sin dejar rastro. Lo mismo que con la familia Al-Farouq.

Laura miró la espada con renovado interés, preguntándose qué secretos podría revelar sobre el misterioso destino de Alejandro de Santillana.

* * *

Unos días más tarde, en la sala de reuniones del palacio de Alcázar, el ambiente era tenso. Laura, Marina, Raúl, Jalil y Roberto se encontraban sentados alrededor de una gran mesa de oficina, discutiendo acaloradamente sobre el futuro de la excavación y la construcción del nuevo hotel de lujo.

Roberto, con su traje impecable y su rostro serio, golpeaba suavemente la mesa con sus dedos mientras hablaba.

—No podemos seguir retrasando la obra. Cada día que pasa nos cuesta dinero y recursos. Debemos continuar con la siguiente fase de construcción.

Jalil asintió, apoyando la postura de Roberto. Sabía que su padre y el grupo Al-Jawhara no tolerarían más demoras.

—Mi padre no aceptará más retrasos. Si nos ponemos cabezones, pueden cortar la financiación, todo se vendrá abajo, incluida la excavación.

Laura, con el ceño fruncido y los ojos brillantes de determinación, se inclinó hacia adelante en su silla.

—No podemos arriesgarnos a destruir evidencias históricas cruciales. Estoy segura de que hay una conexión entre la familia Mendoza, los Al-Farouq y Alejandro de Santillana. Necesitamos más tiempo para desentrañar este misterio.

Raúl asintió, respaldando a Laura.

—Coincido con Laura. Si usamos parte del solar de la excavación para la conexión elevada del hotel, podríamos perder hallazgos importantes para siempre.

Marina, que había permanecido en silencio hasta ese momento, intervino con voz conciliadora.

—¿No podríamos encontrar un término medio? Tal vez podamos ajustar el plan de construcción para minimizar el impacto en el área de excavación.

Los ojos de todos se movían de un lado a otro de la mesa, evaluando las reacciones de los demás. La tensión era palpable, cada uno defendiendo su posición con fervor.

Roberto suspiró, frotándose las sienes.

—Entiendo la importancia histórica, pero también tenemos compromisos financieros que cumplir.

Laura, sin embargo, no estaba dispuesta a ceder.

—Estamos muy cerca de descubrir algo grande, lo presiento. No podemos detenernos ahora.

En ese momento, Miguel irrumpió en la reunión, jadeando y con el rostro enrojecido por la emoción. En sus manos temblaban un par de fotocopias arrugadas. Todos los presentes se volvieron hacia él, sorprendidos por su repentina aparición.

—¡No os lo vais a creer! —exclamó Miguel, agitando las fotocopias en el aire—. Acaba de llegar un fax de Madrid.

Laura se levantó de su silla, con los ojos brillantes de anticipación.

—¿Es sobre la información que pediste al archivo histórico? —preguntó, acercándose a Miguel.

El hombre asintió vigorosamente.

—Exacto. Para los que no estén al tanto, hace unos días pedí a un contacto en el archivo histórico información que pudiera haber de Felipe II y Alejandro de Santillana —explicó Miguel, tratando de recuperar el aliento—. Han encontrado una carta oficial de la época que aclara algunas cosas. Es una orden directa de Felipe II a Alejandro de Santillana.

Un murmullo de asombro recorrió la sala. Incluso Roberto y Jalil, que hasta hace un momento estaban preocupados por los retrasos en la obra, se inclinaron hacia adelante con interés.

—Vamos, Miguel, no nos tengas en ascuas —urgió Raúl, haciendo un gesto impaciente con la mano.

Miguel colocó las fotocopias sobre la mesa, alisándolas con cuidado. Todos se amontonaron alrededor, olvidando momentáneamente sus diferencias. Laura contuvo la respiración mientras sus ojos recorrían el documento, tratando de descifrar la antigua caligrafía fotocopiada de la carta original. Marina se inclinó tanto que su nariz casi tocaba el papel.

El silencio en la sala era absoluto mientras todos leían ávidamente el contenido de la carta.

* * *

Yo, Felipe II, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Navarra y de las Indias, y de todos los territorios que Dios, en su infinita misericordia, ha puesto bajo mi cetro, escribo esta carta a vos, Alejandro de Santillana,

mi fiel servidor y hombre de confianza, cuya lealtad ha sido probada en innumerables ocasiones.

Os encomiendo una misión de suma importancia para la Corona y la Santa Fe Católica, una tarea que requiere de vuestra astucia, determinación y devoción inquebrantable. Habréis de partir sin demora hacia la ciudad de Córdoba, otrora joya del infiel, donde se os recibirá en el palacio de Alcázar, propiedad de la noble familia Mendoza, cuya lealtad a la Corona no debe ser puesta en duda, más sí vigilada con ojo atento.

Vuestra tarea, tan crucial como delicada, será erradicar toda influencia morisca que aún persista en la ciudad, cual mala hierba que se niega a morir en un jardín bien cuidado. No escatiméis en medios para lograr este fin, pues la pureza de nuestra fe está en juego. Os concedo plenos poderes para expulsar, encarcelar o ejecutar a aquellos que se nieguen a abrazar la verdadera fe, recordando siempre que la misericordia es virtud, mas no cuando se trata de la salvación de las almas. La herejía y la apostasía no tienen cabida en nuestros dominios, y vos seréis mi brazo ejecutor en esta sagrada misión.

Exijo a la familia Mendoza, cuyo linaje es tan antiguo como respetado, que os proporcione alojamiento digno de vuestro rango y toda la asistencia necesaria para cumplir vuestra misión. Don Fernando Mendoza, cabeza de esta noble casa, deberá acatar vuestras órdenes como si fueran las mías propias, pues en vos deposito mi confianza y autoridad.

Como recompensa por vuestros servicios, y en reconocimiento a vuestra inquebrantable lealtad, os ofrezco la mano de Isabel Mendoza, hija de Don Fernando, en matrimonio. Esta unión, bendecida por Dios y por la Corona, fortalecerá vuestra posición y asegurará la lealtad de los Mendoza a la Corona por generaciones venideras. Asimismo, pasaréis a ser el heredero de uno de los palacios más importantes de Córdoba y del reino, un testimonio tangible de vuestro servicio a la fe y a la Corona.

No toleraré demoras ni vacilaciones en el cumplimiento de vuestro deber. Córdoba, ciudad de historia gloriosa, ha de ser un bastión inexpugnable de la fe cristiana, libre de toda influencia infiel, un faro de luz en un mar de oscuridad. Confío en que no me decepcionaréis, pues el peso de esta misión recae sobre vuestros hombros, y con ella, el futuro de nuestra amada España.

Que Dios os guíe en vuestra misión y os dé la fuerza necesaria para purificar nuestras tierras. Que la Virgen María os proteja y que el espíritu de Santiago Matamoros guíe vuestra espada. Id con la bendición de vuestro Rey y de la Santa Iglesia.

Firmado por mi propia mano en El Escorial, baluarte de nuestra fe y símbolo de nuestro poder, a 15 de mayo del año de Nuestro Señor de 1570.

Yo, el Rey

* * *

Laura levantó la vista de las fotocopias y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Las piezas del rompecabezas finalmente comenzaban a encajar. La tensión en la sala de reuniones era palpable; todos esperaban su análisis con ansias.

—La carta de Felipe II confirma nuestras sospechas —comenzó Laura, su voz firme pero

cargada de emoción—. Don Fernando Mendoza y Soraya Al-Farouq han mantenido una relación secreta durante años. Eso lo sabemos por el collar y la carta apasionada que encontramos al principio.

Los presentes asintieron, recordando el descubrimiento inicial que había desencadenado todo esto.

—Pero la situación se vuelve aún más compleja con la llegada de Alejandro de Santillana. El rey Felipe II lo envía específicamente a Córdoba para erradicar cualquier rastro del islam, dándole plenos poderes para actuar como considere necesario —continuó Laura, sus ojos recorriendo las caras atentas de sus colegas—. Lo que es más perturbador es que el rey lo aloja en el propio Palacio de Alcázar y le ofrece en matrimonio a Isabel Mendoza, la hija de Don Fernando.

Marina frunció el ceño, procesando la información. Raúl dejó escapar un suspiro mientras Jalil mantenía una expresión pensativa.

—Es como meter fuego en un polvorín —concluyó Laura—. Imaginad la tensión: por un lado, Don Fernando, con su amor prohibido por Soraya y la protección implícita hacia los Al-Farouq; por otro lado, Alejandro, un hombre fanático dispuesto a cualquier cosa para cumplir su misión. Y en medio de todo esto, Isabel, prometida a un hombre enviado para destruir a quienes su padre intenta proteger.

Raúl se llevó una mano a la frente, claramente abrumado por las implicaciones.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Roberto, visiblemente inquieto.

Laura se detuvo un momento, sintiendo el peso de la incertidumbre sobre sus hombros. Los demás la miraban expectantes, esperando que continuara con su explicación. Ella tomó aire y prosiguió:

—Ahora hemos encontrado la espada toledana, lo que significa que Alejandro estuvo un tiempo en Córdoba. Los registros históricos también lo confirman con su biografía de hombre cruel que ejecutaba habitualmente a moriscos en la ciudad.

La arqueóloga hizo una pausa, pasándose una mano por el cabello en un gesto de frustración. Sus colegas permanecían callados, absortos en sus palabras.

—Sin embargo, hay ahora otros interrogantes importantes —continuó Laura, su voz teñida de perplejidad—. Si está prometido en matrimonio a Isabel, ¿por qué no hay ningún vestigio de su boda, de sus herederos? Era una de las familias más importantes de Córdoba.

Laura caminó hasta la ventana, su mirada perdida en el horizonte de la ciudad que guardaba tantos secretos. Luego se volvió hacia el grupo, con una expresión de desconcierto en su rostro.

—Y lo que es aún más intrigante: ¿por qué aparece la espada de Alejandro en la propiedad de los Al-Farouq?

La calma que siguió a estas palabras era densa, cargada de preguntas sin respuesta. Laura sintió que su cabeza daba vueltas, abrumada por la magnitud del misterio que tenían entre manos. Miró a sus colegas, buscando alguna pista en sus rostros, pero solo encontró la misma confusión que

ella sentía.

—Necesito un café muy cargado —murmuró Laura, frotándose las sienes—. No tengo ni idea de cómo continuar.

Jalil la detuvo con su comentario antes de que Laura pudiera salir de la sala.

—Quizás Don Fernando terminó matando al señor Santillana y lo enterraron en el huerto de los Al-Farouq —sugirió Jalil, con un tono entre serio y divertido.

Todos se le quedaron mirando, sorprendidos por la audacia de su teoría. Laura puso los ojos en blanco y soltó una pequeña risa.

—Creo que ves demasiadas series en Netflix, Jalil —respondió Laura, sacudiendo la cabeza.

Sin embargo, Marina no descartó la idea tan rápidamente. Se llevó una mano al mentón, pensativa.

—No lo veo tan descabellado —dijo Marina—. Quizás suena un poco sencillo, pero eso podría explicar muchas cosas de por qué se pierde el rastro de Alejandro de Santillana y no se sabe nada de herederos. Aunque claro sigue sin aportar nada en la desaparición de los Al-Farouq.

Raúl, que había estado escuchando atentamente, decidió intervenir.

—Tal vez el siguiente paso sería concentrarnos un poco más en Isabel y qué pasa con ella después de esos años —propuso Raúl, y luego añadió con firmeza—. Lo que está claro es que tenemos que retrasar la obra.

Roberto, que hasta ese momento había permanecido sin decir nada, reaccionó con incredulidad ante las palabras de Raúl.

—No estarás hablando en serio —dijo Roberto, pasándose una mano por el cabello con frustración—. Ahora necesito urgentemente un cigarro.

Jalil, viendo la oportunidad de tomar un descanso, se levantó de su silla.

—Te acompaño —dijo, siguiendo a Roberto fuera de la sala.

Laura, sintiéndose abrumada por la discusión y las teorías, decidió que era el momento perfecto para ir por ese café que tanto necesitaba. Sin decir una palabra más, salió de la sala en busca de su dosis de cafeína, dejando al resto del equipo sumido en sus propias reflexiones sobre el misterio que tenían entre manos.

17
Lazos que se estrechan

Siglo XXI

El destello del día apenas despuntaba en el horizonte cuando Córdoba despertó bajo un intenso viento de Terral ese día. Las calles, aún desiertas, se llenaban de remolinos de polvo y hojas secas mientras la temperatura comenzaba a elevarse de manera inusual para esa hora de la mañana.

En el elegante comedor con aire acondicionado del Hotel Boutique Califato, Nadia Rashid ya se encontraba sentada frente a la mesa del buffet del desayuno, sin ser consciente del calor que hacía afuera. Su mirada vagaba distraídamente por la variedad de platos dispuestos ante ella, desde frutas frescas hasta pasteles elaborados. Había cogido demasiadas cosas, pero es que para ella era muy difícil elegir con tanta variedad. El aroma del café recién hecho impregnaba el ambiente.

Jalil, con el pelo aún húmedo por la ducha, entró en el comedor y divisó a su hermana. Se acercó con paso decidido, esbozando una sonrisa.

—Buenos días, hermanita —saludó, tomando asiento frente a ella.

Nadia levantó la vista de su plato y le devolvió el saludo con un gesto.

En ese momento, una camarera de aspecto jovial se aproximó a su mesa. Su sonrisa revelaba que ya conocía a los hermanos Rashid, que se alojaban desde hacía días en el hotel.

—Buenos días, ¿hoy también quieren un capuchino? —preguntó con tono alegre.

Ambos asintieron, pero Nadia añadió rápidamente:

—El mío con leche de avena, por favor.

Jalil arqueó una ceja, sorprendido por la petición de su hermana. Una vez que la camarera se alejó, no pudo contener su curiosidad.

—¿Desde cuándo tomas leche de avena?

Nadia se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de compartir un secreto.

—Una amiga me ha dicho que la leche de vaca es malísima si quieres mantenerte joven —explicó en voz baja—. Dice que provoca inflamación y arrugas prematuras.

Jalil soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—No me lo creo, Nadia. ¿De dónde saca tu amiga esas ideas?

Nadia jugueteó con su tenedor, observando la montaña de comida en su plato.

—Aunque esta cadena de hoteles no es tan buena como las del grupo de nuestra familia, no me puedo quejar —comentó, arrugando ligeramente la nariz—. Oye, tienes que ayudarme a comerme todo esto. No quiero ponerme gorda como una ballena, pero es que no podía decidirme.

Jalil sonrió, divertido por la indecisión de su hermana.

—Hoy te vas a sentir como en casa por la temperatura que hace fuera —dijo, recordando su breve salida al balcón—. He salido antes y, a esta hora, ya hace un calor horrible. Hay un viento caliente espantoso que aquí llaman Terral.

Nadia suspiró, removiendo su café con gesto pensativo.

—Hoy el calor no será nuestro único problema —murmuró, bajando la voz—. Papá y Ahmed están de nuevo de camino a Córdoba.

Jalil se inclinó hacia adelante, sorprendido por la noticia.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo mamá anoche en una videoconferencia que tuvimos —respondió Nadia, observando la reacción de su hermano.

Jalil frunció el ceño, sorprendido por la mención de su madre. Hacía tiempo que no pensaba en ella, y la idea de que siguiera en contacto con Nadia le provocó una mezcla de emociones encontradas.

—¿Sigues hablando con mamá? —preguntó, sin poder ocultar cierto tono de reproche en su voz.

Nadia bajó la mirada, jugando nerviosamente con la cucharilla de su café.

—De vez en cuando —admitió en voz baja—. Sé que no debería, pero...

Jalil negó con la cabeza, sintiendo cómo la frustración crecía en su interior.

—No me parece bien, Nadia. Nunca se ha ocupado de nosotros. Ni siquiera nos ha querido de verdad.

Su hermana asintió, consciente de la verdad en las palabras de Jalil.

—Lo sé, tienes razón —suspiró—. Desde que se divorció de papá, lo único que quiere es el dinero de la familia.

Jalil apretó los puños sobre la mesa, conteniendo su enojo.

—¿Entonces por qué sigues hablando con ella?

Nadia se encogió de hombros, esbozando una sonrisa triste.

—Supongo que me da pena. En realidad, solo le cojo el teléfono de vez en cuando porque...

bueno, al fin y al cabo, es nuestra madre.

—Pero sabes que te está utilizando, ¿verdad? —insistió Jalil, preocupado por su hermana.

Nadia asintió lentamente.

—Sí, lo sé. Sé que me llama solo para ver si averigua algo, para sacar más dinero. Intenta utilizarme, pero...

Jalil se dio cuenta de que su tono había sido demasiado duro. No quería reprocharle nada a su hermana, después de todo, entendía lo complicado que era lidiar con su madre.

—Lo siento, Nadia —se disculpó, suavizando su expresión—. No quería sonar tan brusco. Entiendo que es una situación difícil.

Nadia le dedicó una sonrisa agradecida, aliviada de que su hermano comprendiera.

—Está bien, Jalil. Sé que te preocupas por mí.

Jalil asintió y, tras una breve pausa, retomó el tema inicial.

—Pero dime, ¿cómo supo mamá que papá viene hoy a Córdoba?

Nadia tomó un sorbo de su capuchino antes de responder.

—Al parecer, ayer se encontraron con los abogados para un acuerdo relacionado con el divorcio. No entró en detalles, pero durante la reunión, papá mencionó el proyecto de Córdoba.

—¿Y qué dijo exactamente? —preguntó Jalil, intrigado.

—Según mamá, papá estaba bastante molesto. Dijo que el proyecto es un desastre, que solo se retrasa y que tiene que ocuparse él mismo de todo —explicó Nadia.

Jalil frunció el ceño, procesando la información.

—Seguro que Roberto ya lo ha llamado para informarlo de todo —opinó, recordando las recientes complicaciones en la obra—. Pero tienes razón, el día va a ser movidito.

* * *

Carmen entró al palacio de Alcázar con paso decidido, cargando una bolsa gigantesca que desprendía un aroma irresistible a churros recién hechos. Su rostro se iluminó al ver a Miguel, un viejo amigo que conocía desde hacía años.

—¡Miguel! Qué alegría verte —exclamó Carmen, su voz rebosante de entusiasmo.

Miguel sonrió al verla, aunque no pudo evitar arquear una ceja ante el tamaño de la bolsa que llevaba.

—Carmen, ¿qué traes ahí? ¿Has asaltado una churrería?

Carmen soltó una carcajada, sus ojos brillando con picardía.

—Casi. Mi Laura salió esta mañana tempranísimo y pensé que, con tanto trabajo, un buen desayuno les vendría de perlas a todos.

Miguel negó con la cabeza, divertido.

—Con este calor de Terral, no sé si hincharse a churros es la mejor idea. Dudo que el equipo sea muy eficiente hoy.

A pesar de sus palabras, Miguel se ofreció a ayudar a Carmen a llevar la bolsa a la sala de reuniones. Allí encontraron a Laura y Marina, enfrascadas en una conversación sobre el trabajo.

Laura levantó la vista al oír la puerta y su rostro se tiñó de rojo al ver a su madre con la enorme bolsa de churros. La vergüenza se reflejó en sus ojos, aunque intentó disimularla con una sonrisa forzada.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —preguntó, lanzando una mirada de disculpa a Marina.

Carmen, ajena a la incomodidad de su hija, comenzó a sacar bandejas de churros y a colocarlas sobre la mesa.

—Os traigo el desayuno, cariño. Con tanto trabajo, necesitáis energía.

Marina, por su parte, parecía encantada con la sorpresa. Se acercó a la mesa, aspirando el aroma de los churros con deleite.

—¡Qué buena pinta tienen! Muchas gracias, Carmen —dijo, tomando uno y mordisqueándolo con gusto.

Laura observaba la escena, dividida entre la gratitud por el gesto de su madre y la vergüenza de ser tratada como una niña delante de sus colegas. Sin embargo, el entusiasmo de Carmen era contagioso, y pronto la sala se llenó de risas y conversaciones animadas mientras todos disfrutaban del improvisado desayuno.

Luisa irrumpió en ese momento en la sala de reuniones, su rostro reflejando una mezcla de preocupación y urgencia. El aroma a churros recién hechos quedó eclipsado por la tensión que trajo consigo.

—Tenemos un problema —anunció, interrumpiendo el alegre desayuno—. Karim y Ahmed acaban de llegar. Están abajo con Roberto y, por lo que he podido escuchar, Karim viene hecho una furia.

Un silencio sepulcral cayó sobre la sala. Laura y Marina intercambiaron miradas de sorpresa, mientras Miguel fruncía el ceño, visiblemente preocupado. Nadie esperaba la llegada repentina de Karim, y menos en ese estado.

Carmen, percibiendo la gravedad de la situación, comenzó a recoger sus cosas.

—Bueno, creo que es mejor que me vaya —dijo, dirigiéndose a Laura—. He quedado hoy con Nadia para ir a comprar unas cosas. Voy a recogerla al hotel boutique.

Laura asintió distraídamente, su mente ya trabajando en cómo manejar la situación que se

avecinaba. Mientras Carmen se despedía, las voces airadas de Karim comenzaron a resonar desde la entrada del palacio, subiendo por las escaleras y llegando hasta la sala de reuniones.

* * *

Un rato más tarde, Carmen y Nadia paseaban por el bullicioso mercado de Córdoba, deteniéndose frente a un puesto de frutas y verduras. Carmen observaba con curiosidad cómo Nadia examinaba los nísperos con una mezcla de fascinación y confusión.

—¿Nunca has comprado fruta antes, hija? —preguntó Carmen, arqueando una ceja.

Nadia sonrió tímidamente. —La verdad es que de este tipo no. En casa solemos comer fuera o pedir comida para llevar. Y cuando cocinamos, lo hace la asistenta. Ella también se encarga de la compra.

Carmen movió la cabeza divertida. —Ay, Nadia, no sabes lo que te pierdes. Vamos, te enseñaré a elegir los mejores melones.

Mientras caminaban entre los puestos, el aroma dulce y tentador de los churros recién hechos llamó su atención. Carmen señaló el puesto con entusiasmo.

—Mira, Nadia, esos son churros. ¿Los has probado alguna vez?

Nadia negó con la cabeza, sus ojos brillando de curiosidad.

—Pues justamente esta mañana he llevado unos pocos al palacio para el equipo —comentó Carmen—. Aunque no me he quedado mucho tiempo. Justo cuando había llegado, apareció un energúmeno que debía ser importante porque todos se pusieron muy nerviosos.

—Debía ser mi padre que llegaba hoy. Es así, está todo el día gritando. —dijo Nadia, quitándole importancia.

—Lo siento por lo de energúmeno, pero ¡menuda voz tiene tu padre! —exclamó Carmen—. Menos mal que me fui rápido. No me gusta meterme donde no me llaman.

Carmen y Nadia continuaron su paseo por el mercado, deteniéndose ocasionalmente para examinar los productos frescos. El bullicio de los vendedores y compradores llenaba el aire, creando una atmósfera animada y colorida.

—Es una pena que mi padre se oponga totalmente a que Jalil salga con Laura —comentó Nadia con un suspiro, mientras observaba un puesto de especias.

Carmen se detuvo en seco, sorprendida por la revelación. —¿Cómo? ¿Y eso por qué? —preguntó, frunciendo el ceño—. Laura no me ha contado nada de eso, con lo buena pareja que hacen.

Nadia se mordió el labio, dándose cuenta de que quizás había hablado de más. —Yo opino igual. Llevo tanto tiempo sin ver a mi hermano tan centrado como ahora que está con Laura. Es un hombre nuevo. Antes solo estaba todo el día de fiesta y borracheras.

Carmen asintió lentamente, procesando la información. —Ya veo. ¿Y por qué se opone tu padre?

—Mi padre siempre está frustrado por todo —explicó Nadia, haciendo un gesto de exasperación —. El trabajo lo estresa mucho, y desde el divorcio con mi madre, está aún peor. No tiene remedio, la verdad.

Carmen escuchaba atentamente, su expresión una mezcla de preocupación y curiosidad. —Vaya, parece una situación complicada —comentó, mientras continuaban caminando entre los puestos.

Nadia asintió. —Lo es. Mi padre es muy tradicional y tiene sus ideas muy arraigadas. No le gusta que nos relacionemos mucho con gente que no sea de nuestra cultura.

Carmen y Nadia continuaron su recorrido por el mercado, pero la mente de Carmen no dejaba de darle vueltas a la revelación sobre la oposición de Karim a la relación entre Laura y Jalil. Mientras examinaban un puesto de aceitunas, una idea comenzó a formarse en su cabeza.

—Oye, Nadia —dijo Carmen de repente, sus ojos brillando con entusiasmo—. ¿Qué te parece si organizamos una cena española esta noche en mi casa? Podríamos invitar a toda tu familia.

Nadia miró a Carmen con una mezcla de diversión y preocupación.

—Carmen, no creo que sea buena idea. Mi padre nunca aceptaría una invitación así.

Carmen sonrió con picardía.

—Por eso no lo invitaremos directamente. Lo llevaremos engañado. ¿Qué te parece? ¿Me ayudarías a crear esta pequeña encerrona?

Nadia no pudo evitar reírse ante la audacia de Carmen. Se lo pasaba tan bien con ella que, a pesar de saber que el plan probablemente no funcionaría, decidió seguirle el juego.

—Está bien, te ayudaré —accedió Nadia, sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. Pero te advierto que no creo que esto vaya a funcionar. Conozco a mi padre.

Carmen le guiñó un ojo.

—Nunca se sabe, querida. A veces, las cosas más inesperadas son las que mejor resultan.

Mientras planeaban los detalles de su conspiración culinaria, Nadia se dio cuenta de que, independientemente del resultado, esta aventura con Carmen sería algo que recordaría con cariño por mucho tiempo.

* * *

Por la tarde, Jalil estaba en la recepción del Hotel Boutique Califato, esperando a que su padre Karim y su primo Ahmed terminaran el proceso de registro. El ambiente estaba cargado de tensión, y Jalil podía sentir cómo su paciencia se agotaba con cada minuto que pasaba.

Karim, con su habitual mal humor, no paraba de quejarse de todo lo que veía a su alrededor. Desde la decoración del lobby hasta la eficiencia del personal, nada parecía estar a la altura de sus expectativas.

—¿Esto es lo mejor que pudiste encontrar, Jalil? —gruñó Karim, mirando con desdén a su hijo

—. Esperaba algo más... sofisticado.

Jalil apretó los dientes, conteniendo una respuesta mordaz. Sabía que cualquier intento de defenderse solo empeoraría la situación.

Ahmed, por su parte, observaba la escena con una mezcla de incomodidad y resignación. Conocía bien el temperamento de su tío y sabía que lo mejor era no intervenir.

Mientras el recepcionista procesaba los documentos, Karim volvió su atención hacia Jalil.

—No entiendo cómo puedes ser tan incompetente —espetó—. Te di una tarea simple y ni siquiera eres capaz de manejarla adecuadamente.

Jalil cerró los ojos por un momento, recordando el día horrible que había tenido. Las reuniones con Laura y su equipo habían sido un desastre, con su padre interrumpiendo constantemente y poniendo en ridículo a Laura en varias ocasiones.

El recuerdo de cómo Karim se había opuesto de nuevo radicalmente a su relación con Laura, lanzando amenazas e insultos, hizo que Jalil sintiera una oleada de ira y frustración.

—Padre, por favor —intentó Jalil, manteniendo la voz baja—. Este no es el lugar para discutir estos temas.

Karim lo miró con desprecio. —¿Ahora me dirás cómo comportarme? Típico de ti, siempre evitando tus responsabilidades.

Ahmed, sintiendo la creciente tensión, intervino suavemente. —Tío, quizás deberíamos subir a las habitaciones. Ha sido un largo día y todos estamos cansados.

Karim gruñó en respuesta, pero finalmente asintió. Tomó la tarjeta de su habitación y se dirigió hacia los ascensores sin esperar a los demás.

Jalil exhaló lentamente, agradecido por el breve respiro. Miró a Ahmed, quien le ofreció una sonrisa comprensiva.

—Gracias —murmuró Jalil.

Ahmed asintió. —No hay de qué. Sé que no es fácil lidiar con él.

Mientras los dos primos seguían a Karim hacia los ascensores, Jalil no pudo evitar pensar en Laura y en cómo podría proteger su relación de la ira de su padre.

Unas horas más tarde, Nadia se encontraba visitando a su padre, que ya se había instalado en la suite del hotel. Su primo para variar también estaba presente y él y Karim no le hacían mucho caso a Nadia discutiendo unos contratos de trabajo en paralelo.

—Papá, Ahmed, yo creo que ya es hora de dejar el trabajo por hoy ¿qué os parece si salimos a cenar? Conozco un restaurante maravilloso que quiero que probemos —propuso Nadia con entusiasmo.

Karim frunció el ceño, poco convencido. —¿Un restaurante en esta ciudad? Seguro que solo hay

antros que sirven bazofia.

Nadia no se dio por vencida. —Vamos, papá. Hace mucho que no pasamos tiempo juntos. Será divertido, te lo prometo.

Ahmed, viendo la oportunidad de aliviar la tensión, intervino. —Suena bien, tío. Podríamos darnos un respiro después de todo el trabajo de hoy.

Karim miró a su hija y luego a su sobrino, considerando la propuesta. Finalmente, suspiró. —Está bien, pero si la comida es mala, nos vamos de inmediato.

Mientras tanto, en casa de Carmen, Laura acababa de llegar, agotada después de un día difícil. Su madre la recibió con una sonrisa cálida.

—Cariño, ¿qué te parece si invitamos a Jalil a cenar esta noche? Voy a preparar paella y otras cosas típicas españolas —sugirió Carmen.

Laura se dejó caer en el sofá, cerrando los ojos por un momento. —Mamá, ha sido un día horrible. El padre de Jalil es insoportable y llevo horas aguantándolo. No sé si tengo energía para una cena.

Carmen se sentó junto a ella, acariciándole el brazo. —Entiendo que estés cansada, pero sería una pena desperdiciar la paella. Además, no quiero cenar sola.

Laura miró a su madre, notando la ilusión en sus ojos. A pesar de su agotamiento, no pudo evitar sonreír. —Está bien, mamá. Llamaré a Jalil para decirle que se pase.

Una hora más tarde, Jalil había llegado a casa de Carmen. La cocina se había convertido en un espacio íntimo y acogedor, donde el aroma de las especias y los ingredientes frescos llenaba el aire. En un rincón, él y Laura se encontraban abrazados, compartiendo besos y caricias discretas mientras observaban a Carmen moverse con destreza entre los fogones.

Carmen, con su delantal floreado y una sonrisa en el rostro, estaba dando los últimos toques a una paella que parecía capaz de alimentar a un batallón. El arroz amarillento brillaba en la enorme paellera, salpicado de trozos de pollo, marisco, judías verdes y alcachofas. En la encimera, una variedad impresionante de tapas esperaba ser servida: tortilla española, croquetas caseras, pimientos del padrón, gambas al ajillo y jamón ibérico, entre otras delicias.

Laura, sin poder contener su preocupación, se separó suavemente de Jalil y se acercó a su madre.

—Mamá, ¿no crees que es demasiada comida para solo tres personas? —preguntó, mirando con asombro la cantidad de platos preparados.

Carmen agitó la mano despreocupadamente, sin dejar de remover la paella. —Ay, hija, ya sabes que no sé cocinar para menos. Además, si sobra, tendréis comida para llevar al trabajo mañana.

Jalil, divertido por la situación, se unió a la conversación. —Carmen, todo huele delicioso. Estoy seguro de que haremos justicia a su cocina.

Carmen le guiñó un ojo a Jalil, agradecida por el cumplido. —Eso espero, muchacho. Come todo

lo que quieras, que estás muy flaco.

Laura puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír ante el cariño maternal de su madre. Volvió junto a Jalil, quien la rodeó con sus brazos, y juntos continuaron observando a Carmen trabajar su magia culinaria.

El chofer detuvo el coche cerca de la puerta de la casa de Carmen. Nadia, Karim y Ahmed descendieron del vehículo, observando la fachada encalada y las macetas rebosantes de geranios que adornaban la entrada.

Karim frunció el ceño, mirando alrededor con desconfianza. —Esto no puede ser. Seguro que nos hemos equivocado de dirección. Aquí no hay ningún restaurante serio. Mejor nos vamos.

Nadia, sintiendo que su plan peligraba, se apresuró a intervenir. —Papá, ten paciencia. Es un restaurante muy tradicional, ya verás. Confía en mí.

Aunque poco convencido, Karim siguió a su hija y a Ahmed hacia el patio de entrada. Nadia, con el corazón acelerado, pulsó el timbre.

En el interior de la casa, Carmen estaba dando los últimos toques a la mesa cuando sonó el timbre. Se volvió hacia Jalil y Laura, que estaban en la cocina en ese momento ayudando con los preparativos.

—Chicos, id abriendo el vino en el comedor. Yo voy a recibir a los invitados —dijo Carmen con una sonrisa enigmática.

Jalil y Laura intercambiaron una mirada de perplejidad. No sabían nada de que hubiera más invitados. Sin embargo, obedecieron y se dirigieron al comedor con la botella de vino.

Carmen se apresuró hacia la puerta, alisándose el delantal. Al abrirla, recibió a Nadia con una sonrisa cálida y cómplice. —Bienvenida, querida. Pasad, pasad.

Karim, parado en el umbral, miró a su alrededor con confusión. No entendía qué estaba sucediendo. Esto claramente no era un restaurante. Antes de que pudiera protestar, Nadia lo tomó del brazo.

—Papá, por favor, sigue adelante —le susurró, guiándolo suavemente hacia el interior.

Ahmed, captando la situación, decidió seguir la corriente y entró tras ellos, cerrando la puerta a sus espaldas.

El vacío sonoro que siguió a la entrada de Karim, Nadia y Ahmed duró apenas un segundo antes de que el caos estallara. Los ojos de Karim se abrieron de par en par al ver a Jalil y Laura en el comedor, y su rostro se contorsionó en una mueca de furia.

—¡¿Qué significa esto?! —rugió Karim, su voz retumbando en las paredes de la casa.

Jalil, igualmente sorprendido, se puso de pie de un salto, derramando parte del vino que estaba sirviendo. —¡Papá! ¿Qué haces aquí?

Laura, sintiendo que la situación se le escapaba de las manos, se volvió hacia Jalil con una

mirada acusadora. —¿Tú sabías algo de esto?

La discusión estalló como un incendio fuera de control. Karim lanzaba acusaciones a diestra y siniestra, Jalil intentaba defenderse mientras Laura exigía explicaciones. Nadia, parada en un rincón, se mordía el labio, dándose cuenta de que todo terminaba, como ella ya se imaginaba. Ahmed estaba como petrificado al lado de ella.

De repente, un grito ensordecedor atravesó el aire, silenciando a todos los presentes. Carmen, con las manos en las caderas y una mirada que podría derretir el hielo, dio un paso al frente.

—¡Ya basta! —tronó, su voz más potente que todas las demás juntas—. He pasado horas cocinando y no voy a permitir que nadie arruine esta cena. Jalil, sirve el vino a los invitados. Laura, trae el jamón y el queso. Y ustedes —señaló a Karim y Ahmed—, siéntense ahora mismo. Esta es mi casa y aquí se hace lo que yo digo.

El silencio que siguió fue absoluto. Karim, aún furioso pero sorprendido por la autoridad en la voz de Carmen, se sentó mecánicamente. Tomó la botella de vino que Jalil acababa de abrir y se sirvió un vaso generoso, bebiéndolo de un trago, aunque casi nunca solía beber alcohol. Jalil, siguiendo el ejemplo de su padre, hizo lo mismo.

Laura, aún aturdida por la situación, miró a su madre y luego a Nadia. Sus ojos se entrecerraron peligrosamente. —Vosotras dos me las vais a pagar por esta encerrona —murmuró entre dientes, antes de dirigirse a la cocina para traer el jamón y el queso como le habían ordenado su madre.

* * *

La cena en casa de Carmen comenzó en un silencio sepulcral, tan denso que parecía envolverlo todo como una pesada manta. Los comensales, sentados alrededor de la mesa de roble pulido, se limitaban a beber vino tinto de la región y engullir las tapas sin cruzar palabra, evitando cruzar sus miradas. El tintineo de los cubiertos contra la vajilla y el ocasional sorbo de vino eran los únicos sonidos que rompían aquella quietud opresiva. El ambiente era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo, y cada uno de los presentes parecía sumido en sus propios pensamientos, como si un invisible muro los separara. Carmen, desde la cabecera de la mesa, observaba la escena con una mezcla de preocupación y resignación, sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente. Con una sonrisa decidida, comenzó a descorchar una botella tras otra, llenando las copas tan pronto como se vaciaban. Nadia, captando la intención de su anfitriona, decidió romper el hielo.

—Carmen, cuéntame otra vez como se elegían los mejores melones en el mercado hoy —dijo, intentando sonar casual.

Carmen aprovechó la oportunidad y comenzó a relatar anécdotas divertidas sobre otras visitas suyas al mercado. Ahmed, agradecido por la distracción, se unió a la conversación, compartiendo sus propias impresiones sobre Córdoba.

Poco a poco, el ambiente comenzó a relajarse. Laura y Jalil, inicialmente reacios, empezaron a participar en la charla, compartiendo historias sobre sus nuevos descubrimientos juntos en la ciudad.

A medida que las botellas de vino se vaciaban, las risas comenzaron a llenar la habitación. Incluso Karim, que al principio parecía una estatua de piedra, empezó a relajarse. El vino había suavizado su ceño fruncido y, para sorpresa de todos, comenzó a reír con las ocurrencias de Carmen.

Al final de la noche, la cena que había comenzado como un funeral se había convertido en una fiesta. Todos felicitaban a Carmen por su exquisita cocina, llenándola de elogios.

Karim, con las mejillas sonrosadas por el vino, declaró: —Nunca he probado algo tan delicioso en mi vida.

Nadia, incapaz de contener una risita, le dijo: —Papá, ¿sabes que eso que has comido es cerdo?

Por un momento, todos contuvieron la respiración, temiendo la reacción de Karim. Pero para sorpresa general, el patriarca Rashid se echó a reír.

—Bueno —dijo entre carcajadas—, supongo que Alá me perdonará por una vez que coma cerdo.

La habitación estalló en risas, y Carmen no pudo evitar sentirse satisfecha. Su plan había funcionado mejor de lo que esperaba. Con un poco de buena comida, mucho vino y el ambiente adecuado, había logrado lo que parecía imposible: unir a dos familias tan diferentes en una noche de alegría y comprensión mutua.

La cena llegó a su fin con el postre, y Carmen, con una sonrisa satisfecha, sirvió unas copas de Pedro Ximénez, proclamándolo como el mejor vino para terminar una velada especial. Karim, para sorpresa de todos, saboreó el vino dulce con evidente deleite, cerrando los ojos y emitiendo un suave suspiro de placer.

Laura, Jalil, Nadia y Ahmed se levantaron para ayudar a despejar el comedor y la cocina, charlando animadamente mientras apilaban platos y guardaban los restos de comida. El ambiente era relajado y alegre, un marcado contraste con la tensión inicial de la noche.

Carmen, con los ojos brillantes por el éxito de su plan, propuso:

—La noche es joven. ¿Por qué no salís los jóvenes a continuar la fiesta?

Ahmed, sorprendiendo a todos, asintió con entusiasmo.

—Me parece una idea genial. Conozco un sitio estupendo. Estuve allí en mi última visita.

Karim, en lugar de fruncir el ceño como todos esperaban, sonrió y dijo:

—Me parece una idea excelente. Id y divertiros. Carmen y yo nos quedaremos un rato más charlando tranquilamente. Luego llamaré a un taxi para volver al hotel.

Laura, Jalil y Nadia intercambiaron miradas de asombro. No podían creer lo que estaban oyendo. ¿Karim, el estricto patriarca, animándolos a salir de fiesta mientras él se quedaba a charlar con Carmen? Era como si hubieran entrado en una dimensión paralela.

Karim y Carmen habían hecho muy buenas migas esa noche, riendo y compartiendo historias como viejos amigos. La transformación era tan sorprendente que los jóvenes no sabían cómo

reaccionar.

Un rato más tarde, Jalil, Nadia y Laura se encontraban en el Bambú Club, una discoteca vibrante en el corazón de Córdoba. El lugar pulsaba con energía, la música resonaba en sus pechos y las luces de colores bailaban sobre sus rostros. Se acomodaron en unos sillones de cuero, disfrutando de sus cócteles mientras observaban la pista de baile repleta de cuerpos en movimiento.

Jalil no podía ocultar su asombro ante el conocimiento que Ahmed tenía de los lugares más animados de la ciudad. Inclinándose hacia su primo, alzó la voz para hacerse oír por encima de la música.

—Ahmed, necesito que me hagas un favor. ¿Podrías hablar con mi padre sobre la obra del hotel? Sabes que a mí no me escucha, y Laura necesita más tiempo para terminar la excavación.

Ahmed asintió, tomando un sorbo de su mojito. Laura, intrigada por la familiaridad de Ahmed con la vida nocturna cordobesa, aprovechó la oportunidad para preguntar:

—Por cierto, Ahmed, ¿qué pasó con aquel chico con el que te vimos en el pub la otra vez?

La pregunta quedó suspendida en el aire por un momento. Ahmed miró a Jalil, luego a Laura, y finalmente a Nadia, quien no sabía de qué hablaban y los observaba con curiosidad. Tomó aire y decidió que era el momento de la verdad.

—Bueno, de ese chico no he vuelto a saber nada más, pero ya que lo preguntas... —comenzó Ahmed, su voz apenas audible sobre la música— Estoy saliendo con alguien. Con Roberto, de hecho.

Jalil casi se atragantó con su bebida. —¿Roberto? ¿Nuestro Roberto? ¿El del equipo de la construcción del hotel?

Ahmed asintió, una mezcla de alivio y nerviosismo en su rostro. —Nos conocimos un poco más tarde en el pub que estuve con vosotros en mi última visita y hemos seguido en contacto desde entonces.

Nadia, que había permanecido callada, procesando la información, finalmente habló. —Entonces, ¿eres gay? —preguntó, sin un atisbo de juicio en su voz.

Ahmed asintió nuevamente, esta vez con más seguridad. —Sí, lo soy. Espero que no sea un problema.

Nadia, recuperándose de la sorpresa inicial, sonrió cálidamente. —Por supuesto que no es un problema, Ahmed. Si tu supieras con cuantos gais tengo yo ya contacto en Dubái. Una no se mantiene así de guapa y estilosa sin los contactos adecuados.

Jalil, aún atónito, sacudió la cabeza. —Jamás lo hubiera pensado de Roberto. Laura, ¿tú tenías idea?

Laura negó con la cabeza. —Ni la más mínima.

Ahmed, visiblemente aliviado por la reacción de sus amigos y familiares, sonrió. —Si no os

importa, me gustaría llamarlo para que se nos una.

18
Mirando al pasado

Siglo XXI

Jalil abrió los ojos con dificultad, la luz que se filtraba por las cortinas le hizo parpadear varias veces. Su cabeza palpitaba ligeramente, recordatorio de la noche anterior. Se incorporó de golpe al ver la hora en su teléfono.

—¡Mierda! —masculló, saltando de la cama.

La reunión del equipo empezaba en veinte minutos y él ni siquiera se había duchado. Mientras se vestía apresuradamente, los recuerdos de la noche anterior inundaron su mente. La cena en casa de Carmen, la salida al Bambú Club, y, sobre todo, aquella idea que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Jalil había estado hablando con Laura, Nadia y Ahmed sobre un posible proyecto que poner en marcha cuando la obra del nuevo hotel Alcázar estuviera terminada. La idea era ambiciosa, pero podría funcionar si lograba convencer a su padre.

Sin tiempo para desayunar, Jalil salió corriendo de su habitación de hotel. El estómago le rugía, pero lo ignoró. Tenía que llegar al palacio lo antes posible.

Mientras caminaba apresuradamente por las calles de Córdoba, Jalil repasaba mentalmente los puntos clave de su propuesta. El equipo no pondría muchas quejas, pero sabía que no sería fácil convencer a su padre, aunque estaba decidido a intentarlo.

Al llegar al palacio de Alcázar, Jalil subió las escaleras de dos en dos. Podía escuchar las voces que salían de la sala de reuniones. Llegaba tarde, como temía.

Respiró hondo, se alisó la camisa y abrió la puerta.

La reunión con la dirección había terminado. Luisa, Raúl y Miguel salieron de la sala, saludando a Jalil con un gesto rápido mientras pasaban a su lado. Karim se encontraba recogiendo unos papeles y guardándolos en su maletín. Al ver a su hijo, frunció ligeramente el ceño.

—Llegas tarde —dijo Karim, pero su tono de voz carecía de la dureza habitual.

Jalil se sorprendió ante esta reacción inusualmente suave de su padre.

—Quería hablar contigo y con el equipo —respondió Jalil, preparándose para una posible discusión.

Karim cerró el maletín con un chasquido.

—Si intentas retrasar la obra por la excavación otra vez, ya he decidido que no habrá más retrasos —declaró. Sin embargo, su voz no sonaba tan inflexible como de costumbre—. Pero hemos acordado con Raúl y los demás adelantar otra fase del proyecto y posponer la actual. Así influiremos lo menos posible en la parte de la excavación durante una temporada. Roberto y Ahmed ya están aclarando los detalles con la constructora y los arquitectos.

Jalil parpadeó, sorprendido por la aparente flexibilidad de su padre.

—No era solo eso —comenzó a decir.

Karim lo interrumpió con una pregunta inesperada.

—¿Has desayunado?

Jalil negó con la cabeza, desconcertado por el giro de la conversación.

—Acompáñame a desayunar —propuso Karim—. No conozco esta ciudad. Seguro que tú conoces algún buen sitio. Mientras desayunamos, me cuentas eso tan importante que me quieres decir.

Jalil se quedó momentáneamente sin palabras. No recordaba la última vez que había desayunado a solas con su padre. La actitud inusualmente amable y calmada de Karim lo desconcertaba. Mientras seguía a su padre fuera de la sala de reuniones, Jalil se preguntaba qué habría provocado este cambio en su comportamiento.

* * *

Jalil y Karim se sentaron en una mesa de la terraza de una bulliciosa cafetería cordobesa. El ruido de las conversaciones y el tintineo de tazas y platos llenaban el aire. Los camareros se movían ágilmente entre las mesas, esquivando a los clientes que esperaban en la barra. A pesar del ajetreo, padre e hijo encontraron un rincón medianamente tranquilo cerca de la puerta.

Frente a ellos, dos platos con tostadas de tomate y aceite, una bandeja de churros dorados y dos tazas humeantes de café con leche decoraban la mesa.

Karim tomó un bocado de su tostada y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Nunca hubiera pensado que una simple rebanada de pan con tomate y aceite pudiera estar tan buena —comentó, claramente impresionado.

Jalil sonrió, recordando algunas mañanas en casa de Carmen.

—En casa de Carmen no se desayuna otra cosa —respondió.

Al escuchar el nombre de Carmen, una sonrisa inesperada se dibujó en el rostro de Karim.

—Sabes, hacía tanto tiempo que no me lo pasaba tan bien como anoche —confesó, su voz teñida de nostalgia—. He estado tan equivocado con respecto a esa chica con la que sales y su familia.

Jalil se quedó mirando a su padre, completamente desconcertado. ¿Quién era este hombre y qué

habían hecho con su padre? Parecía como si los extraterrestres hubieran secuestrado a Karim y lo hubieran reemplazado por una versión más amable y comprensiva de un día para otro.

Karim dio un sorbo a su café y miró a su hijo con curiosidad.

—Bueno, ¿qué era lo que querías contarme?

Jalil parpadeó, aún confundido por este cambio repentino en su padre. No lo reconocía en absoluto.

Jalil mojó un churro en el café y se tragó un trozo prácticamente sin masticar, reuniendo el valor para compartir sus pensamientos con su padre. Con un brillo de entusiasmo en los ojos, comenzó a hablar.

—Papá, desde que empecé a trabajar en el palacio, lo que más me ha fascinado siempre, es cómo el equipo de arqueología va uniendo piezas y reconstruyendo la historia a partir de los fragmentos que encuentran —dijo Jalil, inclinándose hacia adelante—. La historia se vuelve más intrigante cada día.

Karim escuchaba con atención, una expresión de genuino interés en su rostro. Jalil, animado por la receptividad de su padre, continuó explicando. Le habló de los Al-Farouq, de la familia Mendoza y del misterioso Alejandro de Santillana. Con cada detalle que compartía, Karim se inclinaba más hacia adelante, claramente cautivado por la narrativa histórica.

—Es realmente fascinante —comentó Karim, sorprendiendo a Jalil con su entusiasmo.

Aprovechando el momento, Jalil decidió presentar su idea.

—Se me ha ocurrido que, cuando el nuevo Hotel Alcázar esté terminado, podríamos crear una sala o una parte del museo con una experiencia interactiva para el público —explicó con creciente emoción—. Algo que permita a los visitantes conocer la historia de las personas que vivieron en el palacio y sus alrededores, la Córdoba antigua, la mezcla entre la cultura cristiana y la árabe. Incluso podríamos incluir juegos para niños.

Karim escuchaba atentamente, una mirada pensativa en sus ojos. Por primera vez, parecía estar considerando seriamente las palabras de su hijo. Carmen tenía razón, pensó Karim, nunca había visto a Jalil tan centrado y motivado antes de que conociera a Laura.

Karim se reclinó en su silla, una sonrisa de aprobación dibujándose lentamente en su rostro. La idea de Jalil había captado su interés, no solo desde el punto de vista histórico, sino también desde una perspectiva comercial.

—Me gusta tu propuesta, hijo —dijo Karim, su voz cargada de un entusiasmo inusual—. Podría ser un atractivo adicional para el hotel de lujo, algo que nos diferencie de la competencia.

Jalil sintió que su corazón se aceleraba. Nunca antes había recibido tal apoyo de su padre.

—Tienes carta blanca para desarrollar este proyecto —continuó Karim—. Será una excelente manera de atraer a más clientes y destacarnos en el sector en la zona.

El joven Rashid apenas podía contener su emoción. Su mente ya estaba llena de ideas y posibilidades.

Karim, sin embargo, añadió una nota de precaución.

—Solo espero que podáis completar la historia un poco más. Esas historias perdidas en el tiempo siempre son difíciles de reconstruir, y necesitamos algo verdaderamente fascinante para captar la atención del público. La historia completa vamos.

Jalil asintió, comprendiendo el desafío que tenía por delante. Sabía que tendría que trabajar duro con Laura y el equipo de arqueología para llenar los vacíos en la narrativa histórica.

—Gracias, papá —dijo Jalil, su voz llena de gratitud y determinación—. No te decepcionaré.

Karim sonrió, orgulloso de ver a su hijo tan apasionado y enfocado. Quizás, pensó, había subestimado a Jalil todo este tiempo.

* * *

A la mañana siguiente, el palacio de Alcázar bullía de actividad. Miguel y Luisa habían convocado a todo el equipo a una reunión urgente en la sala principal. Laura, Jalil, Marina y Raúl llegaron apresuradamente, intrigados por el tono misterioso de la convocatoria.

Cuando todos estuvieron presentes, Miguel tomó la palabra.

—Hemos hecho de nuevo un descubrimiento fascinante —anunció, sus ojos brillando de emoción—. Hemos logrado seguir el árbol genealógico de Isabel Mendoza hasta prácticamente la actualidad.

Un murmullo de asombro recorrió la sala. Jalil, con el ceño fruncido, levantó la mano.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó, su voz teñida de curiosidad.

Luisa se adelantó para responder.

—Verás, desde unos años antes de que naciera Isabel, la Iglesia, tras el Concilio de Trento, obligaba ya a registrar y documentar en todos los templos los bautizos, bodas, entierros y demás eventos importantes —explicó—. Hemos encontrado y seguido su historia en el registro de la diócesis de córdoba.

Laura se inclinó hacia adelante, fascinada.

—¿Y qué habéis descubierto?

Miguel y Luisa intercambiaron una mirada antes de continuar.

—Isabel se casó unos años más tarde —reveló Miguel—. Pero no lo hizo jamás con Alejandro de Santillana, sino con otro noble de Córdoba.

Esta revelación provocó una nueva oleada de murmullos entre los presentes.

—Con él tuvo incluso dos niños —continuó Luisa—. Y bueno, resumiendo, hemos seguido la

historia de sus descendientes hasta que, en algún momento, ceden el palacio al estado español.

El equipo escuchaba atentamente, procesando esta nueva información. La historia de Isabel Mendoza, que había comenzado como un misterio lleno de intriga y peligro, parecía haberse resuelto de una manera sorprendentemente mundana.

—¿Entonces no hay nada misterioso en su historia? —preguntó Marina, un toque de decepción en su voz.

Miguel negó con la cabeza.

—Por lo que hemos podido averiguar, no hay ninguna cosa misteriosa en la vida de Isabel después de los eventos que ya conocíamos —confirmó.

Miguel levantó una mano para calmar la agitación que se había generado en la sala.

—Pero, lo extraño ocurre justo al principio —dijo—, y casi se nos pasa por alto si Luisa no hubiera estado tan atenta.

Laura se inclinó hacia adelante, intrigada.

—¿A qué os referís? Explicaros, por favor.

Luisa tomó aire antes de continuar.

—Veréis, un cura franciscano, Fray Hernando, fue el encargado de registrar el bautizo y el nacimiento de Isabel. Pero en el registro aparece inscrita como de padres reales desconocidos. O sea que los Mendoza se hicieron cargo de ella de forma informal. En esa época no había adopciones oficiales ni cosas parecidas.

En ese momento, Jalil y Marina exclamaron al unísono:

—¡O sea que Isabel no es hija de Don Fernando y Doña Beatriz!

Miguel asintió, confirmando sus sospechas.

—Así es. La historia se complica aún más de lo que pensábamos.

Una calma tensa se apoderó de la sala mientras todos procesaban esta nueva información. Laura fue de nuevo la primera en romperlo.

—Algo debió de suceder en esa época que lo puso todo patas arriba —reflexionó en voz alta—. Alejandro de Santillana desapareció, los Al-Farouq también... y los Mendoza, con su hija secreta adoptiva, siguieron con su vida como si nada hubiera ocurrido.

Raúl, que hasta entonces había permanecido sin decir palabra, intervino.

—Es como si alguien hubiera querido borrar todo rastro de lo que realmente pasó.

Parte 3

19
Matrimonio forzado

Siglo XVI

Los arrabales de la ciudad de Córdoba se presentaban como un laberinto complejo de angostas y serpenteantes callejuelas, tenuemente alumbradas por el resplandor moribundo de unas pocas antorchas que proyectaban siluetas danzantes sobre los muros deteriorados de la periferia urbana. El aire estaba cargado de olores penetrantes y nauseabundos: estiércol fresco, desperdicios putrefactos y el hedor acre de los cuerpos sin lavar que se mezclaba con el aroma a especias y guisos proveniente de las cocinas humildes. Las casas, pequeñas y de construcción inestable, se apretujaban unas contra otras como si buscaran calor y consuelo mutuo, sus fachadas desconchadas y sucias reflejando la pobreza implacable de sus habitantes, quienes luchaban día a día por sobrevivir en aquel mar de miseria.

En las esquinas, mendigos de rostros demacrados y borrachos de miradas perdidas se acurrucaban buscando refugio contra el frío de la noche que se avecinaba, sus lamentos y murmullos formando una triste sinfonía urbana. Mientras tanto, en la oscuridad más profunda de los callejones se ocultaban ladrones de miradas furtivas y prostitutas de sonrisas cansadas, todos ellos personajes de una obra teatral grotesca que se representaba cada noche en aquellos barrios olvidados por Dios y por los hombres de bien. El ambiente era pesado, cargado de desesperación y de sueños rotos, pero también de una extraña vitalidad que palpitaba en cada rincón de aquel submundo cordobés.

Por estas calles avanzaba Fray Hernando a paso ligero, su figura envuelta en una capa oscura y su rostro oculto bajo una capucha. La noche había caído sobre la ciudad, y el fraile franciscano se movía con la familiaridad de quien conoce bien estos barrios bajos. Sus pasos lo llevaban hasta una casa de aspecto anodino, apenas distinguible de las demás: El Rincón del Sultán.

Bajo su apariencia de hombre piadoso y devoto, Fray Hernando ocultaba una naturaleza corrupta y lasciva. Su fe era una mera fachada, un disfraz conveniente que le permitía moverse con impunidad en los círculos de poder. En realidad, el fraile era un hombre ávido de riquezas y placeres carnales, siempre dispuesto a aprovecharse de los demás para satisfacer sus deseos.

Su astucia y falta de escrúpulos lo habían convertido en un maestro del engaño. Utilizaba su posición en la Iglesia para manipular a los poderosos y extorsionar a los débiles, acumulando riquezas y poder en secreto. Para Fray Hernando, la religión no era más que una herramienta, un medio para alcanzar sus fines egoístas.

Fray Hernando empujó la puerta del Rincón del Sultán, que se abrió con un chirrido lastimero. El ambiente del recinto se hallaba escasamente alumbrado por cirios de grasa animal, cuyas llamas

vacilantes arrojaban siluetas móviles sobre los muros, testigos silenciosos de tiempos más prósperos. El olor a sudor, perfume barato y alcohol rancio asaltó sus fosas nasales.

La madama, una mujer entrada en años con el rostro marcado por la vida dura, lo recibió con una sonrisa desdentada.

—¡Vaya, vaya! ¡Miren quién nos honra con su presencia esta noche! El santo varón en persona. Ya pensábamos que nos había olvidado su alteza —exclamó la madama con tono burlón al ver entrar al fraile.

El cura gruñó por lo bajo, ignorando deliberadamente el tono sarcástico de la mujer.

—¿Buscas a tus chicas de siempre, padre? —continuó ella, guiñándole un ojo con complicidad.

Fray Hernando la miró con desdén y respondió con voz ronca:

—Mujer, no tientes al Señor tu Dios. Y no pongas a prueba al Señor tu Dios, como lo pusiste a prueba en Masá.

Sin más preámbulos, arrojó un par de monedas de oro sobre la mesa desvencijada. El tintineo metálico resonó en la estancia, atrayendo miradas codiciosas.

—Las quiero menos gritonas esta vez —gruñó—. Para eso pago.

La madama recogió las monedas con avidez, sonriendo de forma ambigua.

—No te preocupes, padre. Aunque griten, nadie irá a molestarte. Estás en tu casa.

Con un gesto brusco, Fray Hernando se dirigió hacia la habitación del fondo. Al abrir la puerta, se encontró con dos jóvenes medio desnudas tendidas sobre un camastro mugriento. Al verlo entrar, sus rostros se contrajeron en una mueca de disgusto mal disimulado.

Las jóvenes intercambiaron miradas de resignación mientras Fray Hernando cerraba la puerta tras de sí y comenzaba a desvestirse.

* * *

El humo aún parecía flotar en el aire, aunque ya habían pasado varios días desde el incendio que casi destruyó por completo la tienda de los Al-Farouq. Soraya, con movimientos mecánicos y la mirada perdida, pasaba un trapo sobre los estantes chamuscados. A su lado, José recogía los restos de telas y tapices que alguna vez fueron el orgullo de su negocio.

De repente, Soraya se detuvo, sus ojos fijos en un punto invisible. Las imágenes de aquella noche terrible volvieron a invadir su mente: las llamas voraces devorando todo a su paso, el humo asfixiante, la desesperación al ver la puerta bloqueada...

José, notando la expresión ausente de su esposa, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella. Con suavidad, posó una mano sobre su hombro.

—Soraya, mi amor, ¿estás bien? —preguntó José con voz cargada de preocupación.

Ella parpadeó, como saliendo de un trance, y miró a su marido. Sus ojos se llenaron de lágrimas

que no pudo contener.

—Oh, José... —susurró, dejando caer el trapo al suelo—. Estuvimos tan cerca de... si no hubiera sido por esos soldados...

José la abrazó con fuerza, permitiéndole desahogarse.

—Lo sé, lo sé. Pero estamos vivos, gracias a Alá y a esos hombres del palacio.

Soraya asintió contra el pecho de su marido, recordando cómo Diego y Alonso, los guardias del Alcázar, habían derribado la puerta al ver el humo en su ronda nocturna alrededor del palacio. Los habían sacado justo a tiempo, cuando ya el aire se hacía irrespirable. Luego, con la ayuda de cubos de agua del establo de enfrente, habían logrado controlar el fuego antes de que alcanzara la vivienda.

—Hemos perdido tanto... —murmuró Soraya, mirando alrededor. La mercancía estaba completamente destruida, y gran parte del establecimiento necesita ser reconstruido.

José le limpió las lágrimas con ternura.

—Sí, pero nos tenemos el uno al otro. Y a Yusuf. Eso es lo más importante. Podremos reconstruirlo todo de nuevo, ya verás.

Soraya se apartó suavemente de los brazos de José, sacudiendo la cabeza. Sus ojos, aún húmedos, reflejaban una profunda preocupación.

—No es tan sencillo, José —dijo con voz queda—. Ya no me siento segura aquí. Hay demasiada gente que nos odia, que quiere vernos fuera de estas tierras a toda costa.

José frunció el ceño, comprendiendo la angustia de su esposa.

—Pero no todos son así, Soraya. Mira a esos soldados del palacio que nos salvaron...

—Son la excepción, no la regla —interrumpió Soraya—. Desde que llegaron esos refuerzos de la capital, todo ha empeorado. Me siento... perseguida.

En ese momento, Yusuf entró en la tienda, deteniéndose al ver la expresión tensa en los rostros de sus padres. José, ansioso por cambiar el tema y aligerar el ambiente, se dirigió a su hijo con una sonrisa forzada.

—Ah, Yusuf, hijo mío. Hoy no tenemos un buen día. Cuéntanos algo más agradable, ¿quieres? —pidió José—. ¿Qué ha sido de esas chicas tan guapas y simpáticas que te visitaron un día? Esas con las que estuviste charlando bajo el olivo toda la tarde. ¿Las has vuelto a ver?

Yusuf miró a su padre con sorpresa, luego a su madre, quien parecía igualmente interesada en su respuesta a pesar de su preocupación anterior.

Reflexionó por un momento y finalmente decidió sincerarse con ellos.

—La verdad es que... creo que estoy empezando a sentir algo especial por una de ellas, Isabel, la chica del palacio —confesó Yusuf, su voz apenas un susurro—. Pero es complicado. No sé qué

hacer. Hace días que no la veo.

La reacción de Soraya fue inmediata y explosiva. Sus pupilas duplicaron su tamaño en cuestión de segundos, y su cuerpo comenzó a temblar visiblemente.

—¡No! ¡Absolutamente no! —gritó Soraya, su voz quebrada por el pánico—. ¡Te prohíbo terminantemente que la vuelvas a ver! ¿Me oyes? ¡Hay gente en ese palacio que nos quiere ver muertos a todos!

Yusuf, sorprendido por la intensidad de la reacción de su madre, intentó razonar con ella.

—Pero madre, Isabel no es así. Ella es diferente, e incluso nos salvaron dos de sus guardias...

—¡He dicho que no! —Soraya gritó aún más fuerte, su rostro enrojecido por la ira y el miedo.

José, atónito ante la reacción de nuevo exagerada de su esposa, intervino.

—Soraya, cálmate. No es para tanto...

Pero Soraya no escuchaba. Seguía gritando y gesticulando frenéticamente, sumida en una crisis de nervios.

José se acercó a Yusuf y le puso una mano en el hombro.

—No le des mucha importancia a tu madre, hijo. Aún está muy nerviosa por el incendio. Ya se le pasará.

Yusuf, confundido y herido por la reacción de su madre, asintió en silencio. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y subió las escaleras hacia su habitación, dejando a sus padres en la tienda.

Mientras se alejaba, Yusuf no podía dejar de preguntarse qué estaba pasando con su madre últimamente. Su comportamiento era cada vez más errático y paranoico. ¿Sería realmente solo por el incendio, o había algo más que no sabía y que la afectaba tanto?

* * *

El sol ya se encontraba alto en el cielo cuando María, a pesar de sus años, se desplazaba con elegancia por el jardín contiguo a la cocina del personal, cargando una canasta repleta de dulces crujientes recién salidos del aceite hirviendo. El aroma dulzón impregnaba el aire, mezclándose con el frescor de la tarde cordobesa. Alonso y Diego, sentados en un banco de piedra, observaban con ojos golosos la llegada de los dulces.

—Aquí tenéis, muchachos, pero no se os ocurra comentar nada a Don Fernando o a Doña Beatriz —dijo María, dejando la cesta frente a ellos—. Os los habéis ganado por ser unos auténticos héroes.

Justo en ese momento, Juana apareció en el patio, cargando un pesado cubo de agua y algunos trapos. Su rostro, enrojecido por el esfuerzo, se iluminó al ver la escena.

—Ven aquí, Juana —la llamó María—. Deja eso y siéntate un rato. Los chicos nos van a contar

cómo salvaron la tienda de los Al-Farouq.

Juana, agradecida por el descanso, se acercó y tomó asiento junto a los demás. María se volvió hacia Alonso y Diego.

—Venga, contadle a Juana cómo fue todo. Aún no lo sabe.

Alonso se irguió, hinchando el pecho con orgullo.

—Pues veréis —comenzó, flexionando los músculos de sus brazos—, estábamos haciendo nuestra ronda nocturna cuando...

—¡Bah! No le hagas caso a este fanfarrón —interrumpió Diego, dándole un codazo a su compañero—. La verdad es que tuvimos suerte de pasar por allí en ese momento. Vimos el humo y actuamos rápido, nada más.

Juana escuchaba con los ojos muy abiertos, santiguándose de vez en cuando.

—Madre mía —murmuró—. ¿Y si no hubierais llegado a tiempo? El fuego podría haberse extendido hasta el palacio.

—Eso mismo dijo Don Fernando —comentó Alonso, con la boca llena de dulce—. Estaba muy preocupado por todo el asunto.

—Sí —asintió Diego—. Se interesó mucho por el estado de la familia Al-Farouq y su tienda. Parecía realmente afectado.

Juana frunció el ceño, pensativa.

—Es un poco extraño, ¿no creéis? —dijo en voz baja—. Tanto interés por una familia de comerciantes moriscos...

María chasqueó la lengua, desestimando el comentario con un gesto de la mano.

—No le des más vueltas, niña. Don Fernando es simplemente un buen hombre. Se preocupa por todos sus vecinos, sean quienes sean.

Mientras el personal del servicio disfrutaba de un momento de calma en el patio, en uno de los salones principales del palacio se desarrollaba una escena muy distinta. Isabel, con los puños apretados y la mirada desafiante, se enfrentaba a sus padres, Don Fernando y Doña Beatriz.

Doña Beatriz, sentada en un sillón tapizado, se masajeaba las sienes con dedos temblorosos. Su rostro pálido reflejaba el dolor que la aquejaba.

—Fernando, por favor, no levantéis la voz —suplicó con un hilo de voz—. Mi cabeza no lo soporta.

Don Fernando, que caminaba de un lado a otro del salón como un león enjaulado, hizo un esfuerzo visible por moderar su tono.

—Isabel, hija mía, debes entender que no tenemos opción —dijo, intentando sonar razonable—. Son órdenes directas del rey Felipe. No podemos oponernos.

Isabel, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas, negó con la cabeza.

—¿Cómo podéis hacerme esto? —exclamó, su voz quebrándose por la emoción—. ¿Cómo podéis obligarme a casarme con ese... ese monstruo?

Las lágrimas de frustración ya comenzaban a correr por sus mejillas de nuevo.

—¡Estoy segura de que ese hombre horrible es el responsable incluso del incendio en la tienda de telas y tapices el otro día! Odia a todo el mundo que es diferente a él. Sofía me ha contado que ha ahorcado a muchos moriscos en medio de la plaza mayor.

Don Fernando palideció ante las acusaciones de su hija. Miró nerviosamente a su alrededor, como si temiera que las paredes tuvieran oídos. Se acercó a Isabel y, tomándola por los hombros, habló en voz baja pero firme:

—Isabel, no digas esas cosas. Son muy peligrosas. No puedes hacer ese tipo de acusaciones infundadas sin pruebas. Es muy peligroso ir en contra de los más allegados a su majestad.

Doña Beatriz, aun masajeándose las sienes, asintió débilmente en acuerdo con su marido. Don Fernando continuó, su voz cargada de preocupación:

—Incluso nosotros, como nobles, estamos por debajo del rey y tenemos que acatar sus órdenes, nos guste o no. No tenemos elección en este asunto.

Isabel se apartó bruscamente de su padre, la indignación brillando en sus ojos.

—¿Cómo podéis aceptar esto? ¿Cómo podéis entregarme a un hombre tan cruel?

Don Fernando suspiró pesadamente, el peso de la situación visible en sus hombros caídos.

—Hija mía, entiende que esto va más allá de nosotros. La voluntad del rey es ley, y debemos obedecerla si queremos mantener nuestra posición y seguridad.

Don Fernando se detuvo frente a su hija, sus ojos suplicantes.

—Isabel, por favor, sé sensata. Este matrimonio nos asegurará el favor real y...

—¡No me importa el favor real! —interrumpió Isabel, alzando la voz—. ¡No quiero casarme con el señor de Santillana! ¡Es cruel, despiadado y...!

—¡Basta! —bramó Don Fernando, olvidando por un momento la jaqueca de su esposa.

Doña Beatriz se estremeció, cerrando los ojos con fuerza.

Isabel miró a sus padres, sintiendo cómo la rabia y la impotencia se mezclaban en su interior. Por un lado, estaba su deber como hija y miembro de la nobleza. Por el otro, sus propios deseos y sentimientos, que gritaban en contra de esta unión forzada. Mientras las palabras de su padre aún resonaban en sus oídos, un torbellino de emociones se agitaba en su interior. Lo que más la atormentaba, lo que realmente le carcomía el alma, era un sentimiento que no se atrevía a expresar en voz alta.

Con cada día que pasaba, Isabel se daba cuenta de que estaba irremediablemente enamorada de

Yusuf. Las noticias del incendio en la tienda de los Al-Farouq habían sido como un golpe en el pecho, revelándole la profundidad de sus sentimientos por el joven morisco. El miedo que había sentido al pensar que podría haberle pasado algo a Yusuf le había abierto los ojos a la verdad de su corazón.

Sin embargo, estos pensamientos permanecían encerrados en lo más profundo de su ser. Jamás se atrevería a expresarlos frente a sus padres. Sabía que hacerlo solo empeoraría las cosas, que sería visto como una traición no solo a su familia, sino a su fe y a su posición social.

Mientras Don Fernando seguía hablando sobre el deber y la obediencia, Isabel luchaba contra el impulso de gritar la verdad. Quería decirles que su corazón pertenecía a otro, a alguien que la sociedad consideraba inaceptable. Pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta, sofocadas por el miedo y la impotencia.

* * *

Alejandro caminaba con paso firme por los patios de la antigua mezquita, ahora convertida en catedral. A su lado, Fray Hernando lo seguía de cerca, su rostro serio y atento. El sol de mediodía caía implacable sobre ellos, haciendo que el sudor mojara sus frentes.

—Admirable trabajo el que han hecho aquí padre —comentó Alejandro, sus ojos recorriendo las columnas y arcos que aún conservaban vestigios de su pasado islámico—. Aunque, si me permitís mi opinión modesta, yo no habría dejado ni una sola piedra que recordara a esos infieles.

Fray Hernando asintió con vehemencia.

—Tenéis razón, señor de Santillana. Cada rastro de esa fe pagana debería ser borrado de la faz de la tierra.

Alejandro se detuvo frente a un histórico mihrab, ahora reconvertido en altar cristiano. Sus ojos se oscurecieron por un momento, y su voz se tornó más baja, casi confesional.

—A veces, padre, no sé qué hacer —admitió—. Sé que estoy haciendo el trabajo de Dios, limpiando esta ciudad de la plaga morisca. Pero... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas— no todo va tan rápido como imaginaba. Hay resistencia, hay quienes se esconden, quienes fingen conversión...

Fray Hernando posó una mano sobre el hombro de Alejandro, su mirada penetrante fija en el joven noble.

—Hijo mío, los caminos del Señor son misteriosos y a menudo incomprensibles para nosotros, simples mortales —dijo con voz grave—. Estas son pruebas que él nos pone, para fortalecer nuestra fe y nuestra determinación.

Fray Hernando suspiró profundamente, su mirada perdiéndose en la distancia por un momento antes de volver a enfocarse en Alejandro.

—Tomad como ejemplo a la pobre Doña Beatriz, señor de Santillana —dijo con voz queda—. Lleva años cumpliendo su penitencia con una devoción admirable.

Alejandro arqueó una ceja, su curiosidad despertada por las palabras del sacerdote.

—¿Doña Beatriz? ¿La esposa de Don Fernando Mendoza? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia Fray Hernando—. ¿De dónde vienen los males que la aquejan?

El franciscano movió la cabeza, sus ojos reflejando una mezcla de compasión y resignación.

—Sus males vienen de años atrás, hijo mío. Son el resultado de vivencias y pruebas que el Señor le puso hace tiempo.

Alejandro, intrigado por el misterio que rodeaba a la noble dama, no pudo contener su deseo de saber más.

—¿Qué clase de pruebas, padre? —insistió, su voz bajando a un susurro.

Fray Hernando miró a su alrededor, como asegurándose de que nadie más pudiera escuchar sus palabras. Luego, con un tono cargado de pesar, dijo:

—Doña Beatriz perdió a su primogénito hace años, que el señor lo tenga en su gloria. Desde entonces, no ha vuelto a poder concebir.

Alejandro dejó escapar un suave jadeo de sorpresa y esbozó una sonrisa torcida, sus ojos brillando con un destello de astucia.

—Al menos, contra todo pronóstico, tuvieron a la señorita Isabel unos años después —insinuó, su voz cargada de curiosidad apenas disimulada.

Fray Hernando negó con la cabeza, su rostro sombrío.

—Los médicos ya dictaminaron entonces que era imposible. Doña Beatriz no podría volver a ser madre.

Fray Hernando se tensó en ese momento al darse cuenta de su error, había hablado demasiado. Sus ojos escudriñando el rostro del joven noble.

—Perdonadme señor de Santillana, no debería estar compartiendo tales informaciones —advirtió, su voz teñida de reproche.

Alejandro se inclinó hacia el sacerdote, su rostro adoptando una expresión de confianza y complicidad.

—Padre, podéis confiar en mí. Soy el soldado predilecto del monarca y un cristiano ejemplar, ¿acaso no lo sabéis?

El franciscano dudó por un momento, el peso del secreto luchando contra su deseo de compartir la verdad. Finalmente, con un suspiro resignado, cedió. No le convenía enemistarse con personajes allegados importantes de la milicia del rey.

—Yo no debería decir esto, pero la señorita Isabel... no es hija natural de Doña Beatriz y Don Fernando —confesó en voz baja—. Es la hija de otros nobles que fallecieron en una batalla sin dejar descendientes. Don Fernando decidió quedarse con ella y, por supuesto, se ha encargado

siempre de convertirla en una completa cristiana.

Fray Hernando hizo una pausa, sus ojos reflejando una sombra de duda.

—O al menos, eso es lo que me dijeron por aquel entonces. Puede que la historia real sea un poco diferente. En fin, eso solo lo sabe nuestro señor. Pero es una buena cristiana también al igual que Doña Beatriz.

Alejandro escuchó con atención, su rostro endureciéndose con cada palabra. La indignación bullía en su interior, pero mantuvo la compostura, decidiendo no revelar nada sobre su compromiso y matrimonio acordado con Isabel.

—Agradezco vuestra confianza, padre —dijo con voz controlada—. Debo marcharme ahora. Tengo asuntos urgentes que atender... por el bien del reino.

Fray Hernando asintió comprensivamente.

—Id con Dios, hijo mío —se despidió, observando cómo Alejandro se alejaba con paso apresurado.

* * *

Isabel se deslizó cautelosamente por los pasillos del palacio, su corazón latiendo con fuerza mientras se dirigía al patio de los jardineros. Allí, oculto entre las sombras de un frondoso naranjo, la esperaba Yusuf. Sus ojos se iluminaron al verla y, sin mediar palabra, se fundieron en un abrazo.

Isabel se separó suavemente del abrazo, sus ojos escudriñando nerviosamente los recovecos del patio.

—¿Y si nos descubren? —susurró Isabel, su voz apenas audible sobre el suave murmullo de la fuente cercana.

Yusuf sonrió, acariciando con ternura la mejilla de Isabel.

—No temáis, mi amor. He sido cuidadoso.

—¿Cómo habéis logrado entrar? —preguntó ella, curiosa y preocupada a la vez.

—Me colé por el patio de la cancela —explicó Yusuf, sus ojos brillando con picardía—. El señor de Santillana y sus hombres están de nuevo persiguiendo moriscos por la ciudad. No hay nadie vigilando. Bueno, solo Diego y Alonso, pero ellos ya me conocen y hacen la vista gorda.

Isabel asintió, aliviada pero aún inquieta.

—Me alegro tanto de que hayáis recibido mi mensaje —dijo, entrelazando sus dedos con los de él.

—Y yo me alegro de haberlo recibido —respondió Yusuf, besando suavemente sus nudillos—. ¿Cómo conseguisteis enviarlo?

Isabel sonrió, orgullosa de su astucia.

—Fue fácil. María, una de nuestras mejores y más antiguas criadas. Es buena gente y me prometió llevarlo a la tienda mientras iba de camino al mercado.

Yusuf la miró con admiración.

—Sois tan inteligente, mi amor. Siempre encontráis una manera.

Isabel suspiró profundamente, su semblante tornándose sombrío. Yusuf notó el cambio en su expresión y la miró con preocupación.

—¿Qué os aflige, mi amor? —preguntó él, acariciando suavemente su mejilla de nuevo.

—Últimamente, nada sale bien —confesó Isabel, sus ojos verdes nublados por la tristeza—. Mi padre... me ha informado de planes que no puedo aceptar.

Yusuf la miró intrigado, instándola a continuar.

—El rey no solo ha enviado a ese cruel hombre, Alejandro de Santillana —continuó ella, su voz apenas un susurro—. Mi padre dice que debo casarme con él.

Los ojos de Yusuf se abrieron con sorpresa y dolor.

—¿Casaros? Pero... ¿y nosotros?

Isabel negó con la cabeza, lágrimas asomando en sus ojos.

—No lo sé, Yusuf. No lo sé. Mi padre insiste en que es la voluntad del rey, pero yo... —su voz se quebró—. Yo no puedo aceptarlo.

Yusuf la abrazó con fuerza, sintiendo cómo el mundo que habían construido juntos comenzaba a desmoronarse.

—Además —continuó Isabel, separándose ligeramente para mirarle a los ojos—, he oído rumores sobre este señor de Santillana. Dicen que es cruel, que persigue a los moriscos sin piedad.

Yusuf asintió gravemente. Él también había escuchado esos rumores, y el miedo por su familia y su comunidad crecía día a día.

—Mi padre —prosiguió Isabel— parece diferente desde que llegó Santillana. Está tenso, preocupado. Y mi madre... ella apenas sale de sus aposentos. Temo que algo terrible esté por suceder.

Yusuf la estrechó contra su pecho, deseando poder protegerla de todo mal.

—No temáis, mi amor —susurró, aunque su propia voz temblaba ligeramente—. Encontraremos una solución. Juntos.

Isabel asintió contra su pecho, pero ambos sabían que las palabras de Yusuf eran más un deseo que una promesa. El mundo a su alrededor parecía cerrarse, amenazando con separarlos para siempre.

—Mi madre también se opone rotundamente a que nos veamos —susurró Yusuf, acariciando suavemente el cabello de Isabel—. Dice que es demasiado peligroso y no entiendo por qué, pero últimamente parece que estuviera en contra de todo lo cristiano. Antes no era así.

Isabel se apartó ligeramente, sus ojos verdes brillando con preocupación.

—Mi dios y el vuestro deben de haberse puesto de acuerdo para hacer nuestro amor imposible —dijo Isabel resignándose a lo inevitable. No podrían jamás luchar y ganar dos jóvenes contra dos familias completas, un ejército y el rey.

Yusuf tomó en ese momento las manos de Isabel entre las suyas, su mirada intensa y decidida.

—Escapémonos juntos —propuso con fervor—. Lejos de aquí, donde nadie pueda separarnos.

Isabel abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz atronadora resonó en el patio.

—¡Isabel! ¿Qué significa esto? —bramó Don Fernando, su rostro contorsionado por la furia.

Los jóvenes se separaron de un salto, el miedo reflejado en sus rostros. Don Fernando avanzó hacia ellos con paso amenazante.

—¡Fuera de mi casa, perro morisco! —gritó, empujando a Yusuf hacia la salida—. ¡Si vuelvo a verte cerca de mi hija, haré que los soldados te apresen!

Yusuf tropezó, lanzando una última mirada desesperada a Isabel antes de desaparecer por donde había entrado.

Don Fernando se volvió hacia su hija, sus ojos ardiendo de rabia.

—¿Cómo te atreves a deshonrar así a nuestra familia? —espetó, agarrando a Isabel del brazo con fuerza.

—¡Suélteme, padre! —gritó Isabel, forcejeando para liberarse—. ¡No puede obligarme a casarme con alguien a quien no amo!

20
Secreto revelado

Siglo XVI

Doña Beatriz yacía en su lecho, su cuerpo inquieto y cubierto de sudor. Pese a que ya estaba amaneciendo, las cortinas cerradas aún la envolvían en un manto de oscuridad, pero en su mente, las imágenes se sucedían con una claridad aterradora. Su rostro se contorsionaba en una mueca de angustia mientras los recuerdos de hace veinticinco años la asaltaban sin piedad.

En su pesadilla, Doña Beatriz se veía a sí misma joven y radiante, su vientre hinchado con la promesa de nueva vida. El palacio bullía de expectación ante la llegada del heredero de los Mendoza. Los sirvientes corrían de un lado a otro, preparando todo para el inminente nacimiento.

La noble dama sentía de nuevo el dolor de las contracciones, tan vívido como si estuviera sucediendo en ese mismo instante. Pero entonces todo cambiaba. Ahora veía el rostro preocupado de la partera, escuchaba los murmullos ansiosos de las criadas. Don Fernando, su esposo, aguardaba impaciente en la habitación contigua, sus pasos resonando en el suelo de piedra.

En su sueño, Doña Beatriz gritaba con todas sus fuerzas, empujando para traer al mundo a su primogénito. El sudor le empapaba la frente, y sus manos se aferraban con desesperación a las sábanas. Pero algo no iba bien. Lo sentía en lo más profundo de su ser.

La pesadilla se tornaba cada vez más oscura. Las voces a su alrededor se volvían distantes, como si estuviera hundiéndose en aguas profundas.

Doña Beatriz veía imágenes borrosas delante de ella. Su marido había hecho llamar a un médico árabe entendido en partos. La expresión de su cara no le gustaba. Lo veía hablar con su marido en los cortos momentos que se abría la puerta para que entraran y salieran las ocupadas criadas como María que no paraban de traer trapos y agua a las órdenes de la partera. Veía de lejos la expresión preocupada en el rostro de Don Fernando.

De pronto veía al médico árabe y a la partera con ella. Sus dolores eran cada vez más intensos. El hombre árabe murmuraba palabras en su lengua mientras examinaba a Doña Beatriz con manos expertas. La partera, con el rostro sudoroso, intercambiaba miradas de preocupación con el hombre.

Doña Beatriz sentía que su cuerpo se desgarraba por dentro. Los dolores se intensificaban a cada

momento, arrancándole gritos que resonaban por todo el palacio. María entraba y salía de la habitación, trayendo más paños limpios y agua fresca, su rostro reflejando el miedo que todos sentían.

Entonces veía sangre por todos lados. Todas las sábanas alrededor de ella. Todo rojo. El carmesí se extendía como una marea imparable, tiñendo las sábanas blancas y empapando los colchones. El olor metálico llenaba la habitación, mezclándose con el aroma del sudor y el miedo.

La partera gritaba, sus manos manchadas de rojo mientras trataban desesperadamente de detener la hemorragia. El medico árabe murmuraba plegarias en su idioma, sus ojos cerrados en concentración mientras aplicaba ungüentos y hierbas.

Doña Beatriz luchaba por respirar, por mantenerse consciente. Veía el rostro horrorizado de la partera, escuchaba sus gritos pidiendo ayuda.

Y entonces, el silencio. Un vacío ensordecedor que helaba la sangre. Doña Beatriz buscaba desesperadamente el llanto de su bebé, pero no lo encontraba. En su lugar, solo había oscuridad y un vacío que amenazaba con consumirla.

En ese momento Doña Beatriz se despertó sobresaltada y sudando completamente. Su camisón estaba empapado, pegándose a su piel como una segunda piel. Su corazón latía desbocado en su pecho, y su respiración era entrecortada y jadeante.

Se incorporó en la cama, su cuerpo aun temblando por la intensidad del sueño. La habitación estaba en penumbra, pero ella podía ver con claridad los recuerdos que la atormentaban.

Recordaba cómo se había despertado días después del parto fallido, débil y confundida. María, la criada de confianza, estaba a su lado, limpiándole la frente con un paño húmedo.

—Gracias a Dios que habéis despertado, mi señora —susurró María con voz temblorosa—. El médico dice que habéis tenido mucha suerte de sobrevivir. La fiebre está disminuyendo.

Pero para Doña Beatriz, aquellas palabras no eran un consuelo. Se sentía vacía, como si una parte de su alma se hubiera ido con el hijo que nunca llegó a conocer. En su mente, no era suerte lo que había tenido, sino una cruel desgracia.

Dios, en su infinita sabiduría, había decidido llevarse a su pequeño antes de que pudiera siquiera ver la luz del día. Y a ella la había dejado allí, como un fantasma que vagaría por años sin rumbo ni propósito por los pasillos del palacio.

Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en años. Doña Beatriz se movía desde entonces por el palacio como una sombra, sin vida en los ojos ni color en las mejillas. Las criadas murmuraban a su paso, lanzándole miradas de lástima que ella fingía no ver.

Don Fernando intentó animarla, pero sus palabras caían en oídos sordos. ¿Cómo podía entender él el vacío que sentía? ¿Cómo podía comprender que cada latido de su corazón era un recordatorio doloroso de lo que había perdido?

Doña Beatriz se alejó de la cama con movimientos lentos y dolorosos. Su cuerpo, otrora lleno de vida y esperanza, ahora parecía una cáscara vacía. Se acercó al espejo y contempló su reflejo con

ojos apagados.

Los recuerdos de aquel día fatídico seguían atormentándola. Recordaba con claridad el momento en que los médicos, con voz grave y compasiva, le había comunicado la terrible noticia: debido a la pérdida de sangre y las complicaciones del parto, jamás podría volver a concebir.

Aquellas palabras habían caído sobre ella como una losa pesada, aplastando sus pocos sueños y esperanzas que aún albergaba. La vida que había imaginado, llena de risas infantiles y el calor de una familia numerosa, se había desvanecido en un instante.

Desde entonces, Doña Beatriz se había sumido en una profunda melancolía. Las jaquecas comenzaron a atormentarla con frecuencia, y una fatiga constante se apoderó de su cuerpo. Los días se sucedían, grises y monótonos, sin que ella encontrara consuelo ni propósito. Y todo ello continuaba ahora años después de aquel incidente.

Solo la presencia de Fray Hernando parecía aliviar un poco su dolor. El sacerdote la visitaba con regularidad, ofreciéndole palabras de consuelo y guía espiritual. Aunque Doña Beatriz a menudo se preguntaba si realmente merecía el perdón divino, ya que cada día tenía más claro que su dios la había abandonado completamente ya hacía tiempo.

Don Fernando, su esposo, también intentaba animarla a su manera. A pesar de su naturaleza reservada, se esforzaba por mostrarle afecto y comprensión. Y después se encontraba Isabel, la chiquilla que habían acogido como si fuera suya. Por mucho tiempo, la existencia de la pequeña había actuado como un ungüento para el alma lacerada de Doña Beatriz. Sin la niña, ni siquiera podía concebir cuál habría sido el desenlace. No obstante, jamás podría reemplazar a un vástago de su propia estirpe, y este asunto era otro que le atormentaba el espíritu.

* * *

La tarde caía sobre Córdoba, bañando la ciudad en un cálido resplandor brillante. El astro rey se reflejaba en las aguas del Guadalquivir, creando un espectáculo de luces y tinieblas que danzaban sobre la superficie del río. Las palmeras que bordeaban la orilla se mecían suavemente con la brisa, susurrando secretos ancestrales en el aire perfumado por el aroma de las flores de azahar.

En este escenario idílico, dos figuras caminaban lado a lado por la orilla del río. Isabel Mendoza, con su cabello castaño recogido en un elegante moño, y Alejandro de Santillana, erguido y solemne en su uniforme militar. A simple vista, podrían parecer una pareja de enamorados disfrutando de un romántico paseo vespertino. Sin embargo, la realidad no podía estar más lejos de esa impresión.

Isabel mantenía la mirada fija en el horizonte, evitando deliberadamente el contacto visual con su acompañante. Sus pasos eran rígidos y medidos, como si cada uno fuera una pequeña batalla contra su deseo de huir. Alejandro, por su parte, caminaba con la espalda recta y las manos entrelazadas detrás de la espalda, su rostro una máscara de indiferencia que ocultaba la irritación que sentía por esta tarea de complacer a su futura esposa con un paseo. Por otro lado, su mente aún daba vueltas a la conversación que había mantenido con Fray Hernando pero se esforzaba en intentar hablar con Isabel.

—¿No os parece maravilloso?, mi señora, ¿cómo la ciudad ha recuperado su tranquilidad? —comentó Alejandro con un tono que pretendía ser jovial—. Mis hombres han hecho un trabajo excelente erradicando a los insurrectos árabes. Córdoba nunca ha estado tan segura como ahora.

Isabel apenas movió la cabeza en respuesta, sus labios apretados en una fina línea.

—Sí —respondió secamente, sin molestarse en ocultar su desagrado.

Alejandro, sin percibir el disgusto de Isabel, continuó hablando animadamente sobre sus hazañas militares y los planes para mantener el orden en la ciudad. Con cada palabra, el desprecio de Isabel crecía.

—Y pensar que hace apenas unas semanas, estos mismos caminos eran peligrosos de transitar —prosiguió Alejandro—. Ahora, gracias a nuestros esfuerzos, podéis pasear sin temor alguno.

—Fascinante —replicó Isabel con un tono cortante que habría hecho callar a cualquiera con un mínimo de sensibilidad.

Detrás de ellos, a una distancia prudente, varios soldados de Alejandro los seguían en silencio, sus armaduras reluciendo bajo la luz de la tarde. Su presencia, lejos de reconfortar a Isabel, solo aumentaba su sensación de estar atrapada en una jaula.

Alejandro, ajeno al creciente malestar de su prometida, continuaba su monólogo sobre estrategias militares y la importancia de mantener la pureza de la fe cristiana en la ciudad. Isabel, por su parte, respondía con monosílabos cada vez más bruscos, incapaz de ocultar su desacuerdo con cada palabra que salía de la boca de Alejandro.

Alejandro continuó su discurso, ajeno al creciente disgusto de Isabel.

—Como os decía, mi señora, es un honor cumplir los deseos de Su Majestad. Cada morisco expulsado, cada infiel convertido, es un paso más hacia la gloria del reino y la pureza de nuestra fe.

Isabel, incapaz de contenerse por más tiempo, interrumpió bruscamente:

—¿Acaso no tenéis otra ocupación en todo el día que os llene de gozo, aparte de perseguir a pobres inocentes árabes?

Alejandro se detuvo en seco, sorprendido por la repentina intervención de su prometida. La miró con una mezcla de diversión y condescendencia.

—Vaya, vaya, os noto un poco exaltada esta tarde, señorita Isabel —dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Me recordáis a un potro salvaje que aún no ha sido domado. Pero no os preocupéis, estoy acostumbrado a domar caballos indomables.

Isabel sintió que la sangre le hervía ante la comparación. Sus ojos verdes brillaron con furia contenida mientras respondía:

—Os aseguro, señor de Santillana, que a mí no me hace falta que me domen. No soy un animal que necesite ser sometido a vuestra voluntad.

La sonrisa de Alejandro se desvaneció, reemplazada por una expresión de irritación. No estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, mucho menos una mujer que pronto sería su esposa.

Alejandro apretó la mandíbula, su paciencia agotada por la insolencia de Isabel. Con un tono cortante, declaró:

—Se ha terminado el paseo, señorita. Tengo asuntos más importantes que atender que bajar los humos a una dama mal educada. Quién sabe si sois noble siquiera, después de lo que he oído por ahí.

Isabel lo miró con los ojos abiertos de par en par, indignada por sus palabras. Alejandro continuó, su voz cargada de desdén:

—Aún me estoy cuestionando si realmente necesito una esposa como vos, aunque, por supuesto, no deseo desobedecer las órdenes de Su Majestad.

—¿Qué osáis decir de mí? —exclamó Isabel, su rostro enrojecido por la ira—. ¡Sois un maleducado! ¡Jamás me casaré con vos!

Alejandro esbozó una sonrisa burlona.

—Eso ya lo veremos —respondió con frialdad. Luego, dirigiéndose a dos de sus hombres, ordenó—: Acompañad a la señorita Isabel de vuelta al palacio. Ya se ha acabado el paseo por hoy. Tenemos asuntos más importantes que atender.

Mientras los soldados la escoltaban de regreso, Isabel hervía de rabia. No podía creer que hubiera estado tan loca como para hacerles un favor a sus padres saliendo, aunque fuera una vez con semejante monstruo. Se juró a sí misma que jamás volvería a hacerlo y que nunca se casaría con alguien así.

Mientras caminaba, sus pensamientos se dirigieron hacia Yusuf. Tenía que hablar con él cuanto antes. La idea de fugarse juntos, que antes le había parecido absurda, ahora cobraba un nuevo sentido en su mente.

* * *

Doña Beatriz caminaba por los pasillos del palacio con paso lento y vacilante. Su rostro, pálido y demacrado, reflejaba el peso de los años y el dolor que llevaba cada día en su corazón. Al llegar frente a la puerta del despacho de Don Fernando, se detuvo un momento, respiró hondo y llamó con suavidad.

—Adelante —se escuchó la voz de su marido desde el interior.

Doña Beatriz entró y cerró la puerta tras de sí. Don Fernando levantó la vista de los documentos que estaba revisando y la miró con cierta sorpresa. No solía visitarlo en su despacho.

—¿Qué ocurre, Beatriz? No es habitual veros por aquí.

—Fernando, necesito hablar con vos —dijo ella con voz temblorosa—. Anoche tuve ese sueño de nuevo. El del parto.

Don Fernando dejó la pluma sobre el escritorio y suspiró.

—Beatriz, ya hemos hablado de esto muchas veces.

Doña Beatriz respiró hondo, reuniendo el valor para expresar lo que llevaba años guardando en su corazón.

—Lo sé, Fernando —respondió con voz queda—. Hemos hablado de esto muchas veces, pero nunca... nunca hemos ahondado en vuestros sentimientos hacia mí.

Don Fernando la miró con sorpresa, sin saber qué decir. Doña Beatriz continuó:

—Al principio no lo entendía, pero ahora creo que sí. En realidad, comprendo por qué ya no queréis yacer conmigo desde hace años y por qué dormimos separados.

La humedad comenzó a asomar en los ojos de Doña Beatriz, pero ella se esforzó por mantener la compostura.

—No fui capaz de daros un heredero, Fernando. Lo siento mucho, es toda mi culpa.

Don Fernando se levantó de su silla, visiblemente conmovido por las palabras de su esposa. Se acercó a ella, pero se detuvo a medio camino, como si no supiera cómo consolarla.

—Beatriz, yo...

—No, por favor —lo interrumpió ella—. Dejadme terminar. Sé que he sido una carga para vos todos estos años. Mi melancolía, mis pesadillas, mi incapacidad para daros un hijo... Os he fallado como esposa en todos los sentidos.

Las lágrimas corrían ahora libremente por las mejillas de Doña Beatriz. Don Fernando la observaba, sintiendo una mezcla de culpa y compasión que no sabía cómo expresar.

—Eso no es cierto —replicó Don Fernando con firmeza—. Tenemos una hija maravillosa.

Doña Beatriz negó con la cabeza, sus ojos llenos de lágrimas.

—No es nuestra. Ni siquiera me habéis contado nunca realmente de dónde la sacasteis.

Don Fernando abrazó suavemente a su esposa.

—Ya os lo he contado innumerables veces, Beatriz. Era la hija de unos nobles que murieron en una batalla, lo perdieron todo y no tenían descendencia. Me pareció un acto de buen cristiano hacernos cargo de ella, pensando que era justo lo que necesitábamos en ese momento.

—La historia no tiene mucho más que contar —continuó Don Fernando, colocando una mano sobre la cintura de su esposa y acompañándola a la salida del despacho—. Os pido que vayáis a vuestros aposentos a descansar. No le deis más vueltas al asunto. Isabel es como si fuera nuestra hija y así debe ser a los ojos de todos. Ya lo hemos hablado muchas veces.

Doña Beatriz miró a su esposo, escrutando su rostro. Conocía bien a Fernando, y estaba convencida de que le ocultaba algo desde hacía años que no le quería contar. Sin embargo, no tenía la energía para insistir más e intentar acercarse a la verdad. El cansancio y la melancolía

pesaban demasiado sobre ella.

Resignada, Doña Beatriz abandonó la habitación de Don Fernando. Sus pasos resonaban débilmente en el suelo de mármol mientras avanzaba por el pasillo, su mente aún turbada por la conversación que acababa de tener. El peso de los secretos y las mentiras que flotaban en el aire del palacio parecía oprimir su pecho.

Al doblar una esquina, se encontró con Juana, una de las criadas más jóvenes del palacio. La muchacha, con su habitual nerviosismo, hizo una pequeña reverencia y esbozó una sonrisa tímida.

—Buenos días, señora —saludó Juana con voz temblorosa—. Hoy tiene muy buen aspecto.

Doña Beatriz no respondió. Sus ojos, cansados y tristes, se posaron brevemente en el rostro de la joven antes de continuar su camino. Juana se quedó allí, inmóvil, observando cómo la figura de la señora se alejaba por el pasillo.

En su mente, Doña Beatriz sabía que todos murmuraban sobre ella. Podía sentir las miradas de lástima, los cuchicheos a sus espaldas. Nadie decía la verdad en ese palacio, todos ocultaban algo detrás de sus sonrisas forzadas y sus cumplidos vacíos.

Mientras avanzaba hacia sus aposentos, Doña Beatriz sentía que las paredes del palacio guardaban más secretos de los que jamás llegaría a conocer. Cada rincón, cada susurro, cada mirada esquiva parecía esconder una verdad que se le escapaba. Y ella, atrapada en medio de todo, se sentía más sola que nunca.

* * *

Unas horas más tarde, Don Fernando y Soraya yacían juntos en la cama de la casa de los Al-Farouq. El noble cristiano besaba con ternura el cuello de su amada, mientras ella cerraba los ojos, entregándose al momento. José, el esposo de Soraya, se había marchado de nuevo en un viaje comercial, buscando desesperadamente nueva mercancía para reemplazar todo lo que habían perdido en el incendio.

Soraya se incorporó lentamente, cubriéndose con una delicada túnica de seda. Se dirigió hacia una pequeña mesa donde reposaba una jarra de vino y dos copas. Mientras servía el oscuro líquido, sus manos temblaban ligeramente.

—Fernando, tengo miedo —confesó Soraya, su voz apenas un susurro—. Desde el incendio, no puedo dejar de pensar en lo frágil que es nuestra situación.

Don Fernando se incorporó en la cama, observando a su amante con preocupación. Soraya continuó:

—No tenemos nada para continuar nuestro negocio. José está desesperado, buscando nuevas telas y tapices, pero ¿y si no lo logra? ¿Qué será de nosotros?

Regresó a la cama con las copas de vino, entregando una a Don Fernando. Sus ojos reflejaban una mezcla de angustia y desesperación.

—Y no es solo eso —prosiguió Soraya—. El miedo me consume cada día. Temo que vuelvan a atacarnos, que descubran nuestro secreto, que...

Don Fernando la interrumpió suavemente, tomando la copa y su mano entre las suyas.

—Soraya, mi amor —dijo con voz calmada pero firme—. Todo esto pasará. Debemos tener paciencia.

Soraya lo miró, buscando consuelo en sus ojos.

—Sé que es difícil —continuó Don Fernando—. Pero te prometo que os protegeré, a ti y a tu familia. Solo necesitamos aguantar un poco más a que se calme todo el tema del rey.

Soraya tomó un sorbo de vino, intentando calmar sus nervios. Sus ojos se humedecieron mientras continuaba compartiendo sus preocupaciones con Don Fernando.

—Hay algo más —dijo con voz temblorosa—. Es sobre Yusuf, mi hijo.

Don Fernando la miró con atención, instándola a continuar.

—Últimamente, he notado que habla mucho de tu hija Isabel —confesó Soraya—. Creo que está empezando a sentir algo por ella.

El rostro de Don Fernando se ensombreció por un momento. Soraya notó el cambio en su expresión y se apresuró a añadir:

—¿Sabes algo al respecto?

Don Fernando asintió lentamente.

—Los vi el otro día —admitió—. Estaban escondidos en uno de los patios del palacio.

Soraya contuvo el aliento, temiendo lo peor, pero Don Fernando la tranquilizó rápidamente.

—No hacían nada malo, Soraya. Solo estaban hablando. No creo que debamos preocuparnos demasiado.

—Pero, Fernando —insistió Soraya—, sabes que no pueden estar juntos. Es demasiado peligroso. En realidad, no deberían haberse conocido nunca.

Don Fernando suspiró, consciente de la complejidad de la situación.

—Lo sé, mi amor. Pero pronto Isabel se casará con Alejandro de Santillana. Una vez que eso suceda, ya no habrá problema.

Soraya no parecía convencida. Su rostro reflejaba una profunda inquietud.

—Aun así, debemos impedir a toda costa que sigan viéndose —dijo con firmeza—. No podemos arriesgarnos a que algo salga mal.

Don Fernando asintió, comprendiendo la preocupación de Soraya. Sin embargo, pudo ver en sus ojos que había algo más que la atormentaba.

—¿Qué más os preocupa, mi amor? —preguntó suavemente.

Soraya bajó la mirada, su voz apenas audible cuando respondió:

—Me remuerde la conciencia, Fernando. Siento que estamos condenando a nuestros hijos a la misma vida de secretos y mentiras que llevamos nosotros.

Soraya se volvió a meter en la cama, su cuerpo temblando ligeramente mientras sus ojos se empapaban. Don Fernando la rodeó con sus brazos, intentando consolarla, pero ella se apartó suavemente.

—Fernando, ¿no lo veis? —susurró con voz quebrada—. Todo esto... es un castigo. Una maldición que nos persigue desde aquel día.

Don Fernando la miró con preocupación, pero no dijo nada, permitiendo que Soraya continuara desahogándose.

—Cada día que pasa, siento que estamos más cerca del final —prosiguió ella, su voz apenas audible—. La Inquisición... ese Santillana... No es casualidad que el rey lo haya enviado aquí. Nos están cercando, Fernando. Seguro que saben algo. Pronto, muy pronto, todos acabaremos en la hoguera.

El noble cristiano intentó interrumpirla, pero Soraya alzó una mano para detenerlo.

—No, escuchadme —insistió—. Lo que hicimos... lo que decidimos hace tantos años... Fue un error. Y ahora estamos pagando el precio. Alá, Dios nos está castigando, Fernando. ¿No lo sentís?

Don Fernando acarició una mejilla de Soraya, intentando transmitirle calma y seguridad.

—Soraya, mi amor —dijo con voz suave pero firme—. No digáis esas cosas. Lo que hicimos... lo hicimos por amor. Dios no puede castigarnos por eso.

Pero mientras pronunciaba esas palabras, una sombra de duda cruzó el rostro de Don Fernando. En lo más profundo de su ser, una voz le susurraba que quizás Soraya tenía razón. Quizás realmente estaban siendo castigados por sus acciones pasadas.

Sin embargo, se esforzó por mantener la compostura, por ser el pilar que Soraya necesitaba en ese momento.

—Todo saldrá bien —continuó, aunque su voz ya no sonaba tan segura—. Encontraremos una manera de superar esto. Siempre lo hemos hecho.

Soraya lo miró, sus ojos llenos de una mezcla de amor y desesperación. Quería creerle, necesitaba creerle, pero el miedo que la consumía era demasiado fuerte.

—¿Y si no lo logramos esta vez, Fernando? —preguntó en un susurro—. ¿Y si es demasiado tarde para nosotros?

21
El escándalo

Siglo XVI

Habían pasado unas horas desde el encuentro de Don Fernando y Soraya. La noche cubría Córdoba con su manto oscuro cuando Don Fernando se acercó sigilosamente al patio de la cancela del palacio. Había dejado la puerta entreabierta a propósito para evitar entrar por la entrada principal y levantar sospechas entre los guardias de Alejandro.

Justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral, una figura esbelta emergió de la penumbra. Don Fernando reconoció al instante a su hija Isabel, quien intentaba escabullirse por el mismo lugar. Sin pensarlo dos veces, extendió su brazo y la agarró con firmeza, tirando de ella de vuelta al patio.

Isabel ahogó un grito de sorpresa mientras su padre la arrastraba hacia un rincón oscuro entre los setos dentro del patio.

—¿A dónde crees que vas sola a estas horas? —siseó Don Fernando, su voz apenas audible pero cargada de autoridad.

Isabel, recuperándose del susto inicial, frunció el ceño y replicó:

—Podría preguntarle lo mismo, padre. ¿De dónde viene a escondidas?

Don Fernando se irguió, su rostro endureciéndose ante la insolencia de su hija.

—Yo no tengo que dar explicaciones, Isabel. Soy tu padre y el señor de esta casa.

La joven no se amilanó ante la postura autoritaria de su padre. Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y curiosidad.

—¿Acaso tiene algo que ocultar, padre? —presionó Isabel, su voz cargada de sospecha.

Don Fernando sintió que la ira crecía en su interior. ¿Cómo se atrevía su hija a cuestionarlo de esa manera?

—Basta ya, Isabel —gruñó—. No toleraré tu insolencia.

Don Fernando, con los ojos encendidos de furia, agarró a Isabel por los hombros y la sacudió levemente.

—¿A dónde vas exactamente? —exigió saber, su voz ronca por la frustración contenida—. No irás a encontrarte con ese Yusuf otra vez, ¿verdad?

Isabel, ya enfadada por la actitud de su padre, alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—Sí, padre. Voy a verle —respondió sin titubear—. Esta tarde he estado paseando con el señor de Santillana y es horrible. Jamás me casaré con él. Yo amo a Yusuf.

El rostro de Don Fernando se tornó rojo de ira. Sus manos apretaron con más fuerza los hombros de su hija.

—Te prohíbo terminantemente que digas eso —rugió—. Te casarás con Alejandro de Santillana aunque tenga que encerrarte en una mazmorra hasta el día de tu boda.

Isabel, sintiendo que la rabia y la desesperación se apoderaban de ella, se zafó del agarre de su padre y dio un paso atrás.

—¡Jamás! —gritó, sin importarle quién pudiera oírla—. ¡Antes salto de un balcón del palacio!

Sus palabras resonaron en la quietud de la noche, cargadas de determinación y angustia. Don Fernando la miraba atónito, incapaz de creer la rebeldía de su hija.

Mientras Isabel y su padre discutían, Alejandro de Santillana caminaba inquieto por los alrededores del palacio. La noche era fresca y silenciosa, pero en su interior bullían pensamientos turbulentos. Mientras pasaba cerca del patio de la cancela, un sonido captó su atención: voces airadas que rompían la quietud nocturna.

Sin dudarlo un instante, Alejandro se acercó sigilosamente a la entrada del patio. Su corazón latía con fuerza mientras aguzaba el oído, reconociendo las voces de Isabel y Don Fernando. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro al escuchar la acalorada discusión entre padre e hija.

—Vaya, vaya —murmuró para sí mismo, regocijándose en el espectáculo que se desarrollaba ante él—. Parece que la fierecilla ya está de nuevo a las andadas.

Alejandro se pegó aún más a la pared, asegurándose de permanecer oculto en las sombras. Cada palabra, cada grito ahogado, cada amenaza velada llegaba clara a sus oídos. Su mente trabajaba a toda velocidad, procesando la información que estaba obteniendo de forma tan fortuita.

La mención de Yusuf hizo que sus ojos brillaran con malicia. Así que la joven Isabel estaba enamorada de un morisco. Qué delicioso escándalo, pensó Alejandro, saboreando las posibilidades que este conocimiento le brindaba.

Escuchó con deleite cómo Don Fernando amenazaba a su hija con encerrarla, cómo Isabel juraba que preferiría la muerte antes que casarse con él. Lejos de sentirse ofendido, Alejandro encontraba la situación tremendamente entretenida.

—Esto se pone cada vez más interesante —susurró, su voz apenas audible incluso para él mismo.

Unos metros más adentro en el patio, oculta entre los setos, Isabel se volvía a enfrentar a su padre una vez más.

—¿Qué es lo que tanto os molesta de Yusuf, padre? —exigió saber—. Siempre os he tenido por un hombre de mente abierta, comprensivo y razonable.

Don Fernando, visiblemente incómodo, miró a su alrededor con nerviosismo. El patio estaba sumido en la oscuridad, pero cualquiera podría estar escuchando.

—Isabel, por favor —suplicó en voz baja—. Este no es lugar ni momento para discutir tales asuntos. Volvamos adentro.

Pero Isabel no estaba dispuesta a ceder. Se plantó firmemente frente a su padre, su determinación brillando en sus ojos.

—No, padre. Decidme ahora mismo qué tenéis en contra de Yusuf —insistió—. ¿Por qué no puedo casarme con él si es lo que deseo?

Don Fernando sentía que estaba perdiendo el control de la situación. El sudor mojaba su frente mientras luchaba contra el impulso de revelar la verdad que había guardado durante tantos años.

—Isabel, por favor, entiende... —comenzó, pero su hija lo interrumpió.

—¡No, padre! No entiendo nada. Explicadme por qué os oponéis tanto a mi felicidad.

Don Fernando, agotado por la discusión, ordenó con voz firme:

—Isabel, vuelve a tus aposentos ahora mismo.

Pero Isabel, con los ojos brillantes de determinación, se plantó frente a él.

—No, padre. Iré a ver a Yusuf —declaró—. Y si seguís oponiéndoos a nuestro amor, no me quedará más remedio que escapar lejos, donde nadie pueda interponerse entre nosotros. Ni vos, ni ese despiadado de Alejandro, ni siquiera el rey.

La furia estalló en el rostro de Don Fernando. Sin pensar, agarró a su hija por los brazos y comenzó a arrastrarla hacia el interior del palacio.

—¡No permitiré semejante insolencia! —rugió.

Isabel forcejeaba, intentando liberarse del agarre de su padre. En el forcejeo, tropezó con una maceta y cayó al suelo con un grito ahogado. Su rodilla chocó contra el borde de piedra del camino, provocándole una herida.

El llanto de Isabel rompió el silencio de la noche. Don Fernando se quedó paralizado, mirando a su hija de rodillas en el suelo, sus sollozos sacudiendo su cuerpo.

—¿Por qué, padre? —gimió Isabel entre lágrimas—. ¿Por qué os oponéis tanto? ¿Qué es lo que os molesta tanto de mi amor por Yusuf?

Don Fernando permaneció inmóvil, incapaz de responder o actuar. El peso de los secretos que guardaba parecía aplastarlo, mientras el llanto desconsolado de su hija resonaba en el patio.

En ese instante, Don Fernando estalló. Las frases brotaron de sus labios sin que lograra contenerlas, propulsadas por décadas de confidencias y remordimiento.

—¡Porque Yusuf es tu hermano! —vociferó, su exclamación retumbando en la oscuridad al tiempo que se escuchaba el chillido estridente y desgarrador de un felino en las inmediaciones

del patio, fuera en la calle.

* * *

El vacío sonoro que siguió a la revelación de Don Fernando y al maullido del gato en medio de la noche, fue tan denso que parecía que hasta el aire se había detenido. Isabel, con los ojos desorbitados por la sorpresa, abrió la boca para hablar, pero ningún sonido salió de ella. Don Fernando, por su parte, palideció al darse cuenta de lo que acababa de confesar.

Unos minutos antes, un gato callejero, atraído por la presencia de Alejandro junto a la entrada del patio, se había acercado sigilosamente a él, quien permanecía oculto en las sombras. El felino, buscando cariño, se había frotado contra las piernas del soldado.

Alejandro, frustrado por la interrupción en el momento más crucial de la conversación que estaba espiando, había reaccionado con una violencia desmedida. Sin pensarlo dos veces, le había propinado una fuerte patada al animal, que había salido volando varios metros con un aullido de dolor.

El estruendo provocado por el gato alertó a Don Fernando e Isabel. Ambos se giraron bruscamente hacia la fuente del ruido, olvidando por un instante la bomba que acababa de estallar entre ellos.

—¿Quién anda ahí? —gritó Don Fernando, su voz teñida de pánico y furia.

Alejandro, maldiciendo su mala suerte y al inoportuno felino, se apresuró a ocultarse aún más en las sombras. Su corazón latía con fuerza mientras contenía la respiración, rezando para no ser descubierto.

Isabel, aún conmocionada por la revelación de su padre, se puso de pie con dificultad. Su mente era un torbellino de preguntas y emociones encontradas. ¿Cómo era posible que Yusuf fuera su hermano? ¿Qué significaba esto? ¿Acaso toda su vida había sido una mentira?

Don Fernando, dividido entre la necesidad de investigar el origen del ruido y la urgencia de explicar sus palabras a Isabel, salió un momento de entre los setos en dirección a la calle. Pero no vio nada. El gato, herido y asustado, había desaparecido en la noche, dejando tras de sí solo el eco de su maullido. Alejandro se había alejado un poco para que no pudiera ser visto desde el patio.

Don Fernando volvió junto a Isabel que aún estaba conmocionada y no se había movido de su sitio ni un milímetro.

Ésta tenía su mirada fija en Don Fernando mientras su mente intentaba procesar la impactante revelación. Sus labios se movían, pero ninguna palabra coherente lograba escapar. Don Fernando, consciente de que ya no había vuelta atrás, dejó escapar un profundo suspiro y se acercó a su hija.

—Isabel, hija mía —comenzó, su voz quebrada por la emoción—, hay mucho que debo confesarte.

La joven seguía sin poder articular palabra, pero sus ojos, llenos de confusión y dolor, instaban a

su padre a continuar.

Don Fernando, sintiendo el peso de años de secretos sobre sus hombros, se pasó una mano por el rostro antes de continuar:

—Durante años, he mantenido una relación... una aventura con Soraya, la madre de Yusuf.

Isabel ahogó un gemido, sus ojos abriéndose aún más ante esta nueva revelación. Don Fernando, incapaz de sostener la mirada de su hija, bajó la vista al suelo.

—Comenzó hace mucho tiempo, antes incluso de que tú nacieras —continuó, las palabras fluyendo ahora como un torrente imparable—. Soraya y yo... nos enamoramos. Pero nuestro amor estaba condenado desde el principio. Yo, un noble cristiano; ella, una mujer casada de origen morisco.

Isabel, finalmente encontrando su voz, logró articular una pregunta:

—Pero... ¿cómo...? ¿Yusuf...?

Don Fernando asintió, comprendiendo la pregunta implícita de su hija y consciente de la gravedad de la situación y de los secretos que acababa de revelar, miró a su alrededor con nerviosismo.

El patio, aunque aparentemente desierto, podía albergar oídos indiscretos en cada rincón sombrío.

—Isabel, hija mía —susurró con urgencia—, no podemos continuar esta conversación aquí. Hay mucho que debo contarte, pero no en este lugar. Nunca se sabe quién podría estar escuchando.

Isabel, aún aturdida por las revelaciones, asintió lentamente. A pesar de la confusión y el dolor que sentía, comprendía la criticalidad del asunto.

Don Fernando se acercó a su hija y, con ternura, la ayudó a ponerse en camino. Notó entonces la herida en su rodilla, resultado de la caída anterior.

—Primero, debemos atender esa herida —dijo con voz suave, la preocupación paternal superando momentáneamente la tensión de la situación—. Luego, te contaré todo lo que necesitas saber. Te lo prometo.

Isabel, sintiéndose de repente como una niña pequeña nuevamente, se dejó guiar por su padre. El dolor en su rodilla parecía insignificante comparado con el torbellino de emociones que agitaba su corazón.

Padre e hija abandonaron el patio en silencio, adentrándose en la seguridad del palacio. Don Fernando miró una última vez hacia atrás, asegurándose de que nadie los seguía. Desconocía que, oculto en las sombras, Alejandro de Santillana había sido testigo de la mayor parte de su conversación esa noche.

* * *

Otra madrugada más había descendido sobre el Palacio de Alcázar. No obstante, aquella noche,

como si todo y todos hubieran conspirado, nada era como de costumbre. A pesar de la hora avanzada, el edificio estaba lejos de hundirse en la quietud. Los patios, habitualmente serenos, vibraban con una mezcla de extraños ruidos nocturnos.

En el Patio de los gatos, un grupo de felinos maullaba incesantemente, sus voces agudas rompiendo la quietud de la noche. Sus siluetas se deslizaban entre las macetas de geranios y jazmines, creando un espectáculo fantasmagórico a la luz de la luna.

Mientras tanto, en el Patio de Recibo, los guardias de turno de Alejandro discutían acaloradamente sobre los últimos acontecimientos con los moriscos, sus voces elevándose por momentos y luego bajando a susurros conspirativos. El eco de sus palabras rebotaba en las paredes, llegando a los oídos de los habitantes del palacio que se revolvían inquietos en sus camas.

En la planta principal, tras las ventanas ornamentadas, las velas parpadeaban en las habitaciones de aquellos que no lograban conciliar el sueño. Don Fernando se paseaba aún por su despacho, su mente atormentada por los secretos revelados y las consecuencias que podrían acarrear. Su hija ya se había marchado a sus aposentos hacía rato, tras escuchar todo lo que él tenía que decir. En la habitación contigua, Doña Beatriz yacía despierta, sus ojos fijos en el techo mientras las pesadillas de su pasado amenazaban con invadirla nuevamente.

Isabel, en su alcoba, daba vueltas en la cama, incapaz de procesar la revelación sobre su verdadero parentesco. Las cortinas de seda se mecían suavemente con la brisa nocturna, proyectando sombras danzantes en las paredes que parecían burlarse de su confusión.

En los aposentos de los sirvientes, en la planta baja, Juana y María cuchicheaban en voz baja, compartiendo los últimos chismes y especulaciones sobre algunos vecinos del palacio. El crujir de la madera vieja bajo sus pies se mezclaba con sus voces susurrantes.

Incluso en las cocinas, normalmente silenciosas a estas horas, se podía escuchar el ocasional tintineo de ollas y sartenes, pues Diego y Alonso, incapaces de dormir, buscaban algún pedazo de pan nocturno con el que saciar su hambre.

Alejandro también yacía ya en su cama, su mente bullendo con las revelaciones de la noche. Las horas habían pasado desde que escuchara la conversación entre Don Fernando e Isabel en el patio, pero el sueño lo eludía. En la penumbra de su habitación, sus ojos brillaban con una mezcla de codicia y anticipación.

—Una noble que quizás no sea hija de sangre de los Mendoza —pensó, recordando las palabras de Fray Hernando—. Y un padre que lleva años manteniendo una aventura con una morisca en las sombras.

Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro mientras consideraba las implicaciones de tal escándalo.

Alejandro se incorporó, incapaz de contener su excitación. Caminó hacia la ventana, observando la ciudad dormida de Córdoba. En su mente, ya veía el futuro que podría forjar con esta información.

—Destapar algo así podría llevarme a lo más alto de mi carrera militar —se dijo, saboreando la idea del poder que podría obtener.

Pero había más. Esta revelación no solo aseguraría su ascenso, sino que también le proporcionaría una salida del matrimonio impuesto por el rey.

—Esa respondona idiota no se merece ser mi esposa —murmuró con desprecio, pensando en Isabel.

Sus pensamientos se tornaron más oscuros mientras contemplaba las posibilidades.

—Ella y su padre, al igual que toda la familia, tienen que arder bajo las llamas de la Inquisición —decidió, su rostro endureciéndose con determinación—. Es más, acabaré con ambas familias de un golpe. Todos quitados del mapa.

Alejandro se permitió fantasear con las recompensas que seguramente recibiría del rey.

—Seguro que el rey me compensará incluso dándome el poder para gobernar toda la región a mi antojo —pensó, sus ojos brillando con ambición desmedida.

* * *

A la mañana siguiente, Soraya acababa de abrir la tienda y se encontraba de nuevo intentando clasificar algunas de las pocas telas y tapices que se habían salvado en el incendio. Sabía que con tan poca mercancía no sería fácil vender algo, pero al menos intentaría dar lo mejor de sí mientras su marido volvía con algo de esperanza al día siguiente. De pronto Alejandro entró en la tienda y se puso a ojear y toquetear uno de los tapices que había más a la entrada como si no hubiera nadie en la tienda. Soraya se quedó de piedra mirándolo y no sabía qué hacer o decir. El miedo la había paralizado.

El silencio en la tienda era palpable, roto solo por el suave roce de los dedos de Alejandro sobre la tela del tapiz. Soraya sentía que su corazón latía con tanta fuerza que temía que Alejandro pudiera oírlo. Sus ojos, abiertos de par en par, no se apartaban de la figura imponente del hombre que examinaba su mercancía con aparente desinterés.

Alejandro, consciente del efecto que su presencia causaba en la mujer, se tomó su tiempo para inspeccionar el tapiz. Sus ojos recorrían los intrincados diseños con falsa admiración, mientras su mente trabajaba en cómo exprimir aquel momento al máximo que había estado planeando toda la noche.

Soraya, inmóvil tras el mostrador, luchaba contra el impulso de huir. Sus manos se aferraban al borde de la madera, los nudillos blancos por la fuerza de su agarre. Mil pensamientos cruzaban por su mente: ¿Por qué estaba allí? ¿Qué buscaba?

El tiempo parecía haberse detenido en la pequeña tienda. El aroma a incienso que normalmente impregnaba el aire se mezclaba ahora con el olor acre del miedo que emanaba de Soraya. Afuera, la vida en las calles de Córdoba seguía su curso, ajena al drama que se desarrollaba en el interior del local.

Alejandro fue el primero en romper la quietud del momento. Con un gesto brusco, arrojó el tapiz

al suelo, provocando que Soraya diera un respingo involuntario.

—Es horrible —espetó con desdén—. No sé cómo a alguien puede gustarle algo así.

Sus ojos recorrieron la tienda con fingida lástima, deteniéndose en los estantes medio vacíos y las paredes aún ennegrecidas.

—Vaya, el incendio ha quemado tantas cosas —continuó, su voz cargada de falsa preocupación —. Tiene que ser difícil hacer negocio con estos restos, aunque me imaginaba que los daños serían incluso mayores. Una pena.

Soraya, reuniendo todo el coraje que pudo, se atrevió a hablar. Su voz salió apenas como un susurro.

—¿Qué... qué quiere?

Alejandro se acercó a ella con pasos lentos y deliberados. Soraya retrocedió instintivamente, pero el mostrador a sus espaldas le impidió alejarse más. El hombre se inclinó hacia ella, su rostro quedando a escasos centímetros del suyo. Soraya podía sentir su aliento cálido en la mejilla.

—¿Dónde está tu marido, mora? —preguntó Alejandro, su voz un susurro amenazante—. Es peligroso para una mujer como tú estar sola en una tienda. Podría entrar cualquier desalmado.

Soraya sintió que un escalofrío recorría su espalda. Sus piernas temblaban tanto que temía que en cualquier momento cederían bajo su peso.

Alejandro sonrió con malicia, sus ojos brillando con un destello cruel.

—Claro, comprendo que no tengas miedo —dijo con sarcasmo—. Con la protección de un caballero tan poderoso como Don Fernando de Mendoza, ¿quién podría tocarte?

Soraya sintió que el suelo se abría bajo sus pies. El color abandonó su rostro, dejándola pálida como un fantasma.

Alejandro se inclinó aún más cerca, casi escupiéndole las palabras:

—Ya sé todo lo que lleváis haciendo desde hace años. Todos los pecados que habéis cometido. A la mora le gustan los nobles, ¿eh?

El horror se apoderó de Soraya. Durante mucho tiempo había intuido que algo así podría suceder, pero jamás se había imaginado esta situación concreta. Su mente era un torbellino de pensamientos, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

Intentó balbucear algo, cualquier cosa que pudiera salvarla de este momento terrible, pero Alejandro no le dio la oportunidad. Cada vez que abría la boca para hablar, él la interrumpía con otra acusación, otro comentario mordaz. Las palabras de Soraya morían en su garganta, ahogadas por el miedo y la desesperación.

Alejandro se irguió, mirando a Soraya con desprecio. Sus ojos brillaban con una crueldad que helaba la sangre.

—Voy a ser bien claro contigo, mora —escupió las palabras—. Alguien como tú no entiende de sutilezas.

Soraya sintió que cada palabra era como una daga clavándose en su pecho. El miedo la mantenía inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Me vas a ayudar a destapar a todos los moriscos conocidos que estén planificando algo —continuó Alejandro—. Todos esos que fingen estar convertidos, pero no lo están. Me ayudarás a limpiar Córdoba de sarracenos e insurrectos.

Una pausa. Soraya podía oír su propio corazón latiendo con fuerza en sus oídos.

—Y a cambio, si me haces bien de espía y me proporcionas buena información, tal vez no le cuente nada a tu marido y a la Inquisición. Al menos, de momento.

Alejandro se acercó aún más, su aliento caliente en el rostro de Soraya.

—Sería una pena ver ese cuerpo ardiendo lentamente en una hoguera junto con el de toda tu familia si no colaboras o mucho peor colgado de una soga en la plaza mayor.

Soraya estaba asqueada, pero el miedo la mantenía paralizada.

Alejandro retrocedió, una sonrisa cruel en sus labios.

—Piénsatelo mora. Ya volveré.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo. Con un movimiento rápido, le dio una patada a una vasija que había junto a la entrada. El estruendo de la cerámica haciéndose añicos resonó en la tienda.

Soraya pareció despertar de un trance con el ruido. Parpadeó, mirando los fragmentos esparcidos por el suelo mientras la puerta se cerraba tras Alejandro.

22
Despedida en el puente

Siglo XVI

Doña Beatriz bajó lentamente las escaleras, apoyándose en el brazo de Juana. Su rostro pálido y ojeroso reflejaba otra noche de sueño intranquilo. Al entrar en el comedor, vio a Isabel ya sentada a la mesa, revolviendo distraídamente su desayuno.

—Buenos días, hija —saludó Doña Beatriz con voz cansada—. ¿Dónde está Don Fernando?

Isabel alzó la mirada, sobresaltada. Sus ojos parecían distantes, como si su mente estuviera en otro lugar.

—Buenos días, madre —respondió con voz apagada—. No... no lo sé.

Uno de los criados se acercó respetuosamente.

—El señor ha salido temprano, mi señora. Dijo que tenía una reunión importante con otros nobles.

Doña Beatriz asintió y tomó asiento, mientras Juana le servía algo para beber.

Isabel observaba a su madre adoptiva esa mañana con nuevos ojos. Ahora entendía el dolor que se ocultaba tras esa mirada triste, esa melancolía que parecía impregnar cada gesto de Doña Beatriz. Veía a la mujer que había perdido a su hijo, que nunca había podido volver a concebir, y sintió una punzada de compasión.

La joven no podía dejar de darle vueltas a la conversación de la noche anterior con su padre. Las palabras resonaban en su mente una y otra vez: Soraya, su verdadera madre; Yusuf, su hermano. Era demasiado para asimilar. Isabel sentía como si el mundo que conocía se hubiera desmoronado bajo sus pies.

Miró su plato, incapaz de probar bocado. ¿Cómo podía ser cierto? ¿Cómo podía procesar esa información? No sabía cómo reaccionar, cómo sentirse. El amor que había empezado a sentir por Yusuf ahora se teñía de confusión y vergüenza.

* * *

El sol comenzaba a descender en el horizonte cuando Don Fernando regresó al palacio. Su rostro mostraba signos de cansancio y preocupación después de la larga reunión con los otros nobles. Mientras cruzaba el patio principal, uno de los criados se acercó apresuradamente.

—Mi señor —dijo el criado, haciendo una reverencia—, ha llegado una carta para usted. Un joven morisco la trajo hace unas horas.

Don Fernando frunció el ceño, intrigado. No esperaba correspondencia, y menos aún de alguien de origen morisco. Tomó la carta de manos del criado y la examinó. No tenía remitente.

—Gracias —murmuró, despidiendo al sirviente con un gesto.

Con paso cansado, Don Fernando se dirigió a su despacho. Una vez dentro, cerró la puerta y se sentó en su sillón. La luz de la tarde se filtraba por los ventanales, bañando la estancia en tonos dorados.

Con manos temblorosas, abrió el sobre y desplegó el papel. Al instante, reconoció la caligrafía elegante y delicada. Era de Soraya. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

Mientras sus ojos recorrían las líneas, el rostro de Don Fernando palideció. Era una carta de despedida.

* * *

Mi amado Fernando,

Con el corazón destrozado y el alma en pena, me dispongo a escribir estas últimas palabras. La sombra que tanto temíamos se ha cernido sobre nosotros, y ya no veo salida alguna a esta encrucijada en la que nos hallamos.

Alejandro de Santillana, ese malnacido enviado del rey ha descubierto nuestro secreto. Vino a mi tienda, aún ennegrecida por las llamas de su maldad, y me amenazó con denunciarme a la Inquisición si no cooperaba en sus planes. Sus ojos brillaban con una crueldad que heló mi sangre, y supe en ese instante que todo estaba perdido.

¿Cómo podría mirar a los ojos a José si supiera la verdad? Mi esposo, tan bueno y noble, no merece cargar con el peso de mi traición. Y nuestros hijos, Yusuf, Isabel... ¡Ay, Fernando! ¿Cómo pude ser tan ciega? Nuestro amor prohibido ha engendrado unos frutos que ahora se ven amenazados por la maldad de los hombres.

Te suplico, mi amor, que intentes cuidar de Isabel. Protege a Yusuf, te lo ruego, y si está en tu mano, ayuda a José. Ojalá todos podáis encontrar la paz que a mí se me ha negado.

Me llevo conmigo el recuerdo de nuestro amor, un amor que, aunque prohibido por los hombres, ha sido lo más hermoso que he conocido en esta vida. Cada caricia, cada mirada, cada suspiro compartido quedará grabado en mi alma por toda la eternidad.

Ya no veo otra salida que quitarme la vida. Que Alá... que Dios me perdone por este acto de cobardía, pero no puedo soportar el peso de nuestros pecados ni un día más.

Que Dios te bendiga, mi amado Fernando. Ojalá encuentres la fuerza para seguir adelante y proteger a los nuestros en estos tiempos tan difíciles.

Siempre tuya,

Soraya

* * *

Don Fernando dejó caer la carta sobre el escritorio, sintiendo como si el mundo se derrumbara a su alrededor. Soraya pensaba quitarse la vida llevándose consigo una parte de su corazón.

Don Fernando salió corriendo del palacio, con el corazón latiendo desbocado en su pecho, mientras se dirigía a toda prisa hacia la tienda de los Al-Farouq. El sudor impregnaba su frente y su respiración era entrecortada cuando finalmente llegó a su destino.

Al entrar a la tienda, sus ojos escudriñaron desesperadamente el lugar en busca de Soraya. En su lugar, solo encontró a Yusuf, quien lo miró con sorpresa.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Don Fernando, sin aliento.

Yusuf frunció el ceño, desconcertado por la pregunta y la urgencia en la voz del noble.

—No lo sé, señor. Creo que ha ido en dirección al puente romano —respondió el joven—. Estaba muy extraña y nerviosa hoy. No sé qué le pasa.

Sin esperar más explicaciones, Don Fernando se dio la vuelta y salió corriendo de la tienda. Las calles de Córdoba pasaban como un borrón a su alrededor. Sus pasos resonaron en las calles empedradas mientras atravesaba la plaza mayor, esquivando a vendedores y transeúntes por igual. Su mente estaba fija en un solo objetivo: llegar al puente romano antes de que fuera demasiado tarde.

Yusuf se quedó en la puerta de la tienda, observando la figura de Don Fernando perderse entre la multitud. Una sensación de desconcierto lo invadió. Nunca había visto al noble preguntar por su madre, y menos con tanta desesperación.

—Hoy se han vuelto todos locos — pensó Yusuf, sacudiendo la cabeza mientras volvía al interior de la tienda.

* * *

La tarde caía sobre Córdoba, tiñendo el cielo de tonos rojizos. El sol se hundía lentamente en el horizonte, proyectando largas sombras sobre el pavimento rústico y los edificios de piedra. El río Guadalquivir fluía tranquilo bajo el puente romano, ajeno al drama que estaba a punto de desarrollarse sobre sus aguas.

Don Fernando, jadeante y con el corazón latiendo desbocado, divisó la figura de Soraya a lo lejos en el puente. Su silueta se recortaba contra el cielo crepuscular, una imagen que le heló la sangre en las venas. Soraya subía lentamente al pretil del puente, sus movimientos lentos y deliberados, como si estuviera en trance.

El noble aceleró el paso, desesperado por llegar a su lado antes de que fuera demasiado tarde. Sus pies golpeaban el suelo con fuerza, cada paso resonando en sus oídos como un trueno.

Soraya, ajena a la presencia de Don Fernando, observaba el agua y la ciudad al fondo con la

mirada perdida. Sus ojos, normalmente llenos de vida y pasión, ahora parecían vacíos y distantes. El viento agitaba suavemente su cabello y sus ropas, como si la naturaleza misma quisiera abrazarla una última vez.

Algunos habitantes de Córdoba, sorprendidos por la escena inusual, se detenían a mirar. Murmullos de asombro y confusión se elevaban entre la gente al ver a la morisca en el puente y al noble corriendo desesperadamente tras ella. Nadie se atrevía a intervenir, paralizados por la tensión del momento.

Don Fernando estaba cada vez más cerca, su respiración entrecortada y su rostro contorsionado por el miedo y la angustia. Podía ver la determinación en la postura de Soraya, la resignación en sus hombros caídos. Sabía que estaba dispuesta a saltar, a poner fin a su sufrimiento de una vez por todas y él tenía que detenerla como fuera.

—Soraya —gritó con una voz que llevaba el peso de un juramento eterno, solemne y profundo —, ya una vez salvé a tu familia, y lo haré todas las veces que haga falta. No permitiré que ellos ganen, que nos arrebaten lo que más queremos. ¿Acaso no ves? Siempre he estado aquí, siempre a tu lado, luchando por ti y por lo que juntos representamos.

El viento llevaba el eco de sus palabras, mezclándolas con los chillidos de las cigüeñas que anidaban en los campanarios cercanos, que se alzaban como faros en la ciudad. Soraya cerró sus ojos por un momento, permitiendo que el aire fresco acariciara su rostro, pensando en el peso de su secreto, ese oscuro y temible compañero que amenazaba con desgarrar todo lo que conocía y amaba.

El puente, con sus arcos robustos que habían soportado el embate de tantas épocas, se erigía como un monumento a la resistencia y la fortaleza humana. En ese instante, Don Fernando deseaba que le infundiera esa misma fortaleza a Soraya.

—Dame una oportunidad —suplicó, extendiendo una mano hacia ella—. No por ellos, sino por nosotros. Por lo que aún podemos construir juntos.

El río debajo de ellos reflejaba el último destello del sol, como si las mismas aguas estuvieran al borde de una decisión irrevocable. Córdoba, con sus minaretes y campanarios recortados contra el cielo encendido, parecía sostener la respiración, anticipando la elección de Soraya. En sus calles estrechas y sinuosas se tejían las vidas de cristianos y moriscos, un entramado complejo de pasiones, lealtades y desafíos que ahora pendían de un hilo tan frágil como el crepúsculo.

Con lágrimas asomando en sus ojos, Soraya miró a Don Fernando, luego al río y finalmente a la ciudad que se extendía más allá del puente, sus luces comenzando a titilar como estrellas recién nacidas.

Don Fernando, con el corazón aún acelerado por la carrera y el miedo, miró a Soraya con ojos suplicantes. Su voz, entrecortada por la emoción, rompió el tenso silencio que los envolvía.

—Soraya, escúchame. Isabel... ella ya lo sabe todo. Se lo he contado.

Soraya se quedó inmóvil, sus ojos se abrieron de par en par ante la revelación. Don Fernando continuó, su voz cargada de arrepentimiento.

—Y me temo que he cometido un grave error. Fui descuidado al hablar de estos temas en medio de la noche, en un patio del palacio con tantos soldados de Alejandro rondando. Es muy probable que él esté ahora al tanto de todo por mi culpa.

Soraya, aún en shock, logró articular una pregunta con voz temblorosa.

—¿Cómo... cómo se lo ha tomado Isabel?

Don Fernando esbozó una sonrisa débil, un atisbo de esperanza en medio de la tormenta que los rodeaba.

—Mejor de lo que hubiera imaginado, Soraya. Nuestra hija es fuerte y comprensiva.

Soraya cerró los ojos por un momento, procesando la información. Cuando los abrió de nuevo, Don Fernando pudo ver un destello de determinación en ellos.

—Soraya —dijo con voz suave pero firme—, sé que esto no es lo que querías. Pero podemos buscar una solución juntos. Es hora de dejar los secretos atrás y hacer las cosas bien.

El sol se hundía en el horizonte, los tonos rojizos ahora eran púrpuras. El río Guadalquivir seguía fluyendo plácidamente, ajeno a la tensión que se desarrollaba sobre él. Don Fernando extendió su mano hacia Soraya, una invitación silenciosa a alejarse del borde del puente y enfrentar juntos lo que viniera.

Soraya miró de nuevo al río y luego a Don Fernando. Por su cabeza pasaron las imágenes de su hija Isabel y de su hijo Yusuf. No, no podía hacerles algo así. Ellos querrían que ella luchara hasta el final, por muy reducidas que fueran las posibilidades de ganar. Ese pensamiento terminó por convencerla para coger la mano de Don Fernando con fuerza.

Él tiró de ella y la puso a salvo, abrazándola en medio del puente romano como jamás antes lo había hecho. La fuerza de su abrazo transmitía todo el miedo y el alivio que sentía en ese momento. Soraya se aferró a él, dejando que las lágrimas fluyeran libremente por sus mejillas.

Algunos cristianos que pasaban por allí se alejaron de ellos asustados y exaltados. La visión de un hombre de buen ver abrazando a una morisca era algo inaudito en aquellos tiempos. Los murmullos de desaprobación se elevaban a su alrededor, pero ni Don Fernando ni Soraya les prestaban atención.

Soraya lloraba, liberando toda la tensión y el miedo acumulados. Don Fernando, por su parte, reía de alivio, mezclando sus risas con las lágrimas de ella. La abrazaba con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento.

En un arrebato de emoción, Don Fernando besó a Soraya allí mismo, en medio del puente, a la vista de todos. Fue un beso cargado de amor, de promesas y de esperanza. Un beso que sellaba su compromiso de luchar juntos contra lo que viniera.

Después, ambos se miraron por un instante, conscientes del espectáculo que habían dado y de los murmullos que crecían a su alrededor. Sin decir una palabra, comenzaron a caminar de vuelta hacia la tienda de tapices.

* * *

El sol se había puesto por completo, y las calles de Córdoba se sumían en la penumbra del crepúsculo. Las antorchas y lámparas de aceite comenzaban a iluminar las callejuelas al paso de los dos enamorados.

Soraya caminaba junto a Don Fernando, su corazón aún latía con fuerza por la intensidad del momento vivido. El miedo seguía presente en su interior, como un animal agazapado listo para saltar en cualquier instante. Sin embargo, la presencia de Don Fernando a su lado la reconfortaba. La forma en que había corrido hacia ella, la desesperación en su voz cuando la llamó, la fuerza de su abrazo... todo ello le había demostrado una vez más cuánto la amaba.

Don Fernando, por su parte, no soltaba la mano de Soraya mientras caminaban. Su mente era un huracán de emociones. Sabía que el peligro que los acechaba era real y terrible. La Inquisición, Alejandro de Santillana, los prejuicios de la sociedad... todo conspiraba contra ellos. Pero en ese momento, con Soraya a su lado, se sentía capaz de enfrentarse a cualquier adversidad.

Mientras avanzaban por las calles cada vez más oscuras de la ciudad, Soraya se dio cuenta de que, a pesar del miedo que aún la atenazaba, se sentía extrañamente viva. Cada paso, cada respiración, cada latido de su corazón parecía más intenso, más real. ¿Qué importaba si mañana la Inquisición llamaba a su puerta? ¿Qué importaba si sus vidas pendían de un hilo? Hoy estaba realmente viva, hoy estaba con el hombre que amaba.

23
La alianza oculta

Siglo XVI

Habían pasado ya 22 años, pero Soraya aún recordaba cada detalle de aquella noche como si hubiera sido ayer. El dolor agudo de las contracciones, el miedo que la invadió al darse cuenta de que el momento había llegado, y la angustia de saber que tendría que enfrentar el parto sola. José, su esposo, estaba lejos, ocupado en uno de sus viajes de negocios, tratando de establecer la tienda de telas y tapices que sería el sustento de su familia.

Pero el verdadero peso que cargaba Soraya esa noche no era la ausencia de José, sino el secreto que guardaba en su corazón. La criatura que estaba a punto de ver la luz no era descendiente de su cónyuge, sino el resultado de su pasión ilícita con el Señor Fernando Mendoza. Una relación que la había devorado enteramente, que la había empujado a traicionar a José por períodos prolongados e incluso a embaucarle haciéndole creer que se convertiría en progenitor, sacando provecho de sus constantes viajes. Únicamente ella era consciente de que las fechas coincidían solamente con Don Fernando, más nunca con las escasas ocasiones en que había compartido el lecho con su consorte.

A medida que la agonía aumentaba, Soraya reflexionaba sobre las elecciones que había realizado y que en ese momento determinarían el rumbo de su existencia. ¿De qué manera podría enfrentar la mirada de José y mostrarle un vástago que no le pertenecía? ¿Cómo sobrellevaría Don Fernando el conocimiento de ser el auténtico progenitor del infante, sabiendo que éste crecería bajo la tutela de otro hombre, ignorante por siempre de su verdadero origen?

Esa noche, Soraya no estaba sola en su tormento. La acompañaba una amiga viuda mayor de confianza, que vivía unas calles más alejada en la judería. La mujer, experimentada en el arte de traer vidas al mundo, había asistido a innumerables partos a lo largo de su vida.

El alumbramiento transcurrió sin complicaciones, guiado por las manos hábiles y seguras de la amiga partera. Soraya, aunque agotada, se sintió aliviada cuando los dolores más intensos cesaron. Sin embargo, el alivio pronto dio paso a una sorpresa inesperada.

La amiga de Soraya, acostumbrada a las sorpresas que a veces traía consigo el milagro de la vida, se encontró con algo que jamás había presenciado en todos sus años de experiencia. Soraya había llevado mellizos en su vientre, un secreto que ni siquiera ella misma conocía.

El primero en llegar al mundo fue un niño, perfecto en su pequeñez, con rasgos moriscos tan acentuados que no dejaban duda alguna sobre su ascendencia. La partera sonrió, pensando en lo orgulloso que estaría José al ver a su hijo.

Pero cuando la segunda criatura vio la luz, la sonrisa de la mujer se congeló en su rostro. La niña que sostenía en sus brazos era tan diferente a su hermano como el día lo es de la noche. Su piel era blanca, tan blanca y clara que resultaba imposible creer que fuera hija de Soraya y José.

La comadrona observó a Soraya, que reposaba agotada en el lecho, ignorante todavía del asombro que le esperaba. La anciana era consciente de que el suceso que acababa de presenciar alteraría el rumbo de numerosas existencias. Con el pulso acelerado, depositó a los dos neonatos en brazos de su progenitora.

Soraya contemplaba a sus dos recién nacidos con una mezcla de alegría y terror. El niño, con sus rasgos moriscos, encajaba perfectamente en la narrativa que había construido. Pero la niña, con su piel clara y sus facciones que evocaban a Don Fernando, era la prueba viviente de su infidelidad.

Con lágrimas en los ojos, Soraya miró a su amiga, la comadrona, que observaba la escena con una expresión de preocupación y asombro.

—Por Alá, ayúdame —suplicó Soraya con voz quebrada—. No puedo presentarle esta niña a José. Él sabrá que no es suya.

La comadrona se acercó, sus ojos llenos de compasión y dudas. Soraya, sintiendo que no tenía otra opción, comenzó a relatarle toda la verdad: su aventura con Don Fernando, las mentiras que había tejido, y el terrible dilema en el que ahora se encontraba.

—Te lo suplico, amiga mía —dijo Soraya entre sollozos—. Ayúdame a esconder a la niña, aunque sea por un tiempo. Necesito pensar qué hacer, cómo protegerla.

La anciana comadrona cerró los ojos, consciente de las graves consecuencias que podría acarrear acceder a tal petición. Sin embargo, al ver la desesperación en el rostro de Soraya y la inocencia de la recién nacida, sintió que no podía negarse.

—Que Alá nos proteja —murmuró la anciana, tomando a la niña en sus brazos—. La ocultaré en mi casa por ahora, pero debes saber que esto no puede ser una solución permanente.

Soraya asintió, agradecida y aterrorizada a partes iguales. Sabía que estaba poniendo en riesgo no solo su propia vida, sino también la de su amiga y la de la pequeña. Pero en ese momento, parecía ser la única opción viable.

Los días y las semanas pasaron, y José volvió de su viaje sin sospechar jamás la verdad. Al fin y al cabo, nadie sabía, aparte de su amiga y ella, que había tenido mellizos. El pequeño Yusuf se convirtió en el nuevo sol que iluminaba los días de José, quien lo miraba con orgullo y amor infinitos.

Mientras tanto, Soraya iba a alimentar a la niña a casa de su amiga a escondidas. La tensión y el miedo la consumían cada vez que salía de su hogar con alguna excusa, temiendo que José pudiera descubrir su secreto. Sin embargo, el amor que sentía por su hija oculta le daba fuerzas para continuar con esta doble vida.

Unas semanas después, Don Fernando supo del secreto. Al principio, no le hizo mucha gracia

tener un hijo que otro hombre cuidara como si fuera su padre. Sin embargo, era consciente de la complicación de la situación y, además, el niño realmente parecía morisco. Jamás podría hacerlo pasar por su heredero sin levantar sospechas.

No obstante, en lo concerniente a la pequeña, el noble caballero sugirió una estrategia osada: la acogería como su propia descendiente. La esposa de Don Fernando, tras su malogrado alumbramiento, se hallaba incapacitada para concebir, y esta circunstancia podría ser la coyuntura ideal para constituir el núcleo familiar que tanto ansiaban. Valiéndose de su poder e influjo, sobornaría a algún clérigo para que la inscribiera y bautizara como si fuese su legítima hija. Lo cual, a fin de cuentas, era verídico.

Luego, le contaría a Doña Beatriz una historia conmovedora: que la niña había perdido a sus padres de buena familia y que, como buen cristiano, había decidido acogerla como su hija. Don Fernando sabía que su esposa, con su corazón bondadoso y su deseo frustrado de ser madre, no podría resistirse a tal propuesta.

Y así lo hicieron. Con cuidado y discreción, pusieron en marcha el plan. La pequeña fue bautizada en secreto y registrada como Isabel Mendoza, hija adoptiva de Don Fernando y Doña Beatriz.

* * *

Yusuf se había quedado paralizado, su mente luchando por procesar la información que acababa de recibir. Su madre, Soraya, y Don Fernando, el noble dueño del palacio de Alcázar, permanecían frente a él con expresiones de preocupación y culpa. Las palabras resonaban en su cabeza como un eco interminable: José no era su padre. Era mellizo de Isabel. Ambos eran fruto de una relación oculta que llevaba años desarrollándose en las sombras.

El joven sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor. Todo lo que creía saber sobre su identidad, su familia y su lugar en el mundo se había convertido en una mentira. La rabia y el dolor se apoderaron de él, nublando su juicio y ahogando cualquier intento de comprensión.

Con lágrimas de furia brotando de sus ojos, Yusuf miró a su madre con una mezcla de desprecio y dolor.

—¡Te odio! —gritó con toda la fuerza que pudo reunir, su voz quebrándose por la emoción—. ¡Os odio a todos!

Sin esperar respuesta, Yusuf se dio la vuelta y salió corriendo de la tienda, dejando atrás a una Soraya destrozada y a un Don Fernando atónito. El noble intentó seguirlo, movido por un repentino instinto paternal que nunca antes había experimentado hacia el joven. Sin embargo, Soraya lo detuvo, colocando una mano firme sobre su brazo.

—No —dijo ella con voz suave pero decidida—. Conozco a mi hijo. Necesita tiempo para pensar y digerir todo lo que le hemos contado.

Don Fernando la miró con incredulidad, preocupado por la reacción violenta del joven. Soraya, sin embargo, mantuvo la calma, una serenidad que contrastaba con el tumulto de emociones que sentía en su interior.

—Es un buen chico —continuó ella, más para convencerse a sí misma que a Don Fernando—. No debemos preocuparnos. Volverá cuando esté listo.

* * *

Unas horas más tarde, Doña Beatriz permanecía inmóvil en su asiento, su mirada perdida en algún punto indefinido de la habitación. Don Fernando también acababa de revelarle la verdad sobre Isabel, y la información había caído sobre ella como un pesado manto de niebla, nublando sus pensamientos y emociones. Por primera vez en años, ni siquiera sentía el dolor de cabeza que solía atormentarla constantemente.

El silencio en la sala era denso, casi palpable. Don Fernando observaba a su esposa con una mezcla de preocupación y culpa, esperando alguna reacción, algún indicio de que sus palabras habían sido procesadas. Isabel, por su parte, permanecía de pie junto a la ventana, su rostro una máscara de serenidad que ocultaba el torbellino de emociones que también seguía bullendo en su interior desde hacía días.

Lentamente, como si despertara de un largo sueño, Doña Beatriz giró su cabeza hacia Isabel. Sus ojos, antes vacíos, ahora mostraban un atisbo de curiosidad.

—¿Tú... ya lo sabías? —preguntó con voz queda, apenas un susurro.

Isabel asintió suavemente, sus ojos encontrándose con los de la mujer que la había criado como una madre.

—Desde hace un par de días —respondió Isabel con voz calmada—. Os comprendo, Doña Beatriz. Yo estoy igual.

Doña Beatriz alzó la vista, sus ojos reflejando una mezcla de dolor y confusión. Con voz temblorosa pero firme, pronunció las palabras que tanto Don Fernando como Isabel temían escuchar.

—Os ruego que me dejéis sola. Ambos. Abandonad mi habitación ahora mismo.

Don Fernando dio un paso adelante, su rostro contraído por la angustia y la culpa. —Beatriz, por favor. Gritad si lo deseáis, pegadme si eso os hace sentir mejor. Decidme cómo os sentís. No os guardéis nada.

Por un momento, la calma reinó en la habitación. Luego, como si una presa se hubiera roto, Doña Beatriz estalló.

—¡Fuera! —gritó con todas sus fuerzas, su voz resonando en las paredes de la estancia—. ¡Fuera de aquí! ¡Dejadme en paz!

Isabel se sobresaltó ante el arrebato de la mujer que la había criado. Nunca antes la había oído gritar de esa manera. Don Fernando, por su parte, permaneció inmóvil, como si cada palabra fuera un golpe físico.

—Por favor —suplicó Doña Beatriz, su voz quebrándose—. Necesito estar sola. Tengo que pensar, decidir qué hacer con toda esta situación. Os lo ruego, marchaos.

Don Fernando asintió lentamente, comprendiendo que no tenía más remedio que respetar los deseos de su esposa. Tomó a Isabel suavemente de la cintura y la guio hacia la puerta. Antes de salir, se volvió una última vez hacia Doña Beatriz.

—Estaremos aquí cuando nos necesite —dijo en voz baja.

Con esas palabras, padre e hija abandonaron la habitación, dejando a Doña Beatriz sola con sus pensamientos y el peso de las revelaciones que acababa de recibir. Al menos ahora sabía la verdad de ese secreto que tanto tiempo llevaba sospechando.

* * *

José caminaba por la tienda como un fantasma, sus ojos vacíos y su rostro una máscara de dolor contenido. Soraya lo observaba desde detrás del mostrador, su corazón desgarrado por la culpa y el remordimiento. El silencio entre ellos era ensordecedor, roto solo por el ocasional ruido de la puerta cuando algún cliente entraba.

Yusuf, por su parte, se movía mecánicamente por la tienda, atendiendo a los clientes con una cortesía forzada. Sus pensamientos estaban lejos, perdidos en un torbellino de emociones contradictorias. La revelación acerca de sus raíces y su vínculo con Isabel había estremecido su ser hasta lo más profundo.

Los días pasaban con una lentitud agonizante. José desde que Soraya también se hubiera sincerado con él, apenas comía, limitándose a picotear la comida que Soraya preparaba con la esperanza de que él la probara. Por las noches, se acostaba dándole la espalda a su esposa, creando un abismo invisible pero palpable entre ellos.

Soraya intentaba acercarse a José, buscando una oportunidad para hablar, para terminar de explicarse, pero las palabras parecían inadecuadas frente a la magnitud de su traición. Cada vez que abría la boca para hablar, la mirada vacía de José la silenciaba.

En la tienda, los clientes habituales notaban el cambio en el ambiente. La calidez y la alegría que solían caracterizar el negocio de los Al-Farouq se habían desvanecido, reemplazadas por una tensión palpable. Algunos se atrevían a preguntar si todo estaba bien, recibiendo solo sonrisas forzadas y respuestas evasivas.

Yusuf, atrapado entre la decepción hacia su madre y la confusión sobre sus propios sentimientos hacia Isabel, se refugiaba en su poesía. En los momentos de calma en la tienda, garabateaba versos en pedazos de pergamino, intentando dar sentido a través de las palabras al caos que reinaba en su corazón.

Aquella jornada, padre e hijo quedaron estupefactos al contemplar cómo Soraya se encaminaba hacia el umbral del establecimiento y daba la bienvenida al trío de integrantes del clan Mendoza. Yusuf no había vuelto a cruzarse con Isabel desde que se enterara del secreto que los unía hasta ese amanecer. Ella apareció acompañada por sus progenitores, quienes se ocultaban bajo mantos y capuchas, para no ser reconocidos por ojos indiscretos.

Soraya los recibió con un gesto tenso pero decidido. Cerró la puerta y la tienda tras ellos y los acompañó a una de las habitaciones superiores. José y Yusuf, completamente sorprendidos, se

miraron el uno al otro, sin saber cómo reaccionar ante esta inesperada visita, que al parecer estaba completamente planificada de antemano.

—José, Yusuf —llamó Soraya desde las escaleras—. Por favor, subid. Tenemos cuestiones importantes que tratar.

La voz de Soraya temblaba ligeramente, pero mantenía un tono firme. Se volvió hacia ellos, sus ojos suplicantes.

—Os pido solo que, por favor, escuchéis lo que tenemos que hablar todos juntos. Aunque sea lo último que hagáis por mí. Luego podéis decidir qué queréis hacer.

José apretó los puños, su rostro una máscara de emociones contenidas. Yusuf, por su parte, alternaba su mirada entre su padre y las escaleras por las que habían desaparecido los Mendoza.

Tras un momento de duda, José asintió secamente y comenzó a subir las escaleras. Yusuf lo siguió, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. El joven no podía evitar pensar en Isabel, en cómo sería tenerla cerca de nuevo después de todo lo que había descubierto.

Mientras subían, el silencio en la tienda era opresivo, roto solo por el crujir de los escalones bajo sus pies. La tensión era palpable, como si el aire mismo estuviera cargado de secretos y verdades que llevaban demasiado tiempo sin ser reveladas.

Al llegar al piso superior, se detuvieron frente a la puerta cerrada de la habitación donde Soraya había conducido a los Mendoza. José y Yusuf intercambiaron una última mirada antes de que Soraya abriera la puerta, invitándolos a entrar en lo que prometía ser una conversación que cambiaría sus vidas para siempre.

La tensión en la habitación era palpable mientras Don Fernando se situaba junto a Soraya, formando una especie de frente unido ante los demás. Doña Beatriz los miraba con una mezcla de ira y dolor, sus ojos clavados en la pareja que llevaba engañándola años. José y Yusuf permanecían en silencio, sus rostros reflejando una mezcla de confusión y resentimiento. Isabel, por su parte, mantenía la mirada baja, incapaz de enfrentar a ninguno de los presentes.

Don Fernando carraspeó, rompiendo el incómodo mutismo que se había instalado en la habitación. Su voz, aunque firme, traicionaba un dejo de nerviosismo cuando comenzó a hablar.

—Os agradezco a todos que hayáis accedido a reuniros aquí hoy —dijo, su mirada recorriendo los rostros de los presentes—. Entiendo que esta situación no es fácil para nadie, y sé que muchos de vosotros nos odiáis a Soraya y a mí por lo que hemos hecho.

Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. A su lado, Soraya permanecía callada, su mano rozando ligeramente la de Don Fernando en un gesto casi imperceptible de apoyo.

—Durante años, hemos llevado una tortura interior que ya no podemos soportar más —continuó Don Fernando—. Dios, Alá o como se llame, será quien nos juzgue cuando llegue el momento. Pero si hemos decidido contarlo todo ahora, es porque hay un mal mayor que nos afecta a todos y que, si no le ponemos remedio, terminará acabando no solo con Soraya y conmigo, sino con nuestras dos familias al completo.

Los ojos de todos los presentes se clavaron en Don Fernando, la curiosidad venciendo momentáneamente al resentimiento.

—Ese mal mayor tiene un nombre concreto —dijo Don Fernando, su voz bajando a un tono casi conspiratorio—. Alejandro de Santillana.

Don Fernando y Soraya intercambiaron una mirada antes de continuar. Con voz grave, Don Fernando reveló la amenaza que se cernía sobre todos ellos.

—Alejandro de Santillana ha estado escuchando conversaciones entre nosotros. No sabemos exactamente cuánto sabe, pero sospechamos que es suficiente para ponernos en peligro a todos.

Soraya, con la voz temblorosa, añadió:

—Él vino a la tienda y me amenazó cuando estaba sola. También... —hizo una pausa, tragando saliva— fue él quien intentó quemar la tienda con nosotros dentro. Me lo dejó bien claro en su visita.

Una insonoridad sepulcral cayó sobre la habitación. Los rostros de todos los presentes reflejaban una mezcla de horror e incredulidad.

Don Fernando continuó:

—Estoy seguro de que quiere destruir a nuestras familias completamente y acumular poder. No tiene escrúpulos en usar a la Inquisición, la influencia de su majestad o a quien sea para lograr su objetivo. Ya lo ha demostrado en la Plaza Mayor en más de una ocasión. No conoce límites.

José, que había permanecido en silencio hasta ese momento, habló con voz ronca:

—¿Qué podemos hacer?

Don Fernando respondió sin vacilar:

—Solo hay un camino. Debemos acabar con él y quitarlo de la faz de la tierra. Que Dios nos perdone, pero conozco bastante bien a ese despiadado y no veo otra forma.

Isabel, hablando por primera vez, confirmó:

—Yo también lo creo. Basta estar junto a él unos minutos para notar esa aura siniestra que irradia y te corroe.

Yusuf, con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Cómo lo haremos?

Fue entonces cuando Doña Beatriz, que también había permanecido sin decir nada todo este tiempo, habló con una claridad que sorprendió a todos:

—Yo sé de una forma y de alguien que puede realizar el trabajo sin dejar rastro ni sospecha.

Todos los ojos se volvieron hacia ella, intrigados. Incluso Don Fernando la miró con asombro, sin reconocer a la mujer que hablaba con tanta determinación.

* * *

El sol abrasador de Córdoba caía implacable sobre la ciudad, creando un ambiente sofocante que parecía derretir hasta las piedras. En el Palacio de Alcázar, el calor se colaba por cada resquicio, haciendo que incluso las sombras resultaran insuficientes para encontrar alivio.

Fray Hernando, con su hábito pegado al cuerpo por el sudor, llegó al palacio mucho antes de lo acostumbrado para su cita semanal con Doña Beatriz. El silencio inusual que reinaba en el lugar le resultó inquietante, como si el calor hubiera adormecido a todos sus habitantes.

En el patio de recibo, Alejandro de Santillana caminaba de un lado a otro, visiblemente nervioso. Sus hombres se afanaban en los preparativos para una incursión contra los moriscos, y la tensión en el aire era palpable.

Cuando Fray Hernando entró en el patio, Alejandro lo saludó con un gesto brusco. El fraile, notando la agitación del militar, se acercó a él con paso decidido.

—Ave María Purísima, Don Alejandro de Santillana —saludó Fray Hernando, secándose el sudor de la frente con la manga—. Este calor es infernal, ¿no os parece? Permitidme sugeriros que me acompañéis a uno de los patios interiores. Allí encontraremos algo de frescor.

Alejandro dudó por un momento, mirando a sus hombres que seguían con los preparativos.

—He llegado con cierta anticipación —continuó el fraile—, y temo que Doña Beatriz aún no esté lista para recibirme. Mientras tanto, podríamos conversar un rato, si os place. Llevo ya días sin veros.

Alejandro pareció considerar la oferta por un instante. Finalmente, asintió y se volvió hacia sus hombres.

—Continuad con los preparativos —ordenó con voz firme—. Yo estaré con Fray Hernando. Informadme de cualquier novedad.

Alejandro siguió de cerca a Fray Hernando mientras se adentraban en los patios interiores del palacio. El fraile, con paso pausado, se detuvo brevemente en el Patio de la Madama, admirando la elegancia de las esculturas y los setos perfectamente recortados.

—Mirad, Don Alejandro, qué maravilla —comentó Fray Hernando, señalando una fuente ornamentada—. Podría pasarme horas contemplando estas bellezas que Dios nos ha regalado.

Alejandro asintió distraídamente, su mente ocupada en otros asuntos. Pensaba en la mora, en cómo iba a amenazarla de nuevo esa misma tarde. A pesar de su última conversación, la mujer parecía no tomarlo en serio, incluso después de sus claras advertencias. Hasta ahora, no le había proporcionado información útil, y su paciencia se agotaba. Le daba igual que su marido hubiera vuelto. Les daría un buen susto de nuevo a los dos.

Continuaron su camino hacia el Patio del Pozo, pasando por el de las Columnas. Fray Hernando no dejaba de alabar la frescura que se sentía en estos espacios, tan diferente del calor abrasador de las calles.

—Os digo, señor de Santillana, que estos patios son un verdadero regalo del cielo en días como hoy —dijo el fraile, abanicándose con la mano.

Mientras caminaban, Fray Hernando no cesaba de hablar, idolatrando a Alejandro y divagando sobre temas que al militar le resultaban tediosos: la pureza de la fe, los problemas de sus feligreses, la importancia de mantener las tradiciones cristianas.

—Vuestro trabajo es fundamental para mantener la integridad de nuestra santa fe —declaró el fraile con fervor—. Sois un ejemplo para todos nosotros.

Alejandro asentía mecánicamente, mostrándose de acuerdo con las palabras del religioso. Sin embargo, en su fuero interno, consideraba que las medidas tomadas hasta ahora eran demasiado blandas.

—Sin duda, Fray Hernando —respondió finalmente—. Aunque opino que deberíamos ser aún más firmes con esos sarracenos. La mano dura es la única forma de asegurar la victoria de la verdadera fe.

Fray Hernando se sentó en el borde del pozo y le indicó a Alejandro que le acompañara. En voz baja, como si temiera que las paredes tuvieran oídos, le dijo:

—Señor de Santillana, he de confesaros que comparto vuestra opinión. Sin embargo, hay muchos nobles que no están de acuerdo con nosotros. Yo también creo que deberíamos ser mucho más duros a la hora de defender a Dios y conseguir nuestra recompensa.

El fraile hizo una pausa, mirando a su alrededor antes de continuar:

—La ciudad necesita un líder con carisma y mano dura que ejecute los planes de Dios y erradique otras falsas religiones de una vez por todas.

Alejandro no necesitaba que le dieran cuerda en sus ideas. Sus ojos brillaron con un fervor casi fanático mientras comenzaba a hablar sin parar:

—Fray Hernando, os digo que Dios me ha elegido. He tenido sueños, visiones donde veo a esos moros ardiendo en la hoguera. Es una señal divina, estoy seguro.

Fray Hernando asintió con entusiasmo, una sonrisa complacida en su rostro.

—Un líder como vos es justo lo que necesita la ciudad, señor de Santillana.

Mientras charlaban, María se acercó con una jarra de vino y otra de agua fresca recién cogida del pozo. Fray Hernando la tomó y se sirvió una copa de agua, agradeciéndole a la criada su consideración. María se alejó sin hacer ruido, lanzando una mirada de reojo a los dos hombres.

Fray Hernando le sirvió un vino a Alejandro, diciendo con una sonrisa cómplice:

—Un hombre como vos seguro que no bebe agua a estas horas, ¿verdad, Don Alejandro?

Fray Hernando, mientras saboreaba su agua fresca, miró a Alejandro con una sonrisa astuta. Sus ojos brillaron con una mezcla de ambición y complicidad.

—Don Alejandro, he de confesaros que estos últimos días no he dejado de pensar en vos —dijo el fraile, inclinándose hacia adelante—. Vuestro celo y determinación me han impresionado sobremanera.

Alejandro arqueó una ceja, intrigado por las palabras del religioso.

—Os agradezco vuestras palabras, Fray Hernando —respondió con cautela—. ¿Qué es lo que tenéis en mente?

El fraile se acercó aún más, bajando la voz hasta casi un susurro.

—He decidido recomendaros a las altas esferas de la Iglesia —reveló con aire conspiratorio—. Tengo algunos contactos influyentes que podrían ser de gran ayuda para vuestra causa.

Los ojos de Alejandro se abrieron con sorpresa y entusiasmo ante esta revelación.

—Pensadlo bien, Don Alejandro —continuó Fray Hernando—. Si al apoyo que ya poseéis de su Majestad le unimos el de ciertas personas influyentes en la Iglesia, tendríais el camino despejado para hacer y deshacer a vuestro antojo. Imaginad una región limpia de moriscos, purificada por vuestra mano.

Alejandro sintió que su corazón se aceleraba ante la perspectiva. Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios.

—Fray Hernando, no sabéis cuánto os agradezco la confianza que me estáis dando —respondió con fervor—. Os aseguro que no os defraudaré. De hecho, ya tengo algunas ideas para los siguientes pasos que daremos para limpiar Córdoba de sarracenos cuanto antes.

El fraile soltó una carcajada complacida, sus ojos brillando con malicia.

—¡Excelente, mi querido amigo! —exclamó, levantando su copa de agua—. Entonces, brindemos por ello. Por un futuro glorioso y puro para nuestra amada tierra.

Alejandro, embriagado por la emoción y las promesas de poder, alzó su copa de vino.

—Por su majestad y por la verdadera fe —declaró con vehemencia.

Sin más dilación, se bebió el vaso de vino de un solo trago, sellando así su pacto con el destino que Fray Hernando le había pintado.

Mientras Alejandro saboreaba su victoria anticipada, una sensación extraña comenzó a apoderarse de su cuerpo. El sudor brotaba de cada poro de su piel, empapando sus vestimentas militares que, de repente, parecían oprimirle como una armadura demasiado ajustada.

Fray Hernando, notando el cambio repentino en el semblante de Alejandro, preguntó con fingida preocupación:

—¿Os encontráis bien, señor de Santillana? Parecéis algo indispuesto.

Alejandro intentó responder, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Sentía como si el aire se hubiera vuelto espeso, negándose a entrar en sus pulmones. El mundo a su alrededor comenzó

a girar vertiginosamente.

—No... no entiendo qué me ocurre —logró balbucear Alejandro, su voz apenas un susurro ronco —. Me estoy mareando.

Fray Hernando se levantó del borde del pozo y se acercó a Alejandro, una sonrisa malévola dibujándose en sus labios.

—Debe ser el vino con este calor —dijo el fraile con falsa inocencia—. O quizás sea el veneno que hay dentro del vino, que ya está haciendo sus efectos.

Los ojos de Alejandro se abrieron con horror al comprender la traición. Con un último esfuerzo desesperado, intentó agarrar al fraile por el cuello, pero sus brazos parecían pesar toneladas. Las fuerzas lo abandonaban rápidamente, y sentía que en cualquier momento perdería el conocimiento.

—No os molestéis en intentar gritar o defenderos —susurró Fray Hernando con cruel satisfacción—. En unos segundos habrá pasado todo.

Alejandro luchó con todas sus fuerzas contra la parálisis que invadía su cuerpo. Intentó gritar, pero su voz se había desvanecido. Trató de levantarse del borde del pozo, pero sus piernas se negaban a obedecerle. En un último intento desesperado, sus dedos buscaron la empuñadura de su espada, pero ni siquiera pudo desenvainarla.

En un movimiento torpe y descoordinado, Alejandro perdió el equilibrio. Su cuerpo, ya sin fuerzas para resistir, se precipitó hacia atrás, cayendo dentro del pozo con un chapoteo sordo.

Fray Hernando, satisfecho con el resultado de su plan, se alejó tranquilamente hacia el patio contiguo. Para su sorpresa, todo había resultado mucho más sencillo de lo que había anticipado.

* * *

Don Fernando aguardaba a Fray Hernando en una esquina de uno de los patios contiguos al patio del pozo. Su rostro, aunque sereno, ocultaba una tormenta de emociones. Cuando el franciscano se acercó, Don Fernando le entregó una abultada bolsa que tintineaba con el peso de las monedas de oro en su interior.

—Ya podéis marcharos, padre —dijo Don Fernando con voz queda—. Del resto me encargaré yo. Si mantenéis la boca cerrada, recibiréis una bolsa como ésta cada mes como hemos acordado.

Fray Hernando sopesó la bolsa en sus manos, una sonrisa de satisfacción dibujándose en su rostro.

—Es un placer hacer negocios con la familia, Don Fernando —respondió el fraile con un tono meloso—. Como en los viejos tiempos.

Aquellas palabras transportaron a Don Fernando años atrás, cuando había pagado al mismo cura para que inscribiera y bautizara a Isabel sin hacer preguntas. El recuerdo le provocó una mezcla de culpa y alivio.

Desde la planta superior, Doña Beatriz observaba la escena con ojos fríos y calculadores. Había sido ella quien ideó este plan, conocedora desde hacía tiempo de la naturaleza venal del franciscano. Su mente, aguda a pesar de sus padecimientos, había encontrado la solución perfecta para su problema. La pócima letal había sido suministrada por una mujer morisca, versada en el arte de las plantas medicinales, que habitualmente le proveía de alivio para sus jaquecas. Sin embargo, era un secreto a voces que aquella mujer poseía dotes de hechicera y que su conocimiento no se limitaba únicamente a la elaboración de brebajes con propósitos inocuos.

Mientras Fray Hernando se alejaba, Doña Beatriz descendió las escaleras con paso lento pero decidido. Se acercó a Don Fernando, quien permanecía de pie junto al brocal del pozo, su mirada fija en las oscuras aguas del interior.

Allí, flotando en la superficie, yacía el cuerpo inerte de Alejandro de Santillana. El agua había apagado para siempre el fuego de su ambición y su crueldad.

Unas horas más tarde, oculto a los ojos de sus propios soldados en un baúl grande de Doña Beatriz, Alonso y Diego transportaban quejándose una supuesta montaña de vestidos antiguos de Doña Beatriz que había decidido donar a la tienda de los Al-Farouq después del incendio para que los convirtieran en nuevas telas y otras prendas. En realidad, dentro iba el cuerpo de Alejandro.

—¡Por todos los santos! —gruñó Alonso, sudando copiosamente—. ¿Qué lleva Doña Beatriz en estos vestidos? ¿Piedras?

Diego, igualmente agotado, respondió entre jadeos y una sonrisa:

—Tal vez... sea el lastre... de sus faldas...

Ninguno de los dos guardias sospechaba la verdadera naturaleza de su carga. Atravesaron la calle bajo el implacable sol del mediodía, atrayendo miradas curiosas de los transeúntes.

Al llegar a la tienda de los Al-Farouq, José y Yusuf los recibieron con una mezcla de nerviosismo y gratitud fingida. Mientras los guardias descansaban, bebiendo el agua que les ofrecieron, la familia se apresuró a esconder el baúl en la trastienda.

Más tarde, cuando la noche había caído sobre Córdoba y las estrellas brillaban en el cielo despejado, José y Yusuf se encontraban en el patio trasero de la tienda. Con palas en mano, cavaban un profundo hoyo entre los naranjos y limoneros que perfumaban el aire con su fragancia cítrica.

El cuerpo de Alejandro, envuelto en una sábana, yacía junto a ellos. Padre e hijo trabajaban en silencio, conscientes de la gravedad de sus acciones.

Finalmente, cuando el hoyo fue lo suficientemente profundo, depositaron el cuerpo en su interior. Mientras echaban las últimas paladas de tierra, José murmuró una plegaria:

—Que Alá nos proteja y que este plan salga bien.

Yusuf, con voz temblorosa, añadió:

—Amén, padre. Al menos la mayor amenaza está ya eliminada.

24
La inauguración

Siglo XXI

La estación otoñal se aproximaba a la ciudad andaluza, tiñendo las hojas de los árboles de tonos amarillentos y rojizos. La brisa fresca acariciaba las calles de la ciudad, trayendo consigo un alivio bienvenido después del calor abrasador del verano.

En el palacio de Alcázar, la actividad había disminuido considerablemente desde que se cerrara oficialmente la excavación hacía unas semanas. Los hallazgos arqueológicos, que en su momento habían causado tanta conmoción, ahora descansaban en vitrinas y cajas, esperando ser clasificados con más detenimiento.

Laura Álvarez caminaba por los patios del palacio, sus pasos resonando en la calma que ahora reinaba en el lugar. Aunque la excavación había concluido, no podía evitar sentir que aún quedaban secretos por descubrir. Sus ojos recorrían las paredes centenarias, como si esperara que estas le revelaran los misterios que aún guardaban.

Jalil Rashid, por su parte, se encontraba en una de las oficinas temporales instaladas en el palacio, revisando los últimos detalles del proyecto del hotel. A pesar de que la construcción avanzaba según lo previsto, no podía sacudirse la sensación de que algo importante se les estaba escapando.

En la ciudad, la vida continuaba su curso. Los turistas paseaban por las calles de piedra, admirando la mezcla de culturas que Córdoba ofrecía. Los patios, ahora libres del bullicio de los turistas a esa hora de la tarde, volvían a ser el refugio tranquilo que habían sido durante siglos.

Carmen, la madre de Laura, disfrutaba de la agradable temperatura en la terraza de un café. Observaba el ir y venir de la gente, pensando en cómo habían cambiado las cosas en los últimos meses. La relación entre Laura y Jalil parecía haberse afianzado, a pesar de las dificultades iniciales.

Mientras tanto, en las oficinas del Ayuntamiento, Miguel Serrano revisaba los informes finales de la excavación. Aunque oficialmente el proyecto había concluido, no podía evitar sentir que iba a echar de menos ese trabajo.

Mientras Carmen disfrutaba de su café en la terraza, una figura familiar se acercó a ella. Era Karim, quien se inclinó y le dio un tierno beso en la mejilla. Los ojos de Carmen se iluminaron al verlo, y una sonrisa radiante se dibujó en su rostro. Karim se sentó a su lado, tomando su mano con cariño.

Los dos se miraron con la misma intensidad que lo habrían hecho dos jóvenes enamorados, a pesar de las arrugas que adornaban sus rostros. Su relación, ahora oficial, había florecido de manera inesperada, sorprendiendo a todos a su alrededor.

Karim, a pesar de sus responsabilidades empresariales que lo mantenían viajando constantemente, hacía todo lo posible por pasar tiempo en Córdoba. El dinero no era un obstáculo para él; sus recursos le permitían volar desde cualquier parte del mundo para estar con Carmen. Sin embargo, a ella poco le importaban los lujos que Karim podía ofrecerle. Carmen estaba acostumbrada a una vida sencilla y encontraba su mayor felicidad en los momentos compartidos con él.

—¿Cómo ha estado tu día, mi amor? —preguntó Karim, su acento aún presente, pero suavizado por el tiempo que había pasado en España.

Carmen sonrió, apretando suavemente la mano de Karim. —Mucho mejor ahora que estás aquí —respondió con sinceridad.

Los transeúntes que pasaban por la terraza no podían evitar mirar a la pareja, sorprendidos por la evidente felicidad que irradiaban. Era como si el tiempo se hubiera detenido para ellos, permitiéndoles disfrutar de un amor que parecía más propio de la juventud.

A escasa distancia, en el palacio de Alcázar, Laura avanzaba con determinación rumbo al despacho donde Jalil se encontraba trabajando. Al entrar, lo encontró inmerso en una pila de documentos, su ceño fruncido en concentración. Sin embargo, al verla, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿Te queda mucho para terminar? —preguntó Laura, apoyándose en el marco de la puerta—. Le he prometido a mi madre que vamos a ir a cenar a un sitio nuevo de tapas fusión que han abierto.

Jalil arqueó una ceja, sorprendido. —¿A tu madre se le ocurren ese tipo de ideas? Vaya, Carmen no deja de sorprenderme.

Laura soltó una risita. —En realidad, es idea de tu padre. Están los dos últimamente como dos tortolitos inaguantables. No hay quien los soporte.

Jalil se recostó en su silla, mirando a Laura con una mezcla de diversión y asombro. —La verdad es que yo tampoco me creo cómo ha evolucionado todo en los últimos meses —hizo una pausa, sus ojos brillando con picardía—. ¿No estarás celosa?, ¿verdad?

Laura le dio un golpe juguetón en la cabeza. —Eres un tonto —dijo, pero su sonrisa traicionaba sus palabras.

Jalil se frotó la cabeza, fingiendo dolor. —Ya estoy a punto de terminar —dijo, volviendo su atención a los documentos sobre su escritorio—. Dame unos minutos más y estaré listo para irnos.

* * *

Ahmed apareció en la puerta del palacio acompañado de un amigo que había conocido en una

fiesta hacía poco. La verja del palacio ya estaba cerrada. Ahmed tocó el timbre un par de veces, esperando pacientemente. El vigilante encargado a esa hora, que ya lo conocía de otras ocasiones, abrió la puerta.

—Buenas tardes —saludó Ahmed con una sonrisa—. ¿Siguen Laura y mi primo dentro?

El vigilante asintió. —Sí, pero deberían estar al terminar. Pueden subir si quieren o esperar al fresco en alguno de los patios.

Ahmed se volvió hacia su acompañante, sus ojos brillando de emoción. —¿Has visto los patios de este palacio? Son preciosos. Será precioso dar un paseo por ellos sin turistas ahora que ha caído la noche.

Alberto, el joven que lo acompañaba se sonrojó ligeramente, visiblemente avergonzado por el compromiso en el que estaban poniendo al chico de la seguridad. Ahmed, notando su incomodidad, le dio un ligero apretón en el brazo.

—No te preocupes —dijo con voz tranquilizadora—. Estamos como en familia. Mi tío es el que controla y financia todo el tema del hotel. Además, dona mucho dinero para el aspecto cultural del palacio, su mantenimiento y reforma.

Mientras caminaban por el patio principal, Ahmed no pudo evitar sentirse orgulloso. El palacio, con sus intrincados azulejos y sus fuentes murmurantes, parecía aún más mágico bajo las sombras de la tarde. El aroma de las flores a esa hora llenaba el aire, creando una atmósfera verdaderamente romántica.

Su acompañante, aunque todavía un poco tímido, comenzó a relajarse visiblemente. Sus ojos recorrían las columnas y arcos con admiración, claramente impresionado por la belleza del lugar.

Ahmed y Alberto continuaron su paseo por los patios del palacio, admirando la belleza de la arquitectura y la tranquilidad de la noche. Sin embargo, a medida que avanzaba la velada, el aire fresco comenzó a hacerse notar, y ambos lamentaron no haber traído chaquetas.

—Quizás deberíamos entrar a buscar a Laura y Jalil —sugirió Ahmed, frotándose los brazos para entrar en calor.

Alberto asintió, agradecido por la sugerencia.

Mientras se dirigían hacia el interior del palacio, pasaron por una sala de exposiciones donde se exhibían varios cuadros y dibujos del pasado. Alberto, fascinado por la colección, se detuvo frente a un dibujo particularmente intrigante. Se acercó tanto que su mano casi rozaba la superficie del cristal que lo protegía.

En ese preciso momento, Laura entró en la sala. Su repentina aparición sobresaltó a Alberto, quien dio un respingo involuntario. Para su horror, su movimiento brusco hizo que el cuadro se desprendiera de la pared y cayera al suelo con un estruendo. El cristal se hizo añicos y el marco se astilló, dejando el delicado dibujo expuesto en medio de la sala.

Alberto se quedó paralizado, con el rostro pálido de terror. Ahmed, rápidamente, intervino en su defensa.

—Lo siento muchísimo, Laura. Ha sido un accidente. Alberto estaba admirando el dibujo y...

Laura levantó una mano para interrumpirlo, sonriendo con calma.

—No pasa nada, de verdad. Estas cosas ocurren. El marco se puede reparar fácilmente. Es solo un dibujo antiguo, no una pieza irreemplazable.

Mientras Laura examinaba el cuadro caído, Jalil apareció en la sala.

—He terminado —anunció, pero su sonrisa se desvaneció al ver el desorden—. Laura, ten cuidado. No te vayas a cortar con el cristal roto.

Laura apenas lo escuchó. Sostenía el dibujo entre sus manos, sus ojos fijos en los trazos delicados. Nunca antes se había fijado en él, pero ahora no podía apartar la mirada. Era un esbozo magistral de seis personas, dos familias juntas: una de rasgos árabes y otra cristiana.

Con asombro creciente, Laura reconoció a Don Fernando, a una Beatriz de la Vega de semblante serio, a Isabel, y luego a Soraya, Yusuf y José. Los rostros estaban capturados con una precisión sorprendente, revelando no solo sus rasgos físicos sino también la complejidad de sus relaciones.

Jalil se acercó, intrigado por la intensidad de la mirada de Laura. Cuando vio el dibujo, su respiración se cortó.

Laura, con manos temblorosas, dio vuelta al dibujo. En el reverso, una dedicatoria escrita con letra elegante: "Para mi hermanito Yusuf, para que tengas un recuerdo de mí allá donde vayas. Con amor, Isabel."

Laura y Jalil se miraron, sus ojos abiertos de par en par, como si hubieran visto un fantasma. Este pedazo crucial de historia había estado frente a ellos todo el tiempo, oculto a plena vista.

Ahmed y Alberto observaban la escena con perplejidad, incapaces de comprender la importancia de lo que acababan de presenciar.

—Esto es... increíblemente interesante —murmuró Laura, su mente procesando a toda velocidad —. Responde a un par de interrogantes que teníamos. Mañana, a primera hora, tenemos que hablar con Miguel y Luisa. Necesitamos saber todo lo que puedan decirnos sobre este dibujo.

* * *

Al día siguiente, el equipo se reunió temprano en la sala de investigación del palacio. La emoción era palpable en el aire mientras Laura, Jalil, Miguel y Luisa examinaban minuciosamente el dibujo recién descubierto.

Miguel, con los ojos brillantes de entusiasmo, compartió lo que sabía sobre la pieza.

—Este dibujo ha estado en el palacio desde siempre, pero nunca le dimos mayor importancia. Ahora, gracias al accidente fortuito, podemos confirmar que fue realizado por la propia Isabel Mendoza. Todo un descubrimiento.

Laura asintió, su cabeza ya trabajando a toda velocidad.

—Es increíble. Parece ser una especie de dibujo de despedida para la familia Al-Farouq. Y, llama a Yusuf "hermanito".

Jalil se inclinó sobre el dibujo, sus ojos recorriendo los rostros cuidadosamente trazados.

—Esto confirma lo que sospechábamos sobre la relación entre Soraya y Don Fernando. Parece que su aventura duró años.

Luisa, quien había estado callada hasta ese momento, intervino.

—Y no solo eso. Si Isabel y Yusuf de verdad eran hermanos, significa que esta relación llegó mucho más lejos de lo que cualquiera hubiera imaginado. Estamos hablando de un escándalo que podría haber destruido a ambas familias si se hubiera descubierto en su época.

El grupo se sumió en un mutismo contemplativo, asimilando la magnitud de lo que acababan de descubrir. En cuestión de horas, habían avanzado más en su investigación que en las últimas semanas juntas antes de dar por finalizada la excavación.

Miguel fue el siguiente en romper la quietud del momento.

—Esto completa todo lo que creíamos saber sobre la historia de este palacio y estas familias. Tendremos que revisar todas nuestras notas, todos nuestros hallazgos anteriores, a la luz de esta nueva información.

Luisa, con una mirada de triunfo en sus ojos, compartió su última idea con el grupo.

—He solicitado un informe a la diócesis de Córdoba sobre registros históricos de la familia Mendoza. Acaban de enviarnos una copia de documentos antiguos que podrían confirmar lo que ya todos suponemos.

El equipo se apresuró a examinar los documentos recién llegados. Eran copias de los escritos de los franciscanos de aquella época, redactados principalmente por un tal Fray Hernando, quien parecía haber sido el confesor de la familia Mendoza.

Laura, con manos temblorosas, comenzó a leer en voz alta los pasajes más relevantes.

—Aquí dice que Doña Beatriz tuvo un parto fallido. Hay un registro del entierro de su primogénito.

Miguel asintió gravemente.

—Eso encaja con la profunda melancolía que sufría Doña Beatriz según los registros históricos. Sufría grandes depresiones. Quizás no pudiera tener más hijos.

Jalil, que había estado hojeando otro documento, interrumpió con entusiasmo.

—¡Mirad esto! Hay un registro del bautizo de Isabel. Dice que era una niña sin padres conocidos acogida como propia hija y bautizada en la fe católica por Don Fernando y Doña Beatriz.

El silencio cayó sobre la sala mientras todos procesaban esta nueva información. Las piezas del rompecabezas encajaban de una manera que ninguno de ellos había anticipado.

Luisa se adelantó a todos.

—Esto confirma nuestra teoría. Isabel no era hija biológica de Doña Beatriz, sino seguramente de Soraya y Don Fernando. Probablemente la adoptaron para ocultar el escándalo.

Laura asintió.

—Y el parto fallido de Doña Beatriz les dio la coartada perfecta. Nadie cuestionaría que hubieran acogido a una niña después de perder a su propio hijo.

Miguel, con una expresión de asombro, añadió:

—Es increíble cómo lograron mantener este secreto durante tanto tiempo.

Laura se quedó pensativa por un momento. De repente, sus ojos se iluminaron con una nueva idea.

—Quizás no fue tan fácil de ocultar —dijo Laura, su voz cargada de intriga.

Jalil, captando inmediatamente la dirección de sus pensamientos, se le adelantó:

—Alejandro de Santillana.

Laura asintió con entusiasmo.

—Exacto. Quizás descubrió todo el pastel y decidieron acabar con él antes de que los denunciara a la Inquisición o algo por el estilo en aquella época.

El equipo intercambió miradas de asombro mientras las piezas del rompecabezas encajaban perfectamente.

—Todo encaja —continuó Luisa—. Incluso eso podría explicar por qué los Al-Farouq decidieron poco después desaparecer de Córdoba. Y ese dibujo de despedida, quizás Isabel no tuvo tiempo de dárselo a su hermano al final y quedó abandonado durante años en el palacio.

Jalil asintió, reflexionando profundamente en las posibilidades que este descubrimiento abría.

—Todo encaja como el agua —dijo, su voz cargada de emoción—. Tenemos que prepararlo todo para presentárselo a mi padre. Va a flipar. La historia es incluso mejor de lo que habíamos imaginado y tenemos bastantes pruebas para documentarla.

Sus ojos brillaron con entusiasmo mientras continuaba:

—Incluso podemos montar esa exposición virtual e interactiva que ya habíamos imaginado.

El equipo se miró entre sí, conscientes de que estaban al borde de algo grande, algo que podría cambiar la forma en que se veía la historia de Córdoba y de esas dos familias.

25
Piezas del pasado

Siglo XXI

Una mañana fresca de noviembre envolvía la ciudad de Córdoba. El sol, aún tímido en el horizonte, comenzaba a calentar las calles empedradas y los ancestrales edificios que habían sido testigos de siglos de historia. El Guadalquivir fluía sereno, reflejando los primeros rayos fulgentes del día en su superficie.

Laura se encontraba sentada en un banco del paseo cercano al río. Envuelta en un cálido abrigo, disfrutaba del sol que poco a poco iba calentando su rostro. Sus ojos observaban distraídamente el ir y venir de las pocas personas que transitaban a esa hora temprana.

El aire fresco llevaba consigo el aroma de las hojas caídas y el café recién hecho de las cafeterías cercanas que comenzaban a abrir sus puertas. Laura respiró profundamente, llenando sus pulmones con esa mezcla de olores que tanto le gustaba.

Mientras contemplaba el río, su mente divagaba entre el pasado y el presente. Imaginaba a Isabel y Yusuf caminando por esas mismas orillas, compartiendo secretos y sueños, ajenos al destino que les aguardaba. ¿Habrían sentido la misma brisa fresca en sus rostros? ¿Habrían admirado un paisaje similar al que ahora ella contemplaba?

El móvil de Laura empezó a emitir vibraciones, anunciando la llegada de algunas notificaciones recientes. Dejó atrás sus cavilaciones acerca del cauce fluvial y centró su atención en el artefacto electrónico.

Jalil apareció de repente junto al banco donde Laura estaba sentada al sol, absorta en su teléfono móvil respondiendo algunos mensajes. El joven se acercó con una sonrisa radiante, apenas conteniendo su emoción.

—¡Laura! No vas a creer lo que ha descubierto mi padre —exclamó Jalil, prácticamente saltando de entusiasmo.

Laura levantó la vista de su teléfono, sorprendida por la repentina aparición de Jalil y su inusual entusiasmo.

—¿Tu padre? —preguntó ella, arqueando una ceja—. No te reconozco hablando bien de él.

Jalil soltó una risa.

—Yo tampoco me reconozco, la verdad. Pero desde que le contamos la historia completa y nuestra teoría, está como un niño con zapatos nuevos. Nunca lo había visto tan emocionado.

Laura sonrió, divertida por la imagen mental de Karim comportándose como un niño emocionado.

—Vale, vale, me ha picado la curiosidad. Al grano, ¿qué ha descubierto?

Jalil tomó aire, preparándose para soltar la gran noticia.

—Ha dado con el destino final de los Al-Farouq después de dejar Córdoba en el siglo XVI. ¡Acabaron en Marruecos! Se convirtieron en una familia de comerciantes muy conocida allí cuando gobernaba la dinastía Saadí. Incluso le pusieron su nombre a una calle. Mi padre tiene contactos en el gobierno marroquí y se lo han confirmado.

Laura escuchó atentamente, cada vez más emocionada con cada detalle que Jalil compartía. Cuando terminó, ella exhaló lentamente, procesando la información.

—Vaya... Al menos parece que todo terminó bien para ellos después de su partida —reflexionó Laura, su voz teñida de una mezcla de alivio y melancolía—. Aunque sigue siendo una historia tan dramática y triste, no se.

Jalil asintió, su expresión volviéndose más seria.

—Sí, es triste. Imagínate a Soraya y Don Fernando, enamorados durante años, con hijos, y tener que aceptar vivir así, alejados por las apariencias, por su propia seguridad en esa época.

* * *

Era un sábado de finales de noviembre en Córdoba cuando se celebraba la velada de inauguración del nuevo hotel Alcázar Qurtuba. Toda la prensa cordobesa estaba presente e incluso algún canal de televisión local. La fachada moderna iluminada indirectamente hacía un juego increíble con el anexo palacio de Alcázar integrado. Había un grupo de invitados selectos. Gente importante de la cultura cordobesa, el alcalde, algunos políticos e influencers. El Cóctel de bienvenida se sirvió en el patio del limón. Luego los invitados fueron pasando por el puente elevado transparente que conectaba ambos edificios al recinto del hotel. Los arquitectos estaban muy orgullosos de él. Allí iba a tener lugar primero el espectáculo visual que presentaba la historia de los Mendoza y los Al-Farouq. Cuando la iluminación se apagó y empezaron las imágenes mezcladas con la música proyectadas en las diferentes paredes, los invitados que no paraban de hablar se quedaron completamente callados ensimismados.

Entre los asistentes se encontraban Laura y Jalil, quienes observaban con una mezcla de orgullo y nerviosismo cómo su trabajo de investigación cobraba vida ante los ojos de todos. Carmen y Karim, ahora una pareja oficial, se mantenían cerca, sus manos entrelazadas mientras contemplaban el espectáculo.

Las imágenes fluían por las paredes, narrando la historia de amor prohibido entre Don Fernando y Soraya, el drama de Isabel y Yusuf, y los oscuros secretos que habían permanecido ocultos durante siglos. Los rostros de los invitados reflejaban asombro y emoción a medida que la historia se desarrollaba ante ellos.

Miguel y Luisa, parados en un rincón, intercambiaban miradas de satisfacción al ver cómo su

arduo trabajo arqueológico había contribuido a desentrañar este misterio histórico. Nadia, por su parte, no podía evitar sonreír al ver cómo el proyecto de su hermano Jalil había tomado forma de manera tan espectacular.

Karim observaba orgulloso a su hijo Jalil por primera vez en muchos años. El espectáculo que Jalil había ayudado a crear era verdaderamente impresionante, y Karim no podía evitar sentir una oleada de admiración por el trabajo de su hijo.

Incluso Ahmed se había atrevido a llevar a Roberto de nuevo como su pareja oficial a la fiesta. Alberto ya era historia y había vuelto con Roberto. La pareja se movía con confianza entre los invitados, sus manos entrelazadas en un gesto de afecto que ya no intentaban ocultar.

Karim se acercó a Carmen, con una expresión de curiosidad en su rostro.

—Oye, Carmen, ¿tú sabes si mi sobrino es... rarito? ¿Le van los chicos? —preguntó en voz baja, señalando discretamente hacia Ahmed y Roberto.

Carmen soltó una carcajada ante la pregunta, sus ojos brillando con diversión.

—Ahora se llaman gais, querido —respondió con una sonrisa—. Pero ¿qué más da? Si algo hemos aprendido en estos últimos meses es que lo importante es poner delante de todo al amor en todos sus sentidos. Lo demás no tiene importancia.

En ese momento, Roberto se acercó para saludar a Karim. El patriarca de los Rashid lo recibió con un apretón de manos firme.

—Al menos ese Roberto es un tipo muy trabajador y serio —comentó Karim a Carmen cuando Roberto se alejó—. Siempre ha llevado muy bien el tema del hotel. Estoy pensando incluso ofrecerle un puesto en la dirección.

Carmen sonrió, acercándose más a Karim.

—Me encanta esa vena de empresario que tienes —susurró antes de besarlo suavemente.

Laura, que pasaba cerca con Jalil, vio a su madre besando a Karim y no pudo evitar hacer una mueca.

—¡Mamá! ¡Qué asco! Ya no sois veinteañeros, todo el santo día con los morritos —exclamó, medio en broma, medio en serio.

Carmen y Karim se separaron, riendo ante la reacción de Laura, solo para volver a besarse un momento después, esta vez con más intensidad.

Jalil miró a Laura con una sonrisa traviesa.

—No te pongas celosa —le dijo, acercándose más—. Yo también sé dar besitos.

—Tonto —respondió Laura, pero sus ojos brillaban con afecto.

Sin poder resistirse, Jalil y Laura terminaron dándose también un beso, perdiéndose por un momento en su propio mundo en medio de la celebración.

* * *

Al día siguiente, la exposición audiovisual sobre los Mendoza y los Al-Farouq estaba en boca de media Córdoba. La crítica de los periódicos en cuanto a la inauguración había sido buenísima. Faltaban ya entradas para los siguientes meses. Todo el mundo quería ver esa historia que tan bien describía lo que había sido siempre la historia de Córdoba. Una historia de culturas entrelazadas, que pese a que muchos se habían esmerado en destruir seguía siendo como hacía siglos un popurrí de tradiciones, religiones y sobre todo mucho amor y diversión.

Laura y Jalil no podían creer el éxito que estaba teniendo su proyecto. Desde primera hora de la mañana, sus teléfonos no habían dejado de sonar con llamadas de felicitación y peticiones de entrevistas. El hotel ya no tenía más habitaciones libres en las próximas semanas. Los periódicos locales dedicaban páginas enteras a la exposición, alabando la forma en que se había logrado combinar la historia, la tecnología y el arte para crear una experiencia única.

En el palacio de Alcázar, el equipo de arqueólogos celebraba el triunfo. Miguel y Luisa brindaban con café, recordando los momentos difíciles durante la excavación y cómo todo había valido la pena. Marina, por su parte, ya estaba pensando en cómo podrían ampliar la investigación para descubrir otros secretos ocultos en las piedras de Córdoba.

Mientras tanto, en una suite del nuevo hotel, Karim leía los periódicos con una sonrisa de satisfacción. Carmen, sentada a su lado, no podía dejar de pensar en cómo esta historia de amor prohibido entre culturas resonaba con su propia relación.

—Es increíble cómo la historia se repite —comentó Carmen, apoyando su cabeza en el hombro de Karim.

—Sí, pero esta vez con un final feliz —respondió Karim, besando suavemente la frente de Carmen.

Por los rincones de la antigua ciudad andaluza, los habitantes intercambiaban opiniones acerca del flamante establecimiento hotelero, la renovación del histórico alcázar y, principalmente, el impresionante montaje de luz y sonido, que se realizaba en él habitualmente. Cada atardecer, una multitud se congregaba ante las ventanillas del palacio, cuya fama se había acrecentado notablemente entre los viajeros que recorrían la ciudad. Tanto forasteros como residentes expresaban su entusiasmo, discutiendo los pormenores del relato que ya habían conocido a través de la prensa escrita.

26
La partida silenciosa

Siglo XVI

Desde la desaparición de Alejandro y el conocimiento del monarca acerca de ello, la situación en Córdoba había empeorado. El rey había enviado muchos más grupos de soldados y a otros similares a Alejandro a la ciudad. Si bien el palacio de Alcázar ya se encontraba más en calma, ya que los soldados de Alejandro habían sido enviados a otro lugar, los moriscos en la ciudad sentían mucha más represión y miedo que anteriormente.

Las calles de Córdoba, otrora bulliciosas y llenas de vida, ahora parecían sumidas en un silencio opresivo. Los moriscos caminaban con la cabeza gacha, evitando el contacto visual con los soldados que patrullaban incesantemente. Las tiendas y mercados, antes rebosantes de color y aroma, ahora cerraban sus puertas temprano, temerosos de llamar demasiado la atención.

En la tienda de los Al-Farouq, José y Soraya hablaban en susurros, conscientes de que cualquier palabra imprudente podría costarles caro. Yusuf, por su parte, había dejado de recitar sus poemas en público, guardando sus versos para las noches solitarias en su habitación.

Don Fernando observaba desde las ventanas del palacio cómo la ciudad que tanto amaba se transformaba en un lugar irreconocible. Su corazón se encogía cada vez que veía a un grupo de soldados acorralar a un morisco en la calle, exigiéndole pruebas de su conversión al cristianismo.

Isabel, consciente del peligro que corría su familia, pasaba largas horas en la capilla del palacio, rezando por la seguridad de Yusuf y los suyos. Doña Beatriz, por su parte, se sumía cada vez más en su melancolía, incapaz de encontrar consuelo en un mundo que parecía desmoronarse a su alrededor.

Nadie en Córdoba sospechaba realmente de los Mendoza o de los Al-Farouq. Tras el incidente con Alejandro, ambas familias habían decidido mantener las apariencias, fingiendo que nada había cambiado pese a la complicada situación y los secretos que compartían. De puertas hacia afuera, todo parecía normal, pero en la intimidad de sus hogares, la tensión era palpable.

En el Palacio de Alcázar, Don Fernando pasaba largas horas en su despacho, sumido en sus pensamientos. Echaba de menos a Soraya con una intensidad que le sorprendía incluso a él mismo. Cada vez que miraba por la ventana en dirección hacia la tienda de los Al-Farouq, sentía un nudo en la garganta que apenas podía tragar.

Doña Beatriz, por su parte, se había convertido en poco más que un fantasma en el palacio. Ya casi no dirigía la palabra a su esposo, y las pocas veces que coincidían en alguna estancia, el

paréntesis de sonido entre ellos era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Pasaba la mayor parte de su tiempo encerrada en sus aposentos, negándose a recibir visitas incluso de su hija.

Isabel, consciente de la tensión que reinaba en el palacio, intentaba seguir con su vida lo mejor que podía. Aunque la revelación sobre su verdadero origen la había dejado profundamente desilusionada, se esforzaba por mantener una fachada de normalidad. Pasaba mucho tiempo en los jardines, dibujando y pintando, buscando en el arte un escape a la realidad que la rodeaba.

En la casa de los Al-Farouq, la situación no era muy diferente. José y Soraya apenas se miraban a los ojos, y las conversaciones entre ellos se limitaban a lo estrictamente necesario para el funcionamiento de la tienda. Yusuf, por su parte, se había vuelto más taciturno que nunca. Pasaba horas encerrado en su habitación, escribiendo versos que nadie leería, intentando dar sentido a un mundo que parecía haberse vuelto del revés.

* * *

El curso de los acontecimientos dio un giro inesperado en una jornada que se había iniciado de manera similar a las precedentes desde la muerte provocada de Alejandro. La mirada de Soraya se perdía a través de la ventana del establecimiento, contemplando las vías cordobesas que hasta hoy había considerado su hogar. Una punzada de aflicción atravesó su pecho al rememorar la resolución que había adoptado, aunque era consciente de su imperiosidad. Exhalando profundamente, giró sobre sus talones para encarar a José y Yusuf, quienes la miraron con expectación.

—Debemos irnos de Córdoba —dijo con voz firme, aunque por dentro sentía que se desmoronaba—. No podemos seguir viviendo así.

José asintió lentamente, su rostro una mezcla de dolor y comprensión. Aunque la traición de Soraya lo había herido profundamente, entendía que un nuevo comienzo podría ser beneficioso para todos.

—Tienes razón —respondió con voz ronca—. Quizás en otro lugar... podamos empezar de nuevo.

Yusuf, que había estado escuchando en silencio, frunció el ceño. La idea de dejar Córdoba, la ciudad que había inspirado tantos de sus poemas, le resultaba dolorosa. Pero más doloroso aún era pensar en Isabel, su hermana y el amor que nunca podría ser.

—¿Y adónde iríamos? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Soraya miró a su hijo con ternura. Sabía lo difícil que era esto para él, para todos ellos.

—Aún no lo sé, pero encontraremos un lugar donde podamos ser nosotros mismos, sin miedo.

José se acercó a Yusuf y puso una mano sobre su hombro. —Sé que es difícil, hijo, pero tu madre tiene razón. Aquí ya no podemos vivir en paz.

Yusuf asintió lentamente, comprendiendo la verdad en las palabras de sus padres. Aunque le dolía dejar atrás todo lo que conocía, sabía que quedarse significaría vivir en constante tormento,

viendo a Isabel, pero sin poder estar con ella ya fuera como su amante o como su hermana. Nadie los dejaría jamás mostrar sus verdaderos sentimientos.

—Está bien —dijo finalmente—. Lo intentaremos.

Soraya sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sabía que esta decisión significaba dejar atrás a Don Fernando, el hombre que amaba con todo su ser. Pero también sabía que era lo mejor para todos, incluso para él.

Yusuf caminaba nervioso por la tienda, sus manos jugando con el borde de su túnica. Sus padres lo observaban con una mezcla de comprensión y tristeza.

—Necesito verla una vez más —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. Es mi hermana, después de todo.

Soraya y José intercambiaron una mirada antes de asentir.

—Lo entendemos, hijo —respondió José con suavidad—. Ve, pero ten cuidado.

* * *

Al caer la tarde, Yusuf se deslizó sigilosamente por los pasillos del Palacio de Alcázar hasta llegar al Patio de las Columnas. Isabel estaba ensimismada con una pintura allí, su figura esbelta recortada contra la luz del atardecer.

—Yusuf —susurró ella, dejando lo que estaba haciendo y acercándose a él con los ojos brillantes de emoción, al descubrirlo en el patio.

Se miraron en calma por un momento, las palabras atascadas en sus gargantas. Finalmente, Yusuf habló.

—Nos vamos, Isabel. Dejamos Córdoba.

Isabel sintió que su corazón se encogía. Aunque sabía que podía ser lo mejor, la idea de perder a su hermano recién descubierto le dolía profundamente.

—Te voy a echar tanto de menos —dijo, su voz quebrándose ligeramente—. Ojalá pudiera tenerte cerca, mi confidente, mi hermano.

Yusuf tomó las manos de Isabel entre las suyas, sus ojos oscuros llenos de emoción.

—Y yo a ti, Isabel. Pero ambos sabemos que es lo correcto. Es la única forma de que nuestras familias estén realmente a salvo.

Isabel asintió, comprendiendo la verdad en sus palabras. De repente, un pensamiento iluminó su rostro.

—Quiero regalaros un dibujo —dijo—. Un retrato de nuestras dos familias, con una dedicatoria especial.

Yusuf sonrió, conmovido por el gesto.

—Lo llevaré conmigo y lo miraré todos los días —prometió.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Isabel, temiendo la respuesta.

—Aún no lo hemos decidido —respondió Yusuf—. Pero seguramente será en unos días, como muy pronto.

* * *

Isabel se dedicó en cuerpo y alma a crear el dibujo perfecto para Yusuf. Pasó días enteros encerrada en su habitación, mezclando pigmentos y trazando líneas con esmero. En el retrato, plasmó los rostros de ambas familias: los Mendoza y los Al-Farouq, unidos en un abrazo simbólico que trascendía las barreras de la sangre y la religión.

Cada trazo del pincel estaba cargado de emoción. Isabel capturó la mirada melancólica de su madre adoptiva, Doña Beatriz, y la expresión severa pero bondadosa de Don Fernando. Dibujó a Soraya con una sonrisa cálida, y a José con un gesto de dignidad. En el centro del retrato, Isabel se dibujó a sí misma junto a Yusuf, sus manos entrelazadas en un gesto de hermandad eterna.

Mientras trabajaba, Isabel imaginaba la reacción de Yusuf al ver el dibujo. Soñaba con el momento en que pudiera entregárselo, con las palabras que le diría. Sin embargo, el destino tenía otros planes.

Unos días después, mientras Isabel daba los últimos toques al retrato familiar, Don Fernando entró en su habitación. Su rostro estaba pálido y sus ojos enrojecidos. En sus manos temblorosas sostenía una carta.

—Isabel, hija mía —dijo con voz quebrada—. Ha llegado una carta de Soraya.

Isabel sintió que el corazón le daba un vuelco. Dejó el pincel a un lado y se acercó a su padre.

Don Fernando, con ojos tristes, sostuvo la carta frente a Isabel. —Se han ido para siempre —dijo en un susurro.

Las palabras cayeron como un peso sobre Isabel. Sintió un dolor inmenso en su pecho, un vacío que nada podría volver a llenar. La idea de que Yusuf, su hermano recién descubierto, se hubiera ido sin despedirse, sin recibir su regalo, le resultaba insoportable.

Isabel asintió en silencio, incapaz de articular palabra. Miró el retrato inacabado sobre su escritorio y sintió una punzada de arrepentimiento por no haber podido entregárselo a Yusuf.

Con cuidado, tomó el dibujo entre sus manos. Aunque nunca llegaría a su destinatario, Isabel decidió que lo guardaría como si fuera su mayor tesoro. Sería un recordatorio de la familia que había ganado y perdido en tan poco tiempo, un símbolo del amor y los secretos que habían unido a dos familias tan diferentes.

Don Fernando tomó el dibujo de las manos de Isabel con delicadeza, como si temiera que pudiera desvanecerse al tocarlo. Sus ojos recorrieron cada trazo, cada detalle que su hija había plasmado con tanto esmero. De repente, sintió un nudo en la garganta y, sin poder contenerlas, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Es... es muy hermoso, Isabel —logró decir con voz entrecortada.

Isabel observó a su padre, conmovida por su reacción. Nunca lo había visto tan vulnerable, tan humano. En ese momento, se atrevió a hacer la pregunta que llevaba días rondando su mente.

—Padre, ¿querías tanto a mi verdadera madre? —preguntó en un susurro.

Don Fernando levantó la mirada del dibujo y la fijó en los ojos de su hija. Por un instante, pareció perdido en sus recuerdos, en un pasado que ahora se le escapaba como agua entre los dedos.

—La quería mucho más, Isabel —respondió con una sonrisa triste—. La he querido durante años, desde el primer momento en que la vi. Hubiera dado todo por ella, incluso mi propia vida.

Hizo una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas para expresar el torbellino de emociones que lo embargaba.

—Por eso... por eso no puedo describir el dolor y el vacío que siento por dentro ahora que se ha ido —continuó, su voz apenas audible—. Es como si una parte de mí se hubiera ido con ella.

Isabel escuchó las palabras de su padre, sintiendo cómo su propio corazón se encogía de empatía. Aunque no podía comprender completamente la profundidad de los sentimientos de Don Fernando, en cierta forma entendía el dolor de la pérdida y la separación.

Con una sonrisa suave, Isabel tomó la mano de su padre entre las suyas.

Isabel miró a su padre con ternura, conmovida por su vulnerabilidad. Con voz suave, le dijo:

—Padre, al menos me tienes a mí. Estoy aquí, a tu lado, y llevo en mí una parte de mi verdadera madre.

Don Fernando sintió que su corazón se llenaba de una calidez inesperada ante las palabras de su hija. Sin poder contenerse, la envolvió en un fuerte abrazo, dejando que las lágrimas corrieran libremente por sus mejillas.

—Te quiero mucho, Isabel —susurró con voz entrecortada—. Desde el día que te vi, envuelta en mantas en la casa de esa extraña partera amiga de Soraya, supe que mi deber era hacerme cargo de ti y protegerte. Y menos mal que tomamos esa decisión tan loca por aquel entonces.

Se separó ligeramente para mirarla a los ojos, acariciando suavemente su mejilla.

—Eras tan pequeña, tan frágil... —continuó, perdido en sus recuerdos—. Pero cuando abriste tus ojos y me miraste, sentí que el mundo se detenía. En ese momento, supe que haría cualquier cosa por mantenerte a salvo.

Isabel escuchaba atentamente, sus propios ojos humedeciéndose con cada palabra de su padre. Aunque siempre había sabido que Don Fernando la amaba, escuchar la historia real de cómo la había acogido desde el primer momento la llenaba de una emoción indescriptible.

—Lo superaremos todo juntos, padre —dijo con una convicción que la sorprendió incluso a ella misma—. Sé que será difícil, especialmente con Doña Beatriz, pero la esperanza es lo último que

se pierde.

* * *

En los días siguientes, el palacio de Alcázar se sumió en un silencio pesado. Los sirvientes se movían con cautela, percibiendo la tensión que flotaba en el aire. Doña Beatriz, aunque herida por la verdad revelada, decidió mantener las apariencias por el bien de su posición y la de su familia. Su rostro, antes marcado por la melancolía, ahora mostraba una determinación fría y distante.

Don Fernando se entregó con renovado vigor a sus deberes como noble y patriarca de la familia Mendoza. Cada mañana, al despertar, sentía el peso de su decisión. El recuerdo de Soraya, de su sonrisa y su voz, lo atormentaba en sus momentos de soledad. Sin embargo, comprendía que el sacrificio era necesario para proteger a todos los que amaba.

Isabel, por su parte, luchaba con sus propios demonios internos. La ausencia de Yusuf dejaba un vacío en su corazón que ni siquiera su arte podía llenar completamente. A menudo se la veía en los jardines del palacio, con sus dibujos en las manos, trazando rostros y figuras que solo existían en sus recuerdos.

Las semanas se convirtieron en meses, y los meses en años, como granos de arena que se escurren en un reloj implacable. La vida en el palacio de Alcázar siguió su curso, marcada por las obligaciones sociales y las expectativas de la nobleza cordobesa, un baile interminable de apariencias y protocolos. Don Fernando y Doña Beatriz se presentaban como un matrimonio unido ante el mundo exterior, sus rostros compuestos en máscaras de serenidad que ocultaban las grietas de su unión. Mientras tanto, Isabel crecía para convertirse en una joven dama respetada y admirada, su belleza y gracia floreciendo como una rosa en un jardín cuidadosamente cultivado.

Pero detrás de las sonrisas corteses y las palabras educadas, cada miembro de la familia Mendoza cargaba con el peso de los secretos y las decisiones tomadas, como Atlas sosteniendo el mundo sobre sus hombros. El amor prohibido de Don Fernando ardía en silencio, un fuego oculto que amenazaba con consumirlo todo. La verdad oculta sobre el pasado de Isabel se cernía como una sombra sobre la joven, moldeando su destino sin que ella lo supiera. Los lazos familiares rotos, invisibles, pero dolorosamente presentes, se convirtieron en un recordatorio constante del costo personal que habían pagado por mantener su posición y honor en una sociedad que no perdonaba las transgresiones, un precio que se cobraba en noches de insomnio y suspiros ahogados.

Epílogo

El sol abrasador de Abu Dabi atravesaba por las ventanas del moderno edificio donde Laura y Jalil trabajaban codo con codo en su último proyecto de conservación. Había pasado un año desde la inauguración del Hotel Alcázar Qurtuba en Córdoba, y sus vidas habían dado un giro inesperado pero emocionante.

Laura se inclinó sobre una antigua vasija árabe, examinándola con cuidado mientras su mano acariciaba distraídamente la pequeña curva de su vientre. A sus treinta y un años, la arqueóloga cordobesa se había convertido en toda una sensación en el mundo de la conservación árabe. Su dedicación y profundo respeto por la cultura local le habían granjeado el afecto y la admiración de sus colegas emiratíes.

Jalil, por su parte, observaba a su esposa con una mezcla de orgullo y amor. Nunca habría imaginado que su vida tomaría este rumbo, pero no podía estar más feliz. Juntos, habían encontrado un propósito común: promover el entendimiento entre culturas a través de la preservación del arte y la historia.

—Laura, cariño —llamó Jalil con suavidad—. ¿Quieres que vayamos a comer algo? Llevas horas sin descansar.

Laura levantó la vista y sonrió, sus ojos brillando con la misma pasión que la había llevado hasta allí. —Solo un momento más, amor. Voy a terminar de limpiar esta inscripción.

Jalil asintió, conociendo bien el entusiasmo de su esposa. Se acercó y colocó una mano sobre su hombro, admirando el delicado trabajo que tenía entre manos.

El embarazo de Laura, aunque inesperado, había sido recibido con alegría por ambos. La noticia había llegado justo cuando estaban en medio de la planificación de su próximo gran proyecto, pero lejos de frenarlos, les había dado un nuevo impulso.

Notas del autor

Hace un año visité Córdoba con mi familia durante las Cruces de Mayo. Aunque ya conocía la ciudad, por primera vez decidimos ir un día al Palacio Viana. Ese mismo día, tras haber estado horas recorriendo sus maravillosos patios cordobeses y haciendo fotografías con mi móvil, y mientras Córdoba estaba completamente de fiesta en cada plaza, decidí que tenía que escribir una historia basándome en eso. Justo esa misma noche, al volver de dar un paseo y tomar unas tapas, comencé a escribir las primeras páginas de esta novela, a definir los primeros personajes.

Pido disculpas a los cordobeses por la libertad de cambiar el nombre de su palacio, por inventarme un hotel ultramoderno y algunos otros aspectos que simplemente me gustaban en la historia. Una historia que me ha inspirado como pocas hasta el momento. He tenido noches en las que simplemente no he podido parar de escribir durante horas, sintiéndome que vivía la historia de sus personajes como si estuviera allí con ellos hace años.

Estoy muy orgulloso de esta obra y espero que tú también la hayas disfrutado como yo lo he hecho creándola. Estaba tan inspirado y no es por menos. Como andaluz he intentado recrear esa Andalucía cordobesa en el siglo XVI desde su mejor punto de vista y mezclarla con la Andalucía actual y la forma de vivir en esta tierra que tanto amo.

Un último favor

No te pierdas las últimas novedades acerca de Elias Wrenford:

https://eliaswrenford.com/es/despacho-literario/

Y no olvides dejar tu valoración en Amazon acerca de este libro.
Ayuda con ello a otros lectores. Muchas gracias por adelantado.

Avance exclusivo

Susurros del Ayer en la Isla Blanca

En una noche calurosa de 1912, el estridente canto de los grillos resonaba casi insoportable en el ambiente cálido de la madrugada. Una enorme luna llena proyectaba su intensa luminosidad en medio del cielo despejado y plagado de estrellas, bañando las interminables extensiones de las salinas de Ibiza con su luz plateada. Las montañas de sal cristalizada reflejaban los rayos lunares, creando un paisaje etéreo y onírico. Las salinas permanecían en absoluta quietud, sin la más mínima brisa que perturbara el aire cargado de la fragancia salina y el aroma de las hierbas aromáticas que crecían en los alrededores. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese rincón remoto de la isla de Ibiza, justo en ese instante, sumido en un silencio solo interrumpido por el incesante canto de los grillos que parecían celebrar la belleza de aquella noche mágica.

El caserío de los Salazar se presentaba imponente ante los ojos del observador, como una fortaleza impugnable que vigilaba desde lo alto del montículo las vastas extensiones de las salinas que se extendían a sus pies. Las paredes de piedra caliza, con sus sillares tallados, parecían desafiar el paso del tiempo con su solidez inquebrantable. Sobre la fachada, ventanas emplomadas acentuando las sombras en los recovecos y molduras labradas. Una sensación de poder y riqueza emanaba de aquella construcción señorial, cuyos muros parecían guardar los secretos de generaciones de una estirpe acaudalada.

De pronto, una de las puertas laterales del patio interior se abrió lentamente, chirriando sobre sus viejas bisagras. Una figura esbelta y grácil emergió en la penumbra del interior. Era Rosa Salazar, la joven heredera de la familia.

La luz de la luna llena arrancaba destellos de su cabellera castaña, que caía en suaves ondas sobre sus hombros. Su rostro, de rasgos delicados y finos, poseía una belleza etérea que parecía resplandecer bajo el fulgor nocturno. Aquellos ojos verdes, soñadores y profundos, reflejaban una mezcla de anhelo y melancolía mientras contemplaban las estrellas. Era esa noche o nunca.

Rosa avanzó con pasos ligeros por el patio empedrado, dejando que la luz de la luna acariciara su piel. Llevaba puesto un sencillo camisón blanco que ondeaba suavemente a su paso, realzando la gracia de su figura. Un chal de encaje cubría parcialmente sus hombros desnudos. A su espalda un hatillo con algo de comida y dinero para el camino. Mercancías que había conseguido sustraer en los días anteriores en momentos de descuido de sus padres y hermanos. Su corazón latía con fuerza, inundado por una mezcla de temor y emoción ante lo que estaba a punto de hacer. Escapar de la jaula en la que se había convertido el caserío, dejar atrás las ataduras de su familia y su posición para seguir el llamado de su corazón. La decisión estaba tomada y no había vuelta atrás.

Rosa avanzó sigilosamente entre los olivos centenarios que poblaban las laderas de la colina. La luz de la luna se filtraba entre las ramas cargadas de frutos, proyectando sombras sobre el suelo pedregoso. Cada paso que daba la alejaba más del caserío, de la opresiva vida que había llevado hasta entonces. Su corazón latía con fuerza, no sólo por la emoción del escape, sino también por el temor a ser descubierta. Sabía que, si sus padres se percataban de su ausencia antes de que lograra alejarse lo suficiente, las consecuencias serían terribles.

Aminoró el paso, conteniendo la respiración al escuchar los lejanos ladridos de los perros guardianes. El sonido la puso en alerta máxima, agudizando todos sus sentidos. Intentó agazaparse entre los troncos retorcidos de los olivos, pegándose a la tierra en busca de refugio. Los ladridos parecían provenir de las cuadras, al otro lado del caserío. Rosa rogó en silencio para que los animales no captaran su aroma y la delataran.

Tras unos instantes que se le antojaron eternos, los ladridos cesaron. Rosa exhaló un hondo suspiro de alivio y reanudó su marcha furtiva colina abajo, alejándose de los caminos principales para evitar ser vista. La escasa luz de la luna dificultaba su avance, por lo que debía prestar suma atención a cada paso para no tropezar con las raíces nudosas que sobresalían del suelo.

Rosa avanzó con determinación por los angostos senderos que serpenteaban entre las lagunas. A ambos lados, el paisaje estaba salpicado por estanques colmados de un líquido de un azul turquesa intenso que reflejaba los destellos plateados de la luna. Montículos blanquecinos de sal cristalizada se elevaban aquí y allá, reluciendo como joyas bajo la luz nocturna.

Cada paso que daba la alejaba más de la seguridad del caserío y de la vida que había conocido. Pero lejos de sentir temor, Rosa experimentaba una creciente sensación de libertad y alivio al dejar atrás las cadenas de su familia y su posición social. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía dueña de su propio destino.

Empezó a soplar una brisa marina que acariciaba su rostro, trayendo consigo el aroma vigorizante de la sal y las hierbas aromáticas que crecían en los alrededores. Rosa aspiró profundamente, llenando sus pulmones con aquella fragancia que le resultaba tan reconfortante. Era el perfume de su tierra natal, la esencia misma de Ibiza que llevaba grabada en su alma.

Continuó avanzando con renovado brío, esquivando los charcos de agua salada que salpicaban el camino. Sus pies se hundían ligeramente en la tierra húmeda, dejando huellas que pronto serían borradas. Una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios al pensar en la sorpresa que se llevarían sus padres al descubrir su ausencia por la mañana.

De pronto, Rosa se detuvo en seco y se llevó una mano al vientre. Allí, bajo la fina tela del camisón, se adivinaba un abultamiento que no había parado de crecer en las últimas semanas. Un movimiento apenas perceptible se produjo bajo su palma, como un leve aleteo. Rosa contuvo el aliento, maravillada ante aquella sutil señal de vida que crecía y crecía en su interior.

Era por esa criatura, fruto de su amor prohibido con Bartomeu Montalbán, que había decidido emprender esta huida desesperada. Jamás permitiría que su hijo naciera en el seno de una familia que lo marcaría con el estigma del deshonor. Ese pequeño ser merecía crecer libre, lejos de los odios y rencillas que envenenaban a sus respectivas familias desde hacía generaciones.

Con renovada determinación, Rosa reanudó su marcha hacia el pinar. El sendero costero que buscaba debía hallarse más allá de aquel bosque de pinos, serpenteando entre los acantilados hasta alcanzar el pueblo más cercano. Una vez allí, encontraría la manera de escapar de la isla y comenzar una nueva vida lejos de Ibiza, una vida donde pudiera amar sin ataduras ni miedos.

La travesía a través del pinar estaba resultando mucho más ardua de lo que Rosa había imaginado. Conforme avanzaba, los árboles parecían multiplicarse a su alrededor, envolviéndola en un mar interminable de troncos y ramas que dificultaban su paso. La oscuridad bajo el dosel de pinos era casi absoluta, obligándola a tantear el camino con los brazos extendidos para no tropezar.

Rosa sentía cómo el cansancio se iba apoderando de sus piernas a cada paso que daba. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba caminando, pero le parecían horas interminables adentrándose cada vez más en la espesura del pinar. La emoción inicial del escape había dado paso a una creciente sensación de desorientación y agotamiento.

En algún momento, Rosa había perdido por completo la noción de la dirección que seguía. Los árboles se alzaban idénticos a su alrededor, burlándose de sus intentos por encontrar alguna referencia que le indicara el camino correcto. Se detuvo un instante, respirando entrecortadamente mientras barría la oscuridad con la mirada en busca de alguna señal.

Nada, solo más pinos y sombras.

Un escalofrío recorrió su espalda al caer en la cuenta de que quizás había sido una completa insensatez emprender aquella aventura sin la más mínima preparación. Recordó con amargura todas las veces que había salido a cabalgar con sus hermanos y las criadas, dejando que otros se encargaran de seguir los senderos mientras ella se limitaba a disfrutar del paseo.

Ahora, sola en medio de aquel laberinto vegetal, Rosa se arrepentía de su arrogancia y falta de previsión. ¿En qué había estado pensando al escapar así, sin más provisiones que un hatillo con algunas monedas y un poco de comida? La realidad la golpeaba con crudeza: estaba perdida, agotada y, lo que era peor, comenzaba a sentir una sed abrasadora que le resecaba la boca.

Rosa se llevó una mano temblorosa a los labios, percibiendo la aspereza de su lengua contra el paladar. Había olvidado por completo abastecerse de agua antes de huir. En su mente, la imagen de las lagunas salinas reluciendo bajo la luz de la luna se hizo nítida y casi insoportable. ¡Qué tonta había sido al no prever algo tan básico!

Unas gotas de sudor frío perlaron su frente al comprender la gravedad de su situación. Si no encontraba pronto un arroyo o manantial del que beber, su aventura podría terminar de la forma más trágica. Aquel pensamiento hizo que un nudo de angustia se formara en su garganta.

Rosa se obligó a respirar hondo e intentar serenarse. No podía dejarse vencer por el pánico en esos momentos. Posó una mano sobre su vientre, sintiendo la leve curvatura que albergaba una vida en ciernes. Esa criatura dependía de ella, debía mantenerse fuerte y seguir adelante. Tenía que encontrar el modo de salir de aquel laberinto de pinos y alcanzar un lugar seguro.

Rosa siguió avanzando con dificultad entre la maleza del pinar, apartando las ramas con sus

brazos temblorosos. De pronto, una tenue luz captó su atención al fondo, filtrándose entre los troncos. ¡Quizás fuera la luz de una casa o una granja! Una chispa de esperanza se encendió en su pecho y apretó el paso, ignorando el agotamiento que entumecía sus piernas.

Conforme se acercaba, la luz parecía aumentar de intensidad, destellando con más fuerza entre los árboles. Rosa contuvo el aliento, convencida de que pronto alcanzaría alguna edificación donde poder descansar y pedir auxilio. Quizás incluso encontraría a alguien que la ayudara a escapar de la isla y llegar a un lugar seguro.

Sin embargo, cuando finalmente atravesó los últimos pinos, la escena que se presentó ante sus ojos la dejó desconcertada. En lugar de una casa o un pueblo, se encontró frente a una playa virgen de arenas blancas que se extendía hasta el mismo mar. Las olas rompían suavemente sobre la orilla, bañando la playa con su luz plateada.

Rosa se quedó paralizada, con los pies hundidos en la arena mientras barría la costa con la mirada, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. No había el menor rastro de presencia humana a la vista, solo la inmensidad del océano extendiéndose ante ella como un lienzo infinito.

Fue entonces cuando reparó en el islote que se alzaba en la distancia, recortado contra el horizonte. Y allí, en la cima, un pequeño faro emitía destellos de luz, barriendo las aguas con su haz luminoso. Aquella era la luz que Rosa había divisado entre los árboles y que la había guiado hasta allí, confundiéndola con una señal de civilización.

La decepción la golpeó con fuerza arrebatadora, desplomándola sobre sus rodillas en la arena. Todas sus esperanzas se desvanecieron como las olas que lamían la orilla, dejándola sumida en una absoluta desolación. Se encontraba sola, perdida y agotada en una playa desierta, sin agua ni fuerzas para continuar.

El cansancio acumulado tras horas de andar sin rumbo finalmente la venció. Rosa se dejó caer de lado sobre la arena, con las piernas dobladas y los brazos inertes a su costado. Sus párpados comenzaron a cerrarse lentamente, incapaz de luchar más contra el agotamiento que la consumía.

Los últimos destellos del faro giratorio se reflejaron en sus pupilas vidriosas antes de que sus ojos se cerraran por completo. El suave arrullo de las olas acompañó su respiración, que poco a poco se fue tornando más lenta y acompasada. Rosa se sumió en un sueño profundo.

*** Previsiblemente disponible a mediados del 2025***

Acerca del autor

Elias Wrenford

Elias Wrenford, andaluz de nacimiento e ingeniero de profesión, siempre ha sentido una pasión profunda por contar historias. Desde niño, inventaba aventuras con indios y pistoleros en el salón de su casa, lo que le llevó a crear mundos propios a lo largo de su vida. Tras escribir algunas obras bajo otro seudónimo, en mayo de 2024 decidió publicar de forma independiente su primera novela bajo su actual nombre, "*Las Sombras del Lago"*.

Esta obra ha sido traducida a cuatro idiomas y ha permanecido durante meses como favorita del público de Amazon en la categoría de novela romántica histórica del siglo XX. Elias, quien lo hace todo por sí mismo, desde la escritura hasta el diseño de las portadas, ha alcanzado miles de lectores y obtiene las bonificaciones "All-Star" de Amazon cada mes.

Como autor independiente, su éxito radica en su dedicación, su amor por la historia y su capacidad de conectar con los lectores a través de historias que buscan desentrañar los misterios del pasado y arrojar luz sobre el presente.

Otros libros del autor

Las Sombras del Lago

En el año 1942, mientras la tormenta de la Segunda Guerra Mundial azota Europa, la majestuosa mansión Havenleigh se convierte en escenario de oscuros secretos y decisiones dramáticas. En medio de la guerra florece un amor prohibido entre Amelia, una residente de la mansión, y un misterioso desconocido, un amor que cambiará para siempre tanto su vida como el destino de la familia Graham.

Décadas después, Oliver Graham hereda la antigua propiedad de su abuela Eleanor, sin imaginar que también está heredando los secretos y sombras del pasado. Junto a su hijo Lucas, comienza a desentrañar los enigmas que están profundamente ocultos entre los muros de la casa. Documentos escondidos y cartas olvidadas revelan una historia de valentía, traición y un amor inquebrantable que trasciende generaciones.

“Las Sombras del Lago” es una novela cautivadora que lleva a los lectores en un viaje entre el pasado y el presente. La historia de la mansión Havenleigh entrelaza los horrores de la Segunda Guerra Mundial con los desafíos del presente, mostrando cómo el pasado moldea el presente. Romance, un amor imposible y oscuros secretos se combinan para ofrecer una experiencia de lectura inolvidable.